

OBSESIÓN Despiadada

SERIE REYES IRLANDESES: LIBRO DOS

RENEE PARKER

Obsesión Despiadada

Reyes Irlandeses

Libro 2

Renee Parker



RoseHarbor
PUBLISHING

Copyright © 2025 de RoseHarbor Publishing

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks, LLC.

Formatted with Vellum

Libros de Renee Parker

Reyes Irlandeses

Corazones Destrozados

Obsesión Despiadada

En este libro se incluyen un breve intento de agresión sexual, violencia, horror corporal leve, secuestro y otros elementos que podrían resultar perturbadores para algunos lectores.

Índice

Sinopsis

Prólogo
1. Harper
2. Cian
3. Cian
4. Harper
5. Cian
6. Harper
7. Cian
8. Cian
9. Harper
10. Harper
11. Cian
12. Harper
13. Harper
14. Harper
15. Cian
16. Harper
17. Cian
18. Harper
19. Harper
20. Cian
21. Harper
22. Harper
23. Harper
24. Cian
25. Harper
26. Harper
27. Cian
28. Cian
29. Cian
30. Harper
31. Cian

32. Cian
33. Harper
34. Cian
35. Harper
36. Cian
37. Harper
38. Cian
Epílogo

¿QUÉ SIGUE?
Únete a la comunidad
Agradecimientos
Acerca De Renee Parker

Sinopsis

Harper

Se suponía que debía caminar hacia el altar con Finn Gallagher, heredero de la Mafia Gallagher. En cambio, hui de mi propia vida como la hija favorita de la mafia, para comenzar una nueva en Hawái.
En mis propios términos. Pero ahora me han encontrado.
Él me encontró. Cian Mahoney, el ejecutor más temido y odiado de la Mafia Gallagher.
Mi némesis.
Y el hombre cuyo beso me embriagó la noche en que desaparecí.
Si me arrastra de regreso a *New York*, mi vida se acabó.
Así que elaboro un plan de escape: hacerle creer a Cian que lo deseo. Que lo necesito. Que lo anhelo.
Sin embargo, mi actuación se vuelve real.

Cian

Harper Brennan siempre me ha atormentado. Un solo y dulce beso en la víspera de su boda con mi mejor amigo únicamente empeoró las cosas.
Desapareció esa misma noche. Secuestrada. Y desde entonces no hemos dejado de buscarla.

Ahora la he encontrado. Bronceándose como si nada en una playa, mientras yo he estado
volviéndome loco.
Harper no fue secuestrada. Ella se escapó.
Y me han enviado para traerla de vuelta antes de que los De Luca la encuentren primero.
Estoy tan furioso que no sé si quiero matarla… o castigarla.
Pero hay algo que tengo muy claro: Ahora que la he probado, no pienso dejarla ir.

Obsesión Despiadada es una novela romántica de mafia, sin infidelidades y con un final feliz garantizado.

Prólogo

Harper

Me siento junto al bar en *King's Crossing*, bebiéndome lo último que me quedaba de mi *pinot grigio*, mientras intento parecer lo más discreta posible. Cuando levanto la mano para llamar la atención del *bartender* para que me vuelva a rellenar la copa, un cosquilleo familiar en la nuca me hace estremecer.

Alguien me está observando.

Esta misma sensación punzante me invade cada vez que estoy en un club y aparecen los socios de mi padre, o cuando mi equipo de seguridad entra en la habitación, sus miradas clavadas en mí.

La sensación de que un cazador acaba de entrar y me puso en la mira.

Lentamente, giro la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro. No noto ninguna señal reveladora. Un tipo de traje, anillos o tatuajes específicos, una cicatriz prominente en la cara de alguien. Los ojos duros y fríos de una persona que se gana la vida matando. Nada.

Mientras tanto, esa sensación de ser un objetivo se intensifica, revolviéndome el estómago, que ya estaba revuelto.

Mierda. Me encontraron. Mi padre se dio cuenta de mi intento de fuga. Bex ya podría estar muerta. Y...

—¿Completamente sola? Esta tiene que ser la despedida de soltera *más triste* que he visto nunca.

Levanto la cabeza de golpe al oír esa voz presumida y sensual. El miedo explota dentro de mí como una lata de refresco agitada

mientras me giro lentamente en el taburete para mirar a quien habló.

El maldito Cian Mahoney.

Sus brillantes ojos verdes se encuentran con los míos. Están enmarcados en un rostro angelical, rodeados de unos rizos oscuros y seductores que coronan un cuerpo digno de posar semidesnudo en un anuncio publicitario de colonia para hombres. Un chico guapo y mujeriego extraordinario.

¿Mi padre se enteró de mi fuga y lo *envió* a buscarme?

Cian Mahoney es demasiado *sexy* y lo sabe muy bien. Claro, es peligroso, pero también es un charlatán, pomposo...

Mi recitación de sus rasgos negativos se interrumpe cuando asimilo su saludo. Espera. Si está aquí para llevarme de vuelta, ¿por qué menciona mi despedida de soltera?

Es entonces cuando me fijo en su atuendo.

Una camisa negra impecable se ciñe a su musculoso pecho. Los botones superiores desabrochados revelan la base de su cuello y dejan entrever el mármol cincelado entre sus pectorales. No me interesa si lleva la loción para después del afeitado de los dioses o si el delicioso aroma a madera que emana es su almizcle natural.

Tampoco me interesa cómo su proximidad hace que mis terminaciones nerviosas se electrifiquen.

Lo que *me* interesa es por qué está vestido como un gigoló al acecho cuando está aquí para llevarme de vuelta a la mansión.

A menos que... ¿y si Cian *no está* aquí por mí?

El primer destello de esperanza atraviesa mi miedo.

Para ganar tiempo, bebo un sorbo de vino y echo un vistazo al abarrotado bar. Un grupo de mujeres sentadas en un sofá circular bajo nos lanzan miradas hambrientas e impacientes, presumiblemente calculando cuál de ellas se sentará en el asiento del copiloto cuando Cian las lleve a todas a casa más tarde para tomar una copa.

Apostaría lo que fuera a que su idea de una copa nocturna incluye una orgía.

Mientras observo, Cian les guiña el ojo. A juzgar por sus expresiones eufóricas, incluso ese pequeño gesto provocará la

necesidad de cambiar más de una vez sus bragas.

Arrugo la nariz ante esa imagen tan *deliciosa*, mientras parte de la tensión se alivia de mis hombros.

Cian no está aquí por mí. No pasa nada malo. Mi padre no sabe nada.

Esto es solo una coincidencia. Una coincidencia horrible y aterradora.

Sigo estando a salvo y en posición de escapar de mi caminata hacia el altar programada para mañana.

Siempre y cuando no cometa ningún error ahora, claro está.

Mis mejillas se tensan en una sonrisa forzada.

—No me sorprende que seas un experto en despedidas de soltera tristes.

Señalo con la barbilla al equipo de animadoras que espera impaciente su regreso, y sus cejas se arquean ante mi inusual muestra de sarcasmo.

La sangre me sube a las mejillas. Esta muestra de impertinencia no es propia de mí, pero estoy tratando de ser más valiente. Quizás finalmente lo consiga cuando me vaya de aquí.

—¿Quién dice que están conmigo? —La sonrisa pícara de Cian responde a la pregunta por él.

Pongo los ojos en blanco y me niego a dignificarlo con una respuesta. Cuando el *bartender* me mira, golpeo el borde de mi copa vacía y aprovecho el momento para echar otro vistazo hacia la calle.

¿Por qué demonios tarda tanto Bex?

—¿No es un poco tarde para que estés fuera antes del gran día? —Ante la siguiente pregunta de Cian, mis ojos se fijan en el reloj de la pared. Mis hombros se relajan al confirmar que aún me quedan unas horas antes de que salga mi vuelo—. ¿Nervios previos a la boda?

—No. —La rapidez de mi negación borra la sonrisa de satisfacción de su boca. Si no estuviera tan nerviosa como para sudar a través de la ropa, me preguntaría por la expresión de descontento que pasa en esa obra maestra ridículamente guapa que él llama rostro.

—Entonces, ¿qué *estás* haciendo aquí? —Su voz baja una octava. Su grave barítono me hace cruzar las piernas y apretar los muslos sin motivo alguno.

De acuerdo, eso es mentira. Simplemente, no me apetece admitir la razón a mí misma. Ni una sola parte de mí quiere contribuir al enorme ego de Cian, aunque el halago solo ocurra dentro de mi cabeza.

Para cuando el *bartender* llega con el vino, he recuperado la compostura. Agarro la copa y le doy un trago rápido.

—¿No puede una chica comprarse una copa sin que la acosen?

Cian se acerca sigilosamente.

—No lo sé, ¿puede?

Se coloca entre mis piernas y apoya las manos en los reposabrazos, atrapándome efectivamente en el taburete. Mi piel se calienta y me inclino hacia atrás todo lo que puedo en un intento inútil por calmar mi pulso acelerado.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Debería saber que no puede acercarse tanto a una mujer sin consecuencias. No con todas esas feromonas que desprende. Podría dañar a alguien.

Es decir, a mí.

La expresión encantadora que suele lucir como una camisa hecha a la medida desapareció. En su lugar, sus ojos parecen tormentosos.

Se acerca poco a poco y se inclina para gruñirme al oído:

—¿Por qué aceptaste?

Mi mente se queda en blanco.

—Aceptar ¿qué?

Con su enorme cuerpo rodeándome y su cálido aliento acariciando mi mejilla, me cuesta concentrarme. Sinceramente, debería ser un delito que un hombre desprenda tanto atractivo sexual.

—Aceptar casarte con Finn. Él no es a quien quieres.

Cuando se endereza, ladea la cabeza, estudiándome con una quietud predatoria.

Parpadeo y me pregunto si estoy soñando. Por más que lo intento, no se me ocurre ningún motivo racional para que esas

palabras salgan de la boca de Cian.

Cuando pasan los segundos sin respuesta, sus labios se curvan en una sonrisa cómplice.

Eso es suficiente para ayudarme a recuperar el habla.

—¿Perdón? —cuestiono con voz chillona.

Me agarra la barbilla e inclina mi cabeza para poder rozar con la nariz el lado de mi garganta.

—Adelante. Admite que tengo razón. Admite que me deseas.

La provocación me acuchilla los nervios, ya de por sí a flor de piel. La fuerza abrumadora de su presencia, ese aroma apetecible que desprende, la forma en que su más mínimo toque me eriza la piel... Es demasiado. Combinado con la creciente ansiedad por tomar mi vuelo sin que me atrapen, la arrogancia que rezuma como mantequilla derretida acaba con lo poco que me queda de control.

Rápida como un latido, agarro mi copa y le tiro el *pinot grigio* a la cara.

—¿Qué demonios?

Se echa hacia atrás, apretando los ojos mientras el vino blanco le corre por sus perfectos pómulos y cae sobre su impecable camisa.

Recupero la cordura mientras lo miro con horror.

Mierda. ¿De verdad acabo de hacer eso? Siento como si de alguna manera hubiera canalizado la actitud de mi hermana Riley.

Es hora de irme. Puedo esperar a Bex afuera.

Después de dejar suficiente dinero en efectivo en la barra para pagar mi cuenta, corro entre las mesas hacia la salida, utilizando la adrenalina que fluye por mis venas para darme velocidad.

Empujando una puerta bajo un letrero rojo de salida, salgo corriendo directamente al callejón detrás de *King's Crossing*.

Genial. Cian me alteró tanto que tomé un giro equivocado al salir del maldito bar. Pero ni loca voy a volver *allí*. No con ya-sabes-quién llevando mi *pinot grigio* y probablemente en medio de tramar mi muerte.

Me oriento hacia la calle principal, repitiéndome su frase a cada paso.

«Él no es a quien quieres».

Cian sabe tan bien como yo que los matrimonios concertados son la norma en nuestro mundo. No entiendo por qué decidió provocarme sobre el día de mi boda, como si hubiera elegido todo esto por mí misma.

Sea cual sea la razón, que se joda. ¿Quién se cree que es...?

Unos dedos gruesos me agarran del antebrazo.

Me giro, dispuesta a gritar, hasta que ese aroma embriagador y amaderado me envuelve.

Mirando la enorme mano que me rodea el brazo, suspiro temblorosamente.

—Por favor, suéltame.

—¿Quién diría que Harper Brennan escondía tal temperamento bajo esa apariencia de chica buena? Debería obligarte a limpiarme el vino de mi rostro y pecho con la lengua.

La idea de lamerlo en cualquier parte hace que una oleada de deseo recorra mis venas.

—Te pedí que me sueltes. Por favor.

Aunque lo hace, sigue dentro de mi espacio personal.

—¿Adónde vas?

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas.

—A casa —miento.

—Te llevaré.

Trago saliva.

—No, gracias.

—Me pasé de la raya un poco antes.

Mi cabeza se echa hacia atrás, sorprendida. ¿Uno de los *Reyes Irlandeses* pidiendo perdón? El Apocalipsis debe estar cerca. Siempre pensé que no pedir perdón era una de esas cosas que les enseñaban a los mafiosos durante el proceso de iniciación.

Da igual. Me niego a impresionarme porque Cian cumpla con los requisitos mínimos de inteligencia emocional básica.

—Estuviste más que pasado de la raya.

Un músculo de su mandíbula se contrae.

—Tendrás que perdonarme, princesa. —Vuelve a invadir mi espacio, elevándose sobre mí—. Pero cuando la prometida de mi mejor amigo aparece en un bar la noche antes de su boda, sola y

bebiendo vino como si fuera su última noche en la tierra, un hombre se hace preguntas.

—Qué curioso. Que uno de los mejores amigos de mi prometido aparezca en un bar y *me huela el cuello,* tiene un efecto similar en mí. —Con el pulso acelerado por mi audacia, levanto la barbilla y pongo mi mejor cara de la hija mimada de Thomas Brennan—. Mi relación con Finn no es asunto tuyo. ¿Por qué no vuelves con tus *fans* y olvidamos que esto pasó?

Cian me mira con una expresión que rara vez le he visto.

Serio. Melancólico.

—¿Y si no quiero olvidarlo?

—Por favor, deja de molestarme y vete.

Lo esquivo y me dirijo hacia la calle. No tengo *tiempo* para esto. Bex debe estar en la acera junto a...

Rápido como el rayo, se abalanza sobre mí. Sus manos, su calor, el peso de su cuerpo. Todo ello me presiona hasta que mi espalda choca con la pared exterior del restaurante.

Estoy temblando por dentro. Literalmente temblando. Y esa reacción me enfada.

¿Por qué? ¿Por qué me pongo así cuando estoy con él? El tipo es un mujeriego conocido, y, aunque no lo fuera, estoy tratando de escapar del hombre que hay ahora en mi vida, no de conseguir uno nuevo.

Ni siquiera uno que me salvó una vez.

En cuanto a Cian, no tengo ni idea de dónde viene todo esto.

Todos mis pensamientos se evaporan cuando miro directamente a sus ojos, con solo unos centímetros separando nuestros labios.

Apoya las manos contra la piedra a ambos lados de mi cabeza, aprisionándome contra la pared del callejón.

Su cálido aliento a menta acaricia mi rostro mientras pronuncia cuatro palabras entre dientes.

—Lo digo en serio.

—Y tengo veintitrés años, no dieciséis. —Intento no parecer nerviosa, aunque mis rodillas amenazan con ceder—. No voy a caer por... —señalo su cuerpo—, lo que sea que sea esto.

Mientras tanto, mi corazón late con tanta fuerza para moretearme las costillas. Quiero insistir en que me dé espacio, pero estoy atrapada en este momento extraño e inesperadamente íntimo.

—Una noche. —Sus ojos se posan en mi boca—. Es todo lo que pido.

Tardo unos segundos en comprender lo que quiere decir. Cuando lo hago, se me cae la mandíbula. ¿Cian Mahoney me está pidiendo que pase la noche con él? ¿A mí? ¿la prometida de su mejor amigo? ¿La noche antes de nuestra boda?

A pesar de lo increíblemente inapropiado de esa sugerencia, siento un calor entre las piernas. Una noche con Cian. Una noche para explorar su cuerpo desnudo. Para sentir su boca sobre mí y poner la mía sobre él. Para experimentar el peso de su cuerpo clavándome a la cama y sentir cómo me llena, una y otra vez...

Me arde la cara.

—Tengo que irme.

—Una hora.

—Cian Mahoney, si no te alejas de mí...

—Cinco minutos.

Me detengo.

—¿Qué podrías hacer en cinco minutos?

Parece una pregunta legítima hasta que se pasa la lengua por el labio inferior porque.... *oh,* mierda, eso es *sexy*.

¿Es eso lo que está sugiriendo? ¿Un beso?

Porque besar a Cian sería un fallo de inteligencia épico por mi parte.

Se inclina hacia mí hasta que nuestras frentes se tocan, con la piel aún húmeda y pegajosa por el vino. Su aroma mezclado con el del *pinot grigio* se arremolina como un afrodisíaco con alcohol.

—¿Eso es un sí? —pregunta con voz ronca.

Nuestras bocas están tan cerca que sus labios rozan los míos mientras habla. Incluso ese minúsculo contacto es suficiente para que mi piel se vuelva febril.

Es como si su cercanía friera la parte lógica de mi mente en su fuente de energía. Estoy haciendo cortocircuito. Esa es la única explicación para lo que digo a continuación:

—Dos minutos.

Sus labios se estrellan contra los míos más rápido de lo que puedo cerrar los ojos y ceder.

Ese primer contacto enciende mi cuerpo en llamas. Si hubiera sabido que besarlo se sentiría tan increíble, que *sabría* tan bien, habría abandonado mi dignidad y me habría ofrecido a él en bandeja de plata hace mucho tiempo.

Así de bien se sienten sus enormes manos cuando acarician mi caja torácica, rozando los lados de mis pechos. Así de bien se siente su lengua cuando saquea mi boca, provocando una intensa calidez en la parte baja de mi vientre con cada caricia.

Mientras nos devoramos el uno al otro, surge una extraña sensación de triunfo. Quizás sea porque siempre sospeché que Cian sería así. Un adonis por fuera, un jaguar al acecho por dentro. O quizás esa chispa de victoria proviene del saber que besar en público a alguien que no es mi prometido en la víspera de mi boda es el mayor acto de rebeldía que he cometido en toda mi vida.

Esta noche, he roto todas las reglas que podía romper, hasta el punto de besar a uno de los principales ejecutores de los *Reyes Irlandeses*. Y no me importa.

Cuando gime contra mis labios y me atrae más cerca, presionando cada centímetro de su erección contra mi vientre, lo único que quiero es más. Cuando su palma caliente roza la piel desnuda de mi estómago y se desliza hasta acunar uno de mis pechos, entierro mis manos en su cabello y gimo contra su boca.

No es hasta que mis caderas comienzan a vibrar que abro los ojos y salgo del trance, y por fin soy capaz de alejarme.

En este momento, sé que recordaré la sensación de su mano en mi vientre, marcándome para siempre.

Jadeando con fuerza, nos miramos fijamente.

Cian, el príncipe de las caras de póquer, suele esconderse tras una máscara de arrogancia. Ahora no.

En este instante, sus ojos crepitan como rayos y su expresión hambrienta lo revela todo en el silencio eléctrico.

Se me corta la respiración. Cian Mahoney me desea con *desesperación*. Tanto que está dispuesto a traicionar a su mejor

amigo y romper las reglas de la familia.

Y lo más aterrador es que… en este momento, yo también lo deseo.

—Ven a casa conmigo.

Se me aprieta el estómago ante la insinuación ronca en su tono. Si las circunstancias fueran distintas, tal vez…

No sé si se ofrece a llevarme de vuelta a la mansión o si está expresando su intención de llevarme a la cama.

Mi teléfono vibra contra mi pierna, sacándome de mis fantasías. Así que me limito a asentir, sin confiar en lo que podría decir.

—Espera adentro. —Retira lentamente su pesada mano de mi cintura desnuda, como si no quisiera soltarme—. Voy por mi coche.

Asiento de nuevo. Cian desliza el pulgar por mi mandíbula y me da otro beso en los labios. La caricia es sorprendentemente suave.

Se aleja, dirigiéndose a la entrada del callejón y desaparece. Lo veo retirarse y cuento veinte segundos antes de salir corriendo en dirección opuesta, y rezo en silencio cuando veo el Subaru azul parado en la acera.

Después de echar una última mirada por encima del hombro, me meto en el asiento del copiloto, ignorando la ridícula punzada de arrepentimiento en mi pecho.

Cian se fue.

Y ahora, yo también.

Capítulo 1

Harper

El agua turquesa brilla bajo el sol de la tarde del lunes. El sonido de las olas me relaja más que cualquier cinta de relajación de *spa*, aunque este calor tropical no es ninguna broma.

Me seco el sudor de la frente, me ajusto el sombrero para el sol y bebo de una botella de agua de un litro. Quizá sea una esnob, sin embargo, creo que el agua subterránea de los manantiales del suelo volcánico de Hawái sabe mejor que cualquier agua de lujo que solía beber en la Costa Este.

Hojeando las páginas de una novela romántica de fantasía con mi piel quemándose por el sol tropical, intento disfrutar de mi día libre, pero no puedo dejar de pensar en la fecha.

13 de junio.

Hace dos meses, se suponía que iba a caminar hacia el altar con Finn Gallagher. En cambio, caminé por la pasarela del avión y me encontré en una terminal no muy concurrida del Daniel K. Inouye, un aeropuerto cubierto y al aire libre con un jardín en el centro para las personas que quieren disfrutar un poco de la naturaleza antes de subir al avión.

Un centro de transporte tranquilo y sereno en un oasis isleño en medio del océano Pacífico.

Nunca olvidaré la paz que inundó mi espíritu cuando pisé por primera vez suelo hawaiano. Noté la diferencia de inmediato. El aire aquí es más limpio, el ritmo más relajado y hay más tiempo para

disfrutar de la vida fuera de las garras de la ciudad de *New York* y los *Reyes Irlandeses*.

En un principio, tenía pensado salir del país con el pasaporte que había conseguido con un nombre falso gracias a uno de mis contactos del club nocturno, pero me enamoré de Oahu por Internet. Huir al otro lado del océano me parecía seguro, a pesar de seguir estando en Estados Unidos, ya que nadie de mi antigua vida tenía motivos para buscarme aquí.

Dejé atrás *New York*, mi matrimonio concertado de mierda y a todas las personas que había conocido o amado. Puede que la lista de personas sea corta, no obstante, sigue siendo lo suficientemente larga como para dejarme vacía como un tambor cada vez que recuerdo que los abandoné a cambio de mi libertad.

Me quito las gafas de sol y me pellizco el puente de la nariz. Una vez que la amenaza de las lágrimas desaparece, echo la cabeza hacia atrás, miro al infinito cielo azul que hay sobre mí y lleno mis pulmones hasta el borde con aire fresco y salado.

Han pasado dos meses desde que empecé mi vida aquí, en el trópico. *«Teniendo en cuenta todas las circunstancias, las cosas van bastante bien».*

Al menos, eso es lo que me repito a mí misma.

Antes de tomar la decisión de huir, pasaba todas las noches llorando hasta quedarme dormida. La única actividad que me calmaba lo suficiente como para descansar era hojear relatos de viajes en las redes sociales e imaginarme a mí misma en uno de esos hermosos lugares.

Un día me topé con el relato de una granja de piñas, junto con unas fotos preciosas del paisaje hawaiano que la rodeaba, y me enamoré. Cuando llegué aquí, mi primera y única prioridad era encontrar un lugar en la costa norte de Oahu.

Traje conmigo cincuenta mil dólares que había ahorrado. Aunque esos fondos no durarán para siempre, eran más que suficientes para alquilar un *loft* adorable, propiedad de una pareja mayor que dirige una granja de piñas.

Jean y Tony Fukuoka, ambos de unos sesenta años, son novios desde la preparatoria y nacieron y crecieron en la isla. Tony proviene

de una familia de varias generaciones de agricultores y, cuando falleció su padre, heredó la granja de piñas de la Costa Norte y su restaurante de Waikiki, que ofrece productos frescos de la granja a la mesa. Hasta la primavera, dirigían el negocio con la ayuda de sus tres hijos adultos, Mike, Paul e Isabelle.

Isabelle se casó en marzo y se mudó al continente con su nuevo marido, dejando a los Fukuoka sin ayuda en la granja y el restaurante. Me ofrecí a hacer ambos trabajos si me ayudaban a encontrar un lugar donde alojarme.

Me alquilaron la antigua habitación de Isabelle y, desde la semana pasada, mi periodo de prueba había terminado y Elena Dane es empleada fija tanto de *Fukuoka Farms* como de *Dish Waikiki.*

Elena es el segundo nombre de mi madre. Lo combiné con el mío y lo utilicé para mi nueva identificación.

Parte de la semana ejerzo como trabajadora del campo, ayudando a cosechar piñas. Jean me enseña sobre los diferentes fertilizantes, el proceso de crecimiento de la fruta, el acolchado, los tipos de suelo y la propagación.

El resto de los días los paso en *Dish*. El restaurante está situado junto al mar, cerca de la playa de Waikiki, un pequeño y acogedor lugar turístico donde los vacacionistas de verano beben cócteles en piñas frescas y piden hamburguesas de ternera alimentada con pasto.

Normalmente, dedico mi tiempo libre a tumbarme en una silla de playa en una de las muchas y espectaculares costas de Oahu. Hoy, me escapé al lado este de la isla para disfrutar de un poco de tiempo para mí en la playa de Waimanalo. El tapete de bienvenida que hay en la puerta principal de los Fukuoka, en el que se lee "El agua es vida", da en el clavo.

Vivir en medio de una extensión de océano tan hermosa es increíble.

No hay nada que me preocupe mucho estos días. Excepto cuando pienso en aquellos que dejé atrás.

Me pican los dedos, me piden que meta la mano en el bolsillo, agarre el teléfono y marque el número de casa. Con una llamada

podría oír la voz de Bex y decirle que llegué y que todo está bien.

Sea morbosa curiosidad o no, una parte de mí se muere por saber qué pasó cuando Finn y el resto de su grupo se dieron cuenta de que lo había dejado plantado en el altar.

¿Se llenó de rabia el rostro barbudo y con papada de mi padre cuando encontró mi nota? ¿Rompió cosas y maldijo mi nombre?

¿Estará Finn Gallagher, con su rostro marcado con cicatrices y sus fríos ojos marrones, buscándome por todo el mundo en este mismo instante?

A decir verdad, no estoy segura de que Finn estuviera más contento que yo con el matrimonio concertado. Tras el asesinato de su primera esposa, la mayoría asumimos que nunca volvería a casarse. Su padre Shane, cabeza de la familia Gallagher y actual líder de los *Reyes Irlandeses*, debió de convencerlo, probablemente para producir un heredero.

Sin embargo, el hecho de que sea indiferente hacia mí no significa que su ego vaya a permitir que la traición pase desapercibida. Podría estar buscándome en este mismo momento, consumido por la necesidad de vengarse de mi falta de respeto. En el momento en que hui, me convertí en una traidora.

Al igual que mi gemela idéntica.

Pensar en mi hermana me parte el corazón.

Riley.

Podríamos haber huido juntas, pero me preocupaba el riesgo.

Me preocupaba que, si ambas huíamos, nuestras posibilidades de que nos capturaran se elevaran. Y ya he sido una hermana bastante mala con Riley como para obligarla a renunciar a su vida para escapar conmigo. Puede que sea egoísta, pero incluso tengo mis límites.

¿A quién quiero engañar? Esa no es la única razón por la que no me arriesgué. Una gran parte de por qué no le pedí a Riley que huyera conmigo es porque me aterrorizaba que dijera que no.

¿Y si, después de todos esos años compitiendo entre nosotras y dejando que nuestra familia nos separara, dejó de amarme?

¿Y si aceptar el compromiso con el hombre que robó en secreto el corazón de mi gemela cuando era adolescente hubiera acabado

con ese amor para siempre?

Otra cara se materializa en mi cabeza, una con ardientes ojos verdes y un par de labios besables que encienden mi sangre. Y, como cada vez que ha intentado invadir mis pensamientos, expulso a Cian de mi mente. Especialmente, el recuerdo de nuestra última interacción.

Me fui para encontrar paz, y no permitiré que Cian Mahoney lo arruine.

Una brisa rápida me arranca el sombrero y me hace saltar del camastro para agarrarlo antes de que acabe en la marea. Cuando me giro para volver a mi asiento, la inmensa belleza de este paisaje tropical me deja boquiabierta una vez más.

Arena blanca y brillante. Aguas verde azuladas tan brillantes que parecen neón bajo el sol.

Sí, hui de todo y de todos los que conocía, pero este lugar es mi recompensa.

Clic, clic, clic.

A una corta distancia, un turista con una camisa hawaiana y una cámara HDR toma fotos del exquisito paisaje que nos rodea.

Aunque, dado el ángulo del objetivo, es muy posible que forme parte de ese paisaje.

Siento un cosquilleo de alarma en el cuero cabelludo, agarro mi bolso, pliego la silla y me alejo de la playa.

Cuando llego a la acera y me sacudo la arena de los pies, intento sacudirme también mi inquietud.

En Oahu, miles de turistas toman fotos todos los días. Estoy segura de que el tipo molesto de la camisa colorida es solo uno más de ellos.

Capítulo 2

Cian

—¡Joder! —suelto la maldición, con los nudillos y los brazos tensos mientras me arrastro subiendo por la cuerda.

La cálida brisa vespertina me revuelve el cabello. Cuatro pisos más abajo, destellos de luz salpican la oscuridad.

Pasos corriendo.

Gruñidos. Gritos.

Alarmas.

No puedo permitirme distraerme.

Con los músculos tensos, me impulso hacia arriba en el último tramo y lanzo mi cuerpo al techo con un último esfuerzo.

Me pongo de pie incluso antes de recuperar el aliento. No hay tiempo que perder.

Ahí. A quince pasos de mí está el tragaluz.

Según los planos que robé y estudié de este edificio, y por lo que sé del desgraciado que pronto estará muerto, Enzo De Luca, ese tragaluz debería estar justo encima de su oficina. Si estoy en lo cierto sobre ese imbécil enfermo y retorcido, tanto él como Harper Brennan estarán allí cuando baje con el cable, disparando a diestra y siniestra, en unos cuarenta y cinco segundos.

Corro hacia adelante, procurando que mis botas militares no hagan ruido al golpear el techo de cemento. Arranco el equipo de cable de mi cinturón de agarre y me preparo para irrumpir en la fiesta.

Solo han pasado dos meses desde la desaparición de Harper, aunque, de alguna manera, parece que llevamos mucho más tiempo buscándola y a su secuestrador.

Una morbosa emoción resuena en mi interior como una multitud despiadada y sedienta de sangre. El último hombre al que deseé matar con tanta ansia fue mi padre. Aun así, la satisfacción de estar de pie junto al cadáver ensangrentado y sin vida de mi padre no será nada comparada con la victoria de borrar a Enzo De Luca de la faz del planeta.

Al menos, eso es lo que espero.

Si sigo sintiéndome miserable después de enviarlo a la morgue, no sé qué haré conmigo mismo.

Abro lentamente el tragaluz. El cable está colocado.

Con la metralleta en la mano, salto al estudio privado de Enzo, y mis botas aterrizan sobre una alfombra persa que cubre el suelo de madera.

La sorpresa me golpea de lleno.

El lugar está... vacío.

Las impecables estanterías talladas en cada pared dan la impresión de que esta habitación no tiene entrada ni salida. Una gran chimenea permanece oscura y fría. Un óleo cuelga de la pared de enfrente, probablemente cubriendo la caja fuerte de Enzo.

Todos los clichés habituales están presentes.

No obstante, Enzo De Luca no está aquí. Tampoco la mujer a la que llevamos dos meses intentando salvar.

Una necesidad imperiosa de destrozar este lugar estalla dentro de mí, mas me contengo.

Si ese idiota ha sido lo suficientemente inteligente como para evadir la pequeña redada que estamos llevando a cabo en su honor esta noche, también puede ser lo suficientemente inteligente como para colocar trampas explosivas en su oficina.

Un vistazo rápido no revela cables trampa.

Veo cuatro cámaras ocultas, pero gracias al fallo que Rory provocó en sus sistemas informáticos, no serán ningún problema.

El problema es que, después de rastrear el paradero de Enzo durante semanas, nos engañó de nuevo.

El desgraciado sabía que íbamos a venir.

Increíble, maldición.

Una ira ardiente se reinicia en mis venas. Me niego a dejar que esta misión sea un fracaso total. Ya que estamos aquí, más vale que recopilemos toda la información posible sobre la organización de los De Luca y sus operaciones futuras.

Con la mirada fija en la computadora de Enzo, me acerco sigilosamente a su enorme escritorio de caoba y saco una memoria USB de mi bolsillo.

Entre mis dedos, sostengo uno de los inventos de Rory. El dispositivo crea una puerta trasera en el *software* de la computadora lo suficientemente grande como para que un *hacker* se cuele dentro, robe los datos que desee y salga. Una vez dentro, Rory puede hacer lo que quiera con esta computadora.

Al menos, eso es lo que yo entiendo. No soy el experto en tecnología del grupo.

Inserto la memoria USB. La maldita cosa tarda dos minutos enteros en inicializarse, lo que en una situación como esta son *dos años*.

La irritación me invade. Odio esperar, demonios.

—*¿Cian? ¿Situación?* —La voz de Finn crepita en mi radio.

Hundo los dedos en el respaldo del sillón de cuero que hay frente a la pantalla.

—Él no está aquí.

Finn maldice. Me obligo a respirar hondo y cierro los ojos un segundo.

Cerrar los ojos es un error, porque Harper aparece en la oscuridad.

«Dos minutos», susurra. Escucho su voz en cada silencio. En cada multitud, veo su rostro. Harper Brennan me persigue y lo ha hecho desde hace años, desde aquella noche en el club.

Cuando Harper era adolescente, hice todo lo posible por ignorarla, porque nada bueno podía salir de desear a una de las hijas menores del jefe. Vivimos en alas separadas de una enorme mansión, por lo que nuestros caminos no se cruzan tan frecuentemente como la gente podría pensar.

Todo eso cambió una noche en el club, cuando ella tenía veinte años. Me asignaron trabajar en seguridad y Harper estaba preparando a un chico para su padre. Nunca aprobé la manera en que Thomas la utilizaba para distraer a los hombres, pero ofrecer mi opinión no solicitada sobre la forma de criar de mi jefe sería una manera segura de ganarme una paliza. Aun así, esa noche, el trabajo me obligaba a centrarme en ella, y lo que encontré me dejó aturdido.

Harper Dane Brennan. Reina del baile de graduación y coqueta extraordinaria.

Ojos azules intensos. Ondas rubias doradas recogidas en una coleta tan bonita que luché contra el impulso de enrollarla en mi mano y jalarla hasta ponerla de rodillas. Un vestido negro corto que resaltaba un cuerpo pequeño y firme, con unas curvas perfectas que no tenía derecho a notar.

Al final, sin embargo, mi atención resultó ser algo bueno. Como la observaba tan de cerca, me di cuenta enseguida cuando ese imbécil la atacó.

Han pasado tres años desde esa noche. He pasado días interminables deseándola.

El hecho de que lleve dos meses en manos de Enzo y no hayamos podido salvarla me corroe por dentro y me amarga hasta los huesos.

Una serie de pitidos me saca de mis pensamientos, avisándome de que la USB está lista.

—Rory, ya está hecho. Empieza.

La irritación me invade mientras observo cómo el cursor de la pantalla comienza a moverse por los archivos y carpetas. ¿Qué demonios estoy haciendo, esperando a que Rory revise toda esta mierda? Ahora mismo debería estar junto al cadáver de Enzo.

En cambio, estoy en su oficina con la verga en la mano, tratando de ayudar a Rory a encontrar algo, cualquier cosa, que pueda contribuir a nuestros continuos esfuerzos por acabar con Enzo.

Rory revisa los archivos de las cámaras de seguridad, incluida una carpeta que parece contener todas las sesiones de tortura de

Enzo, y me inclino para ver mejor. No hay ninguna rubia guapa en el lote, pero veo un video de Enzo y Finn de hace unas semanas.

Cuando rescatamos a Finn esa noche, Enzo se responsabilizó de la desaparición de Harper, sin embargo, un rápido vistazo a su disco duro no muestra ningún rastro de ella. Es difícil creer que pudiera ocultarla tan bien, pero ahí es donde estamos. El idiota ha evadido todos los intentos de matarlo.

Un *estruendo* resuena en mi auricular, seguido de la voz de Darren.

—*¡Mierda! Rory, necesito ayuda aquí.*

—*Entendido. Cian, sigue investigando* —declara Rory, y entonces mi cabeza se queda en silencio por un momento.

Paso a la siguiente carpeta y la máquina emite un pitido sin previo aviso. Se me encoge el corazón. Es un mensaje, un reenvío privado.

Hago clic y el banner emergente me lleva a una ubicación segura. Ninguno de los mensajes contiene texto, solo fotografías adjuntas. Abro algunas de las imágenes más antiguas.

Todas ellas muestran a mujeres rubias de la edad y el tamaño de Harper.

La confusión da paso a la comprensión.

Enzo De Luca estaba fingiendo.

El primer mensaje y la primera foto datan de abril. Eso significa que ha estado buscando a Harper tanto tiempo como nosotros, con el mismo fracaso.

Entorno los ojos, tratando de procesar esto, sin conseguirlo.

Espera un maldito momento. Si Enzo De Luca no secuestró a Harper después de que me la encontrara en el bar, ¿qué le pasó entonces?

Un miedo helado me paraliza las entrañas. ¿Hemos dedicado nuestros recursos a una búsqueda inútil, persiguiendo al hombre equivocado todo este tiempo?

¿Es otra vez la Mafia *Red Hill*? Hace unas semanas fueron contra su hermana, Riley, pero ella tiene antecedentes con ellos. Secuestramos a su heredero en represalia después de que la atacó y lo encerramos en una celda. Como gesto de buena voluntad, Shane

finalmente lo devolvió, un poco maltratado, a cambio de un acuerdo para ampliar parte de nuestro territorio y un gran cargamento de drogas recreativas. Sin embargo, Harper desapareció antes de que todo eso ocurriera.

Si Enzo no tiene a Harper, ¿dónde carajos está?

Vuelvo a desplazarme hasta el mensaje superior, el que llegó hace unos segundos. Cuando hago clic para abrirlo, la imagen que se materializa ante mis ojos me deja sin aliento.

Todo el oxígeno de mi cuerpo se evapora de golpe.

Es ella.

Una foto espontánea de Harper Brennan en bikini azul y gafas de sol, acostada en una silla de playa y leyendo un libro.

La imagen tiene fecha de hoy, y cuando hago doble clic en las coordenadas que aparecen debajo de la foto, aparece un mapa del océano Pacífico con un pequeño punto rojo parpadeando en...

Las islas hawaianas.

Me invade una gran conmoción, seguida de una oleada de alivio tan fuerte que casi me desmayo.

Está viva. Está bien.

Una vez que asimilo esa verdad, la furia comienza a inundar mi sistema, ahuyentando el alivio persistente y retumbando en mis venas como un redoble de tambor.

Hijo de puta.

Harper no fue secuestrada.

Escapó. Por su cuenta. Por voluntad propia.

Durante ocho semanas, he estado sumido en el caos, al borde del abismo y preocupado hasta la locura, preguntándome si estaría bien, haciendo una lista de todas las formas en que planeaba hacer sufrir a Enzo dependiendo de lo que se hubiera atrevido a hacerle.

Mientras tanto, la pequeña hechicera se pasó todo ese tiempo tomando el sol en el trópico y bebiendo mojitos en la playa.

Mis manos se cierran en puños. Lo peor no es la sorpresa, ya que en el fondo siempre supe que existía esta posibilidad. No es el hecho de que hayamos trabajado sin descanso para encontrar a esa irresponsable voluble, ni que yo haya empezado a caer lentamente en la locura desde que anunció su compromiso, ni siquiera que mis

amigos, nuestros socios y yo, hayamos arriesgado repetidamente nuestras vidas con la esperanza de localizarla.

No, lo peor de esta fotografía es darme cuenta de que me engañó la noche antes de la boda.

La noche en que me jodió al dejarme saborear sus dulces labios.

Puede que nuestro encuentro solo durara unos minutos, pero para mí significó algo. En ese breve momento, me hizo creer que compartíamos algo real... hasta el punto de que dejé de ligar con otras mujeres.

Demonios, no he besado a nadie más desde entonces. Estoy tan privado de sexo que es un milagro que mi polla no se haya caído. Mientras tanto, ella está relajándose en alguna playa de Hawái, luciendo como el pecado en un bikini diminuto y probablemente follándose a todos los imbéciles cachondos del Pacífico.

Mis dedos se tensan. Dios, ayúdame, porque podría estrangularla.

Una estantería a mi izquierda se abre de golpe y los libros caen al suelo. Ya tengo la pistola en la mano, apuntando a la entrada oculta.

Quiero que sea Enzo, porque necesito desahogarme *urgentemente,* pero la persona que se apresura a cerrar la estantería detrás de él es Rory, con los ojos desorbitados, sin aliento y con el cabello castaño dorado revuelto.

Siento un gran alivio, aunque no lo suficiente como para disminuir la frustración y la ira que actualmente consumen mi cuerpo.

—¿Qué haces aquí arriba?

—Eso es lo que debería preguntarte a ti, idiota. —Rory se me acerca, con exasperación en sus ojos color avellana—. No respondías al radio.

¿Mi radio? Me había olvidado por completo de él. Ver la foto de Harper me desconcentró por completo.

La vergüenza me invade. ¿De verdad estoy tan preocupado por ella que perdí la noción de lo que me rodea como un novato?

—Enzo nos engañó. —Borro la foto de Harper antes de que Rory llegue al escritorio.

—No me digas. Tenemos que salir de aquí. —Rory arranca el USB de la computadora de Enzo.

—Vamos. —Asiento con la cabeza hacia el cable que aún cuelga de la ventana abierta en el techo y me dirijo hacia allí. Y no es demasiado pronto.

Fuera del estudio, los pasos se hacen cada vez más fuertes.

Los gritos se acercan.

Se oye una ráfaga de disparos.

La estantería se sacude cuando los hombres se lanzan contra ella.

—¡Cian! —Rory ya está a mitad de camino por el cable.

Me apresuro a subir tras él y salimos de allí antes de que los ejecutores de los De Luca irrumpan en el interior.

Media hora más tarde, regresamos a la mansión, en el segundo vehículo de una pequeña caravana.

—¿Cómo carajos seguimos *sin encontrarlo*? —pregunta Rory apretando el volante con fuerza—. Dime que al menos obtuviste algo de su computadora.

—Enzo no la tiene.

La mirada sorprendida de mi amigo se posa en mi perfil.

—¿Qué?

Con dificultad, trago la ira que me quema la garganta.

—Lleva semanas buscando a Harper, igual que nosotros.

—No sé si sentirme insultado o impresionado —resopla Rory—. Así que Enzo estaba fingiendo todo este tiempo...

Así es, pero ahora su engaño está a punto de hacerse realidad. Enzo concluyó su búsqueda de Harper.

La encontró.

Quienquiera que le envió esa foto conoce la ubicación de Harper, y esa persona está allí, físicamente, en este momento. Borrar ese mensaje no cambia nada.

Harper está en peligro.

Capítulo 3

Cian

—Algo apesta. —Con solo esas dos palabras, Finn resume la inquietud que todos sentimos mientras subimos hacia la oficina de su padre.

La gran escalera de la mansión tiene seis tramos de amplios escalones que comienzan en el gran vestíbulo abierto y terminan en el tercer piso. Arrastro los pies mientras sigo a los demás. Preferiría quedarme en el vestíbulo y contar las luces del candelabro de cinco pisos o gatear por el suelo recogiendo las fibras de colores individuales de las costosas alfombras del vestíbulo antes que llegar a lo alto de las escaleras. No quiero subir hasta donde nos espera Shane Gallagher, porque entonces me veré obligado a explicar lo que sé. Y todavía estoy enojado.

Sin embargo, al pasar por el rellano del segundo piso, me sorprendo viendo hacia el pasillo con ventanas que conduce a la puerta de la *suite* de Harper, y mi corazón da un extraño vuelco en mi pecho.

Por muy furioso que esté, ella sigue estando en peligro. Tenemos que asegurarnos de recogerla antes de que lo hagan los De Luca.

A mi lado, Darren se frota una mancha en la mejilla, con su cabello rubio de estrella de cine que de alguna manera sigue perfecto incluso después de haber lanzado al menos una granada allá atrás. Sus ojos azul eléctrico son indescifrables mientras juega con un encendedor, aunque la línea de su boca transmite sospecha.

—Sí, no lo entiendo. Enzo no es nadie. Nunca fue tan inteligente cuando su hermano estaba en el poder.

—Y si tenía tanto talento para la estrategia y la evasión, ¿por qué no formaba parte de la administración de su hermano mayor? —añade Rory, echando más leña al fuego.

La oficina de Shane es más oscura que el pasillo exterior, decorada con muebles pesados con lujosa piel marrón y madera oscura. Nos quedamos de pie juntos delante del escritorio, en la misma línea que hemos mantenido durante años, y nos enfrentamos a los tres hombres más importantes de los *Reyes Irlandeses*.

Shane está flanqueado a ambos lados por su primo Donal y Thomas Brennan, el padre de Harper y el hombre al que he respondido desde que cumplí diecinueve años.

—Nuestra inteligencia apuntaba a que Enzo De Luca estaría allí esta noche. —Finn se arma de valor y le da la mala noticia a su padre—. Debió de haber cambiado de planes en el último momento.

—Está anticipando nuestros movimientos. —Shane gruñe las palabras mirando la alfombra. Incluso sentado en su escritorio, su alta e imponente figura resulta amenazadora. Una áspera barba gris se aferra a la mandíbula angular que comparte con su hijo, aunque la suya está marcada por las cicatrices de las innumerables veces que nuestros enemigos han intentado acabar con él—. Quiero saber *cómo.*

—Cian consiguió obtener algo de información de su disco duro durante nuestra búsqueda. —Rory ofrece la información, aunque preferiría que no lo hiciera.

Los ojos expectantes de Shane se posan en mí.

—¿Y bien?

—Descubrí que los De Luca no tienen a Harper. —Contengo la respiración mientras la sala reacciona. Donal, el segundo al mando de nuestro clan y padre de Darren, levanta la vista al oír mis palabras, al igual que Thomas—. También descubrí su paradero actual.

—¿No la tiene? —inquiere Donal, incrédulo, frunciendo sus severos rasgos faciales.

Niego con la cabeza una vez.

—Nunca la tuvo.

—¿Por qué carajos iba a mentir sobre eso? —espeta Darren a mi lado.

—¿Por qué más? —Shane da un fuerte puñetazo en la mesa—. Para manipularnos.

—Quiere tener ventaja —agrega Finn, siguiendo la línea de pensamiento de su padre.

—Y muy pronto la tendrá. —Las palabras son sombrías, pero las digo de todos modos, lo que desencadena una segunda oleada de reacciones.

Rory me da un codazo en el hombro.

—¿Qué encontraste, Cian?

—Mientras estaba en la computadora de Enzo, recibió un mensaje con una fotografía de Harper. Incluía las coordenadas. Lo borré, aun así, se puede decir con seguridad que tiene agentes sobre el terreno que saben exactamente dónde está.

—¿Y? —lanza Thomas, salpicando con saliva el suelo de Shane—. ¿Dónde demonios está?

—Hawái.

La sala estalla. Ninguna de las conversaciones paralelas ni los murmullos cesan hasta que Shane vuelve a captar la atención de todos.

—Esto posee una grave amenaza para Harper. —Junta los dedos, sumido en sus pensamientos.

—Deja que la capturen —sugiere Donal, con desdén e irritación cargada en su voz—. Desperdiciamos tiempo y recursos buscándola todo este tiempo. Harper Brennan tiene tan poco respeto por esta familia como su hermana.

Finn se enfada al escuchar mencionar a Riley. Ambos mantienen una relación sentimental en estos días. De hecho, están comprometidos. Cuando Harper desapareció antes de la boda, su padre obligó a Riley a sustituirla. Todo ese tiempo que pasaron juntos fingiendo ser marido y mujer debió de contagiarlos, porque ahora son una pareja real.

—Deja a Riley fuera de esto. —Finn puede contestarle a Donal. Algún día será el jefe de esta mafia, y Donal haría bien en

recordarlo.

Donal le frunce el ceño a Finn, mas no vuelve a mencionar el nombre de Riley.

—La seguridad de Harper Brennan ya no es asunto nuestro. Abandonó su deber, así que, que se las arregle sola.

Aprieto los dientes. Si fuera mi igual, le diría que cuidara su puta boca.

Estoy más enfadado con ella que con cualquier otra persona en esta habitación, pero ni siquiera yo sugeriría abandonarla a las garras de un desgraciado enfermo como Enzo De Luca. ¿Y por qué demonios su padre no está tan indignado como yo?

—Basta. —Shane levanta la mano para pedir silencio—. Harper responderá por su comportamiento, pero primero tenemos que ocuparnos del problema más grave. Enzo la ha estado buscando y ahora está a punto de atraparla. Tenemos que recuperarla antes de que De Luca la agarre e intente usarla como carnada contra nosotros.

Me invade la gratitud por el liderazgo sensato de Shane Gallagher. Respeto a ese hombre, en parte porque no se deja influir por los miembros más despiadados de nuestro grupo.

—Ha logrado repeler todas nuestras ofensivas, así que tenemos que cambiar de estrategia. Voy a enviar a un agente en solitario para que se encargue de esto. —Shane se levanta de su escritorio—. Cian, te asigno esta misión.

Todo mi mundo se detiene de golpe.

La idea es tan absurda e imposible que suelto exactamente lo que estoy pensando.

—Absolutamente no. —Mis palabras sorprenden a todos los presentes. También a mí. Nunca en mi vida le había respondido a Shane Gallagher. El hombre inclina la cabeza hacia mí mientras un silencio peligroso llena la sala. Me apresuro a recuperarme—. Lo que quise decir es que estoy muy ocupado. Tengo que encargarme de la entrega a Weldon, la entrega al Prince Hotel y...

—Esto tiene prioridad —insiste Shane—. Darren, ¿puedes encargarte de la carga de trabajo de Cian a corto plazo?

Darren asiente con la cabeza.

Shane comienza a despedir a los presentes, pero estoy tan desesperado por evitar que esto suceda que doy un paso al frente, a pesar de lo peligrosamente irrespetuoso que es hacerlo.

—Finn debería ir.

—Por mucho que me duela admitirlo. —Finn me lanza una mirada —. Todavía no estoy listo para ninguna operación en solitario. Mi brazo aún no está al cien por ciento.

—Entonces Rory. —Me apresuro a decir—. Él podrá rastrearla mejor.

—Necesito a Rory aquí. —Shane vuelve a silenciar a la sala, clavándome su intensa y escrutadora mirada en mi cara—. Sus habilidades de rastreo nos ayudarán a montar una contraofensiva. *Eres* el único del que puedo prescindir.

—Pero...

—Cian, si alguna vez me obligas a volver a explicarme ante ti, te cortaré los dos pulgares. —Shane siempre habla con la fría apatía de un hombre mortalmente serio—. Ve a empacar. Esta noche tomarás un avión a las islas.

—Entendido. —Forzar esas cuatro sílabas es lo más difícil que he tenido que hacer en mucho, mucho tiempo.

Porque... esto no puede estar pasando.

Es lo único en lo que puedo pensar mientras deambulo, como un hombre perdido, hacia mi *suite* en el tercer piso.

Ir solo a recuperar a Harper es una idea terrible. Soy demasiado vulnerable ante esa mujer y sus encantos. ¿Y ahora que sé que me he preocupado por nada, que se escapó y me abandonó a propósito? Estoy tan enfadado que apenas puedo ver con claridad. No tengo ni idea de lo que podría hacer una vez que la tenga en mis manos.

Perdí la cabeza durante la misión de esta noche solo por ver una *foto* suya. ¿Qué va a pasar cuando esté a solas con ella, viva, respirando, real? El autocontrol va a ser bastante difícil si pongo mis manos sobre esa mujer.

Mi *suite* tan familiar, me parece ahora extraña. Las paredes cubiertas de libros, el equipo de entrenamiento y ejercicio que

guardo aquí, el escritorio y el espacio de oficina, mi pequeña cocina...

Una oscuridad inconfundible se agita bajo mis costillas, y no hay forma de detener lo que viene después. Estoy demasiado perdido.

Vuelco muebles, arranco cristales y cerámicas de los armarios hasta que el cristal y la porcelana rotos cubren el suelo de mi cocina, y arranco el relleno de las almohadas. Estoy a unos treinta segundos de prender fuego a mi estantería cuando el horror interrumpe mi crisis y la verdad me golpea en la cara.

Estoy haciendo una imitación espectacular de mi padre. Lo único que falta es una botella de *whiskey*, una mujer golpeada yaciendo inmóvil en el suelo, y una versión de mí mismo con diez años mirando a través de una rendija en la puerta del armario.

Entrelazo las manos detrás del cuello y agacho la cabeza.

¿Por qué Shane tuvo que elegirme?

Mi teléfono vibra contra mi muslo. Alguien ya reservó mi boleto de avión. Los detalles del vuelo parpadean, burlándose de mí.

¿Cómo diablos se supone que voy a mantener mi historia personal con Harper Brennan fuera de esta ecuación?

Quiero hacer un buen trabajo, pero la falta de cierre de aquella noche en el callejón me persigue.

No sé por qué.

Harper y yo no somos amigos. Tampoco somos amantes. Excepto por esa noche hace tres años y el beso en el bar, no hemos compartido ninguna experiencia significativa.

El anuncio de su compromiso con Finn rompió algo dentro de mí. La parte que fingía que estaba bien existiendo en las afueras de su vida, observando desde lejos, pero rara vez interactuando. La parte que actuaba como si prefiriera follarme a cien mujeres antes que a la única mujer que me volvía loco. La parte que me decía que no estaría celoso del hombre que Thomas y Shane finalmente eligieron para que se casara con ella.

No es que quiera casarme con Harper.

No se trata de eso. Se trata de la forma en que me besó esa noche. Recuerdo cada detalle, y solo puedo decir: ¿qué demonios?

En un momento, estaba bebiendo *shots* con cinco mujeres y, al siguiente, intentando averiguar cómo la chica que vive gratis en mi cabeza había aparecido de alguna manera en el mismo bar que había elegido al azar.

Como no creo en las coincidencias, me acerqué a hablar con ella. Estaba allí esa noche por una razón, y quería saber cuál era. ¿Hice un buen trabajo averiguándolo? No. Pero era de esperarse. Cada vez que estoy a menos de tres metros de Harper Brennan, las palabras salen disparadas de mi boca, digo lo que sea y, por lo general, me ignora o se marcha.

Nada de lo que ocurrió esa noche fue como lo anticipé.

No esperaba perder el control de mi estúpida boca y molestarla sobre Finn. No esperaba que me tirara vino a la cara. Y desde luego no esperaba seguirla afuera, empujarla contra la pared y meter mi lengua en su boca.

Se suponía que iba a ser un simple beso, algo que he compartido con más mujeres de las que puedo contar. En cambio, me contagió una enfermedad que mató mi apetito por cualquier otra mujer que no fuera ella y dejó mi cerebro, así como otras partes clave de mi cuerpo, en un extraño estado de atrofia.

La forma en que me tocó. Ese cuerpo suave y flexible. Su delicioso aroma. Los gemidos que emitía contra mi boca, incitándome a hacerlo con ella en un callejón como un maldito perro en celo. La deseaba tanto que me ofrecí a llevarla a casa. Le habría suplicado si fuera necesario.

Lo más loco es que aceptó.

Excepto que, al final, Harper Brennan nunca tuvo intención de irse a casa conmigo.

Me engañó.

Cuando pienso en lo fácil que fue engañarme, me dan ganas de ponerla sobre mis rodillas, darle unas nalgadas hasta que su trasero se ponga rojo cereza y luego follármela hasta que me suplique perdón.

Harper me hizo quedar como un idiota esa noche, y no sé si alguna vez la perdonaré por eso.

Aunque al menos se supo la verdad. Harper puede intentar ocultarlo, pero también me desea. Ninguna mujer puede fingir ese tipo de reacción. Y a pesar de que si nos hubieran atrapado podríamos haber acabado en problemas, me besó de todos modos.

Con entusiasmo.

Anhelaba mi contacto tanto como yo el suyo. Y, aun así, huyó.

Se escondió en el trópico mientras yo corría por todo el estado como un idiota, aterrorizado por si alguien la había secuestrado.

Si los hombres de Enzo no la encuentran primero, quizá les ahorre el trabajo y la mate yo mismo.

Agarro un taxi en la mansión y voy al aeropuerto JFK con todos esos pensamientos dando vueltas en mi cabeza.

Esta será mi primera misión fuera del estado para Shane, y estoy nervioso por múltiples razones.

La primera siendo que no confío en mí mismo cuando estoy cerca de ella.

Aunque estoy furioso, tengo los nervios destrozados por la preocupación y sé que ella necesita protección, no confío en mí mismo para no abalanzarme sobre ella en cuanto la encuentre. Ya quiero arrastrarla como un cavernícola a mi habitación y darle una lección por huir de mí de esa manera.

Tampoco confío en mí mismo para llevar a cabo esta misión sin dejarme llevar por mis jodidos sentimientos hacia ella.

Si no encuentro la manera de recomponerme, podría cometer un desliz y revelar al resto de la familia lo mucho que me gusta esta chica.

Y *ese* es el peor escenario posible al que no estoy preparado para enfrentarme.

Capítulo 4

Harper

—*Dish Waikiki*. ¿En qué puedo ayudarlo? —Sostengo el teléfono entre la oreja y el hombro, pero apenas puedo oír lo que dice el cliente por el ruido del restaurante. Si bien me gustaría decir que los martes por la tarde no suelen ser muy ajetreados para nosotros, en Waikiki todas las tardes lo son.

El restaurante de los Fukuoka, que ofrece productos directamente del campo a la mesa, es una estructura independiente con aspecto de choza con vistas al mar. El edificio es medio abierto, con suelos de madera clara, arte indígena hawaiano en las paredes y un olor delicioso y contagioso que se extiende por la playa, atrayendo a surfistas hambrientos y vacacionistas de verano que han pasado el día bajo el sol.

Un patio exterior se extiende desde un lado del edificio, pavimentado con losas y bordeado de antorchas y brillantes flores de hibisco fucsia. A veces, tenemos música en vivo de artistas locales y otras veces hago de DJ desde el iPad que guardo en el mostrador de la recepción junto a la puerta.

Aunque es una cosa tan pequeña, nunca antes había tenido el control de algo como la música en un restaurante. Elegir qué emisora escuchará todo el mundo es una emoción inesperada. Hoy, elijo la música. Quizá si me quedo con los Fukuoka el tiempo suficiente, también podré opinar sobre el diseño del próximo uniforme del personal dentro de uno o dos meses.

No *odio* los uniformes actuales, pero tampoco me encantan. Camisas con botones y estampado floral sobre pantalones cortos oscuros para los hombres y faldas oscuras del mismo largo para las mujeres. A los miembros masculinos de nuestro personal les queda genial.

Como Benjamin Hinx, *Binx* para los iniciados, un hombre de casi treinta años, con gafas, educado, pero un dolor en el trasero. La camisa del personal consigue que su extrema delgadez parezca elegante.

Y el uniforme le queda sencillamente genial a Jay Choi. Tiene una piel perfecta y limpia, un cabello sedoso y la cara más bonita que he visto nunca en un hombre. Incluso con el uniforme de *Dish*, podría pasar por una estrella del *K-pop* en un video musical.

La última integrante de nuestro equipo de atención al cliente es Anna Carlos. Tiene unos profundos ojos color avellana que piden a gritos ser complementados con otros tonos tierra, pero la camisa azul y la falda negra que la acompaña no los resaltan como podrían.

Por suerte, como soy la *hostess*, puedo vestirme de forma un poco diferente. Podrían haberme obligado a llevar el mismo uniforme que Ernie, Zeke, Lulu y Wyatt, que trabajan en la cocina y todos llevan *Crocs*.

Esos zapatos son horribles. No me importa lo cómodos que sean.

—Son dos *poke bowls*, un *katsu curry* y una hamburguesa con queso para niños. —Leo el pedido para llevar que acabo de ingresar en el sistema—. La hamburguesa con queso viene con jugo de manzana, refresco de máquina o POG. ¿Cuál prefiere?

—¿Qué es POG?

Por desgracia, como soy la *hostess*, tengo que responder a preguntas repetitivas de los turistas hasta el fin de los tiempos. Pero esta pregunta es mi favorita. Tampoco sabía lo que era el POG hasta que empecé a trabajar aquí.

—Jugo de maracuyá, naranja y guayaba.

—Tomaremos el POG.

—Genial. Tardará unos cuarenta y cinco minutos. Lo tendremos todo listo en la entrada cuando lleguen...

Un estruendo enorme perturba el ambiente. Brinco y todas las miradas del lugar se dirigen hacia el caos que se está produciendo justo detrás de mí.

Cuando me doy la vuelta, veo a Binx sosteniendo un anuncio de precaución amarilla de plástico. En el suelo, Anna, rodeada de charcos de colores del arcoíris y una cascada de cristales rotos, se agarra el tobillo y hace una mueca de dolor.

—Alguien derramó agua. Iba a agarrar el anuncio cuando Anna resbaló y... —Binx se calla cuando Mike y Paul Fukuoka aparecen desde atrás para evaluar los daños.

Juntos, sacan a Anna de la zona de peligro y la llevan a la parte de atrás, con el tobillo cada vez más hinchado. Lulu y Wyatt aparecen con escobas y un trapeador, y me piden que me encargue de las mesas de Anna.

A pesar del caos y la lesión de Anna, recuerdo lo mucho que he llegado a amar trabajar aquí.

De donde vengo, el verdadero trabajo en equipo no existe. Al menos, no para las mujeres. La mafia se basa en el poder y el control.

Cuando empecé la preparatoria, mi cuerpo empezó a cambiar, y también lo hicieron las miradas que la gente me daba. Especialmente, la de los hombres. Soy el tipo de persona que suele perderse en su propia imaginación, así que no me di cuenta de que mi aspecto estaba madurando más rápido que mi cerebro.

Mi padre sí.

Y más o menos al mismo tiempo que Riley expresó su interés en trabajar como informante para él, él mostró interés en enviarme a mí también a realizar misiones. Al principio, estaba emocionada.

Como gemela extrovertida, estaba ansiosa por demostrar mi valía cuando me propuso mi primer trabajo. Estaba dispuesta a hacer todo lo que veía hacer a Riley, pero Thomas Brennan no quería que investigara ni hiciera mandados.

Quería que distrajera a alguien. A algún asesino cualquiera en algún club cualquiera.

Todavía recuerdo sus instrucciones.

«Habla despacio. Alarga las palabras. Sonríele y tócale la ropa. Enseña un poco el escote y las piernas».

Tenía diecisiete años y estaba emocionada por pasar tiempo en un club de verdad, aunque fuera menor de edad. Me halagaba que los hombres me miraran. «*Debía de ser linda*», solía pensar, si destacaba entre ellos en una sala llena de mujeres maduras y hermosas. Tomaba su perversión como un cumplido.

Estaba tan orgullosa de mí misma, sintiéndome muy adulta, hablando con ese ejecutor como me había pedido mi padre. Completamente ajena al hecho de que, a solo unos pasos, detrás de una puerta cerrada que el asesino se suponía que debía vigilar, los agentes de los *Reyes Irlandeses* estaban brutalizando a su jefe hasta matarlo.

Mi padre utilizó a sus hijas adolescentes para que le ayudaran a matar a un hombre. Utilizó a Riley para vigilar al objetivo y encontrar el mejor momento para el asesinato, y me utilizó para burlar la seguridad del objetivo.

Esa fue la primera vez.

Después de eso, los trabajos de Riley parecieron cambiar, pero los míos nunca lo hicieron.

Los míos siempre consistían en utilizar mi cara y mi cuerpo para extorsionar, herir o incluso matar a personas. Que me asignaran una responsabilidad normal, como sentar a los clientes o sustituir a una compañera que se había resbalado y caído, me parece surrealista.

Ahora, cuando le doy la bienvenida a la gente, esbozo una sonrisa auténtica. No una falsa que sirva de distracción para que uno de los *Reyes Irlandeses* pueda meter una bala entre los ojos de alguien.

—Siento mucho la espera. ¿Qué les puedo traer? —Casi canto a las mujeres de la mesa cinco, sacando la libreta que guardo en el bolsillo.

Las mujeres parecen tener unos cuarenta años y, por su parecido, es probable que sean hermanas.

—Es nuestro cumpleaños —informa la rubia con una sonrisa radiante—. El sábado cumplimos cuarenta y uno y hemos decidido pasar la semana de nuestro cumpleaños juntas en Hawái.

«Cumpleaños».

El mío y el de Riley acaba de pasar hace poco.

Siento un nudo en el estómago. Es una señal. Tengo que llamar a mi hermana.

Después de poner su orden en el bar, salgo al patio. Hay un rincón tranquilo y apartado en un lado donde algunos de los empleados de cocina se toman sus descansos para fumar.

Mientras me dirijo hacia allí, el teléfono en mi bolsillo se vuelve más pesado con cada paso que doy. Una gota de sudor se forma en mi nuca.

Aunque sabía que le haría mucho daño, tenía claro que era la forma más cruel de hacerle saber que me iba a casar con el hombre de sus sueños, invité a Riley a mi cena de compromiso hace seis meses. En ese momento, llevábamos más de tres años sin hablarnos. Y rompí nuestro silencio invitándola a una gran cena sin mencionar el motivo.

Aunque intentó ocultar su reacción, me di cuenta de que el anuncio de mi próxima boda con Finn la afectó mucho. Me sentí muy mal por haber provocado ese momento, pero necesitaba observarla para saber si su enamoramiento por él seguía vivo.

Su expresión, aunque fugaz, no dejó lugar a dudas. Mi gemela seguía enamorada de Finn, mientras que yo no tenía ningún interés por él.

Al final, saber eso influyó en mi decisión de huir.

Tres meses atrás, volví a llamar a Riley para pedirle consejo cuando estaba a punto de tomar la decisión de huir. El plan consistía en desahogarme, contarle que nuestro padre me había obligado a casarme y pedirle perdón por haberla hecho sufrir una y otra vez desde que éramos adolescentes, aunque causarle dolor era lo último que quería.

Pero cuando contestó, pude oír la traición en su voz. Al final, no pude decir ni una palabra de la verdad. En cambio, balbuceé sobre mi vestido de novia y una diadema con diamantes, actuando exactamente como la persona egoísta que cree que soy.

Mis pies se detuvieron.

¿Y si estoy pensando sobre esto de la manera errónea? Cuando Thomas Brennan se enfada con alguien, no escatima en gastos a la hora de vengarse.

¿Y si está controlando las llamadas de Riley, *esperando* que sea tan tonta como para llamar a mi hermana? ¿Y si la llamo y ambas acabamos enfrentándonos a la ira de Thomas Brennan?

La brisa de la tarde me agita el cabello alrededor del rostro. Me lo coloco sobre la oreja y mi atención se aleja de mis propios problemas y se dirige hacia un numeroso grupo de clientes que se encuentra justo delante de mí. Están discutiendo sobre algo y un hombre corpulento en un extremo de la mesa semicircular parece estar demasiado borracho cuando se tambalea hacia el pasillo, balanceándose a plena luz del día.

—Repite eso —dice con voz arrastrada a alguien que sigue sentado.

Mi ansiedad aumenta unos cuantos grados. De donde vengo, las peleas en los bares acaban con los ejecutores borrachos sacando sus armas y disparándose unos a otros.

Otro tipo se levanta de la mesa.

—Steve, cálmate...

—Solo porque te vas a casar, crees que eres mejor que yo. —El llamado Steve empuja al otro hombre.

Me quedo paralizada en el sitio. Tengo que correr dentro y agarrar a Mike y a Paul, ya que claramente se está produciendo la segunda emergencia aquí atrás, pero mis piernas no se mueven.

Los peatones que pasan por nuestro patio se detienen para mirar y ver qué es todo ese alboroto.

Estoy tan concentrada en los curiosos que tardo demasiado en darme cuenta de que Steve se acerca pesadamente hacia mí con una mirada loca y caótica.

—Aquí mismo, preciosa. —Su mano se curva hacia mí como si fuera a estirarse y agarrarme el trasero.

Me preparo para un impacto que nunca llega y parpadeo ante la escena que tengo adelante.

Ahí está el borracho Steve, a punto de agarrarme, con la mano extendida congelada en el aire entre nosotros.

Unos dedos gruesos y fuertes sujetan la muñeca de Steve.

Esos dedos pertenecen a un hombre sentado en una mesa para dos a mi izquierda. Está de espaldas a mí, pero incluso desde ese ángulo puedo ver que es un tipo fornido, con músculos bien definidos.

Cuando se levanta, me supera en altura por una cabeza y media. Hombros anchos. Un torso bien esculpido con una proporción musculosa perfecta. Muslos gruesos y un trasero firme.

Sus largas piernas sobresalen de unos pantalones cortos estampados, mostrando unas pantorrillas musculosas. No sé qué tienen las pantorrillas musculosas de un hombre que me atraen tanto, pero maldición, lo hacen.

Mi piel se estremece en alerta. Hay algo en este desconocido que despierta en mí una atracción instantánea que solo había experimentado en las novelas románticas.

—¿Quién eres? —Steve intenta tirar de su brazo hacia atrás, no obstante, el otro hombre se niega a ceder ni un centímetro.

No puedo ver la cara del tipo, solo unos rizos oscuros y sueltos recortados bajo una gorra de béisbol y la suave columna de su cuello, acentuada por tendones y venas. Aprieta el agarre, luego gira el brazo de Steve hacia un lado y lo golpea contra una roca aún caliente en la que servimos nuestros filetes de primera calidad.

Steve lanza un grito salvaje de dolor cuando la placa caliente le quema el brazo pálido, impregnando el aire con el olor acre de piel y cabello quemados. Tras unos cuantos gritos más de pánico, el hombre misterioso lo suelta.

Steve se aleja tambaleándose, acunando su brazo. Dos hombres se levantan de su mesa, uno corpulento con barba de chivo y otro delgado justo detrás de él.

—¿Qué demonios te pasa? —espeta el hombre de la barba de chivo al desconocido, casi echando espuma por la boca—. Podría hacer que te arresten por esto.

El hombre misterioso no se inmuta.

La mirada del tipo de la barba de chivo me golpea como un chorro de agua en la cara. Se me acerca y me agarra bruscamente por el hombro.

—¡Trabajas aquí, así que deja de estar parada y ponte a trabajar! ¡Esto es una mierda! Más te vale hacer algo rápido o si no...

Con un gruñido sordo, el hombre misterioso lo golpea en la cara con su enorme puño.

Los gritos se repiten por todo el patio. Los clientes saltan de sus asientos. Los peatones sacan sus teléfonos para grabar.

Reprimo el impulso de correr y esconderme.

Esto es malo. Y podría empeorar fácilmente.

El hombre misterioso tiene que parar antes de que alguien llame a la policía. No puedo verme involucrada en nada que tenga que ver con la autoridad. Si mi familia se entera, puedo decirle adiós a mi nueva vida.

Sus acciones deberían haber acabado con mi atracción. En cambio, siento cómo el calor pulsa por mis venas.

Culpo a mi crianza. En las familias mafiosas, la violencia es una forma de vida. Valoramos a los hombres que pueden cuidar de sí mismos y defender a otros.

Esto no debería excitarme. Se supone que debo dejar atrás mi antigua yo.

El desconocido le da un codazo en la cara al chico delgado, que retrocede tambaleándose. Por la cascada de sangre que le corre por la camiseta, supongo que le rompió la nariz.

«¿Quién demonios es este tipo?».

A pesar de la hemorragia nasal torrencial, el chico delgado se abalanza sobre el hombre misterioso por segunda vez. Como si hubiera coreografiado el movimiento de antemano, mi defensor agarra a ambos hombres por la cabeza y los golpea entre sí como si fueran cocos, con tanta fuerza que les provoca una conmoción cerebral a ambos.

Inclina la cabeza de forma depredadora, y el movimiento me recuerda algo. En silencio, lo insto a que se mueva para poder verle la cara. Si no fuera por su rápida y violenta intervención, mi trasero se habría convertido en el juguete del borracho Steve.

Aunque... no me quejaría si el hombre misterioso me tocara un par de veces. A pesar de que ciertos tipos de violencia me revuelven

el estómago, no puedo ignorar a un hombre que se ha ensangrentado los nudillos por mí.

Mi memoria vuelve a sonar, desenterrando imágenes de aquella otra vez en mi vida en la que un hombre golpeó a alguien para defenderme.

Las alarmas suenan en mi mente cuando el desconocido se quita la gorra y empieza a girarse hacia mí.

Cuando por fin veo su rostro, mi cerebro se bloquea. Una sorpresa aguda y metálica me atraviesa como un machete.

«Esos ojos verdes...».

—Imposible. —La palabra se me escapa de la boca sin mi permiso.

«Esa sonrisa engreída. Esos labios adictivos...».

El desconocido es Cian Mahoney, quien ha venido a arruinar mi vida.

«Maldición».

Capítulo 5

Cian

Pensé largo y tendido sobre cómo sería encontrar a Harper Brennan. De hecho, fue en lo único que pensé durante las ocho horas de vuelo de *New York* a Honolulu.

Sin embargo, la escena que imaginé en mi cabeza no se parecía en nada a esto.

No había pelea de bar. Harper no estaba allí de pie con un vestidito negro, mirándome boquiabierta como si fuera su peor pesadilla hecha realidad.

Cuando nuestras miradas se cruzan, mi cerebro se va a otro lado, como un huevo líquido que se desliza por una rebanada de pan tostado. Estoy aquí, en mis *shorts* para nadar y con una camisa hawaiana que compré en el aeropuerto después de bajar del avión esta mañana, involucrado en un duelo de miradas con el objeto de mi obsesión.

La mujer que jugó conmigo.

Estoy agotado. Decir que estoy enojado más allá de lo razonable sería quedarse corto. Al mirar a Harper ahora, todo el peso del caos que desató en mi psique se derrumba sobre mí de golpe.

Todas esas noches inquietas y solitarias. Todas las preocupaciones y los horribles escenarios que inventé en mi cabeza, enfurecido y tan aterrorizado de que le estuvieran pasando cosas indescriptibles.

Estoy tan furioso con ella por hacerme pasar por esto que se me cierra la mandíbula. No recuerdo otra ocasión en la que la ira me

consumiera de esta manera, y mi furia tiene una única causa.

No llamó.

Estoy aquí, en medio del maldito Océano Pacífico, rastreando su bonito culo hasta los confines de la tierra, actuando como si a *mí* me hubiera dejado plantado en el altar en lugar de a mi mejor amigo... Todo porque no tuvo la decencia humana de hacerme saber que estaba bien. Y cuando digo a mí, me refiero a nosotros. Y cuando digo nosotros, me refiero a las personas que merecen saber dónde está y si está bien, como su hermana y su exprometido.

Como yo.

Una nueva oleada de rabia me recorre el cuerpo. Abro la boca para hablar, pero mi cerebro exaltado no es capaz de articular una frase coherente. Sé que la única forma de calmarme lo suficiente como para hablar con ella es desahogándome. Por suerte, tengo varios participantes dispuestos viniendo hacia mí.

Aparto la mirada del hermoso rostro sorprendido de Harper. Tendremos una pequeña charla agradable una vez que me haya calmado lo suficiente como para...

Un puño vuela hacia mí y agarro la muñeca del idiota antes de que llegue a mi mandíbula.

El tipo fornido gruñe sorprendido justo antes de que le doble el brazo hacia atrás lo suficiente como para sentir cómo se disloca la articulación. Un grito sale de su garganta. El sonido es casi tan desagradable como esa cosa desaliñada que tiene en la cara y que se parece vagamente a una barba de chivo.

Sin soltar su brazo, lo empujo contra sus compañeros. Gritos de sorpresa resuenan a mi alrededor cuando tres de ellos caen sobre una mesa, arrastrando consigo el mantel, la comida humeante y las bebidas heladas.

Exhalo un poco. La mayor parte del aire de mis pulmones permanece atrapado allí, cautivo de la ira ardiente que me quema la sangre. Es un milagro que haya encontrado a Harper, solo para que nuestra reunión sea interrumpida por *Idiota Uno, Idiota Dos* y su séquito de imbéciles.

Hago crujir los nudillos y me dirijo a zancadas hacia el montón de clientes ruidosos que yacen en el suelo, jadeando.

En el pasado, cada vez que se me concedía la oportunidad de compartir la misma habitación con ella, siempre se centraba en un millón de cosas que no tenían nada que ver conmigo. Como sus estúpidas amigas del club, o la próxima fiesta que iba a organizar, o el idiota de turno con el que coqueteaba.

Y ahora resulta que tengo una misión en solitario que la concierne, y *estos estúpidos* aparecen de la nada para crear una distracción no deseada.

Meto el puño bajo el cuello del tipo fornido, lo levanto del suelo, lo arrastro hacia la valla decorativa que separa el patio de este restaurante de las aceras abarrotadas de turistas y lo lanzo por encima.

Los turistas dan un salto y se apartan mientras lanzo a ese hijo de puta a la calle. Grita en señal de protesta, pero apenas lo noto, porque he metido las manos bajo los cuellos de los dos amigos del fornido y los arrastro para que se le unan.

Cuando termino, me doy cuenta de que todas las miradas y las videocámaras están dirigidas hacia mí.

Genial. Golpear a estos tipos me ayudó a calmarme, algo que necesitaba desesperadamente.

Lo que no necesito en absoluto es que me haga viral.

Es hora de agarrar a Harper y sacarla de aquí.

Mi corazón se acelera. Las cosas se han salido de control y Harper sin duda estará molesta. Le doy permiso completo para que me regañe. *Después* de que haya follado mi verga unas cuantas veces como castigo por preocuparme.

Así es.

En algún lugar entre *New York* y aquí, perdí la batalla contra la lujuria y me resigné al hecho de que mi deseo por esta mujer debía satisfacerse al menos una vez durante esta misión.

Exhalo y me giro, solo para descubrir que Harper se ha ido.

Otra vez.

Joder...

Salgo disparado del patio y me sumerjo en la lenta multitud que transita a pie por Waikiki. Las sirenas suenan cerca. Los malditos clientes del restaurante me grabaron con sus cámaras, lo que

significa que a la policía no le costará nada encontrarme entre esta multitud.

Si no encuentro a Harper y nos saco de aquí, estamos jodidos.

La irritación me rasga la piel como uñas afiladas.

Encontrarla la primera vez ya fue bastante difícil.

En cuanto bajé del avión, me di cuenta de que encontrarla, incluso en una isla tan pequeña como esta, sería todo un reto. Dejó su antiguo teléfono en *New York* la noche que desapareció, así que no podía rastrearla por ese medio.

La foto que apareció en la computadora de De Luca la mostraba relajándose en la playa, pero esta isla tiene más de cien playas, ninguna de ellas equipada con cámaras de CCTV.

A instancias de Shane, traje suficiente dinero en efectivo para contratar a un investigador privado. *Por si acaso*, dijo. Pero ¿quién tiene tiempo para eso? Harper fue lo suficientemente inteligente como para escapar de los *Reyes Irlandeses*. Dudo que un investigador privado pudiera localizarla con rapidez, especialmente, si se cambió el nombre.

Encontrarla dependía de usar lo que sabía sobre ella. Su interés más obvio es la moda. Harper Brennan viste como si acabara de salir de una pasarela de Milán. Pensé que dondequiera que estuvieran los artículos de diseñador, ella no estaría muy lejos.

Por suerte para mí, solo hay dos lugares en Oahu que tienen tiendas que venden ese tipo de artículos de diseñador.

El centro comercial Ala Moana y Waikiki.

Registré el centro comercial, una colonia de hormigas humanas al aire libre y cubierta, sin éxito. Nunca había visto un centro comercial tan extenso, laberíntico y confuso.

Hacia el mediodía, me dirigí a Waikiki, el centro turístico de la isla, y recorrí Kalakaua Avenue, la bulliciosa calle principal de la zona. Recorrí la avenida dos veces, revisando Coach, Cartier y todas las demás tiendas de lujo de la zona. Probablemente asusté a más de una mujer rubia hasta que me di cuenta de que no eran Harper.

Al poco tiempo, mi estómago empezó a protestar y me dirigí al restaurante más cercano, uno con vistas a la calle y a la playa para poder seguir observando el lugar. Me senté en la terraza y miré por

la ventana. Como por arte de magia, apareció, con un gafete con su nombre y un vestido negro profesional que le llegaba justo por encima de las rodillas, con su cabello dorado suelto y su piel brillando con su nuevo bronceado.

Incluso el puto sol logra besarla más que yo.

Mi cabeza se gira hacia la derecha. El camino está lleno de coches y turistas semidesnudos en ciclomotores alquilados que conducen en una sola dirección. Con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, escaneo la acera opuesta. Allí, la acera es recta y ancha, pero en este lado, el pavimento serpentea de un lado a otro. Las antorchas bordean el camino y sus llamas iluminan toda la calle como la entrada a una fiesta hawaiana. El crepúsculo comienza a cubrir la zona, bañándola todo en una bruma de tonos pastel.

Pintoresco, pero también el montaje más incómodo posible. La acera congestionada me atrapa. A menos que arrolle a un montón de gente y antorchas con mi cuerpo, estoy atrapado.

La multitud fluye hacia una intersección más adelante. La gente espera a que cambie la señal del paso de peatones, y mis músculos se tensan cuando mi mirada se posa en una ansiosa Harper Brennan, que rebota sobre las puntas de los pies y pulsa repetidamente el botón de *paso*.

Sus hombros se tensan de repente, como si alguien la hubiera apuñalado.

Lentamente, mueve la cabeza. Una vez que nuestras miradas se cruzan a través de la multitud que nos separa, su cuerpo se estremece, revelando un miedo profundo e instintivo.

El pánico se refleja en sus profundos ojos azules.

Se me revuelve el estómago. Me tiene miedo.

Las semillas del trauma pasado brotan en el suelo de mi mente.

El terror tiembla en unos ojos tan verdes como los míos. Cabello castaño rojizo empapado en sangre. Las súplicas casi silenciosas de mi madre mientras ruega por su vida.

Harper me observa de la misma manera que mi madre miraba a mi padre, momentos antes de que yo decidiera matarlo. Como si estuviera aquí para herirla.

Esa comprensión me golpea en el corazón.

No sé por qué me duele su miedo, porque no debería. Es inteligente por preocuparse.

Cuando Harper tenía diecisiete años, fue reina del baile de graduación. Cuando yo tenía diecisiete años, maté al hombre que me engendró sin pensarlo dos veces.

Aun así, la frustración brota dentro de mí como lava cuando se da la vuelta y corre hacia un mar de turistas.

Cuando Harper huyó de *New York*, supe que estaba tratando de escapar de su boda. Mierda, *yo* también estaba tratando de escapar de su boda. Así es como terminé en el bar la noche que nos besamos.

Su desaparición me volvió completamente loco, sin embargo, en ese momento no era algo personal.

Ahora, lo es.

Porque no está huyendo de su boda.

Está huyendo de *mí.*

Por desgracia para ella, no volverá a escapar de mí una segunda vez.

Aunque me cueste la vida, Harper Brennan no se escapará.

Que se vaya preparando cuando la atrape, porque realmente me ha enfadado.

Capítulo 6

Harper

¡Mierda! ¡Mierda, mierda, *mierda*!

¿Por qué nunca me apunté al gimnasio ni practiqué ningún deporte de carrera en la preparatoria?

Si Cian no me mata, toda esta actividad cardiovascular lo hará. Estoy jadeando y moviéndome tan rápido como puedo mientras esquivo carriolas, familias riéndose, parejas que se toman *selfies* y adolescentes ruidosos que congestionan el camino peatonal junto a la calle principal. Siento que mis piernas están corriendo, pero sé que prácticamente estoy gateando en comparación con la velocidad a la que necesito ir.

La luz del día que se desvanece me ayudará un poco, aunque no lo suficiente. Los hombres como Cian son *criaturas* de la noche. Se vuelven más malvados, inteligentes y mortíferos cuanto más oscuro se pone afuera. Créeme, sé de estas cosas.

Tengo que llegar a la camioneta y salir rápidamente de aquí.

¿Cómo pude ser tan estúpida? Lo vi desde el otro lado de la habitación en el bar la noche que escapé, y ni siquiera estaba en mi campo de visión. Dos meses de libertad ya han opacado mi radar de peligro.

Los músculos de mis piernas palpitan por el esfuerzo mientras corro por la acera tan rápido como puedo. Estoy un poco desorientada, pero recuerdo dónde me estacioné. Si consigo evadir a Cian el tiempo suficiente para perderlo, daré media vuelta y escaparé.

Un dolor helado me atraviesa el pecho.

¿Y si Finn está con él? Mi melancólico y letal exprometido...

Si Cian y Finn me están esperando, no hay forma de que escape de mi destino. Ocurrirá una de estas tres cosas: me llevarán de vuelta a *New York*, me obligarán a casarme con Finn aquí mismo o me matarán por resistirme a las opciones uno o dos.

Quiero gritarles a los coches que pasan a toda velocidad, a los turistas en ropa de playa, recién salidos de una tarde de *surf*. ¿Por qué no puedo ser normal? ¿Por qué mi vida tiene que ser una maldita película de acción?

Y si mi vida tiene que ser una película de acción, ¿por qué no puedo ser la heroína en lugar de la damisela en apuros? Quiero esconderme en el baño más cercano y permitirme tener un ataque de pánico que dure cinco años.

Estoy a punto de arriesgarme a cruzar el tráfico para alejarme un poco cuando una mano me agarra con fuerza por el antebrazo. Cian me jala hacia atrás y me gira hasta que quedamos cara a cara.

El miedo vibra bajo la superficie de mi piel.

Aunque tiene cuidado de no herirme, los dedos enfurecidos que se aferran a mi antebrazo me dicen lo duro que puede llegar a ser. Cómo podría romper cosas frágiles con un simple movimiento de muñeca.

Cosas frágiles como yo.

Sus ojos brillan en la penumbra, encendidos por una rabia indescriptible. A pesar de eso, mantiene su ira bajo control. Nunca me ha dado la sensación de que esté a punto de perderlo.

Hay algo más que brilla en su mirada, casi como dolor, pero eso es ridículo. Es evidente que estoy viendo cosas que no existen.

Los pocos segundos que pasan se sienten como horas mientras permanecemos inmóviles, en un momento frágil y tenso. Ambos sabemos que Cian está aquí para arrastrarme de vuelta al infierno.

Los peatones pasan a nuestro lado, ocupándose de sus asuntos como si fuéramos una pareja normal viviendo un momento tenso. Debería gritar. *¡Secuestrador! ¡Violador! ¡Criminal suelto!*

En cambio, mi boca se niega a articular palabras. Mi atención permanece fija en su rostro frustrado.

El calor que irradia de mi cuello y mis mejillas se vuelve tan intenso que podría encender una de las antorchas que hay a los lados del camino peatonal. No es así como debería actuar una cautiva fugitiva localizada por su captor, ¿verdad? Debería ser valiente, fuerte, decidida y tan desafiante como lo fui durante las semanas que pasé planeando esto.

En realidad, siento una horrible y casi abrumadora necesidad de disculparme, lo cual es absurdo. Cian es el que está aquí para arruinar mi vida, no al revés.

Incluso si pudiera salir de esta hablando, ¿qué diría?

Por favor, déjame ir, Cian. Te prometo que, si no le dices a nadie que me has encontrado, yo...

¿Qué, exactamente? Humillarme solo funciona si a la persona a la que me humillo le importo un comino.

Para Cian, solo soy una misión. No hay nada que pueda ofrecerle que sea más valioso para él que su responsabilidad con los *Reyes Irlandeses.*

Lo que significa que estoy imaginando el cálido brillo oculto en sus ojos. Estoy imaginando la forma en que jala mi brazo hacia adelante solo un poco, casi como si me guiara hacia su abrazo, como si quisiera abrazarme con fuerza.

El agarre de mi brazo se afloja y desaparece por completo, dejando mi piel fría donde antes estaba su palma caliente.

¿Por qué la visión de él vestido con una camisa hawaiana básica estampada y unos *shorts* de playa enciende mi cuerpo? Va vestido como un novio en su luna de miel, no como un tipo que suele llevar dos pistolas en una funda contra el pecho.

Su aire de Romeo hawaiano da la impresión de que mi perseguidor es un tipo normal en lugar de un asesino entrenado.

Antes de huir en la víspera de mi boda, nunca había dejado plantado a un hombre en una cita.

Ser mujer en el mundo actual sigue siendo terrible a veces. Nos han enseñado a comportarnos educadamente y tener en cuenta el bienestar emocional de los hombres, incluso si están cometiendo un delito contra nosotras. Ese lavado de cerebro está tan arraigado que siento culpa en mi interior cuando me alejo de Cian.

Después salgo corriendo por la calle.

—¡Harper! —Cian grita mi nombre.

Las bocinas estruendosas me dejan sorda, los faros me calientan la piel y los coches se desvían para evitarme. Cruzo corriendo una carretera de cinco carriles, con la mirada fija en la acera de enfrente. Mi corazón late tan rápido que ni siquiera lo siento.

No me doy cuenta de lo mucho que me tiemblan las piernas hasta que llego al otro lado.

Cuando miro por encima del hombro, el tráfico sigue fluyendo. Cian está de pie en la acera donde lo dejé, tan enfadado que sus hombros suben y bajan con el esfuerzo.

A pesar de las varias filas de coches en movimiento que nos separan, el fuego de su ira me quema la piel. Ya estaba enojado conmigo y ahora lo molesté aún más.

Si ese tipo vuelve a ponerme las manos encima, mi vida tal y como la conozco habrá terminado. Mi libertad también.

No puedo permitir que eso suceda. No lo haré.

Después de mi loca maniobra en el tráfico, perder a Cian es fácil. Doy la vuelta y me dirijo a un feo estacionamiento público en una calle paralela de Waikiki. Una camioneta blanca con el logotipo de *Fukuoka Farms* a un costado espera entre un cacharro rojo y un Lexus nuevo. Jean y Tony me dejan tomar prestada esta camioneta para ir y volver del trabajo en *Dish*.

Me meto en la cabina y casi beso los asientos. Todavía temblando, arranco el motor, salgo disparada del estacionamiento y me largo de Waikiki.

Después de una eternidad de semáforos interminables y calles congestionadas, me incorporo a la autopista. Estoy demasiado nerviosa para encender la radio. Escucho el ruido de la autopista mientras la luz se desvanece en una oscuridad húmeda y estrellada, e intento calmarme.

Mi cerebro está atrapado en una caída libre salvaje. La inquietud me corroe como la punta de un cuchillo arrastrándose por la superficie de mi piel.

¿Qué demonios hago ahora?

Oahu es una isla pequeña. Cian está aquí y ya sabe dónde trabajo. Si bien hoy logré escapar de él, no se rendirá.

Es tan probable que deje de buscarme como que yo me entregue a él en bandeja de plata. Ambos nos tomamos muy en serio nuestras respectivas motivaciones, lo que significa que para conservar mi libertad tendré que ser más lista que él.

Sin embargo, ¿cómo voy a hacer *eso*?

Todavía tengo suficiente dinero para comprar un boleto de avión y empezar de nuevo en otro lugar. Pero, ¿dónde? ¿Cómo voy a salir de la isla sin que me atrapen?

Golpeo el volante con la palma de la mano y me planteo hacer lo mismo con mi cara.

¿Por qué siempre me falla la parte de terminar lo que empiezo? Nunca pienso las cosas hasta el final. Mi cerebro se concentra hasta un 75%... y luego se va a pescar.

Pensé en todos los detalles logísticos para escapar de mi familia en *New York* y venir a Hawái; lamentablemente, no pensé en qué haría si me encontraban.

Un error estúpido por mi parte.

Los *Reyes Irlandeses* tienen más poder, alcance e influencia que la mayoría de las familias mafiosas de la Costa Este. Shane Gallagher incluso tiene un departamento tecnológico en el que Rory desarrolla instrumentos para ayudar a la familia a hacer mejores negocios, lo que básicamente significa cometer delitos de formas cada vez más ingeniosas.

Podría haber huido al espacio exterior y aun así me habrían encontrado. El hecho de que creyera que podía construir una vida lejos de todo eso me parece ahora increíblemente tonto.

Se me hace un nudo en la garganta y me seco las lágrimas que se acumulan en el borde de mis ojos.

Incluso si pudiera escapar de la isla, ¿adónde iría? La ansiedad que me produce la idea de empacar mis escasas pertenencias y volar a un destino nuevo y desconocido amenaza con abrumarme. Acabo de empezar a adaptarme a una nueva vida aquí, con gente que me importa. No quiero empezar de nuevo.

No obstante, si me quedo aquí en la isla, es solo cuestión de tiempo para que Cian y los demás me encuentren.

¿Y los Fukuoka? Todavía puedo imaginar la confusión en los rostros de Mike y Paul cuando los dejé plantados antes.

Y Jean y Tony... *Ugh*, me han tratado con tanta amabilidad. Me dieron un trabajo y un lugar donde quedarme. No quiero involucrarlos en mis problemas.

Lo mejor es ausentarme del trabajo durante unas semanas y esconderme. Buscaré algún motel de carretera y me quedaré allí catorce días seguidos. Con suerte, me esconderé tan bien que Cian y los demás se cansarán de buscarme o creerán que me les escapé de las manos y hui a otro lugar.

Una vez que se hayan ido, podré volver a mi vida aquí. Solo hay un problema con este plan... ¿Cómo voy a saber cuándo se han ido mis captores? No es que Cian me vaya a enviar un mensaje de texto diciéndome que se rindió y que se va a casa.

Incluso si descubriera una forma de saber cuándo es seguro dejar de esconderme, ¿cómo les explicaría mis acciones a los Fukuoka?

Con todo este comportamiento errático, probablemente pensarán que soy una vagabunda con antecedentes penales o una adicta en recuperación que acaba de sufrir una recaída y ha desaparecido en una juerga durante unas semanas.

¿Y cómo podría explicárselo?

«No, lo juro. Solo soy la hija fugitiva de un miembro de alto rango de una poderosa y peligrosa familia mafiosa de la Costa Este. Mi padre envió a unos asesinos entrenados para que me capturaran, pero los despisté y ahora todo está bien, así que estoy lista para volver al trabajo».

Mientras conduzco por la carretera, el miedo y la desesperación me desgarran.

Estoy condenada.

Después de mirar por centésima vez sin ver nada sospechoso, dejo que mi espalda se relaje contra el asiento mientras el sol se hunde en el horizonte.

Lo único que no me gusta de mi trayecto al trabajo es conducir de noche de vez en cuando. Normalmente, hago el turno de la mañana y vuelvo a casa a media tarde, llegando antes o al atardecer.

En *New York* nunca oscurece. Sí, el sol se pone, pero hay farolas cada metro y medio. Hay luces de la ciudad parpadeando por encima y alrededor, todas las noches, todas las semanas, todos los meses del año.

Oahu no es así. No hay suficientes luces de la ciudad para recrear un sistema solar. Especialmente, en la Costa Norte. Aquí es donde la isla se vuelve más remota. Aquí se hace de noche. *Oscuridad* total. Oscuridad absoluta, lo que significa que solo los dos cortos y brillantes pasillos creados por los faros de mi coche atraviesan el crepúsculo circundante.

Conducir de noche por el campo es prácticamente como una película de terror.

Mi corazón da un vuelco cuando una rama de árbol se balancea con el viento. También podría prescindir de las espeluznantes sombras.

La anticipación crece en mi interior a medida que acorto la distancia entre mí y la casa de los Fukuoka. Aunque sé que esta noche probablemente sea la última que los vea, estoy ansiosa por volver.

Si los *Reyes Irlandeses* vienen por mí por eludir mi deber, si una novia fugitiva les importa tanto como para enviar agentes al Pacífico para traerme de vuelta a casa, entonces no tendrán ningún problema en amenazar o matar a cualquiera de mis seres queridos como incentivo para que coopere.

No puedo darles esa oportunidad.

Más adelante, diviso el camino de tierra que conduce a la parte trasera de la casa de los Fukuoka.

Mientras maniobro la camioneta para entrar en el camino, una figura alta aparece de la nada en mis faros.

Grito como si tuviera unos pulmones del tamaño de la cabina de esta camioneta y giro el volante tan bruscamente hacia la derecha que la camioneta casi da una vuelta en U de regreso a la calle. Piso

el freno, lo que lanza mi torso hacia el tablero con más fuerza de la que esperaba. El cinturón de seguridad evita que sufra una conmoción cerebral, aun así, mi visión sigue girando en la oscuridad antes de volver a aclararse.

La puerta del lado del conductor se abre con un chirrido. El horrible ruido metálico suena lejano para mis oídos, que aún zumban. Cuando mi pecho deja de agitarse y reúno fuerzas para asomarme, espero encontrar a Jean o a Tony o a la persona que invitaron a cenar y a la que casi atropellé con esta camioneta, pero en cambio...

—Sal. —Cian me contempla con el ceño fruncido. Con la elevación de la camioneta, él y yo estamos a la misma altura, y su mirada demoníaca se clava en la mía.

—¿Cómo me encontraste? —Es un milagro que sea capaz de hablar mientras me ahoga un miedo mayor que el que jamás he sentido.

El terror se apodera de mi corazón como el puño de mi padre y aprieta, oprimiéndome con tanta fuerza que podría romperme la columna vertebral.

—Ahora. —Esa sola palabra me convierte en piedra.

Me quedo paralizada, igual que cuando lo vi en el patio hace unas horas.

¿Cómo me encontró?

Detrás de su corpulenta figura, la casa de los Fukuoka permanece a oscuras.

¿Significa eso que... las personas que están dentro están muertas? ¿Me estaba preocupando por qué decirles a mis nuevos y amables amigos cuando estaban muertos desde el principio?

Cian mete un brazo impaciente en la cabina y busca a tientas el cinturón de seguridad en mi cadera. Me agarra por la cintura y me saca de la camioneta.

No puedo respirar. Esto es... esto es demasiado.

En cuanto mi pie toca el suelo, mis piernas se doblan y pierdo el conocimiento. Mi mente se sumerge en la oscuridad y lo último que escucho es su voz áspera y exigente.

—Vendrás *conmigo.*

Capítulo 7

Cian

Las mujeres hacen muchas cosas ante mi presencia, pero ninguna se había desmayado antes. Si fuera otro tipo de imbécil y no supiera lo alarmante que es que una mujer quedara inconsciente del terror, el acto podría haberme halagado.

En cambio, el desmayo de Harper me deja petrificado durante unos buenos noventa segundos. Me paso todo ese tiempo luchando contra la embestida de recuerdos no deseados.

Estoy de pie con ella desplomada sobre mi brazo en la puerta abierta de una vieja carcacha oxidada que sigue en marcha y que podría volver a la carretera, porque Harper no puso el freno de mano después de intentar atropellarme.

Supongo que debí de haberla asustado muchísimo.

Cuando se desmayó, pensé que estaba fingiendo para distraerme. Luego, pensé que estaba muerta. Eso demuestra lo alterados que tengo los nervios. Llevo meses estresándome por esta mujer. Se desmaya una vez y todo mi sistema se vuelve loco.

Sorprenderla por la noche, a pie, como en una película de terror, no era exactamente como imaginaba nuestro reencuentro.

Aspiraba a mantener las cosas eficientes y profesionales. Encontrar a Harper. Llegar al aeropuerto. Volver a casa antes de que mi lujuria o mi ira tomaran las riendas y el control. Sin embargo, nunca imaginé que verla la asustaría hasta el punto de desmayarse, maldición.

La culpa y la incertidumbre me atraviesan las costillas.

Su pecho sube y baja, suave y sereno, como si estuviera en paz. Exhala aire entre los labios, haciendo un ruidito burbujeante, como… Espera. *¿Está dormida?* La cabeza de Harper se mueve de un lado a otro. Se le escapa un pequeño ronquido cuando inhala.

Me cuesta todo mi esfuerzo no reírme a carcajadas. Primero, se desmaya ¿y ahora se queda dormida en mis brazos? Disfruto de lo ridículo de la situación durante unos segundos más, antes de que la diversión muera de forma rápida y abrupta.

Ver a Harper durmiendo, respirando... me transporta a aquella noche en el hospital, después de la última vez que mi madre colapsó. El recuerdo me golpea y se me forma un nudo gigante en la garganta. Intento tragar saliva, pero no puedo.

Esa fue la última vez que vi los ojos verdes de mi madre.

Haría cualquier cosa por no volver a sentirme tan impotente.

La camioneta sigue en marcha, Harper está inconsciente y probablemente yo esté dando una imagen de criminal. Atraigo el resto de su cuerpo hacia mí, me inclino hacia la cabina de la camioneta y la deposito en el asiento del copiloto antes de subirme al volante. Hay otras tres camionetas estacionadas detrás de esta casa, así que ahí es donde pienso estacionar esta.

Lo primero que hice después de perder de vista a Harper en Waikiki fue buscar el restaurante donde trabajaba.

Así es como descubrí *Fukuoka Farms*. Después de varios minutos buscando en Google el negocio y merodeando por sus redes sociales, encontré lo que necesitaba: una foto de los propietarios de la empresa y un grupo de trabajadores agrícolas reunidos a su alrededor, todos felices con piñas gordas y doradas en sus manos.

Vi su inconfundible rostro en el extremo derecho. El pie de foto debajo de la imagen de Harper decía *Elena Dane.*

Lo adiviné. Una nueva identidad.

Harper utilizaba su segundo nombre como apellido.

Una vez que encontré la granja, conduje directamente hasta allí, pensando en irrumpir en la oficina del lugar y buscar su solicitud de empleo, que supongo que guardan en sus archivos. Ese formulario contendría una dirección local.

Cuando llegué, parecía que la familia se disponía a salir por la noche. Estaba a punto de irme cuando Harper entró con su camioneta en el camino de entrada y casi nos mata a ambos.

La palanca de cambios encaja en la posición de estacionar, con un ruido lo suficientemente fuerte como para despertarla. Mis ojos se fijan en el lugar donde su cabeza descansa contra el reposacabezas.

No se mueve.

Cuando abro la puerta del lado del pasajero, esta rechina. Harper murmura algo inaudible, pero no abre los ojos. La levanto del asiento y la vuelvo a cargar en brazos.

Debo parecer un idiota, caminando por una carretera a las afueras durante la noche, llevando en brazos a una mujer inconsciente como si fuera una maldita princesa. Solo espero que podamos volver a mi coche sin incidentes.

Sería un momento *horrible* para que los hombres de Enzo me tendieran una emboscada. Eso es en lo que debería concentrarme, en estar muy alerta y atento a nuestro entorno.

En cambio, lo único en lo que soy capaz de enfocarme es en Harper.

El peso de su cabeza golpeando contra mi pecho. La forma en que la línea de sus hombros se curva perfectamente en mi brazo. La parte inferior de sus rodillas frescas, mis dedos presionando su suave piel, su aroma a jazmín cosquilleando mi nariz.

Hace que mi corazón se acelere, preguntándome si se despertará mientras la llevo en brazos.

¿Se resistiría a mis brazos o lo permitiría, acurrucándose más contra mí?

Solo de pensarlo mi verga se endurece. ¿A esto he sido reducido? ¿Estoy tan privado de sexo que un medio abrazo me excita? Me alegro mucho de que Harper esté inconsciente.

Si los chicos en casa supieran, se burlarían sin parar. No me dejarían en paz.

Más adelante, veo el maletero de mi coche de alquiler, con la pintura brillando a la luz de una solitaria farola medio apagada.

Quería un Audi, pero lo mejor que tenían era un Porsche Macan blanco, el *peor* color para un vehículo.

Tan llamativo. Peor que el rojo, en mi opinión.

La tensión entre los omóplatos hace que mi postura sea aún más rígida al acercarme a la puerta del copiloto. Veo mi reflejo en la ventana.

Parezco tan intenso y peligroso como la obsesión sexual que siento por ella. Es absurdo, lo sé. Es la hija de mi jefe. La que fue prometida de mi mejor amigo.

Ahora mismo, también es una traidora y una vergüenza para la familia.

Y, sin embargo, ver a Harper Brennan en el asiento del copiloto de mi coche, aunque esté dormida y nos encontremos a miles de kilómetros de casa, es un milagro.

Siempre quise tener la oportunidad de pasar más tiempo con esta mujer.

Y ahora es toda mía hasta nuevo aviso.

La idea se va directo a mi polla

Después de acomodarme en el asiento del conductor, le echo un vistazo a su rostro angelical.

Como si mi mirada le picara, Harper frunce los ojos y parpadea varias veces. Sus labios se juntan y se separan mientras vuelve lentamente a la consciencia.

Parpadea, observando por la ventana del copiloto, al tablero y, entonces, mientras la expectación vibra en mi pecho, su atención se centra en mí.

Nuestras miradas se cruzan bajo el suave resplandor de las luces de la consola.

Su expresión somnolienta se agudiza. El suave suspiro de su respiración cambia el aire entre nosotros. Y entonces las lágrimas brotan y se derraman por sus mejillas.

La imagen es tan inesperada que me sumerge directamente en una caída libre emocional. Odio ver llorar a una mujer. Lo peor de todo es que no soporto la idea de ser el motivo de esas lágrimas.

Mi pecho se oprime, constriñendo mis entrañas.

Los dolorosos sollozos de Harper me desgarran los oídos.

—Eres tú... —Se lleva las rodillas al pecho y apoya la cabeza sobre ellas, con los hombros temblando—. *Oh,* Dios.

¿*Esta* es su reacción al estar a solas conmigo?

Mi corazón se hunde. Y mentiría si dijera que mi orgullo no fue herido.

—Lo mismo digo, Brennan. —Pongo el coche en marcha y acelero hacia la carretera oscura y solitaria.

Una de las manos de Harper agarra el tablero, la otra al reposabrazos de la puerta. La tensión de sus músculos transmite *miedo*, alto y claro.

—¿Qué estás haciendo? —Tiene los ojos llorosos y frenéticos, casi *encogiéndose* de miedo contra la puerta—. Deja de lloriquear.

Con voz temblorosa, espeta:

—¿Adónde me llevas?

Mi estado de ánimo se desploma rápidamente. Aprieto el volante con fuerza, con los nudillos tensos.

—A casa.

Harper lanza un grito de impotencia tan pequeño y desgarrador que pierdo la compostura por un segundo.

Y dentro de mí... ¿Mi corazón está fuera de control? ¿Qué demonios está pasando ahí dentro?

Lucho contra el impulso de mirarla mientras las lágrimas caen como una cascada de sus ojos azules. Gime una vez como un animalito acorralado.

Odio el sonido de una mujer angustiada. Me vuelve loco, carajo.

Mi sien derecha palpita con los fantasmas del pasado. Me estoy alterando.

Cuando miro de reojo, Harper está usando su teléfono.

Me abalanzo sobre el dispositivo y se inclina para esquivarme, golpeándome el brazo con más fuerza de la que esperaba.

—¿A quién demonios estás llamando...?

—A nadie. —Su voz, aún distorsionada por la congestión provocada por las lágrimas, tiene una sorprendente agudeza—. Estoy avisándoles a mis arrendadores de que estaré... fuera por un tiempo.

Dice *arrendadores* como si se refiriera a *amigos*.

Una gota de culpa se desliza por mi interior.
Mierda.
No es así como quería que sucedieran las cosas.

Capítulo 8

Cian

Cuando termina de escribir el mensaje, le arrebato el teléfono de su regazo, bajo la ventanilla y lo lanzo a la oscuridad.

Se me queda viendo boquiabierta, con los ojos vidriosos y sonrojada, mientras me concentro en la carretera. La sensación de su mirada sobre mí vuelve a excitarme.

Enciendo las luces de emergencia y reduzco la velocidad hasta detenerme en un costado. Estaba tan ansioso por ponerme en marcha que olvidé introducir la dirección que me enviaron los *Reyes Irlandeses* en el GPS del coche.

A decir verdad, me cuesta toda mi fuerza de voluntad concentrarme en conducir y no tirar a Harper al asiento trasero para que le dé un buen *tour* a mi polla.

Mi cerebro pasa de la lujuria a la ira y viceversa tan rápido que no puedo seguirle el ritmo.

«Compórtate como un maldito profesional».

—¿Dónde estamos? —pregunta justo cuando pulso el botón de *ir* del navegador.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —Al menos se han detenido sus lágrimas—. Solo soy un turista.

Harper resopla, acurrucándose más en el hueco entre el asiento del copiloto y la puerta.

Por si acaso, activo el seguro para niños.

Se estremece ante el suave ruido y me lanza una mirada fulminante.

Sonrío.

—La seguridad es lo primero.

—Jódete.

Creo que nunca había oído a Harper Brennan maldecir. Al menos, no palabrotas fuertes. No encajaban con su reputación de hija perfecta y alegre en *New York*. Quizás ahora sea diferente. Por un momento, dejo que mi mirada recorra su cuerpo, deslizándose por sus labios y su barbilla, bajando por la curva de su cuello hasta sus clavículas y el valle entre sus senos.

Irradiando un aire desafiante, Harper cruza los brazos sobre su pecho. Sus mejillas se sonrojan y su pecho sube y baja más rápidamente a medida que su respiración se vuelve más superficial.

Se me aprieta el estómago. Imposible. No puedo estar interpretándola correctamente. Porque si lo estoy, está mostrando signos de excitación.

Un rayo de lujuria me atraviesa y el depredador que hay en mí gruñe.

«Si está lo suficientemente despierta como para sentirse excitada, está lo suficientemente despierta como para tomar mi polla».

Aprieto el volante con los dedos e inhalo por la nariz. En lugar de decirle que se vaya a la mierda o que me folle aquí mismo, me encuentro diciendo:

—Hawái te sienta bien.

Dios. ¿Acaba de usar un truco mental *Jedi* para que le hiciera un cumplido?

—Ojalá pudiera decir lo mismo. —Desvía la mirada de mí.

—Qué linda. —Su descaro desencadena una nueva oleada de lujuria. Siempre intuí que bajo la apariencia de chica buena de Harper se esconde un fuego, y ardo en deseo de experimentarlo de primera mano.

Reprimo el impulso de agarrar su rostro y atraer sus labios hacia los míos.

—Irritante, pero lindo. —Harper se acomoda en su asiento y apoya la cabeza contra la ventana—. Érase una vez, Harper Brennan decidió huir a un lejano reino isleño llamado Hawái y convertirse en

una nueva persona llamada Elena Dane. ¿No podrías haber sido un poco más creativa y no usar tu segundo nombre?

Me lanza una mirada incómoda.

—¿Cómo sabes mi segundo nombre?

—Sé más sobre ti de lo que crees.

Frunce la nariz.

—Bueno, eso es horrible.

—Qué lástima. —Me aclaro la garganta—. Y, por cierto, tu seudónimo no te queda. Creo que es mejor que seas tú misma.

Apago las luces de emergencia y vuelvo a incorporarme a la carretera.

El navegador indica que estamos a solo quince minutos de la dirección. Sigo las indicaciones en silencio hasta que ya no puedo más.

—¿Por qué *Elena*?

—Ya que sabes tanto sobre mí, ¿por qué no te lo preguntas a ti mismo?

En este momento, solo estoy divagando para que siga hablando. Lo cual es una mierda, ya que Harper claramente preferiría clavarse alfileres en los ojos antes que mantener una conversación civilizada conmigo.

Pasamos varios minutos en silencio.

Echo un vistazo a la cara derrotada de Harper, pero no me devuelve la mirada.

Ni una sola vez.

Esto es lo que odio de ella. Es mi pirómana, me prende fuego por dentro y luego desaparece y me deja quemándome solo. El contraste entre cómo me afecta y cómo no le importo hace que quiera echar la cabeza hacia atrás y aullar.

No es que me *importe* ella. Solo lo digo.

Se abraza un poco más fuerte.

—¿Está... Finn contigo?

«¿Me está preguntando por Finn?».

La posesividad destella en mi estómago. ¿No me digas que está molesta, porque me asignaron para ir tras ella en lugar de a *él*?

Su pregunta me molesta demasiado como para merecer una respuesta. Espera unos segundos antes de hacer otra.

—¿Quién más vino contigo?

—Vine solo.

Me mira con recelo.

—¿Esperas que lo crea?

—Shane y los demás saben que estoy aquí para protegerte, pero eso es todo. —No es del todo cierto, aunque no necesita saberlo.

A pesar de que no sé si me cree, se queda callada hasta que me detengo frente a una casa de playa cercada, en algún punto de la costa norte de Oahu.

Cuando vuelve a hablar, el pánico en su voz aumentó varios niveles.

—¿Qué tan tonta crees que soy?

—¿Teniendo en cuenta que huiste de la mafia? Bastante tonta.

Cuando bajo la ventana y tecleo el código, una brisa marina tropical llena el coche. Los sonidos del océano fluyen desde la parte trasera de la propiedad como una canción de cuna, pero el rítmico romper de las olas no consigue calmar a Harper.

La verja se abre, permitiéndonos entrar y dejándonos a ambos sin palabras.

Los arbustos de buganvilia con flores rosas y moradas nos dan la bienvenida. Entrelazadas con guirnaldas de luces, las plantas enredaderas dan a toda la entrada un cálido resplandor mientras se curva en círculo justo delante de la casa.

La casa de la playa es un paraíso posmoderno de dos pisos con ventanas de suelo a techo por todas partes, no obstante, la propiedad queda completamente oculta a la vista por la valla cubierta de setos, lo que proporciona máxima privacidad.

Aprieto la mandíbula. ¿*Este* es el lugar que los *Reyes Irlandeses* prepararon para nosotros? ¿Un maldito refugio para una luna de miel? Es casi como si mi trabajo *quisiera* que me follara a Harper Brennan.

—¿Qué es este lugar? —susurra con asombro.

—Vamos a descubrirlo.

Estaciono el Porsche en la rotonda, desbloqueo las puertas y salgo del vehículo. En cuestión de segundos, estoy en el lado del copiloto, pero antes de que pueda abrir la puerta de Harper, intenta golpearme con esta al abrirla ella misma.

En cuanto sale del coche, se lleva las manos a los codos. Se está sujetando a sí misma. Me le acerco y da un paso atrás.

—Harper —suspiro su nombre con exasperación—. Entra.

La desconfianza se apodera de su expresión.

—¿Esperas que crea que estás aquí para *protegerme*? —Da otro paso atrás, con el miedo y la ira reflejados en su rostro—. ¿De qué, Cian? ¿De tiburones? ¿De tortugas marinas? ¿De turistas borrachos?

Me pellizco el puente de la nariz para evitar responderle bruscamente.

Es obvio que no tiene ni idea de que los De Luca la persiguen. Y en un día como hoy, la ignorancia es realmente una bendición.

—Mira. Yo...

—¡Deja de mentirme! —exclama Harper, *grita* de verdad. Sus ojos cortan como navajas de afeitar—. Si no estás aquí para llevarme de vuelta a *New York,* ¿entonces qué demonios haces aquí?

De acuerdo, ya es suficiente.

Acorto la distancia entre nosotros con tres rápidos pasos, le agarro del bíceps derecho y la arrastro hasta la puerta principal.

Protesta durante todo el trayecto por las escaleras y al cruzar el umbral. Apenas me fijo en el candelabro que cuelga en la entrada ni en las cálidas baldosas marrones a nuestros pies.

La preciosa decoración interior tampoco parece distraer a Harper.

—¿Qué demonios hacemos aquí?

En cuanto entramos, la empujo hacia la puerta, la cierro y la inmovilizo con mi cuerpo en un mismo movimiento.

Acabó con lo poco que me quedaba de autocontrol, y está a punto de descubrirlo.

Por las malas.

Con mis manos presionadas contra la madera a ambos lados de su cara y mi torso apretado contra el suyo, por fin tengo toda su atención. Esos claros ojos azules están muy abiertos y fijos en mí, como debe ser.

—Deja de hacer preguntas. —No puedo detener el beso que me muero por darle desde la última vez que nos vimos. Pero cuando mis labios se acercan a los suyos, gira la cara en el último segundo. No pasa nada. En lugar de eso, mis labios bajan por su cuello.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Qué acabo de decir?

—¿Por qué te comportas así?

La impaciencia ruge dentro de mí.

—*¿Por qué?* —Apoyo mi frente contra la suya, sujetándola en su sitio—. Porque no he follado a nadie en meses.

—¿Y eso qué tiene que ver *conmigo*?

—Desde aquella noche que nos besamos en el bar. *Tú* tienes la culpa —gruño como si fuera un maldito animal salvaje. Y quizá lo sea. Quizá lo saca de mí—. Lo menos que puedes hacer es asumir algo de responsabilidad.

—¿Yo?

—Tú.

En su confusión, poso mis labios sobre los suyos. Pero los mantiene cerrados, aun protestando por este momento. Cuando me aparto de ella, ya está poniendo excusas.

—Pero no podemos... —Sus palabras me hacen cosquillas en la piel.

—Claro que podemos. Ahora deja de hablar y abre la boca.

La indignación se refleja en sus bonitos rasgos.

—No lo haré...

Mi verga está tan hambrienta de ella que no sé cómo contenerme. Aprovecho su boca abierta y meto mi lengua dentro.

Se queda paralizada durante medio segundo antes de ceder.

Volver a besar a Harper es como sumergirse en un lago helado y en un charco de lava al mismo tiempo. La sensación de su dulce boca, de su lengua entrelazada con la mía, es una descarga para el sistema, una oleada de electricidad que recorre mi espina dorsal y llega a cada terminación nerviosa.

Este beso es tan bueno como el primero. Quizás incluso mejor. Sus labios suaves y flexibles me invitan a saquearlos, y sus curvas amortiguan mi cuerpo de una manera que destroza mi autocontrol.

Presiono más cerca, disfrutando de la sensación de sus senos aplastados contra mi pecho y su vientre acunando mi polla palpitante.

Quiero beberla como si fuera una droga adictiva. Ahogarme en ella y no volver a salir a la superficie.

Demonios, estoy tan perdido por esta mujer. Me pregunto si alguna vez podré dejarla ir.

La próxima vez que le permito tomar aire, evalúo su expresión.

Una expresión desafiante y confusa me devuelve la mirada.

—Gritaré.

Su amenaza carece de fuerza. Sonrío mientras coloco una mano en su culo y la atraigo aún más hacia mí. Su respiración se entrecorta cuando doblo las rodillas para poder frotar mi longitud contra la unión de sus muslos.

—¿Es eso una promesa?

No es que me importe mucho.

Ahora que tengo a Harper Brennan en mis manos, puede que nunca la suelte.

Capítulo 9

Harper

Me cuesta mucho sorprenderme, pero estoy descubriendo que Cian Mahoney tiene un don para ello. *Atónita* es la única forma de describir mi estado mientras me sumerjo en esta extraña realidad alternativa en la que Cian me inmoviliza contra la pared de este precioso bungaló frente al mar, con su longitud dura entre nosotros.

Nada de esto tiene sentido.

Estoy cien por ciento segura de que está aquí para llevarme de vuelta a *New York.*

También estoy segura de que ninguna de las órdenes de Shane incluía la instrucción de arrastrarme a una casa en la playa y besarme apasionadamente.

Seguro que el líder de los *Reyes Irlandeses* nunca dijo: "Cian, cuando la encuentres, empújala contra la puerta y métele la lengua en la garganta".

Entonces, ¿por qué está haciendo esto Cian?

Y lo que es más importante, ¿por qué a mi cuerpo le gusta tanto?

Un solo roce de sus labios y la electricidad me recorre de arriba a abajo.

Hablando de abajo, ¿por qué tuvo que agarrarme el trasero?

Es la parte más sensible de mi anatomía, aparte de mi...

«¡No viene al caso, Harper!».

No, la cuestión es que Cian perdió la cabeza.

Voló a Oahu para llevarme de vuelta a *New York*, no para tener una sesión *sexy* de besos conmigo.

Y, sin embargo...

Me agarra la nuca con sus fuertes dedos. Esa muestra casual de dominio mientras seduce mi boca hace que la lujuria se agite en mi vientre, casi como el zumbido de haber bebido demasiadas copas de vino. Luego, sus dedos se deslizan por la parte posterior de mi cráneo, enredándose en mi cabello y sujetando mi cabeza en su lugar mientras su lengua continúa sumergiéndose y retirándose en un ritmo que imita el sexo, encendiendo cada célula nerviosa como el *Rockefeller Center* durante la temporada navideña.

Acariciándome el trasero con la otra mano, me atrae hacia él hasta que me siento a horcajadas sobre su muslo. El contacto hace que el calor llegue directamente a mi clítoris. Cuando mueve la pierna hacia adelante, la deliciosa presión es a la vez excesiva e insuficiente. Persigo la fricción con un gemido grave, y el sonido inesperado me sorprende tanto que me alejo de él y me cubro los labios con la mano para detener sus besos.

Nuestras pesadas exhalaciones hacen vibrar el aire al unísono, igual que lo hicieron hace unas horas cuando me alcanzó en la calle.

Dios mío. Soy un maldito desastre. Necesito controlarme, pero él no me está dando suficiente espacio.

Una de sus manos permanece hundida en mi cabello, mientras que la otra sigue agarrándome el trasero, manteniéndonos juntos cuando lo que realmente necesito es que alguien ponga un continente entre nosotros.

Esto es absurdo. Este tipo está aquí para arruinarme la vida y, sin embargo, casi me lo follo con la ropa puesta.

Adjudiqué nuestro último beso a que estaba eufórica por la ansiedad de mi inminente fuga y ligeramente borracha por una copa y media de vino blanco.

Esa excusa se esfumó en un instante. Aceptar dos minutos con el hombre en un callejón oscuro está muy lejos de lo que está pasando ahora.

Pero, aunque estoy muy confundida y excitada, no puedo permitirme perder la compostura.

Ningún beso desviará mi búsqueda por preservar mi libertad.

Por increíble que sea.

Hasta que mi respiración se calme, me niego a mirarlo a los ojos.

No puedo. La posibilidad de lo que podría encontrar en esas profundidades verdes me aterroriza... Como la expresión enloquecida de un mujeriego hambriento de sexo.

Retrocedo a nuestra conversación anterior.

«¿Por qué actúas así?».

«¿Por qué? Porque no he cogido a nadie en meses».

«Desde aquella noche que nos besamos en el bar».

Está mintiendo. Tiene que estar mintiendo. Cian se acuesta con más mujeres en seis meses que la mayoría de los hombres en toda su vida. Es imposible que haya estado sin hacerlo desde la noche en que desaparecí... sobre todo cuando tenía a cinco mujeres esperándolo adentro.

Excepto... ¿y si no lo hizo? Y si no fue así, ¿cómo es mi culpa su abstinencia? ¿Mi atrevida huida causó tal revuelo que Cian sacrificó todo su tiempo libre para buscarme por todas partes, dejándolo sin energía para encontrar ligues convenientes?

«¿O está insinuando que nuestro beso lo arruinó para otras mujeres?».

Me regaño a mí misma por ese último pensamiento y finjo que no me gusta tanto como lo hace.

Cual sea la razón de su repentina sequía, ¿debo deducir por la forma en que se abalanzó sobre mí que planea utilizarme como su objetivo para esa agresividad sexual reprimida?

Siento una oleada de humedad entre mis piernas. Mi mente da vueltas y apenas puedo respirar. Por lo que sé, este imbécil planea partirme la vagina por la mitad, pero aquí estoy. Lista para firmar con un marcador permanente.

—Harper. —La voz áspera y aterciopelada de Cian al pronunciar mi nombre no debería sonar tan erótica, pero lo hace, y mucho.

—¿*Hmm*? —El ruido sale amortiguado detrás de mi mano.

—Te estás tapando la boca. —Su tono ronco seduce mis oídos, mientras su delicioso aroma a cedro almizclado juega con mi nervio

olfativo. Embriagador, picante, dulce y lo suficientemente masculino como para disolver la ropa de mi cuerpo—. ¿Estás bien?

—No... —Mi susurro es casi inaudible.

Debo de estar soñando. ¿De verdad Cian me acaba de preguntar si estoy bien?

Por lo que recuerdo, ningún hombre en la tierra me ha dicho nunca esas dos palabras.

Otro recordatorio más de por qué me fui.

Mi labio inferior tiembla en respuesta a la montaña rusa de acontecimientos recientes que empiezan a calar en mí. Su pulgar recorre la curva, trazándola con la ternura de alguien que se preocupa de verdad.

El suave beso que deposita en mi frente me arrulla en una falsa sensación de seguridad.

Qué absurdo.

Por dentro, me duele resistirme, mas estoy paralizada. Agotada. Confundida.

Mis facultades mentales están agotadas por preocuparme y repasar una y otra vez diferentes escenarios en mi mente. Intentando todo lo posible por cuidar de mí misma cuando lo único que sé hacer es depender de los demás para que lo hagan por mí.

Sus palmas acarician mis brazos de arriba a abajo y me quedo ahí, aceptando estos gestos suaves y tranquilizadores tal cual, porque no tengo la energía para resistirme.

No estoy bien. En absoluto.

Sin embargo, el hecho de que me preguntara si lo estaba, con preocupación brillando en sus ojos mientras me daba suaves besos en la cara... eso significa más de lo que probablemente debería.

Cuando sus enormes manos rodean mi cintura, me siento abrumada por lo mucho que esto significa para mí.

Es una tontería, lo sé. Solo porque lo haya dicho no significa que realmente le importe.

No obstante, quiero creer que sí. Y eso probablemente me asusta más que cualquier otra cosa.

Cuando no respondo, vuelve a decir mi nombre.

—¿Harper?

Algo que me dijo la noche antes de huir resuena en mi cabeza. Antes de que el pensamiento racional me alcance, repito sus palabras del callejón.

—Una noche.

Parece que hubiera sido hace años, aunque en este momento, ningún recuerdo podría estar más fresco en mi mente.

Su ceño se frunce por un instante antes de comprender. La sorpresa ensancha sus ojos. Luego, comienzan a arder.

—¿Estás segura?

Para nada. Pero lo suficientemente segura como para dejar la prudencia a un lado.

Le rodeo los hombros con los brazos y me pongo de puntillas.

—Sí.

Entonces, lo beso. Lo beso como siempre había soñado besar al hombre que se preocupaba por mí. Un hombre que me amaba.

Cian no es ese hombre, pero probablemente sea lo más parecido que encontraré, sobre todo teniendo en cuenta quién me espera al final del altar en mi casa.

Tanto si me obligan a casarme con Finn como si me venden a algún aliado menor de los *Reyes Irlandeses* por mi traición, *«estoy segura de que esta será mi última oportunidad de tocar a alguien, porque quiero y no porque sea de su propiedad».*

Mi corazón se retuerce, así que aparto ese pensamiento y me concentro en el presente.

Un presente en el que Cian me besa con entusiasmo, aplastándome contra la puerta y sacándome todo el aire de los pulmones. Me aferro a él con todas mis fuerzas mientras reclama mis labios, devastándome con su lengua y sus manos.

Sus besos me excitan tan rápido que pronto estoy gimiendo contra sus labios. Él también emite un ruido gutural, como una bestia hambrienta ansiosa por comer después de una larga hibernación y este aperitivo de besos.

Dios mío, este hombre sabe besar. Creo que podría hacer esto para siempre. Después de su muerte, su lengua debería conservarse y exhibirse en el *Smithsonian Museum.*

Una mano me acaricia el pecho. Su pulgar se desliza hacia adelante y hacia atrás sobre mi pezón, endureciéndolo hasta un punto de necesidad y haciendo que el calor pulse directamente en mi interior.

Deslizo mis manos por su espalda, memorizando sus músculos con el mismo entusiasmo. Cuando llegan a su cintura, me invade el impulso de hacer algo aterrador.

Agarrar el trasero de Cian. Es una obra de arte. Como la estatua de David.

Cediendo a mi atrevido impulso, mis dedos bajan más y encuentran sus glúteos. Son firmes y redondos, con músculos tonificados, y su gemido cuando los aprieto es el sonido más excitante que he oído en mi vida.

Su cuerpo se flexiona bajo mis dedos, lo que solo hace que me aferre con más fuerza. En respuesta, frota su longitud contra mi vientre.

Un anticipo de lo que está por venir, con énfasis en *venir*.

Como si hubiera escuchado el rumbo de mis pensamientos, desliza una mano por la tela de mi vestido. Sus dedos se deslizan por mi ombligo y bajan hasta la parte de la prenda que cubre ese lugar caliente y húmedo entre mis muslos. Con una delicadeza tentadora, Cian comienza a masajearme a través de la ropa.

Abro los ojos con sorpresa. Los ojos de Cian también están abiertos. Su mirada oscura y seductora me hipnotiza, haciendo que mi corazón lata aún más fuerte que antes. Observa mi rostro incluso mientras lo besa, como si analizara mi reacción.

—¿Quieres que te folle? —Cian sigue acariciándome mientras espera mi respuesta. Nuestros labios se separan, pero nuestras frentes y narices siguen tocándose.

No tengo la habilidad de hablar, así que solo asiento con la cabeza contra su rostro, con las mejillas en llamas.

Nadie me había hecho esa pregunta antes.

—Dilo, entonces —ordena mientras besa ese punto sensible debajo de mi oreja.

—Sí... —Mi palabra se transforma en un sonido que nunca había emitido antes, cuando me muerde el lóbulo de la oreja. Mi clítoris

hormiguea y mis caderas se retuercen mientras él sigue tocándome.

—Sí *¿qué?* —inquiere con un gruñido en la garganta, como si tuviera un motor acelerando en el pecho.

Estoy a tres segundos de decirle que me posea aquí y ahora, pero en cambio se me escapa una pregunta.

—¿Así es como sueles seducir a una mujer?

—No cambies de tema. —Vuelve a mis labios con tanto fuego que casi olvido lo que le pregunté.

—Bueno, ¿lo es?

Esta vez, cuando me gruñe, la irritación y la impaciencia se reflejan en su voz.

—*No*.

—¿Qué quieres decir con *no*? —Lo observo con incredulidad.

Pero entonces Cian presiona mi clítoris y mis ojos ruedan hacia atrás.

Ante el alza del placer, mi boca se abre.

—*Mierda*.

—Me gusta cómo maldices ahora cuando estás conmigo. —Su voz ronca enrojece mis mejillas como fuego—. ¿Ya es mi turno para hacer preguntas?

Mi cabeza cae hacia adelante sobre su pecho. Observo cómo sus dedos dibujan círculos sobre la tela que cubre mi coño.

—¿T-tienes p-preguntas para m-mí? —tartamudeo, avergonzada por lo borracha y mareada que sueno, solo por unas pocas caricias... Olvida a Cian. ¿Qué tan reprimida *estoy*?

—¿Cuántas pollas has probado desde que llegaste aquí? —Desliza los dedos bajo mi vestido y sigue acariciándome, esta vez sobre las bragas... que están húmedas por la excitación. Su boca caliente se traga el gemido que intenta escapar de mis labios.

¿Me está preguntando si he estado con alguien desde que escapé? ¿Por qué querría saberlo?

Cuando rompemos el beso, ambos estamos jadeando de nuevo. Cian me clava una mirada severa, como si la respuesta a esta pregunta fuera muy importante.

—¿Cuántos? —Rueda mi pezón entre el pulgar y el índice, y arqueo la espalda.

—Ninguno.

—¿Ninguno? —Sus dedos dejan de masajearme en ambas zonas.

—A diferencia de ti, no vine aquí por sexo.

Nos quedamos allí, enredados el uno en el otro, inmóviles, con la mirada fija.

Creo que es hora de recurrir a mi reserva secreta de confianza.

—Cian.

—¿Qué?

Me humedezco los labios y reúno valor.

—Quiero que me folles.

Un destello salvaje y violento se apodera de sus ojos. Me gira bruscamente para que quede de espaldas a él, mi frente hacia la puerta.

El miedo, la sorpresa y la anticipación se mezclan dentro de mí.

«¿De verdad me va a follar aquí mismo?».

Este momento es surrealista.

La madera fría de la puerta principal me asegura que esto es real. Con la mejilla y las manos apoyadas contra ella, me preparo para el impacto, pero sigo sin estar lista para lo que Cian hace a continuación.

Pasa la punta de la lengua desde el lóbulo de mi oreja derecha hasta la concha. Sus palmas calientes desaparecen bajo mi vestido y reaparecen en el dobladillo de mi ropa interior.

—Abre las piernas. —Empuja una pierna entre las mías, obligándome a abrirlas. Luego, me baja la ropa interior, dejándola suspendida entre mis muslos.

Con su mano derecha, rodea mi cintura y encuentra mi clítoris. Su piel desnuda sobre la mía me envía una descarga de puro éxtasis.

Jadeo contra la puerta y luego me sonrojo de vergüenza. No quiero que Cian sepa lo mucho que me afecta con solo sus dedos fuera de este mundo.

Su ego ya es bastante grande.

Hunde la cara en el hueco entre mi cuello y el hombro y vuelve a morderme.

—¿Es esto lo que tenías en mente?

Un gemido se me escapa, a pesar de mis esfuerzos por contenerlo.

Su lengua lame la piel que acaba de marcar.

—Dime lo que quieres.

Mis párpados se cierran hasta quedar entreabiertos mientras Cian trabaja mi clítoris como un maldito profesional.

Cuando su voz baja una octava, mi pulso se acelera.

—¿Y bien?

Sí. Y no. Quiero esto, aunque si soy sincera, también quiero más.

Lo quiero todo. Toda la experiencia Cian.

Pero, ¿cómo se lo digo? Ya agoté mi reserva de confianza para todo el año. Nivel de vergüenza: *un millón* por ciento.

Su dedo deja de moverse y mi cuerpo grita en protesta.

—¿Y bien? —repite suavemente.

No me preguntes cómo lo sé, porque simplemente lo sé... Si no respondo y le digo claramente lo que quiero, se detendrá.

Y podría morir si eso ocurre.

Me trago mi inquietud y fuerzo las palabras:

—Te quiero. Dentro de mí.

Capítulo 10

Harper

La sonrisa burlona de Cian me enfurece.

—¿Así? —Su rostro desaparece entre mi cabello mientras desliza uno de sus largos y gruesos dedos dentro de mí.

Una explosión de deseo estalla en mi interior. Apoyo las piernas para mantenerme erguida mientras él mueve ese dedo. El pulgar de su otra mano vuelve a rodear mi clítoris.

La lujuria y la excitación me invaden.

Los gemidos de placer se me escapan, uno tras otro.

Mis cuádriceps se contraen y tiemblan cuando Cian añade un segundo dedo y continúa su seductor asalto. Cuando curva ambos dedos, realmente susurro su nombre.

Se ríe contra mi hombro y juro que todo mi cuerpo se sonroja. Le encanta el control que tiene sobre mí.

Debería odiarlo, pero no consigo encontrar la motivación para que me importe. Apenas puedo mantener los ojos abiertos cuando empuja sus dedos más profundamente.

Ronronea en mi oído.

—No sabes cuánto tiempo he deseado escucharte decir mi nombre así.

El asombro atraviesa el pantano de placer en el que he caído, y la confusión me abre los párpados. Miro por encima del hombro con delirante confusión.

—¿Qué... qué significa eso?

La lujuria desnuda ha transformado la expresión de Cian. El hambre agudiza sus rasgos, su mirada intensa de ojos verdes se nubla de deseo.

—Quiero verte cuando te corras para mí.

—D-de ninguna forma. —La timidez se apodera de mí y aparto la mirada.

—Sí. —Esta vez, cuando hunde sus dedos dentro de mí, frota mi clítoris contra la palma de su mano.

—*Oh,* Dios. —El placer que me está provocando comienza a intensificarse.

—No me importa si nos lleva toda la noche.

—No quiero. —Lo desafío, inflexible.

Me muerde el lóbulo de la oreja otra vez.

—¿Por qué carajos no?

Trago mis gritos mientras sus dedos me penetran con más fuerza y empujo contra su mano, buscando más fricción. La deliciosa tensión sigue aumentando. Si sigue así mucho más tiempo, voy a correrme.

—Es personal.

—Dímelo.

Cuando no respondo, retira los dedos, dejando mi cuerpo palpitando de deseo. Me gira para que quede frente a él, presionando mi espalda contra la puerta.

Mis bragas siguen atrapadas entre mis muslos hasta que estrecho la postura y caen hasta quedarse colgadas de mis tobillos.

—Estoy esperando. —Sin apartar los ojos de los míos, se mete lentamente en la boca los dedos que acababa de tener dentro de mí y los chupa, y luego los lame como si fuera un plato que quiere saborear—. Tan deliciosa, tal y como sabía que serías. ¿Por qué no quieres que te haga correrte?

Sigo temblando un poco mientras mi ritmo cardíaco y mi respiración se ralentizan hasta alcanzar una velocidad manejable.

—Es privado. —Cruzo los brazos sobre el pecho, abrazándome para entrar en calor en ausencia del abrumador calor corporal de Cian.

—¿Por qué? —La irritación agudiza su voz—. ¿Para quién te estás guardando? ¿Para Finn?

Mis ojos se clavan en los suyos y el fuego estalla en mi vientre.

—¿Perdón?

—Me escuchaste.

—¿Por qué eres tan imbécil? —Por el amor de Dios. Quizás si Cian fuera un tipo más agradable, no me importaría que me hiciera correrme. Pero no lo es.

Cian Mahoney es una amenaza. Un mujeriego autoindulgente. Un *aprovechado*.

—¿Por qué eres un dolor en mi culo?

—¿Soy un dolor en *tu* culo? —Escupo las palabras—. ¿Qué tal esto? Me aventaré por un acantilado y tú podrás irte a casa y decirle a todo el mundo que morí. Así te librarás de mí.

Esta es la parte en la que debería irme enfadada, pero marcharme con la ropa interior colgando de mis tobillos me parece un ejercicio de humillación. Y me niego a manchar mi dignidad agachándome para subírmela.

En lugar de eso, me las quito y trato de irme.

Cian me bloquea con el brazo.

—¿Adónde crees que vas?

Su voz baja otra octava, generando miedo y una fascinación excesiva en mi pecho.

Ignoro su pregunta.

—Apártate.

Se mantiene firme.

—Esta vez no.

Me empuja contra la puerta de nuevo, colocando una de sus piernas entre las mías para impedir cualquier intento de escape.

Aunque lo odio con toda mi alma, la lujuria reavivada se eleva como el pan dentro de mí.

—Escúchame bien, pequeña fugitiva. —Presiona su frente contra la mía—. Me llevó meses localizarte. No voy a perderte por segunda vez.

Mi corazón da un vuelco nervioso. ¿Perderme? ¿Qué está diciendo?

La determinación oscurece sus ojos.

—Y *voy* a hacer que te corras, te guste o no.

Mierda. Los nervios revolotean en mi vientre como luciérnagas.

—Cian...

Cian interrumpe mi protesta colocando su mano debajo de mi rodilla izquierda y levantándome la pierna. Antes de que pueda exigirle una explicación, me introduce tres dedos con la otra mano.

Gruñe cerca de mi oído.

—Cállate y disfrútalo.

—Jódete.

Una avalancha de placer arranca otro gemido de mi garganta, anulando la dureza de mis palabras.

Cian se ríe de nuevo.

—Deberías saber que tus maldiciones solo me excitan más. Además, en realidad quieres que te folle, ¿no?

Hundo las manos en sus hombros, tratando de empujarlo, pero se inclina hacia mí. No puedo competir con la densidad de su cuerpo combinada con la gravedad.

Bajo la cabeza, negándome a darle la satisfacción de ver mi rostro mientras se acerca para destrozarme. Ver su antebrazo musculoso y venoso empujar sus dedos dentro y fuera de mi cuerpo me excita más de lo que creía posible.

Su palma vuelve a frotarse contra mi punto dulce y, como una ovación de pie que va ganando entusiasmo, el placer aumenta, llevándome en su torrente.

Lo va a lograr. Va a hacer que me corra sobre sus dedos.

Quería que mi primer orgasmo con penetración fuera con alguien que me amara, y en cambio, estoy compartiendo lo que debería haber sido un momento especial con una persona que probablemente olvida sus encuentros sexuales en cuanto terminan.

Besarme un poco con él es una cosa.

Esto es diferente. Quiere que le revele un momento verdaderamente íntimo y que me derrumbe delante de él.

Quiere ver cómo me reduce a un desastre lloriqueante.

No.

La palabra se convierte en un canto en mi mente, pero cuanto más repito la negativa, más pierde sentido. El placer que Cian enciende en mi cuerpo rompe mi coherencia en pedazos, junto con mi determinación.

Mis piernas tiemblan mientras la tensión que se acumula en mi interior se estira hasta el punto de ruptura. Como si lo sintiera, Cian me pellizca el clítoris. El agudo pulso de dolor mezclado con placer me lanza directamente al precipicio de la liberación definitiva.

Grito y me convulso, espasmódica alrededor de sus dedos mientras los empuja hacia dentro con tal intensidad que me desmayo por un segundo. El orgasmo llega en tres grandes oleadas, y cabalgo las réplicas en un estado de delirio confuso que parece durar eternamente.

Una vez que se desvanecen, Cian me inmoviliza con una sonrisa.

—¿Ves? —Suavemente, libera mi pierna levantada—. No fue tan malo, ¿verdad?

—Te odio —suelto las palabras mientras mi pulso y mi respiración se regulan. No le daré la satisfacción *ni* el impulso a su ego de admitir que fue increíble.

Cian es más peligroso de lo que creo. Cuando está encima de mí, es como si estuviera al borde del precipicio y él siguiera empujándome. Y cuando caigo, se ríe.

Es un *bully*.

Una vez que mi ritmo cardíaco vuelve a la normalidad, me atrevo a echar un vistazo a la cara de Cian. El triunfo que veo allí me inspira a considerar seriamente darle una patada fuerte en los testículos.

—*¿Qué?* —reviro para ocultar mi incomodidad.

Una comisura de su boca se eleva.

—No sabía que te importaba lo suficiente como para odiarme.

Una frustración salvaje recorre mi cuerpo. Quiero gritar al cielo mi odio hacia este hombre.

Lo único que puedo hacer es obsequiarle una sonrisa amarga.

—De nuevo ¿cómo te llamas?

—No te preocupes. —Se inclina y me echa sobre su hombro como si fuera un saco de papas—. Para cuando hayamos terminado,

te garantizo que hasta los vecinos se sabrán mi nombre, porque lo gritarás muy alto.

¡El ego de este tipo es enorme!

—Bájame.

Le doy un golpe en la espalda mientras se endereza como si no pesara más que un gatito.

Maldita sea, este hombre es fuerte. Y alto. Probablemente podría ver toda la isla desde aquí arriba, sobre su hombro...

—La paciencia es una virtud, Harper Brennan. —Se aleja de la puerta y se adentra en la casa.

No puedo ver adónde vamos, pero apuesto a que es al colchón más cercano disponible.

Odio cómo se me contrae el vientre bajo al pensarlo. Espero que Cian no lo note.

Mis ojos se fijan en la puerta mientras nos alejamos cada vez más.

Siento como si estuviera viendo desaparecer mi libertad, literalmente.

La visión de mi ropa interior en un pequeño y triste montón en el umbral cuenta la deprimente historia de mi capitulación.

No solo he sido capturada por Cian el Bárbaro, sino que el bruto también me ha conquistado.

Y ahora me lleva de vuelta a su guarida para conquistarme de nuevo.

«Nunca te rindas».

La voz de mi hermana resuena de repente en mi mente. Si pudiera verme ahora mismo, eso es lo que me diría.

La fuerza me invade, mas no es mía. Es de Riley.

¿Y qué si Cian me encontró?

No voy a volver a *New York*. Aunque la resistencia me mate.

Espero que no llegue a eso.

Todo lo que tengo que hacer es ser más lista que él, y la buena noticia es que, sin darme cuenta, ya he preparado el terreno.

Cian es esclavo de su impulso sexual, además de que obviamente disfruta volviéndome loca.

Odio decirlo, pero todos esos años en los que mataban a hombres mientras yo actuaba como carnada están a punto de resultar útiles. Solo tengo que convencer a Cian de que lo quiero, lo necesito, *lo deseo*...

Su ego será su perdición. Funciona maravillosamente siempre.

Y luego, una vez que caiga en mi trampa, lo dejaré. Todavía tengo suficiente dinero para comprar montones de boletos de avión. Si es necesario, puedo huir de un país a otro.

Puede que ya esté cantando victoria, pero se equivoca. Me niego a dejar que me derrote.

Escaparé de él, aunque sea lo último que haga.

Así que, mientras me lleva por las escaleras, echo un vistazo a nuestro entorno.

La primera planta es amplia y abierta, con azulejos marrones en lugar de alfombra y elegantes obras de arte decoran las paredes color crema. La entrada da a una sala de estar con un conjunto de sofás de ratán y una mesa de centro de piedra.

Pasando los sofás, a la derecha, unas puertas corredizas de cristal conducen a una terraza con asientos al aire libre iluminados por suaves luces de colores entre los arbustos de buganvilias.

A la izquierda, una cocina resplandeciente y moderna brilla con encimeras y armarios blancos y, si no me equivoco, una puerta trasera se abre en el lado más alejado. La habitación desaparece de mi vista cuando llegamos al rellano de arriba, que es más bien un balcón adosado al dormitorio que da al espacio de abajo.

Frente al dormitorio, diviso lo que parece ser un estudio, pero no consigo verlo bien antes de que Cian me tire sobre el colchón. Antes de que pueda recuperarme de la sorpresa de la caída, él ya está en la cama y gateando sobre mí a cuatro patas.

Arrastra la nariz por mi cuerpo, empezando por la parte interna de los muslos; luego, la cintura, subiendo por el valle de mis pechos, hasta llegar a la línea del cabello, donde acaricia con la cara mis ondas.

—Hueles tan bien. Todo el tiempo que te has ido, no he podido quitarme ese olor de la cabeza.

Con el corazón latiéndome a mil por hora, lucho por recordar el plan que se me ocurrió hace sesenta segundos. *«Operación Atraer a Cian con una Falsa Sensación de Seguridad a través de la Seducción».*

Eso significa que tengo que hacerle creer que... *me gusta tal y como es*.

Lanzarme a los ejecutores de los *Reyes Irlandeses* no va conmigo.

Nunca conseguiré mantener esta fachada a menos que finja que Cian es un tipo normal. Solo una simple y corriente máquina sexual que mi padre envió para arrastrarme de vuelta al infierno.

Contengo un gruñido. Sí, claro. ¿A quién creo que estoy engañando?

Estoy increíblemente jodida.

Y no de la forma divertida.

Cian me besa de nuevo y todos los pensamientos de mi mente se disuelven en un mar de renovada lujuria. Me pierdo durante unos minutos en la perfecta armonía sexual que supone besar a este hombre terrible.

Sinceramente, debería dar gracias. Al menos compartimos una intensa química física. Distraerlo con mi cuerpo sería mucho menos agradable si, como muchos de los mafiosos que conozco, se pareciera a un extra del rodaje de *Shrek.*

En cambio, el hombre al que tengo que burlar podría pasar por un supermodelo.

Aunque su atractivo presenta otros retos únicos. Por ejemplo, si me besa durante demasiado tiempo, podría olvidar todo el plan.

Su longitud dura se clava en mí mientras su cuerpo me cubre en la cama. Es un poco incómodo tener un tubo de acero entre nosotros, pero hay lugares mucho más aterradores donde podría meter esa bestia, así que no me quejaré.

Me atrapa el labio inferior entre los dientes y, *ugh*. Tiene que parar, porque estoy a punto de volver a gemir.

Eso nos devolverá al punto de partida más rápido de lo que puedo decir

—Fóllame, Cian Mahoney.

Y hombre, a su ego le encantaría eso.

Aparta su boca de la mía. Abro los ojos y nos miramos fijamente de nuevo. Solo que ahora, su rostro no transmite un deseo desenfrenado.

Sus ojos verdes parecen distantes e indescifrables.

Una vez más, tengo la extraña sensación de que casi parece herido.

—¿Qué pasa? —cuestiono por instinto, aunque debería alegrarme que haya parado por voluntad propia.

Antes de que podamos intercambiar otra palabra, un tono de llamada alto y chirriante rompe el tenso silencio.

Cian se aparta de mí, dejando mi cuerpo repentinamente frío y desolado mientras saca su teléfono del bolsillo.

Una mirada al identificador de llamadas hace que su rostro se oscurezca como una tormenta.

Una inquietud se apodera de mí.

—¿Cian?

—*Quédate aquí* —ordena con voz áspera—. Si vuelves a huir, esta vez no seré tan amable cuando te arrastre de vuelta.

Frunzo el ceño.

—*Oh,* y hasta ahora has sido *todo* un caballero.

No me está escuchando. En cambio, sale a zancadas del dormitorio, entra en el estudio y cierra de un portazo detrás de él.

Resoplo en la habitación vacía.

«Rey del drama, ¿no?».

En cuestión de segundos, salto de la cama, me quito los *flats* y bajo las escaleras lo más rápido y silenciosamente posible.

Tenía razón en que la cocina tenía una puerta trasera.

Lo más inteligente sería salir corriendo, subirme al Porsche de Cian y alejarme lo más lejos posible.

Por desgracia, estoy bastante segura de que él tiene las llaves. Y con mi trasero poco atlético, dudo que llegue muy lejos a pie.

Me arrastro hacia la puerta principal, recojo mi ropa interior del suelo y me la pongo. Ya está. Al menos, recuperé parte de mi dignidad.

Volvamos al plan de fuga.

Si corro, Cian probablemente me atrapará. Y después de haber huido de él dos veces hoy, estará furioso.

¿Quizás a la tercera sea la vencida?

Si me atrapa por tercera vez, tanto si quiere acostarse conmigo como si no, seguro que me encerrará. Ese es el peor de los casos. Porque si me ata y me lleva de vuelta a *New York*, estoy jodida.

Tengo que mantenerlo lo suficientemente contento conmigo como para que no lo intente.

Lo que significa que lo mejor que puedo hacer es volver arriba, portarme bien y tramar mi manipulación.

Se me ocurre otra idea. Si quiere acostarse conmigo después de salir de ese estudio y vuelvo a llevar puesta la ropa interior, sabrá qué bajé aquí a pesar de que me dijo que me quedara arriba. Podría sospechar que estoy tramando algo.

Maldita sea.

A veces odio, odio, *odio* mi vida.

Con gran renuencia, me quito las bragas, las vuelvo a dejar en el suelo y subo las escaleras lo más discretamente posible. Cuando llego al rellano de arriba, echo un vistazo a la puerta del estudio, que sigue cerrada. Puedo oír la voz de Cian mientras habla por teléfono.

Para averiguar cuál es el mejor momento para abandonarlo, sería útil saber más sobre su misión.

Mis pies me llevan hacia la puerta, donde me instalo para escuchar a escondidas.

No importa lo que diga, estoy segura de que Cian Mahoney sigue viéndome como la misma chica obediente y deseosa de complacer, pero mi objetivo es demostrarle que se equivoca.

No sacará lo mejor de mí.

Y tampoco el resto de los *Reyes Irlandeses.*

Capítulo 11

Cian

Lo *último* que quiero hacer mientras lucho contra una tremenda erección es hablar con Finn. Es un auténtico aguafiestas. Especialmente, cuando lo primero que dice tras descolgar es:

—¿Alguna novedad? ¿La encontraste?

Aprieto los dientes. Si le digo que encontré a su exprometida, la siguiente pregunta será:

"¿A qué hora sale tu vuelo mañana?". Y no necesito que me recuerden lo poco profesional y desquiciado que estoy actuando ahora mismo. Estaré en un gran problema si Harper le cuenta a alguien lo que le hice en cuanto me quedé a solas con ella…

Maldición, estoy hecho un desastre por dentro. Lo que es correcto me parece incorrecto, y lo que es incorrecto me parece... demasiado increíble como para volver a negármelo.

Trago saliva con dificultad y me paso los dedos por el cabello mientras me preparo para mentirle a uno de mis mejores amigos.

—Todavía no. Pero ya tengo una idea de dónde está. Debería estar previsto llegar a ella a finales de semana.

—¿Tardará tanto?

—¿Qué esperabas? —Me llevo la mano a la nuca—. Es la hija de Thomas Brennan. Obviamente, se escondió bien.

Finn refunfuña al otro lado de la línea. En el fondo, escucho voces. Probablemente esté en la sala de crisis de la mansión. Darren y Rory podrían estar con él. Quizá Shane y Thomas también. Demonios, espero que no pase el teléfono a los demás.

Por supuesto, Finn me llama justo cuando estoy a punto de vivir mi mayor fantasía. El jugo de Harper cubre mis dedos, las vibraciones de su clímax en la palma de mi mano... Un hombre podría volverse adicto a algo así.

Y así es exactamente cómo me siento. Como un adicto.

No anhelo a las mujeres. Pero a ella… la *he anhelado*. Una gran parte de mí esperaba que mi atracción por esta problemática joven de veinticuatro años fuera solo cosa de mi cabeza. Una fantasía en el sentido más puro de la palabra, aunque ahora sé que no lo es.

La forma en que me toca lo dice todo.

Y eso es terrible, porque después de llevar a Harper de vuelta a *New York*, volverá a ser intocable para mí.

No, no se casará con Finn como estaba previsto inicialmente. No obstante, su padre le buscará otro marido. Y cuando eso ocurra, se irá.

Los dedos de mi mano libre se aprietan en un puño al pensarlo.

No quiero volver a esa vida a medias en la que deseo formar parte de la suya y pierdo demasiado tiempo fantaseando con cómo se sentiría envuelta alrededor de mi verga, pero es mi deber. Esta mafia me ha dado todo lo que tengo, me salvó la vida, me ha mantenido alejado de las calles y de la cárcel.

No puedo traicionar a la *Familia* por una mujer. E incluso si pudiera hacer algo tan estúpido, ¿por qué lo haría? ¿Para qué? Aunque me llevara a Harper lejos de aquí y me asegurara de que nadie que conozcamos nos encontrara nunca más, no es como si ella quisiera estar conmigo.

Tampoco digo que quiera estar con Harper. Se cree una maldita princesa. El hombre con el que se case probablemente acabará pintándole las uñas de los pies. No soy así.

No, solo quiero follármela de una vez por todas y seguir adelante.

—*¿Alguna señal de los De Luca?* —Cuando Finn hace esa pregunta, el fuego calienta mi sangre. La cara de Enzo De Luca se materializa en mi mente. Voy a matarlo por hacerme creer algo que no es verdad. ¿Qué dijo ese hijo de puta?

Ni siquiera he tenido la oportunidad de probar la mercancía todavía.

—No —escupo las palabras con los puños apretados—. Pero si encuentro a Enzo en esta isla, lo mataré.

—*No, Cian.* —El tono de Finn se vuelve más sombrío.

Odio cuando hace eso.

Cuando usa ese tono conmigo, sé que está practicando para el día en que se convierta en el *Don*. Me está recordando que, aunque ahora tengamos el mismo rango, no siempre será así, y que más me vale empezar a seguir sus instrucciones.

Después de todo, esa será la dinámica durante el resto de nuestras vidas, ¿no?

Normalmente, no me importa. Soy un tipo bastante tranquilo y confío plenamente en la capacidad de Finn para liderar cuando su padre se retire. Sin embargo, en lo que respecta a Harper, soy tan terco como él con Riley.

—*Tu trabajo es agarrar a Harper y salir de allí* —me recuerda—. Nosotros *nos encargaremos de Enzo.*

—¿Sabes dónde está?

—*Rory lo rastreó hasta Albany.*

—¿Albany?

Pasé semanas después de la desaparición de Harper investigando las propiedades inmobiliarias de la familia De Luca. Puede que no tengan la mejor suerte del mundo, sin duda son muy malos en lo que se refiere al liderazgo, pero poseen muchas propiedades en el estado de *New York* y en otras partes del país.

—*Sí. ¿Por qué?*

—Tienen tres propiedades allí, si recuerdo correctamente.

—*Lo sé. Rory revisó tus notas en su expediente.*

Hablar del trabajo y de la lucha constante que mantenemos contra nuestros enemigos ha acabado con todo mi deseo sexual. No hay nada menos *sexy* que este tema.

—*Una última cosa.* —Se oye un ruido de pasos al otro lado de la línea. Parece que Finn está cambiando de habitación. Cuando el ruido cesa, ya no escucho voces, y estoy bastante seguro de que está solo. Y, mierda, rezo para que lo esté cuando oigo las siguientes

palabras que salen de su boca—. *Cuando encuentres a Harper, contrólate.*

Una extraña oleada de intensidad me invade. La expresión de mi rostro mientras me miro en el espejo que cuelga en esta biblioteca en miniatura refleja una mezcla de incomodidad y horror.

Cuando respondo, tengo la intención de evadir y decir lo que sea necesario para colgar el teléfono lo antes posible.

Por desgracia, mi boca tiene otras ideas.

—¿Qué demonios significa eso?

—Por el amor de Dios, no me hagas decirlo.

—Decir *¿qué*?

Si Finn estuviera aquí, ¿por qué sospecho que estaría a unos segundos de darle un puñetazo?

—No dejes que tu obsesión por Harper te impida completar tu misión.

Su afirmación me golpea el pecho con la fuerza de una bala. Lo sé bien, ya que me han disparado en múltiples ocasiones. El impacto casi me hace caer en la silla más cercana.

—No sé de qué estás hablando —miento—. ¿Y cuándo he dejado que una chica cualquiera se interponga en mi trabajo?

—Nunca. Pero ambos sabemos que Harper no es una chica cualquiera para ti. No lo ha sido desde aquella noche en el club.

Otra bala atraviesa mi maldito cuerpo.

—¿*Alguna* vez mi lealtad a esta *Familia* ha flaqueado por una mujer?

—No.

—Entonces, ¿por qué demonios me estás advirtiendo?

—Porque te gusta. La deseas. Joder, puede que incluso te hayas enamorado de ella.

Esta vez, *sí* caigo en la silla más cercana. Un carnaval de caos se desata dentro de mi pecho.

¿Por qué carajos Finn tuvo que decir *eso*?

—No me he enamorado de ella. No amo a nadie, no de esa manera. —Las palabras son acido en mi lengua.

—Todo el mundo ama así.

Me imagino a mi madre y a mi padre y me estremezco.

—Yo no.

—De acuerdo, entonces déjame reformularlo. Estás obsesionado con ella.

Aprieto la mandíbula, porque tiene toda la razón. Y no está haciendo conjeturas. En ese momento, me doy cuenta de que Finn me ha estado observando. No como un acosador vigila a alguien, sino como un amigo que se da cuenta de que otro amigo actúa de forma extraña en circunstancias similares y relacionadas.

No puedo negar que ella me consume. Más que cualquier otra persona en el planeta tierra.

Solo estoy decepcionado conmigo mismo por ser tan obvio.

Finn está muy lejos de ser un tipo sentimental. Antes de que se metiera con la gemela de Harper, habría dicho que ese hombre tenía la inteligencia emocional de una papa. Si *él* puede ver que ella me vuelve loco, todos los demás también deben verlo.

—Estuve esperando a que protestaras por mi compromiso con ella, pero nunca dijiste nada. Si lo hubieras hecho, habría hecho todo lo posible por convencer a mi padre de que me dejara renunciar —continúa Finn.

Una avalancha de emociones me invade. Son demasiadas para poder lidiar con ellas en este momento, excepto por el nudo que tengo en la garganta.

—Gracias, hombre. Significa mucho para mí.

—Pero nunca dijiste nada —insiste.

—No, claro que no. ¿Cuál es tu punto?

Tras una larga pausa, Finn suspira.

—Lo que quiero decir es que hagas tu trabajo y lo hagas rápido. Si no estás en casa el fin de semana, enviaremos refuerzos.

«Enviaremos refuerzos».

Nunca he odiado tanto dos palabras como esas.

La tensión me contrae los músculos. Tengo la mandíbula tan apretada como un tambor. Cuando consigo abrir la boca, actúo como el ejecutor perfecto y digo exactamente lo que se supone que debo decir.

—No será necesario. —Intentando no sonar demasiado asertivo o desafiante, añado al final—: La llevaré de vuelta para entonces.

—*Mantennos informados.*

—Lo haré.

Espero que la llamada se corte, porque así es Finn. Sin saludos ni despedidas. Simplemente dice lo que necesita y desaparece.

Así que me sorprende muchísimo y demuestra una vez más cómo Riley ha suavizado sus rasgos más agudos cuando dice:

—*Sabes que también mereces ser feliz, ¿verdad? Quiero eso para ti. Todos lo queremos.*

La línea se corta.

Maldición.

Durante treinta segundos, aprieto el teléfono con tanta fuerza que se deforma la pantalla. Luego, me levanto del sillón frustrado.

—Mierda, mierda, *mierda*. —Estoy tan alterado que apenas puedo ver con claridad.

Solo tengo cuatro días con Harper antes de que ambos tengamos que volver a *New York.* O probablemente tendré que preocuparme por Finn, Darren, Rory o los tres. Y si Harper les cuenta que la encontré hoy y que intenté follármela toda la semana, estoy acabado.

El castigo por tocar a una princesa de la mafia sin el consentimiento de la *Familia* es severo. En algunos casos, incluso la muerte.

No tengo miedo de morir. Y después de lo que pasó abajo, creo que tocar a Harper vale la pena el posible castigo. Aunque no quiero poner a mis amigos en la situación de tener que matarme ellos mismos o entregarme a los que están a cargo.

No, simplemente disfrutaré del poco tiempo que tengo con Harper y la llevaré a casa, como se me asignó. Tendrá tantos problemas cuando vuelva que dudo que se apresure a confesar a alguien que follamos.

Yo tampoco lo haré.

De hecho, puedo decir con seguridad que no revelaría a nadie las maravillas de tocar a Harper Brennan. Esa es la parte más aterradora de todo esto. La satisfacción de tocarla solo ha reforzado mi obsesión.

Ahora está en mi sangre. Como un virus. O un cáncer.

No había estado tan fuera de control desde que empecé a fantasear con asesinar a mi padre. ¿Por qué Harper crea caos dónde va? Hasta que la conocí, estaba bien.

¿Un desfile de mujeres lanzándose a mis brazos? Puedo manejarlo, no hay problema. Si bien me satisfacen un deseo, eso es todo. Sexo sin sentido. Olvidado casi en el momento en que salen por la puerta.

Probablemente, eso me haga parecer un imbécil, pero nunca les doy falsas esperanzas. No hago promesas y siempre soy sincero sobre lo que es... y lo que no es.

Sin embargo, Harper es diferente. Una sola vez con ella y ya lo sé.

¿Mantenerla para mí solo durante cuatro días? Eso podría matarme.

Agacho la cabeza y me aprieto el puente de la nariz con tanta fuerza que me da dolor de cabeza. Y es entonces cuando todo el peso de mi agotamiento me aplasta de golpe. Estoy tan cansado que podría dormir aquí, de pie, durante dos semanas seguidas.

En lugar de eso, vuelvo al dormitorio. Harper se sienta en el colchón cuando me ve. Su vestido negro desaliñado sigue luciendo increíble de alguna manera.

El arrepentimiento me pesa en la lengua. No tenía intención de acostarme con ella al comienzo de esta misión, pero sabía que mi determinación podría fallarme. Abajo, perdí la compostura, y después de que me dijera que quería que la follara... No hay forma de que sacrifique la oportunidad de hacerlo, aunque en este momento no esté en el estado de ánimo adecuado.

Maldita sea. Quería arrancarle ese vestido con los dientes, a pesar de que apenas tengo energía para desvestirme. Me quito la camisa hawaiana por la cabeza, demasiado agotado para luchar con los botones, y me quito el *short*. Lo único que llevo puesto ahora es el bóxer que llevaba debajo de la ropa.

Cuando miro a Harper, su cara está tan rosa como el maldito polvo de hadas.

Mi lento cerebro tarda demasiado en darse cuenta de que me está observando. Y puedo decir que le gusta lo que ve, a pesar de sí

misma.

No es por ser arrogante, pero a todas les gusta.

Sin embargo, hay algo especialmente gratificante en que Harper lo haga.

Me digo a mí mismo que esto demuestra que, en el fondo, no es diferente de todas las demás mujeres que me persiguen. Cualquier tipo bien dotado y musculoso tendría la capacidad de tentarla.

Incluso mientras se forma el pensamiento, sé que es una tontería. Finn está bien formado. Y, aunque no tengo la costumbre de mirar las vergas de mis amigos, probablemente esté bien dotado. Es el único hijo de Shane Gallagher, líder de los *Reyes Irlandeses*, con demasiado dinero.

Sin embargo, ella llevaba su anillo en el dedo y aun así se escapó.

Si le hubiera atraído en absoluto, se habría quedado.

—¿Qué estás haciendo? —suelta las palabras, la preocupación y la confusión deformando sus hermosos rasgos mientras echo hacia atrás las sábanas, me meto en la cama y doy una palmadita al espacio vacío a mi lado.

—Vamos.

—¿Eh?

—Hora de dormir.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir que pongas la cabeza en esta almohada, cierres los ojos y te duermas.

Me observa parpadeando como si no tuviera sentido lo que digo. La mirada perdida de su rostro me obliga a esbozar una sonrisa, incluso en mi estupor por la falta de sueño.

—¿Qué? —Le aparto un mechón de cabello detrás de la oreja—. No me digas que te opones a dormir un poco.

Aparta mi mano.

—¿Esperas que duerma aquí? ¿En la misma cama que *tú* toda la noche?

—*Eh*, sí. ¿Qué?, ¿crees que te dejaría dormir en otra habitación después de intentar huir de mí? Ni lo sueñes, princesa.

Abre la boca para discutir, pero no le sale nada.

La rebeldía vuelve a su expresión, tal y como me gusta, y luego se tumba de lado, dándome la espalda.

Es linda, incluso cuando se pone quisquillosa. Como una chihuahua rubia y luchadora o una Pomerania.

Solo que un millón de veces más *sexy.*

Una vez que me siento cómodo, le paso un brazo por la cintura y la atraigo hacia mi pecho.

Cuando pensaba en cómo sería el día de hoy, no puedo decir que acurrucarme con Harper Brennan estuviera entre mis principales predicciones. Sin embargo, hay algo agradable en ello.

Incluso el silencio que se extiende entre nosotros es, de alguna manera, reconfortante.

Cuando Harper cree que me quedé dormido, intenta alejarse de mí, pero la vuelvo a atraer hacia mí cada vez.

—¿Quieres *parar*? —protesta finalmente.

La hago callar.

—Estoy intentando dormir.

—Voy a dormir abajo.

Por supuesto que eso no pasará. Al principio, Harper parece decidida, intentando zafarse del fuerte agarre de mi brazo izquierdo, pero lo único que consigue es retorcerse contra mi polla.

—A menos que quieras mi polla en tu culo, te sugiero que te relajes.

Al oír esas palabras, se queda paralizada.

Solo intentaba que dejara de retorcerse, y entonces, ¿por qué me siento mal?

Una noche. Eso es lo que dijo abajo.

¿Debería sacudirme el cansancio que me invade hasta los huesos y follar hasta que perdamos el conocimiento? No tardaríamos mucho en correrno ambos.

—¿Así es como son todas tus operaciones de secuestro? —Harper interrumpe mis pensamientos intrusivos.

Sonrío en su cabello.

—Ya quisiera.

Tras unos minutos de silencio, Harper vuelve a hablar. Estoy casi dormido, pero aun así capto su pregunta.

—¿Con quién hablabas por teléfono antes?

—Con Finn —murmuro.

—¿E-está él...? —tartamudea, pero encuentra el valor para continuar—: ¿Estaba muy enfadado cuando se enteró de lo que hice?

—No más preguntas... —Es lo último que recuerdo haber dicho antes de caer en coma.

Como siempre, el mismo sueño me envuelve poco después.

Estoy en el apartamento mugriento y casi en ruinas de mi infancia, de pie en la cocina con un cuchillo en la mano. Todo el lugar parece la escena de un crimen.

Los ojos vidriosos, borrachos y muertos de mi padre miran fijamente al techo, su cuerpo perforado por puñaladas. Después de la decimoséptima, dejé de contar. Una por cada año de mi vida y luego una puñalada por cada vez que le hizo daño a mi madre.

El lugar es inquietante y silencioso. Mi madre está inconsciente en el baño, y en unos segundos se abrirá la puerta y veré la cara de horror de Shane cuando descubra lo que hice. Justo antes de que decida acogerme.

No obstante, cuando la puerta del apartamento se abre, una luz blanca me ciega momentáneamente y entonces, en la entrada de ese horrible lugar, está Harper. Camino hacia ella hasta cruzar la puerta y, en lugar de estar en los barrios bajos de New York*, descubro que estamos en un lugar completamente diferente. Una playa.*

Harper corre hacia el mar, una extensión brillante de zafiro como nunca había visto antes. La persigo, mas nunca la alcanzo. Se sumerge entre las olas y yo también, aunque tan pronto como estoy en el agua, mis extremidades comienzan a sufrir espasmos y calambres.

Ella sonríe y se ríe, flotando en el agua, chapoteando como los felices bañistas de todo el mundo. Entonces, su sonrisa se convierte

en una máscara de horror cuando levanta un dedo tembloroso y señala.

Miro hacia abajo y veo que estoy cubierto de sangre.

Harper se aleja nadando.

—¡No, espera! —grito, pero me estoy hundiendo. Incluso mi garganta está bloqueada. No puedo decirle que me estoy ahogando. No puedo decirle nada, solo me hundo bajo las olas, desapareciendo en las oscuras y desconocidas profundidades del mar.

Capítulo 12

Harper

Demasiado calor.

La fiebre me envuelve.

Mi mente vaga despierta sobre nubes que se mueven lentamente, mis piernas se mueven inquietas. La boca de Cian permanece grabada en mi memoria, persuadiendo a la mía para que se abra con su talentosa lengua.

El latido entre mis muslos me alerta de que otras partes de mi cuerpo también se están despertando.

La niebla comienza a disiparse de mi cerebro y me encuentro envuelta en un capullo infernal. Mi pierna se contrae antes de que aparte todas las mantas de mi cuerpo.

Mis ojos se abren a la velocidad de la luz mientras los recuerdos de ayer arrollan mi mente. Una pequeña oleada de pánico me atraviesa.

Parpadeo rápidamente, esperando ver la mesita de noche y estar tumbada en la misma posición en la que me quedé dormida.

En cambio, me encuentro cara a cara con una sólida pared de músculos.

Todos los músculos de mi cuerpo se paralizan.

Mierda. De alguna manera, durante la noche, pasé de estar acurrucada contra el gigantesco cuerpo de Cian, con la espalda pegada a su pecho, a... ¿*esto*?

Una de mis piernas se engancha en su cadera y uno de sus enormes muslos está metido entre los míos. Si estuviera despierto,

probablemente sentiría mi coño palpitando contra su cuádriceps izquierdo.

De la misma manera en que puedo sentir su enorme erección presionando mi muslo izquierdo.

Diablos.

Sé que Cian es un hombre grande, pero aun así. El calor, la longitud y el grosor de su polla dura destruyen mi determinación de escapar de su abrazo e intentar huir de nuevo.

¿Es así como se siente despertar con Cian todos los días? ¿Una calidez insana, un sueño profundo como el de un amnésico y un cuerpo masculino duro, excitado y demasiado *sexy* por el que babear por la mañana?

El deseo recorre mis venas.

Mantente... *concentrada*... Harper.

Cian se mueve, su musculoso muslo roza mi entrepierna y el calor se acumula en mi interior. Aprieto los ojos y trato de respirar profundamente para salir de esta dolorosa necesidad.

Oh, Dios. ¿Por qué Cian no se acostó conmigo anoche? Si lo hubiera hecho, habríamos expulsado toda esta lujuria que nubla mi juicio en un orgasmo gigante, y no tendría ningún problema en desenredarme de este lío *sexy* en el que estoy metida.

¿Por qué mi cuerpo ansía absorber su calor y su poder directamente a través de mi piel? ¿Por qué es tan increíblemente *sexy*?

¿Y por qué, *oh,* por qué, tiene que dormir prácticamente desnudo? Su piel desnuda a mi alrededor, tocando la mía en lugares donde no debería... es abrumador.

Cada respiración que tomo me embriaga más con ese aroma cautivador que emana de su cuerpo.

El deseo de lamer su pecho me invade como un virus. Sintiéndome febril y un poco ridícula, lo respiro y me acurruco un poco más en su abrazo.

Uno de sus bíceps, gruesos como troncos de árbol, me sirve de almohada para la cabeza, y el otro se extiende sobre mi costado como un cinturón de seguridad *sexy*.

La tela de mi uniforme de trabajo de hace un día no es suficiente para mantener a Cian alejado. Es como si también estuviera desnuda.

Y recuerdo mi ropa interior en el suelo de la entrada.

Estoy desnuda. Al menos, abajo, donde más importa.

Cian se despierta refunfuñando, como un oso después de hibernar. El rugido vibra a través de su pecho hasta el mío. Sus labios descansan cerca de mi frente, y no me costaría nada inclinar la cabeza hacia arriba y aplastarlos contra los míos.

Espera, ¿qué?

¿Qué demonios me pasa?

Se podría pensar que, después de la horrible crianza que tuve, me mantendría alejada de los hombres violentos, peligrosos y dominantes. Sin embargo, aquí estoy, anhelando un beso del ejemplo perfecto de *violencia, peligro y dominación.*

Voy a necesitar mucha terapia antes de que esto termine.

—Buenos días —gruñe Cian de nuevo, esta vez en un idioma humano que se parece mucho al inglés.

Antes de que pueda responder, estira su gigantesco cuerpo contra mí como un gato, aplastándonos contra el colchón, él encima de mí.

Y, Dios mío, *su peso*.

Es como si me estuviera aplastando el ancla más *sexy* del mundo.

Lo saludo con voz ronca.

—Hola.

Sin previo aviso, la gran y cálida boca de Cian se posa en un punto de mi cuello. Una vez que me recupero de la sorpresa inicial, supongo que se trata de una especie de beso matutino. Pero cuando chupa mi sensible piel y su lengua se lanza a saborearme, empiezo a pensar que no es así.

¿Me está marcando? ¿A propósito?

Y si es así, ¿por qué la idea de que me haga un chupete deliberadamente me excita tanto?

Cian hunde sus dientes en mi piel y la sensación me excita tanto que emito un sonido extraño, entre un jadeo y un gemido.

—¿Te gusta eso? —me susurra en la piel, tan *sexy*, ligero como un suspiro—. ¿Te gusta cuando te muerdo?

—No —pronuncio la sílaba demasiado rápido para que suene verdadera.

Cian se ríe en respuesta.

—Mentirosa.

Esa sola palabra atraviesa el laberinto alimentado por la lujuria en el que me he perdido una vez más.

«No olvides que Cian es el mentiroso aquí».

Dirá cualquier cosa y hará lo que sea necesario para llevarme a casa.

Pero lo que no sabe es que yo también lo haré.

Esa es mi arma secreta.

La idea me golpea como un rayo. Mi próximo plan de fuga.

Sé exactamente cómo alejarme de Cian Mahoney. Esta vez para siempre.

—Está bien, entonces.

—¿*Hmm*? —La confusión en su voz es genuina.

—Lo admito. —Levanto la cabeza hacia la curva de su cuello y exhalo, haciéndolo estremecerse—. Me gusta cuando me muerdes.

Mi estómago se revuelve cuando reconozco que fue mi padre quien me enseñó esta voz, la que estoy usando ahora mismo para engañar a Cian.

«—Habla despacio —solía decirme—. Desafíalos con el tono de tu voz. Provócalos. Finge estar nerviosa y hazles creer que nunca has hecho esto antes. Todos los hombres quieren ser los primeros en arar el campo».

Se me ponen los vellos de punta cuando todos los venenosos fragmentos de sabiduría de Thomas Brennan inundan mi mente. Directamente del libro con mayores ventas "Cómo Ser Una Víctima Seductora 101".

He interpretado a esta chica mil veces. Me sé sus líneas, sus improvisaciones, cada expresión facial cuidadosamente elaborada. Cada gesto suave e intencionado. Sin embargo, nunca he interpretado al personaje de esta manera en particular. Nunca ha sucedido, ni una sola vez, que alguien a quien se me asignara para

distraer fuera un hombre con el que realmente elegiría pasar tiempo si tuviera la opción.

Tengo que proceder con cautela. El hecho de que una de las frases de este personaje se aplique a mí, la *verdadera* Harper, no significa que esto sea menos una actuación ni que todo lo que ocurra entre este ejecutor y yo deba interpretarse como real.

Creer lo contrario sería un error de proporciones cósmicas.

No quiero encarnar tan bien a este personaje que olvide quién soy realmente.

Eso nunca ha sucedido antes. Y no voy a cambiar mi racha hoy.

Justo en ese momento, Cian se aleja de mí, manteniendo su cabeza por encima de la mía para poder verme a los ojos. Hago un esfuerzo mayor del que me gustaría para mantener mi rostro impasible, en lugar de sucumbir a lo que mi cuerpo *ansía* hacer, que es encogerme ante la intensidad de sus pozos verdes.

Es visceral la forma en que sus ojos leen los míos. Examina mi rostro e intento no inquietarme por el hecho de que no tengo ni idea de lo que está buscando.

Baja los párpados con intención.

—Sospechoso.

La sorpresa me saca de mi personaje.

—¿Qué?

—Anoche querías alejarte de mí... —Desliza los dientes por la piel de mi cuello—. Y ahora te gusta que te muerda.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Intentando recomponerme, cambio mi expresión.

—¿Es eso un conflicto de intereses?

Se ríe entre dientes.

—Dímelo tú.

Seguramente, el señor que *ha dormido con muchas mujeres* no sospecha de las muchas admiradoras que se inclinan ante él como si estuvieran rezándole al dios de las pollas. ¿Por qué iba a sospechar de mí, sobre todo, si está deseando tener una especie de reencuentro triple X?

Esto no es como se supone que debe ser.

—Estoy siendo sincera. —Ni siquiera me creo mi supuesta persuasión.

—¿Y se supone que debo creer en tu palabra? —Cian me da un empujoncito en la nariz con la suya—. La única vez que accediste a irte a casa conmigo, me dejaste agarrándome la verga en un callejón.

El recuerdo me abofetea la cara.

Mierda. Me había olvidado por completo de esa promesa.

Mientras trabajaba para mi padre, nunca compartí ningún tipo de *historia* con mis objetivos anteriores, así que estoy en territorio desconocido. Si quiero que Cian confíe en mí el tiempo suficiente para manipularlo, tengo que hacer control de daños.

Ignorando la ansiedad que me hace temblar, le rodeo con mis brazos el cuello y bajo la vista hacia su boca de una forma que espero que parezca natural y no como el tic nervioso de un actor de tercera.

—Es lo único que lamento, ¿sabes? —Inclino la cabeza hacia la suya. No para prepararme para besarlo.

Quiero que *él* me bese.

Cuando baja su frente a la mía, sé que lo tengo.

—¿Qué cosa?

—Que no termináramos lo que empezamos aquella noche.

Cian se altera ante mis palabras. Un temblor literal recorre su cuerpo, irradiándose al mío a través de cada punto en el que nuestros cuerpos se tocan.

—¿Y de quién es la culpa? —Su voz grave se dirige directamente al sur de mi frontera.

La amargura que impregna su voz, me sorprende. Nunca pensé que le importaría tanto que lo dejara plantado.

«Tú puedes, Harper».

—¿No puede una chica enmendarlo? —suelto lo más lentamente posible, para que no note el temblor de mi voz.

Me escudriña el rostro durante otros diez interminables segundos y luego me besa salvajemente. Todos los pensamientos de mi cabeza se desintegran en un deseo animal.

Cian desliza su lengua caliente entre mis labios, rítmica y fluida, seduciendo mi boca con cada caricia. Me muerde el labio inferior y el pinchazo me recorre todo el cuerpo, hasta llegar al clítoris. La sensación me hace arquear la espalda y él aprovecha la oportunidad para rodearme la cintura con el antebrazo y envolverme en el hueco de su brazo.

Mi ritmo cardíaco se dispara.

Me aprieta más fuerte, robándome el poco aire que me queda en los pulmones. No puedo respirar, y eso es exactamente lo que quiere, mientras me sofoca con esos labios sensuales. Una vez más, es como si me estuviera follando la boca con la suya. Antes de Cian, nunca había pensado en un beso de esa manera, pero estoy bastante segura de que podría matarme solo con su lengua en mi boca.

Dejé de lado mi personaje en el nanosegundo en que sus labios se estrellaron contra los míos.

Mi lengua se encuentra con la suya, caricia tras caricia. Mi cabeza late con fuerza, perdida en una niebla desoxigenada de besos apasionados y placer creciente.

Cuando Cian separa su boca de la mía, ha pasado una eternidad y, sin embargo, sigue siendo demasiado pronto. Jadea en busca de aire igual que yo, con la mejilla apoyada contra la mía.

—Entonces, ¿cómo vas a compensarme?

Atrapada en un estado de niebla de lujuria, su pregunta me deja atónita.

«¿No fue ese beso increíblemente ardiente suficiente pago? ¿Está diciendo que quiere más?».

Anoche estaba dispuesta a dejar que me follara. Pero dejó pasar esa oportunidad de oro. Ahora, no tenemos tiempo. No si voy a llevar a cabo mi plan de fuga.

Aparto la decepción de mi puta interior, que se enfurece ante la idea de que me aleje de Cian antes de que satisfaga el dolor que sentimos dentro.

La comprendo.

—Si te compenso, ¿qué obtengo a cambio? —pregunto haciendo un puchero y depositando besos ligeros como plumas a lo largo de

su mandíbula.

—¿Qué quieres?

Sus ojos verdes se clavan en los míos, y el tubo de acero atrapado entre nuestros estómagos me dice que sus ojos no son la única parte de su cuerpo que está ansiosa por perforar.

Ojalá ese pensamiento no me hiciera temblar de emoción.

—Ir a trabajar hoy. —Lo miro directamente a los ojos—. Quiero despedirme como es debido.

Me juzga en silencio, examinándome como si fuera un insecto bajo un microscopio. Sé que es una apuesta arriesgada, aun así, rezo para que la combinación de la lujuria y el ego masculino resulte más fuerte que Cian a estas horas de la mañana.

—Esas personas significan mucho para ti. —Me da un beso suave en la frente y luego en la mejilla—. Se nota.

Mi corazón se acelera. Estoy atónita por la apariencia de Cian actuando... ¿amable? ¿Atento? ¿Considerado? Ni siquiera puedo articular una frase en respuesta, así que asiento con la cabeza.

Sin palabras, me quedo allí tumbada como un pez muerto hasta que él se retira lo suficiente como para decir:

—Está bien. Puedes ir a trabajar hoy.

Espero que se levante, pero no se mueve. De hecho, maniobra con su peso corporal, presionándose con fuerza contra mi parte inferior hasta que mis piernas se abren naturalmente alrededor de su cintura. Cuando la línea de su longitud bajo el algodón fino y transpirable se encuentra con el calor de mi entrepierna desnuda, la deliciosa presión hace que mis ojos se giren hacia atrás.

Santos cielos. Espero por Dios que Cian no se haya dado cuenta.

Cuando me recupero, tiene los párpados entreabiertos y una expresión seria. El deseo arde en él.

Sí, definitivamente se dio cuenta. Es hora de distraerlo.

—Gracias. ¿Cuándo puedo irme? —cuestiono con mi voz más dócil.

—*Después* de que me compenses.

Mi corazón acelerado deja de latir mientras mi mente grita una alerta.

Está claro que estoy en territorio peligroso, así que ¿por qué tiembla todo mi cuerpo de deseo? ¿Como si hoy fuera mi cumpleaños y tuviera delante un regalo *sexy* esperando a ser abierto?

«Contrólate, Harper. Estás intentando escapar de él, no tirártele encima, ¿recuerdas?».

Trago saliva. La siguiente pregunta es la del millón en esta situación.

—¿Cómo... puedo compensarte?

—Prepárame el desayuno. —Sonríe ampliamente, mostrando los preciosos dientes blancos de un tiburón asesino.

«Desayuno». ¿Eso es lo que quiere Cian? ¿Que me meta en la cocina a prepararle panqueques? ¿Es una broma?

Entrecierro los ojos. Se está burlando de mí, ¿verdad? Cian sabe que estoy intentando manipularlo, y solo una petición tan difícil como esta podría destapar mi farsa.

—¿Y bien? —Me dedica otra sonrisa triunfante con un efecto deslumbrante—. ¿Tengo tu consentimiento?

Nunca podría haber estado preparada para esta respuesta, pero supongo que debería sentirme aliviada de que quiera algo tan pequeño.

—Sí. —Intento ocultar mi decepción.

Está a punto de descubrir que estar cerca de una *chef* increíble no significa que haya absorbido nada de su talento por ósmosis. Lo único que sé cocinar es un vaso de agua.

—Bien. —El gruñido de Cian me hace estremecer—. Me muero de hambre.

Me suelta el brazo que tenía alrededor de la cintura. Un segundo después, tiene mis dos piernas dobladas sobre sus hombros.

Cuando recorre con la lengua toda la longitud de mi desnuda y ansiosa raja, me tapo la boca con la mano para ahogar un grito de sorpresa.

Las enormes manos de Cian separan mis muslos para poder concentrarse en mi clítoris con su boca hambrienta.

—*Oh*... —Mi cabeza cae sobre el colchón como una bola de boliche mientras mi espalda se arquea hacia el cielo—. *Oh, Dios*. —El

placer me envuelve, llegando a mí desde todos los lados. El calor invade mi cuerpo. Cada centímetro de mi piel debe de estar rosado y sonrojado.

Mis jadeos y gemidos se pierden bajo el ruido de Cian lamiéndome como si fuera un helado. Estoy tan agradecida de que ninguna de las misiones que mi padre me envió acabara *así*.

Pequeñas convulsiones reverberan en mis caderas. Con cada latido, el orgasmo se acerca más.

Empuja mi clítoris con la punta de su nariz, como un beso esquimal para mi botón del placer. Sigo jadeando, pero el éxtasis me roba el aire de los pulmones más rápido de lo que puedo inhalarlo.

Mis uñas se clavan en el colchón como cuchillos.

Mis manos están ansiosas por sumergirse en los tentadores rizos oscuros que me hacen cosquillas en la parte interna de los muslos. Si fuera inteligente, lo apartaría.

En cambio, cedo a mi impulso, enredo mis dedos en su suave cabello y balanceo mis caderas contra su cara.

Cuando hunde dos dedos en mí y los curva, grito, con un sonido entrecortado y crudo. Un gruñido victorioso se escapa de la garganta de Cian, mortificándome mientras roza con los dientes mi sensible botón.

«Dios mío».

Me hace llegar al clímax en tres segundos, logrando que mis caderas se froten contra su rostro perfecto. Es lo más excitante que he visto nunca, y no estoy segura de poder recuperarme. La forma en que me derrumbo sobre las sábanas, a pesar de que ya estaba acostada, respirando con dificultad, esperando desmayarme en cualquier momento por la pura satisfacción física...

«¿Esta es su idea de desayuno?».

Es el único pensamiento coherente que mi cerebro puede articular en mi actual estado de embriaguez placentera. Cian se está riendo de mí otra vez. Por encima del rugido de mi pulso en los oídos, apenas puedo escucharlo. Aunque sé lo que significa esa sonrisa burlona.

Está cantando victoria.

Qué jodida paradoja. Me acaba de dar un orgasmo mejor que cualquier cosa que el dinero pueda comprar, pero me siento barata.

Cian se levanta de su posición entre mis caderas y, agarrándome por la parte posterior de los muslos, me guía para que los cierre. Está sobre sus rodillas, con mis piernas erguidas y paralelas a su corpulento cuerpo, y mis talones descansando sobre sus hombros.

Ahora me va a coger, me doy cuenta con una mezcla de miedo y euforia.

No puedo ver lo que está haciendo. El arma que se esconde bajo su ropa está oculta por mis muslos, que aún se contraen, pero cuando la aterciopelada cabeza roza mis tendones, la anticipación crece en mi pecho.

Cian está a punto de clavarme a este colchón, y con o sin plan de escape, quiero que lo haga. Lo deseo como nunca he deseado nada ni a nadie, sin embargo, estoy tan aterrorizada que cierro los ojos con fuerza.

No obstante, Cian sabe cómo hacer que se abran de par en par. Empuja su longitud entre mis muslos, que aún están húmedos por el orgasmo que me provocó. Cuando me atrevo a mirarlo a la cara, toda su arrogancia ha desaparecido. Cian se deja arrastrar por la corriente salvaje del deseo, con la boca abierta y jadeante, mientras desliza su polla entre mis muslos apretados.

No dentro de mí, pero cerca. Lo suficientemente cerca como para que cada embestida golpee la parte más sensible de mi cuerpo.

La fricción parece funcionar también para él.

—Cruza las piernas. —La voz de Cian se vuelve áspera con el mismo deseo que retumba dentro de mí.

Mis tobillos se cruzan ante su orden, como si tuvieran voluntad propia.

Su gigantesco antebrazo se curva alrededor de mis rodillas superpuestas, sujetando mis piernas con fuerza mientras empuja más fuerte y rápido a través de mis muslos resbaladizos.

—Maldición —suelta Cian mientras su verga se lanza hacia mi agitado centro. Ver la corona bombear entre la piel de mis piernas es pornográfico por más razones de las que puedo expresar, incluso si no estuviera tan excitada por la sensación que me produce.

Sus gemidos resuenan en mis huesos. Nunca he estado tan excitada ni he visto a nadie tan excitado como Cian mientras me usa como un juguete sexual.

Y ni siquiera está dentro de mí.

La excitación que su cuerpo provoca en el mío, esa euforia trepidante por la que la gente escala montañas y salta de aviones... Increíble no es la palabra adecuada.

Esto es *imposible*, la forma en que un segundo orgasmo se enrosca más fuerte.

Estoy a punto de correrme otra vez solo con esto.

Las yemas de los dedos de Cian se clavan en la piel desnuda de mi muslo. Quiero sus dedos por todas partes. Empuja su longitud más profundamente, de alguna manera metiéndola entre mis muslos y golpeando mi clítoris con cada embestida.

Gemimos en una armonía que me habría avergonzado cualquier otro día con cualquier otra persona. No sé por qué, pero no me da miedo ser tan obscena con él. Solo temo perderme en la zona peligrosa de su atracción magnética.

—¿Vas a correrte otra vez?

—S-sí. —Jadeo, mientras frota la punta de su polla contra mí.

—Entonces hazlo. Ahora.

Con un grito y una última embestida, la presión explota. Las contracciones me golpean en oleadas prolongadas, y las aguanto hasta que finalmente desaparecen.

Cuando abro los ojos, me mira con expresión absorta.

—¿Qué?

—Eres hermosa cuando te dejas llevar así —halaga con una voz extrañamente ronca.

Siento cómo se me sonrojan las mejillas. No tengo ni idea de cómo responder a eso, pero no puedo decir que no me guste.

—Me toca. ¿Quieres que me corra para ti? —Cian comienza a bombear de nuevo, golpeando la parte posterior de mis muslos con la fuerza de sus caderas mientras penetra en el estrecho hueco.

Asiento con la cabeza, presa de una delirante obediencia.

—Dime dónde.

—Yo... —La segunda palabra no sale porque Cian empuja su polla tan profundamente entre los pliegues que casi desliza esa cosa enorme a través de mi entrada—. Quiero que tú...

—¿Sí?

Me lamo los labios y lo suelto.

—Córrete sobre mí.

Las palabras suenan sensuales y extrañas.

Quizá sea porque nunca había sido tan sexualmente honesta. No sé qué significa esta nueva versión de mí misma.

Gime mi nombre, me arranca el vestido por la cabeza y luego murmura en *gaélico*, como si escuchar mi nombre en su boca *sexy* no fuera suficiente para hacerme llegar al clímax por segunda vez. Después de eso, Cian estalla.

Convierte mi ombligo y mis pechos en un Jackson Pollock, pintándome con trazos abstractos de semen.

Ambos jadeamos como si acabáramos de correr el maratón de Honolulu.

Una vez que termina con un último gemido, nos quedamos allí inmóviles.

Está quieto sobre mí, con el brazo todavía sujetándome las piernas, su pene todavía entre mis muslos. A medida que nuestra respiración se ralentiza, nuestras miradas se cruzan de forma natural, como dos arroyos que se unen.

Espero encontrar otra sonrisa burlona. Que me diga: *Ahora, agradécemelo*. Y lo haría. Sin dudarlo y sin una pizca de sarcasmo. En este momento, estoy así de perdida.

No obstante, lo que encuentro acechando en las profundidades de los ojos verdes de Cian no es una jactancia bien merecida. Es un atisbo de miedo.

Me mira como si *yo* fuera el lobo y él la presa indefensa.

Nos quedamos viendo fijamente durante tanto tiempo que su semen se seca en mi piel. Solo entonces suelta mis piernas.

—Ahora puedes irte a trabajar.

La confusión se apodera de mí mientras Cian se baja de la cama, recoge su ropa del suelo y desaparece en el baño, dejándome perdida y sola, preguntándome qué demonios acaba de pasar.

Capítulo 13

Harper

El calor de nuestro despertar matutino se enfría y se convierte en una extraña forma de apatía hiperconsciente. A pesar de que Cian no me ve a los ojos, su mirada toca mi piel a cada segundo. Se acerca, mas no con brusquedad como lo hizo ayer. Es como si desconfiara de mí. O intentara ser considerado.

De cualquier manera, me inquieta.

Mi comportamiento debe de ser aún más extraño. Esquivo sus manos, observando sus dedos como si fueran a agarrarme en cualquier momento. En mi mente, me digo a mí misma que estoy siendo cautelosa, pero en realidad, temo besarlo si lo miro demasiado de cerca a la cara.

Me pregunto si voy a luchar contra ese impulso todo el día.

Al parecer, Cian vino aquí sin hacer maleta, así que lleva su atuendo de novio recién casado en su luna de miel de ayer. Él puede permitírselo, pero yo no. Así que la primera parada que hacemos después de vestirnos lo mejor posible es *Fukuoka Farms*. Su condición para que vaya a trabajar hoy es, por supuesto, que pase cada segundo bajo su supervisión.

Me lo esperaba, así que su presencia constante no interferirá en mi plan de fuga.

Cuando lo observo por el rabillo del ojo, me pregunto si Cian Mahoney es capaz de enamorarse. Si lo que *demostró* más temprano es cómo se comporta cuando se acuesta con una mujer que no le

importa lo más mínimo, ¿cómo será cuando encuentre a una que adore?

¿Qué tipo de mujer sería capaz de ganarse finalmente su afecto sincero?

Cian conduce el Porsche por las brillantes y amplias tierras de la costa norte de Oahu. Durante unos kilómetros ininterrumpidos, parece que somos las únicas personas en la tierra.

Baja todas las ventanas para que entre el aire salado. Con el viento azotándome el cabello alrededor de la cara, probablemente, parezco como si me hubiera caído de una secadora de ropa cuando llegamos a casa de los Fukuoka. Pero, por suerte para mí, no estarán allí, y mi aspecto desaliñado me dará más tiempo para organizar mi huida.

Cian espera en la planta principal de la casa mientras subo corriendo a mi habitación y me preparo. Me baño rápidamente y me recojo el cabello en una cola. Lo primero que voy a hacer cuando me escape es cortarme mi ondulada melena rubia con unas tijeras. También me la teñiré. Nadie volverá a reconocerme como la chica que solía ser.

Me pongo unos *jeans* oscuros de diseñador y una blusa, la ropa más cómoda que tengo y que puede pasar por informal de oficina. De debajo de mi cama, saco el bolso cruzado en el que guardo todo mi dinero. Saco unos cuantos miles de dólares y los dejo en una caja de zapatos con una nota para los Fukuoka. Es la misma nota que le dejé a mi padre cuando hui de Finn.

Solo dos palabras en un pequeño trozo de papel.

Lo siento.

Hay demasiado que explicar y no quiero que piensen que me secuestraron. Quiero que sepan que me fui por mi cuenta y que asumo toda la responsabilidad por lo horrible que ha sido mi abandono.

Meto mi pasaporte en el bolsillo trasero de mis *jeans*. Con Cian aquí, no puedo arriesgarme a separarme de mi única forma de identificación. El dinero lo llevo conmigo en la bolsa. Echo un último vistazo a esta habitación donde dormí durante los últimos dos meses. Este ha sido mi hogar durante un tiempo. No sé dónde

estará el próximo; sin embargo, sería una tontería pensar que podría ser la mitad de agradable. Ser por una vez una pequeña parte de una familia normal...

Cuando veo mi rostro reflejado en el espejo, unas lágrimas resbalan por mis mejillas. Me veo horrible, la verdad. Estoy muy tentada de maquillarme, pero no quiero darle a Cian la impresión de que lo hago por *él*.

Sinceramente, preferiría morir.

Así que salgo tal y como estoy. En una semana normal, hoy sería un día de trabajo en la granja. Pero le dije a Cian que tengo que trabajar en Waikiki, igual que ayer.

Quiero disculparme con Paul y Mike por haberme escapado del trabajo ayer y, lo más importante, necesito engañarlos para que me ayuden a alejarme de Cian.

El viaje de vuelta a Waikiki es doloroso. Silencio ventoso. Tensión sexual. Casi saco la cabeza por la ventana como un perro, solo para respirar más aire.

Cian no me mira ni una sola vez mientras conducimos. Mientras tanto, le echo vistazos furtivos a su regazo, incapaz de dejar de imaginar cómo sería subirme a él y rebotar un rato.

Este ha sido, sin duda, el día más extraño de mi vida.

Llegamos a *Dish* alrededor del mediodía, lo que resulta ser perfecto. La hora pico del almuerzo tiene el lugar *abarrotado*. Mike parece dispuesto a cantar cuando entro por la puerta. Cian, unos pasos detrás de mí, mira hacia el patio... probablemente en busca de alguna prueba de la pelea que empezó ayer.

Hablando de desastres, me había olvidado por completo de la lesión de Anna. No podrá caminar con normalidad durante unas semanas, así que me ofrezco como voluntaria para sustituirla, empezando de inmediato. Acomodo a Cian en una mesa al fondo, como si fuera un cliente habitual, y sigo con mis tareas de *host*, sintiendo su mirada en mi espalda todo el tiempo.

Mientras trabajo, intento no observar demasiado al reloj que cuelga de la pared junto a la puerta principal. Hoy es miércoles, lo que significa que mi salvación llegará alrededor de las dos y media de la tarde. Solo tengo que mantener la calma hasta entonces.

Y poner a prueba el tiempo de reacción de Cian, igual que hacía cuando trabajaba para mi padre.

Primero, voy al baño en mi descanso. Me siento en un cubículo y miro el reloj que me compré hace unas semanas. Estoy cronometrando cuánto tarda Cian en sospechar.

Cuando salgo, alrededor de los ocho minutos, está apoyado en la puerta, junto a la fuente de agua. No tiene que decir nada. Sus brazos cruzados lo dicen todo:

No creas que voy a cometer un error solo por lo que pasó esta mañana.

No te subestimaré, no le respondo.

Me sigue hasta el pasillo principal del restaurante. Allí, gira a la izquierda, vuelve a su mesa y regreso al mostrador de recepción.

Cian es mucho más receptivo que mi padre. ¿Solo ocho minutos? ¿Cómo demonios voy a lograrlo?

La preocupación se extiende como un jugoso chisme por mis entrañas. Intento mantener la calma, porque, al igual que quedarse atrapado en mar abierto, entrar en pánico ahora equivale a la muerte. Si parezco nerviosa por algo, la vigilancia de Cian solo se intensificará. Tengo que actuar como si hoy fuera un día normal, pero, en cambio, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de su lengua *devorándome*.

Intento concentrarme en los clientes llevándolos a sus mesas, dándoles cumplidos a los turistas, preguntando por sillas elevadoras para niños pequeños. Y cada vez que el peso de la mirada de Cian se clava en mi nuca, siento calor bajo la ropa, como si él fuera el sol directo en un hermoso y húmedo día de verano en el trópico.

Tal vez me gusta que me mire, lo cual es muy extraño. Nunca me había gustado antes.

Por otra parte, hasta esta mañana, tampoco me había corrido nunca en la cara de alguien.

Mi corazón comienza a latir con fuerza en mi pecho a medida que se acerca el momento.

Se acerca el momento de la verdad.

Entra una familia alta de cinco miembros. Me tiemblan los dedos mientras tomo una pila de menús y comienzo el caluroso camino

hacia el patio. Los ojos de Cian me siguen desde dentro, tan lejos como pueden.

Ocho minutos. Ese es todo el tiempo que tendré desde el momento en que ya no pueda sentir su mirada hasta salir corriendo de aquí. Siento a la familia, tratando de no sudar demasiado ni sonreír demasiado, pero sus agradables preguntas consumen mi precioso tiempo de escapada.

En cuanto termino con ellos, corro hacia la sección del patio donde el personal de cocina descansa y uso la puerta trasera del edificio para colarme en la cocina. Paul está terminando de repartir los alimentos de la granja de su familia.

La mayoría de las veces, solo recibe las entregas, pero los miércoles conduce él mismo la camioneta. Las pocas veces que hemos trabajado juntos un miércoles, siempre se ha ofrecido a dejarme en la tienda de la esquina para que podamos comprar bocadillos.

Hoy, cuando vaya con él por la carretera, me voy a marchar. No volverá a verme nunca más. En cuanto me acerco al hombre con la camiseta de *Dish Waikiki*, con el cabello largo recogido en un moño apretado en la nuca, las lágrimas amenazan con caer. Le estoy muy agradecida y a su familia, y odio tener que hacerles esto.

Odio simplemente irme y desaparecer.

—¿Vamos por bocadillos? —Levanta las cejas cuando me ve porque ya lo sabe.

Es nuestro ritual.

Solo asiento con la cabeza y agarro mi bolso con todo el dinero de un gancho en la pared. Detrás de mí, Paul vuelve a hablar con un tono más melancólico.

—¿Mamá y papá me dijeron que te vas fuera de la ciudad por un tiempo?

Casi había olvidado ese mensaje de texto frenético y críptico que envié a sus padres anoche, segundos antes de que Cian tirara mi teléfono por la ventana como un idiota.

—Sí, asuntos familiares. —Obligo a que salgan las palabras. Mi corazón se está muriendo, ese dolor sordo bajo las costillas se intensifica a cada segundo.

—Si no te importa que te pregunte... —Paul señala con la cabeza hacia la puerta trasera. Lo adelanto tres pasos—. ¿Está todo bien?

—Bien. —Para ser una actriz experimentada, sueno tremendamente falsa.

—Anoche huiste después de que las cosas se pusieran feas en el patio, y nos preocupaba que alguien te hubiera causado problemas.

La pelea de Cian pasa por mi mente. La forma en que nuestras miradas se cruzaron durante ese encuentro con esos estúpidos clientes. Ayer, era el mensajero del diablo. Y ahora, cuando pienso en él, es como si tuviera su gigantesco puño apretando con fuerza mi pequeño corazón frío y muerto.

—No hubo ningún problema —miento con una sonrisa forzada antes de cambiar de tema—. Maldita sea, ahora me gustarían unos M&Ms.

Quiero empujar a Paul hacia la puerta y meterlo en su camioneta, pero se está tomando su tiempo. Y cuando oigo un enorme estruendo procedente del pasillo fuera de la puerta de la cocina, sé que mis ocho minutos se acabaron. Y de qué manera.

—¿Qué fue eso? —murmura Paul, dirigiéndose hacia la salida de la cocina. La puerta del salón se abre de golpe, casi golpeándolo en la cara. Aparece Cian, con la cara roja y enfurecido. Me ve con la bolsa al hombro y a Paul con las llaves todavía tintineando entre los dedos, y en un instante hace los cálculos.

En los tres segundos que permanecemos allí, con la mirada furiosa y afilada de Cian clavándose en mi rostro, recuerdo todas las cosas peligrosas que lo he visto hacer en mi vida.

Incluyendo aquella noche en la que no quiero pensar, la noche en que la operación de papá salió mal. El hombre al que se suponía que debía distraer terminó arrastrándome por un pasillo hasta una habitación vacía y empujándome contra la pared, ahogando mis gritos con su mano. Para cuando me había subido el vestido hasta la cintura y se estaba desabrochando los pantalones, estaba empezando a disociarme. Flotaba sobre mi cuerpo, distanciada pero sumida en un oscuro pozo de desesperación, cuando la puerta se abrió de golpe y la habitación se estremeció con un rugido enfurecido.

«—¡Quítale las malditas manos de encima!

Alguien apartó a mi agresor de mí con la misma facilidad con la que se aleja a un niño pequeño de un perro. El aire se agrietó y la cabeza de mi agresor salió volando hacia un lado. La sangre salpicó en todas direcciones mientras caía al suelo.

Lo siguiente que supe es que Cian se apresuraba hacia mí.

—Harper, ¿estás bien?

Recuerdo que intenté responder, pero en su lugar me ahogué en un sollozo. También recuerdo el momento exacto en que Cian se fijó en mi apariencia. La luz maliciosa y juguetona que solía brillar en sus ojos verdes se apagó, dejándolos relucientes y afilados como gemas facetadas, mientras me bajaba suavemente la falda para cubrirme y me reajustaba el corpiño. Luego se fijó en las marcas rojas alrededor de mis brazos y cuello, y observé cómo todo su cuerpo se quedaba inmóvil, como el de un depredador.

Finalmente, logré hablar.

—Aún no estoy bien, pero lo estaré.

Sus dedos rozaron mi mejilla.

—Eres una chica valiente. Ahora no te muevas. —Se giró mientras mi agresor se ponía de pie tambaleándose—. Eres hombre muerto.

Su siguiente puñetazo volvió a derribar al hombre. Cian se abalanzó sobre él, sentándose a horcajadas sobre su torso mientras su puño golpeaba repetidamente la cara del otro tipo, hasta que sus gritos finalmente cesaron.

Cian se levantó y escupió sobre su cuerpo. En ese momento, mi padre nos encontró. Después de maldecir a Cian, pidió refuerzos.

Mientras él se ocupaba de la logística, me fijé en el estado en carne viva e hinchado de los nudillos de Cian e insistí en buscarle una bolsa de hielo, ignorando la mirada desconcertada que me lanzaba de reojo».

Cian parece casi tan enfadado ahora como lo estaba entonces. Y sé que, si no lo saco de aquí, va a usar a Paul de ejemplo.

No podría soportarlo.

—No tienes permitido estar aquí... —Empieza a decir Paul mientras lo empujo y pongo las manos sobre los prodigiosos hombros de Cian.

—¡Lo siento! —le digo sin mirar atrás—. Mi novio no lo sabía.

Con fuerza en mis manos, lo empujo hacia atrás por donde vino, y me sorprende mucho que su cuerpo realmente retroceda. Intentar mover a Cian sin su consentimiento sería tan fácil como intentar empujar una camioneta Ford doble por la calle.

Irrealista, inútil y un ejercicio de estupidez.

En cuanto llegamos al pasillo, giro a la izquierda por un corto corredor que conduce a la sala de descanso del personal. Cian me sigue en un santiamén. Justo antes de llegar a la puerta, me meto en un armario de suministros.

Cian nos encierra con un portazo y echa el cerrojo. Estoy tan asustada que considero amenazar con gritar, pero tan excitada por su olor y su proximidad que mis labios no se mueven.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí atrás? —La furia subraya cada sílaba.

—Hablando con mi jefe...

—*Marchándote* con tu jefe. —La fuerza de sus palabras me hace temblar, y retrocedo hasta una estantería llena de servilletas de mesa de repuesto y menús de bebidas recién impresos. Todo traquetea detrás de mí.

—Normalmente hacemos un mandado juntos los miércoles a esta hora. —Mi voz es tan débil como la de un ratón. Fijo mi atención en su pecho, porque no me atrevo a mirarlo directamente a los ojos.

—Así que él es el indicado, ¿no?

—¿Qué?

—El tipo con el que te has estado acostando desde que llegaste aquí.

¿Qué?

Abro la boca, pero no me sale ningún sonido. Tartamudeo, ahogándome en mi propio silencio. ¿Esto está pasando de verdad?

Cian no está enfadado porque cree que intenté escapar. Está enfadado porque... ¿cree que tengo algo con *Paul?*

—No, yo...

La habitación en la que estamos es del tamaño del armario de mi *suite* en casa, lo suficientemente grande como para estacionar un todoterreno, aunque cubierta de pared a pared con estanterías y productos de limpieza. La única luz que entra aquí proviene de una pequeña ventana situada en lo alto de la pared a nuestra izquierda, que proporciona un resplandor vespertino difuso en diagonal.

Cian se coloca bajo el haz de luz y se me acerca.

—*Sabía* que estabas aquí persiguiendo vergas todo este tiempo. —Me alcanza y sus largos y peligrosos dedos se posan alrededor de mi cuello.

Teniendo en cuenta la intensidad de su ira, casi espero que me estrangule hasta matarme, pero cuando sus dedos tocan mi sensible piel, ambos volvemos a respirar de forma extraña, como si estuviéramos calentando para otro maratón.

Su expresión, retorcida por la incredulidad y la desconfianza, parece conflictiva, como si no pudiera decidirse sobre algo crucial.

Y entonces gruñe:

—¿Por qué lo hiciste?

—¿De qué estás hablando? —Con mi voz entrecortada y sin aliento, sueno como una rubia tonta en una película porno de los ochenta, sin el saxofón corriente de fondo.

—¿Por qué me mentiste y dijiste que no habías estado con nadie desde que llegaste aquí? —Sus dedos se clavan en los lados de mi cuello.

Cierro los ojos, como si eso fuera a hacer qué esta loca película dejara de reproducirse ante mí.

Las palabras que no sé cómo decir se agolpan en mi lengua. Solo le estoy diciendo la verdad, así que ¿por qué me tiemblan las rodillas?

—Cian.

—No te atrevas a decir...

—La única persona que me ha tocado en los últimos dos meses eres tú.

—Deja de intentar engañarme. —Su agarre sobre mi garganta se hace más fuerte, ¿y por qué me está destrozando la ropa interior con cada *apretón*?

—Si realmente hubiera algo entre Paul y yo, no le habría dicho que eras mi novio.

—Mírame —ordena Cian. Ahora, estoy cara a cara con este hombre extraño, guapo y celoso—. Sé que está intentando ayudarte a escapar. —Su otra mano se aferra a mi cintura, haciéndome saltar —. Pero no lo conseguirás, Harper.

—Estoy diciendo la verdad.

—¿Por qué demonios harías eso? —Ese tono amargo vuelve a su voz, haciendo que cada palabra corte como una navaja.

«No dejes que Cian te confine», me recuerda una voz lejana.

Aunque hoy mi intento de fuga haya fracasado, la única forma de volver a intentarlo es manteniendo mis extremidades libres y la confianza de Cian firmemente depositada en mí. No puedo dejar que siga con esta historia escandalosa que se inventó. Tengo que demostrarle que digo la verdad, pero no puedo hacerlo a menos que... finja tener otros motivos.

—Porque quiero que me creas.

—Por supuesto que quieres que te crea. —Me aplasta contra las estanterías con el peso de su cuerpo—. Así es como siempre los atraes a la trampa.

Un yunque cae sobre mí, rompiendo todo lo que toca en su caída.

—¿De qué estás hablando?

Intento hacerme la tonta, aunque el pánico me invade por dentro.

—Recuerda, Harper Brennan. Sé lo que solías hacer por tu padre en los clubes.

¿Cian sabía lo que hacía todo este tiempo? ¿Sabía que estaba utilizando lo que mi padre me había enseñado para manipularlo?

La vergüenza me invade y me tambaleo. Obviamente lo sabía. Es uno de los principales ejecutores de los *Reyes Irlandeses*. Parte de su trabajo consiste en ver más allá de mierdas más complicadas que

esta. ¿Por qué pensé que podría engañarlo con unas cuantas sonrisas y miradas de ojos muy abiertos?

Probablemente, solo estaba siguiéndome el juego para ver hasta dónde llegaba.

Cian debe de pensar que hago esto todo el tiempo. Besando a quien necesito besar, abriendo las piernas cuando necesito salirme con la mía... Probablemente, creía que era una puta de alquiler cuando puso un pie en esta isla, y ahora sabe que es cierto. Dejé que me utilizara.

Incluso lo disfruté.

Sus caricias eran tan buenas que empecé a preocuparme por él. Solo un poco.

Supongo que me salió el tiro por la culata.

Porque soy la única persona que ha sido manipulada en esta situación.

Capítulo 14

Harper

—Aléjate de mí. —El gemido en mi voz me repugna.

Para mi sorpresa, la mano de Cian se aleja de mi cuello, aunque no retrocede ni un centímetro.

—Esta vez no te librarás llorando, Princesa. —Hay verdadero odio en su voz cuando dice eso.

Lo entiendo. También me odio.

—Entonces, mátame.

Frunce el ceño.

—¿Matarte?

—Prefiero morir antes que volver contigo.

Aprieta los dientes.

—Eso es un poco dramático, ¿no crees?

—¿Qué te importa? —Hago un gesto con la mano entre nosotros —. Te comes a chicas como yo en el desayuno. —Cuando no responde, alzo la barbilla con toda la rebeldía que me queda—. *¿Verdad?*

—Ten cuidado, Harper.

—No finjas estar ofendido. —Frunzo el labio superior, porque él me repugna casi tanto como yo misma—. Ya tuviste tu diversión. Siempre has querido *profanarme*, como todos los demás ejecutores que trabajan para mi padre. Pues, felicidades. Ganaste.

La nube tormentosa que se cierne sobre su rostro se oscurece.

—Ahora es un buen momento para cerrar la boca.

—¿Qué más da? —estallo—. Te importo una mierda. ¡A nadie le importo! Para ti, solo soy una puta estúpida que traicionó a la familia. Si tuviera otro padre, ya te habría ordenado que me mataras. Y lo habrías hecho. Así que, por favor, omite…

—¡¿Por qué crees que te haría daño?! —grita tan fuerte que me zumban los oídos. Me sorprendería que no lo escuchó todo el restaurante.

El humor cambia de nuevo.

¿A qué está jugando?

Exhalo bruscamente.

—Oh, no lo sé. No es que seas un asesino profesionalmente entrenado, o que trates a las mujeres como si fueran pañuelos de papel. Una vez que los usas, van a parar a la basura. Es todo un misterio, de verdad.

—¿Y qué? —gruñe—. ¿Cuándo *te* he tratado así?

Parpadeo mientras me asalta la duda, porque el hombre tiene razón. Luego, lo descarto.

—¿Se supone que debo tomar como un cumplido que nunca te hayas acostado conmigo y luego hayas desaparecido, como haces con todas las demás mujeres que se cruzan en tu camino?

—Por el amor de Dios, Harper. Deja de cambiar cada palabra que digo.

—No se siente muy bien, ¿verdad?

—¿*Por qué…?* —gruñe, acercando su cara a la mía—. ¿Por qué tienes que ser un dolor tan grande en mi trasero?

La furia me hierve la sangre. Me encantaría borrarle ese gruñido de la cara de un puñetazo, pero no tengo ningún interés en romperme la mano.

—¿Podemos simplemente...? —Ni siquiera quiero terminar esta estúpida frase. Exhalo otro suspiro e intento calmarme—. Cian, por favor. ¿Podemos simplemente... empezar esta conversación de nuevo?

—Tienes toda mi atención.

Y eso no es todo. La polla de Cian vuelve a estar erecta, apuntándome como un arma entre nuestros cuerpos apretados.

«¿En serio?». Quiero reventarle las pelotas. «*¿Discutir en un armario de suministros es lo que te excita?».*

Pero además, ¿quién soy yo, con mis bragas húmedas, para juzgar?

Supongo que eso significa que ambos somos retorcidos.

—No hay nada entre Paul y yo. —Resignada, apoyo mi cabeza contra la suya. Me tiene inmovilizada. ¿Qué más puedo hacer?—. Nunca. Lo juro.

—Sí, y tampoco intentabas escapar.

—No sé por qué te imaginas que soy tan promiscua como tú. Puedo contar con una mano a todos los que han pasado por mi cama… y aún me quedan dedos libres. Hasta ayer, ni siquiera sabía que se podía tener un orgasmo así.

—¿Qué quieres decir?

Por primera vez desde que nos metimos aquí, creo que me está escuchando. Ahora, claro.

—No me obligues a decirlo. —Mis mejillas arden de vergüenza, tanto que probablemente me salga vapor de la cara.

Puede que hoy haya sido el peor día posible.

—Explícate. —Su mano en mi cintura se desliza hacia abajo y alrededor, adhiriéndose a mi trasero como una pata gigante—. Ahora. —Después de un momento, dice entre dientes—: Por favor.

Entre su agarre en mi trasero y ese *por favor*, le habría contado secretos de seguridad nacional si tuviera alguno. La lujuria es un veneno contra mí misma.

Mi atracción por este hombre está arruinando mi vida, literalmente.

—Nunca... —Frunzo los labios—. Ya sabes... me he *corrido* así. Antes.

Esa boca sensual aparece cerca de mi oído.

—¿Estamos hablando de esta mañana?

Asiento con la cabeza contra su hombro y me deja un beso en la base del cuello. El mismo cuello que podría haberme estrangulado hasta matarme.

Aunque... nunca olvidaré la forma en que me gritó.

«¿Por qué crees que te haría daño?».

—Harper Brennan. —Me da un beso cerca de la oreja, con un tono tan serio como la tumba—. ¿Soy el primer hombre que te ha probado?

Ugh, lo odio.

—Sí, ¿de acuerdo? ¿Ya estás contento? —Tanto por ser cortés. Aquí estoy, empezando otra pelea—. Eres la primera persona que...

—¿Alguna vez has probado a un hombre? —Me besa una vez, solo para confundir mi mente—. Sé sincera.

Niego con la cabeza, demasiado horrorizada para hablar. Rezo por que caiga un asteroide o haya un terremoto, cualquier cosa que acabe con este momento de forma permanente. Pero entonces Cian me besa con tanta fuerza que mi cabeza golpea la estantería que hay detrás.

Oh, Dios, sus labios borran todo lo anterior.

Cualquier mortificación persistente se esfuma junto con mi cordura cuando su lengua se adentra en mi boca. Me derrito en sus brazos, rodeando su cuello con fuerza, como si le hiciera una llave de cabeza. A Cian debe de gustarle, porque me levanta hasta que nos besamos a la misma altura. Mis piernas se enredan alrededor de su cintura mientras frota su longitud contra la tela que cubre mi coño hambriento.

Una de sus manos desaparece de mi trasero, solo para darme una nalgada un momento después. El impacto del dolor me afecta tanto que gimo contra su boca. El sonido que sale de su garganta en respuesta es como una uña áspera arrastrándose por mi espina dorsal. Nunca se lo admitiré a nadie, pero me encanta la forma como me besa, como si fuera todo y, al mismo tiempo, no fuera suficiente.

Cuando termina, tengo los labios en carne viva. Cian me baja con evidente renuencia. Vuelve a tener esa expresión conflictiva en el rostro. Estoy mareada por sus besos, aun así, sé que no hemos llegado a una tregua.

Al menos, no del tipo que me inspire confianza en que no me atará las muñecas con bridas a la primera oportunidad que tenga.

Aunque quiero que me diga qué está mal, eso también es mentira, porque no quiero hablar con Cian de nada. Las

conversaciones no son nuestro fuerte. Cada vez que abro la boca, nuestros intercambios se convierten en una pelea.

Pero ¿y si pudiera cambiar eso?

En lo que podría ser lo más aterrador, valiente y *estúpido* que alguna vez he hecho, me arrodillo sobre una caja estrecha y apoyo las manos en la cintura de Cian. Levanto la vista desde esta postura de súplica, con su erección a solo unos centímetros de mi rostro.

Los ojos de Cian se abren como platos mientras me estudia fijamente.

Su mirada es como un foco. Perfecto, ya que estoy a punto de actuar para él.

Una gota de sudor me resbala por la espalda. Nervios. Una parte de mí desearía no saber lo increíblemente bueno que *es* dando sexo oral. No hay forma de que pueda hacer que esto sea tan alucinante para él como lo fue para mí. El cuarenta por ciento de mi cerebro me insta a ni siquiera intentarlo, pero el otro sesenta por ciento ordena a mis dedos temblorosos que se agarren a la cintura de su *short* y lo bajen. Su verga queda al descubierto y me quedo paralizada al verla.

Siento un calor en la parte baja del vientre, junto con un escalofrío de miedo.

La polla de Cian parece grande desde la distancia. De cerca, esa cosa es una bestia.

Las posibilidades de que me quepa en la boca son escasas. *Muy* escasas.

La creciente excitación entre mis piernas me insiste en que lo intente.

Quiero esto. En casa, bajo el yugo de mi padre, nunca pude elegir por mí misma.

Hoy, en un armario de suministros, eso cambia.

La emoción hace que mi pulso se acelere mientras alcanzo su longitud con manos vacilantes. La sensación de su piel me sorprende. Es tan suave como el terciopelo por encima, pero duro como una roca por debajo. Y muy, muy caliente.

Dejo que mis dedos exploren, acariciando la amplia y redonda cabeza antes de sumergirme en la cresta que hay debajo. Cian se

estremece y se apoya con ambas manos en las estanterías que hay detrás de mí.

—*Mierda.*

Su reacción desencadena una nueva oleada de deseo, así como una explosión de satisfacción.

Le hice eso. Puede que no sepa lo que estoy haciendo, pero al cuerpo de Cian no parece importarle.

Sin embargo, sigo estando más que nerviosa.

En muchos sentidos, esta es la actuación más difícil de mi vida.

Principalmente porque... no estoy actuando en absoluto.

Solo estoy siendo yo misma, y hasta ahora, ser yo misma era algo que ocurría a puerta cerrada, donde nadie podía verme, excepto quizá Bex. O Riley.

O mi madre, en uno de sus raros momentos de sobriedad.

Desde que llegué a la pubertad, la verdadera Harper Brennan se convirtió en una chica que se esconde en el ático de su mente hasta que no hay nadie alrededor.

Y, aunque puedo decirme a mí misma que tocar a Cian es para preservar mi capacidad de huir más tarde, eso sería una mentira. Estoy de rodillas, porque quiero estarlo.

Presiono mis labios contra la punta de su longitud. Cuando se estremece, me vuelvo más atrevida y recorro la cabeza con mi lengua. En lugar del sabor desagradable que temía, sabe a sal y almizcle.

Me lleno de valor, lo lamo desde la base hasta la corona. Una vez. Dos veces. Tres veces. Como si estuviera tomando medidas con la lengua.

Por encima de mí, él gime mientras lo trato como si fuera una paleta helada. Una de sus manos se enreda en mi cabello.

Mi confianza crece. Hasta ahora, pensaba que dar una mamada era degradante y que el chico tenía todo el control, pero en realidad es todo lo contrario.

Puede que esté de rodillas ante Cian, aun así, tengo todo el poder. Controlo a esta bestia de hombre con cada lamida de mi lengua.

—Deja de provocarme, maldición. —Aunque las palabras en sí mismas suenan duras, Cian las pronuncia como una súplica—. Méteme en tu boca y chupa.

Siento esa orden entre mis piernas.

Dejando a un lado mis nervios, abro la boca y chupo la punta con mis labios calientes. Su verga me estira la boca cuanto más bajo voy.

¿Por qué fantasear con su vista me hace succionar más fuerte? Clavo las uñas en sus muslos, con dolor en la parte baja de la espalda. La caja también es un infierno para mis rodillas. Sin embargo, la incomodidad se disipa, especialmente, cuando envuelve con su puño la base de mi coleta y jala, provocándome un delicioso escozor en el cuero cabelludo.

—¿Cómo te atreves a mentirme? —La aspereza irregular de su gruñido me llega a mi centro.

Está enfadado otra vez, pero no sé por qué. Y no sé por qué su ira me excita cuando estoy de rodillas así.

—Dijiste que nunca habías hecho esto antes. —La acusación de Cian me satisface más de lo que jamás imaginé. Esas siete pequeñas palabras son su forma de halagarme. Si me hubiera hecho un cumplido adecuado, me habría preocupado que lo dijera para consolarme por mi falta de experiencia.

El hecho de que piense que estaba mintiendo descaradamente es, de alguna manera, una forma más honesta de halagarme.

Cuando pienso en Cian desmoronándose por mi culpa, me excito tanto que vuelvo a agarrarle el trasero, con la piel desnuda y firme bajo mis dedos ansiosos. Sus caderas se inclinan hacia delante. Cuando golpea mi úvula, empiezo a tener arcadas, pero no me detengo. Me obligo a aceptarlo. Estiro la boca todo lo posible, luchando por tragármelo hasta la base.

Dios, mi deseo por Cian es salvaje. Estoy babeando como un perro a sus pies, atiborrándome de la plenitud de su polla en mi boca. ¿Por qué me gusta tanto tenerlo dentro de mí? Aunque solo sean sus dedos, aunque sea así...

Con dificultad, dejo que se deslice fuera de mi boca, húmedo por mi saliva, aún palpitante.

Respiro con dificultad por la falta de oxígeno. No sé qué hacer a partir de aquí. Por dentro, estoy dividida entre querer que se corra sobre mí otra vez y querer salir corriendo de esta habitación y meterme en la camisa de fuerza más cercana.

Con sus dedos gruesos y letales, Cian me acaricia ambos lados de la cara. Suavemente, me inclina la cabeza hacia arriba para que lo mire a los ojos, iluminados con *locura*, como si acabara de electrocutarlo.

¿Cómo me ve él?

Espero otra maldita sonrisa burlona, otro comentario presumido o difamatorio, pero en cambio, baja los párpados como si se rindiera ante mí y murmura con una voz aterciopelada.

—Abre esa hermosa boca.

Sus dedos se clavan en los lados de mi cabeza, manteniéndola firme. Casi tan pronto como separo los labios, introduce su longitud entre ellos y procede a cogerme la cara, como si fuera para eso para lo que estuviera hecha.

Justo cuando pensaba que chupársela no podía ser más excitante.

Él empujando dentro de mi boca... golpeando el fondo de mi garganta como un reloj, como si no pudiera evitarlo... es igual que esta mañana cuando usó mis muslos.

Solo que mejor. Más intenso.

—Eso es. —Jadea Cian mientras intenta hundir su verga en mi garganta—. Lo estás haciendo muy bien.

De todas las cosas en las que he intentado ser buena, ¿por qué es esta la que más orgullosa me hace sentir?

Soy tan estúpida. Siempre he sido estúpida, intentando ser una...

—Buena chica.

Abro los ojos de golpe y una oleada de puro deseo me invade.

¿Cómo lo hizo? Terminó mi pensamiento y me endureció los pezones con esas dos palabras. ¿Es mágico o qué?

¿Por qué quiero que me vuelva a llamar así?

La piel suave y bronceada de la cintura de Cian me cautiva mientras me penetra la boca.

—Mírame.

En cuanto cruzo mi mirada con la suya, gime.

—¿Vas a tragar?

Dudo, luego sacudo la cabeza, sin querer arruinar el momento vomitándole encima.

—¿Y en tu cara?

Mi clítoris se hincha y asiento con la cabeza.

—Demonios.

Cian me suelta la boca un segundo antes de que su cuerpo se incline hacia delante y me cubra la cara con su semen. Me salpica los labios, las mejillas, incluso la frente y la nariz. Su expresión salvaje y el ruido desquiciado que emite, a medio camino entre un gruñido, una maldición y un grito, son una recompensa en sí mismos.

Nos quedamos así durante unos minutos mientras nuestra respiración se estabiliza. Su semen gotea por mi cara, como el glaseado de una dona caliente. Las gotas salpican el dorso de mis manos inútiles, cruzadas sobre mi regazo.

Este ha sido el día más extraño de mi vida, y apenas ha pasado la mitad.

—Súbeme los *shorts*. —Su orden cae entre nosotros, pesada como un pisapapeles.

Estoy tan fuera de mí que lo hago. Le subo la prenda por su perfecta parte inferior, hasta que su polla queda oculta a la vista y vuelve a parecer un adulto completamente vestido. No lo miro. Todo mi valor desapareció ahora que conseguí exactamente lo que quería. Él... desmoronándose sobre mí.

La satisfacción que recorre todo mi cuerpo altamente excitado demuestra que *todavía* me desarma mucho más de lo que yo a él. Este altercado se puede resumir, en el mejor de los casos, como un empate, pero siendo realistas, es mi derrota.

No solo perdí mi oportunidad de escapar, sino que dejé que Cian me distrajera hasta el punto de entregarle voluntariamente mi dignidad. Me dejé llevar tanto que... le di una mamada... en el lugar donde trabajo.

Quizás realmente soy la puta que él cree que soy.

Sus dedos se aflojan poco a poco sobre mi cabeza y luego me ayuda a ponerme de pie. Sin previo aviso, baja el cierre de mis *jeans* y desliza su mano bajo mi ropa interior.

—¿Chuparme la verga te puso así de mojada? —gruñe mientras introduce un dedo entre mis pliegues—. Joder.

No me molesto en responder. La respuesta parece evidente.

Su pulgar se mueve hacia mi clítoris. Estoy tan preparada que, diez segundos y unas cuantas caricias en círculos después, exploto como fuegos artificiales.

Espera a que termine antes de apartarse.

Dejo caer la barbilla sobre el pecho para ocultar mi rostro de su vista.

Un gesto sin sentido. Él sabe lo que ha pasado, aunque no le dé a su cerebro la satisfacción de una foto mental conmemorativa.

Revisa los estantes antes de ofrecerme un puñado de toallas de papel.

—Límpiate y vuelve al trabajo. —Su voz es ronca.

No abro la boca para responder. Tengo miedo de lo que pasará si algo del semen de Cian acaba dentro de mi boca... Por lo que sé, podría ser una sustancia hipnótica y alucinógena.

Dejo que Cian desaparezca.

«¿Qué demonios me ha hecho?».

Esa es la primera pregunta que me viene a la cabeza, pero es la equivocada.

La verdadera pregunta es... ¿qué me he hecho a mí misma?

Capítulo 15

Cian

No sé si alguien ha abierto un club en mi pecho o qué, pero mi corazón no deja de latir con fuerza contra mis costillas. En mi estado actual, incluso estar sentado quieto presenta un gran esfuerzo.

No después de lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

Estoy de pie en una acera arenosa afuera del *Dish Waikiki*. El sol se hunde hacia las aguas cristalinas de color azul verdoso, bañando al mundo en una bruma color melocotón. Me pregunto si todas las noches aquí son así, con el crepúsculo envolviendo toda la ciudad mientras el día tropical da paso a una noche fresca.

El exterior de *Dish Waikiki* me recuerda a un planetario. Ventanas y paredes retráctiles rodean el restaurante circular. Un mural a un costado me llama la atención, con flores de neón que explotan sobre la pintura verde azulada del exterior del edificio. De lunes a jueves, el local parece cerrar temprano, así que aquí estoy, esperando a que Harper termine.

A través de las ventanas del restaurante, observo cómo ella y sus compañeros se apresuran. Pero cada vez que mis ojos encuentran su rostro, imagino mi semilla por todas partes y tengo que apartar la mirada, mientras la lujuria y la culpa me golpean en el estómago.

¿La ofensa que me causaron las palabras de Finn cuando me dijo que me controlara con ella? Hombre, qué hipócrita soy. Harper Brennan me excita tanto que ya soy incapaz de mentir al respecto.

La verdad es horrible, peor de lo que jamás imaginé; sin embargo, en esa vieja habitación polvorienta, con Harper de rodillas y mi polla en su boca, me perdí.

La culpa me vence, me aplasta por completo.

Cuando me distraigo lo suficiente como para que la culpa disminuya, otra bomba explota en mi cerebro.

«Mi novio no lo sabía».

La excusa de Harper a ese imbécil con el que trabaja. Eso es todo lo que fue. Una excusa.

Entonces, ¿por qué, incluso si lo dijo como una farsa, que Harper usara esa palabra me dejó como si me hubieran disparado un maldito dardo tranquilizante?

La rabia que me provocó su intento de fuga fue cegadora, pero esas dos palabras, *mi novio,* me quitaron la mitad de la fuerza que animaba mis extremidades. Con solo esas dos palabritas, me derribó con tal ferocidad que la seguí directamente al armario.

Podría pegarme un tiro.

Me balanceo sobre los talones, aprieto y aflojo los puños, tratando de dejarlo todo atrás. Desafortunadamente, la verdad no deja de mirarme fijamente.

Me estoy desmoronando en más de un sentido.

¿Qué carajos está pasando aquí? Harper nunca me había prestado atención, pero ahora que estamos solos en el Océano Pacífico, ¿nuestra dinámica ha cambiado? ¿Me perdí algo en *New York*? ¿Las cosas entre nosotros no eran como siempre las había imaginado?

Antes de este viaje, pensaba que Harper Brennan cambiaba de hombre como si fueran caramelos solo porque podía. Al parecer, estaba equivocado. Su inocencia me cautiva.

El hecho de que fuera el primer hombre en comérmela y el primer hombre al que ella le dio una mamada me complace de una manera inexplicable.

Y cuando la toco, ya no me siento solo. No estoy sudando en llamas, luchando por impresionar a una mujer inalcanzable que ha rondado cada hora de mi vida durante meses. Años.

En cambio, tocarla me parece lo correcto, como si ambos perteneciéramos en los brazos del otro.

La emoción me inquieta. No quiero analizarla. Solo quiero estirar el estrecho coño de Harper durante unas pocas, o varias, horas ininterrumpidas para que ambos podamos seguir adelante con nuestras vidas.

Una alerta rompe mi concentración en Harper. Mi nariz se mueve y mis hombros se tensan como si me hubieran pinchado.

Hay alguien cerca, observando.

Obligo a mi cuerpo a relajarse. Si se dan cuenta de que los detecté, saldrán corriendo antes de que tenga la oportunidad de ver sus caras.

Mis ojos se deslizan entre la multitud de peatones y los coches que circulan por la avenida principal de Waikiki. Un Ford negro parado a media manzana de distancia me llama la atención.

En una calle llena de coches con las ventanas abajo, los techos solares abiertos y las capotas de los descapotables echadas hacia atrás, este vehículo destaca. Las ventanillas tintadas del lado del copiloto están bajadas unos centímetros y el humo de un cigarrillo sale por la estrecha abertura.

Una sensación de inquietud se apodera de mí.

Dos hombres vestidos como turistas, con camisas hawaianas, pantalones caqui y gafas de sol, salen del coche. Sus rostros, endurecidos y marcados por años de violencia, los delatan. He metido armas en mi cinturón suficientes veces como para saber cuándo alguien va armado.

Los hombres armados se deslizan hacia una entrada lateral del restaurante y me escabullo por la puerta principal casi con la misma rapidez.

La sensación de inquietud en mi estómago se intensifica.

Dejé mi pistola en el auto.

«Mierda».

Los meseros recogen las mesas y dan la vuelta a las sillas, mientras otros barren y trapean. Harper está detrás del bar catalogando recibos cuando el inconfundible *pop-pop-pop* de una semiautomática modificada rompe el aire.

Harper está acostumbrada a los disparos. Al primer estallido, agarra al empleado más cercano y lo empuja detrás del mostrador antes de desaparecer de la vista mientras el terror se apodera del lugar. La gente se esconde debajo de los muebles, moviéndose, asustada. Todos los impulsos violentos que he tenido en los últimos dos meses cobran vida.

Me aplasto contra una fría pared de ladrillo. Los dos hombres armados entran en el lugar, girando la cabeza, buscando. No pueden verme, y no lo harán.

No hasta que sea demasiado tarde.

—Buenas noches —dice el más corpulento de los dos hombres, dirigiéndose a los presentes y agitando su arma como si fuera una mano—. Buscamos a alguien que conocen. Entréguenla o mataremos a todos y cada uno de ustedes.

Mientras el idiota disfruta de sus cinco minutos de fama, me agacho y rodeo un grupo de reservados, sin salir de mi escondite.

Solo tengo que acercarme lo suficiente.

Se oyen disparos y gritos que desgarran el aire.

Se me revuelve el estómago, pero ninguno de los gritos es de Harper, y eso es lo único que me importa, maldición.

La idea de que uno de estos imbéciles le haga daño a Harper aumenta la rabia que me invade los dedos mientras agarro con fuerza la pata central de una mesa cercana para cuatro personas. Los asesinos, todavía preocupados por los aterrados y temblorosos empleados de *Dish Waikiki,* no están preparados para lo que se avecina.

Si estuviera en mi sano juicio, habría esperado unos segundos más para encontrar la oportunidad perfecta. En cambio, en el momento en que el grandulón se acerca a la barra, me vuelvo loco.

Arranco la mesa del suelo y la lanzo hacia ellos con una sola mano.

La fuerza del lanzamiento se revela un momento después, cuando la mesa impacta en la nuca del segundo asesino. Un gruñido de dolor y sorpresa se mezcla con el golpe de la madera y el metal contra el cráneo. El tipo cae con la mesa, y el eco del choque

resuena en el espacio. Su metralleta se desliza hacia la izquierda, hacia el pasillo que conduce a los baños.

Su compañero se gira a tiempo para verlo caer, mas no para atraparme. Me agacho de nuevo y avanzo silenciosamente por el pasillo izquierdo para acercarme lo más posible al hombre caído.

—¿Quién de ustedes, hijos de puta, hizo eso? —pregunta el idiota con tono ácido.

Estamos a cinco minutos de una masacre de *Dish Waikiki* si no consigo esa pistola.

Las balas rompen cristales y dejan marcas en las paredes. La voz del idiota se aleja mientras intimida a unos meseros cagados de miedo, probablemente, acurrucados bajo una mesa familiar al otro lado de la sala.

—¿Fuiste *tú*?

El gruñido de su voz me da ganas de clavarle un atizador al rojo vivo en la garganta. No puedo verle la cara, pero sí veo el arma de su compañero. Cerca de allí, el idiota caído gime y se queja, con un corte sangrante en la parte posterior de su cabeza calva.

Dudaba que esa mesa fuera suficiente. Para eso estoy aquí.

Me lanzo hacia la pistola y mis dedos agarran la empuñadura. El ruido alerta al idiota Aún agachado, disparo a sus piernas justo cuando se da la vuelta.

El idiota lanza un gruñido herido, el dolor lo obliga a ponerse de rodillas.

Le meto tres balas en la espalda a su compañero. La sangre me late con fuerza en los oídos mientras veo cómo se derrama sobre el duro suelo como tinta roja. Mi pulso acelerado ahoga los disparos del idiota.

El dolor punzante y agudo de una bala que me roza el bíceps me hace perder la concentración.

Rápido como un rayo, le apunto al idiota y aprieto el gatillo.

Las balas lo acribillan. Dos en el pecho, tres en la cabeza.

Los sollozos de pánico delirante llegan a mis oídos.

Cuando llego al bar, encuentro a Harper acurrucada y temblando. Ver su miedo reaviva mi furia. Dejo caer el arma y, cuando le agarro la mano, no se resiste.

En cuestión de segundos, atravesamos el pasillo hasta la cocina y salimos por la puerta trasera, caminando a toda velocidad hacia la calle principal más concurrida y bulliciosa de Waikiki.

Ninguno habla mientras la arrastro entre la multitud, dirigiéndome directamente hacia donde estacioné el coche.

Las sirenas de la policía suenan a nuestro alrededor mientras la ansiedad crece dentro de mí.

«Demonios, estamos en problemas».

La gente nos mira boquiabierta mientras pasamos corriendo. No tengo ni idea de qué se trata hasta que volvemos al Porsche y Harper jadea.

—¿Qué pasa? —La miro de arriba a abajo mientras el terror se apodera de mí—. ¿Qué sucede? ¿Estás herida?

Niega con la cabeza, con los ojos brillantes, y una mano alrededor de la base de su propia garganta.

—¡Estás herido! Estás sangrando.

Su voz ronca suena como un estertor de muerte.

Hago una mueca de dolor cuando el escozor en mi brazo finalmente se hace notar. La adrenalina en mi sistema debe estar bajando. Me duele muchísimo el brazo, aunque la herida es superficial.

La sangre que gotea y se entrecruza por mi brazo como venas rojas me da la sensación de ser la víctima de una escena del crimen.

—Estoy bien. —Arranco el motor y me permito echar un último vistazo al rostro de Harper.

—No, no lo estás.

Me desafía sin una pizca de fuerza en su voz. Su respiración entrecortada se ha ralentizado, pero se mantiene erguida como si, de lo contrario, fuera a desmoronarse.

Quizás lo haga. El hecho de que haya crecido rodeada de este tipo de violencia no significa que la tolere bien.

Este es mi trabajo, uno que no me ha dado miedo realizar desde que empecé. Incluso antes de eso. Intento mantener mi mente a raya, no obstante, la realidad de que podría haber perdido a Harper allí me atormenta.

Siento calambres en el estómago y la bilis me quema la garganta. No había sentido tanto miedo de perder a alguien desde que era adolescente.

El miedo me golpea con fuerza, como un tren de mercancías que se abalanza sobre mi pecho.

Mi deseo de pasar más tiempo con ella fue a expensas de su propia seguridad.

Me he comportado de forma egoísta. Ahora, me doy cuenta y nunca me lo perdonaré.

En el incómodo silencio que se cierne entre nosotros, ella se atreve a preguntar:

—¿Quiénes eran esos hombres?

Me detengo en la calle.

—¿Cian? ¿Quiénes eran? —Su vocecita me clava una daga en el corazón.

Una vez más, ignoro la pregunta.

—Vamos a volver a *New York*.

No se lo diré a Harper. No necesita saber que los hombres de De Luca la persiguen. Ya está lo suficientemente asustada. Y más allá de lo que le hará saber la verdad, me da miedo lo que me hará a mí verla sufrir más.

Harper no estará a salvo hasta que la lleve de vuelta a casa.

Ninguno de los dos lo estará.

Capítulo 16

Harper

He sido hija de la mafia el tiempo suficiente como para saber que unos tipos extraños con armas significan que hay que largarse de aquí. Esa es la única razón por la que no me tiro del coche cuando Cian dice que volveremos a *New York*.

El sudor empapa mi ropa. Me duele la cabeza a medida que la adrenalina empieza a desaparecer, aunque mi corazón sigue latiendo con fuerza en mi pecho. Clavo las uñas en mi piel, arañándome los codos.

Hoy ha sido un día de locos.

Las imágenes de los hombres armados me persiguen cada vez que cierro los ojos. El pánico recorre mi cuerpo en oleadas esporádicas. Las únicas personas que conozco que quieren secuestrarme son los *Reyes Irlandeses*, y Cian los representa.

Entonces, ¿a quién diablos representan esos dos atacantes?

El olor a hierro de la sangre de Cian, que le chorrea por el brazo derecho y gotea sobre los asientos de cuero blanco, me revuelve el estómago. Bajo la ventana lo más rápido que puedo y trago aire húmedo para evitar que la bilis me suba por la garganta.

¿Por qué intenté huir? Lo único que hice fue poner en peligro a personas inocentes. Todos los que estaban en el restaurante podrían haber muerto fácilmente por mi culpa.

Cian también. Aunque su trabajo lo pone constantemente en situaciones como esta, no habría estado *aquí*, en *ese* momento, en inferioridad numérica y de armas, si no fuera por mis estúpidas,

egoístas e infantiles acciones de hace dos meses. Si ayer hubiera aceptado volver a *New York*, nunca le habrían disparado.

Es culpa mía. Todo esto es culpa mía.

Aun sabiéndolo, no puedo volver. No lo haré.

Huir puede que no haya sido mi mejor decisión, no obstante, volver a Manhattan sería aún peor. Quedarme aquí no es una opción. Si quienquiera que quiera secuestrarme ya me localizó aquí, entonces Oahu no es un lugar seguro.

Es hora de huir a otro lugar. Solo necesito conocer todos los hechos para poder planearlo adecuadamente.

Solo que este imbécil se niega a cooperar.

—Dime quiénes eran esos hombres.

A pesar de que su brazo sigue sangrando, Cian conduce con la mano derecha y se mantiene en silencio.

La frustración me destroza por dentro. Clavo las uñas en mis muslos cubiertos por los *jeans*, pero la mezclilla protege mis piernas del dolor necesario para evitar los *flashbacks*. Las imágenes de mi vida parpadean detrás de mis ojos.

Le hago una pregunta a mi padre y él me ignora, sin siquiera reconocer mi presencia.

La mayoría de las veces me trataba como a un objeto inanimado. Una muñeca en una estantería incapaz de comunicarse de verdad, que solo hablaba cuando alguien tiraba de mi cuerda.

Cian está haciendo una imitación increíble de él en este momento. Aplaudiría si su actuación no me provocara hasta el punto de querer cometer un homicidio.

El hecho de que siempre me mantuvieran en la ignorancia y me obligaran a seguir dócilmente la voluntad del hombre más cercano contribuyó a que huyera. Y ahora, el comportamiento de Cian me lleva de vuelta a ese lugar donde me asfixiaba bajo el peso del pulgar dominante de mi padre.

Quiero gritar. Si Cian no deja de comportarse como un idiota en los próximos noventa segundos, puede que lo haga.

Ignorante o indiferente a mi inminente crisis nerviosa, sus ojos permanecen fijos en la carretera que tenemos adelante.

Abro la boca para destrozarlo con mis palabras, pero luego lo examino, ensangrentado y estresado, y recuerdo que me salvó la vida. Pensé que estaba a punto de morir; no obstante, neutralizó la amenaza en menos de cinco minutos.

La necesidad de darle las gracias se me queda en la punta de la lengua, hasta que recuerdo que salvarme es el criterio más básico de su trabajo.

No debería considerar heroicas sus acciones. Cian mató a esos desgraciados para que no me secuestraran, la persona a la que él secuestró *legítimamente* primero en nombre de su jefe.

Él todavía me ve como una posesión. La amargura en mi lengua es profunda.

Más adelante, un accidente congestiona el tráfico. Las luces rojas y azules crean un perímetro, obligando a los cuatro carriles de la autopista a fusionarse en dos alrededor del lugar del accidente.

El atasco nos brinda una oportunidad perfecta.

—Intentémoslo una vez más. —Lleno mi voz con toda la fuerza que puedo reunir—. ¿*Quiénes* eran esos tipos de atrás?

A través de los dientes apretados, Cian rompe por fin su silencio.

—Deja de preguntármelo.

—Entonces empieza a hablar.

—No es asunto tuyo.

Esa mierda condescendiente es la gota que colma el vaso. Me desabrocho el cinturón de seguridad y jalo la palanca al mismo tiempo. La puerta del pasajero se abre y estoy al setenta y cinco por ciento fuera del coche, al setenta y cinco por ciento *libre*, cuando Cian me agarra por la cintura de mis *jeans* y me arrastra de vuelta al asiento.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —revira como un volcán.

—¡Ayuda! —grito por la ventana a los policías que dirigen el tráfico a pocos metros de distancia. Cian me tapa la boca con la mano y, de alguna manera, consigue subir la ventana con los otros dedos sin chocar con el vehículo que tenemos adelante.

Muerdo el interior de su dedo medio hasta que siento el sabor de la sangre.

—Mierda... *¡Ouch!* —Al hincar más los colmillos, lo obligo a apartar la mano de mi cara—. ¿Quieres parar?

—Ojalá nunca te hubiera conocido. —Al decir las palabras, consigo que me mire directamente.

Por desgracia para él, ya es demasiado tarde.

Agarro la manilla de la puerta más rápido de lo que Cian tarda en activar el bloqueo para niños.

Los neumáticos chirrían debajo de nosotros. Gira bruscamente a la derecha, utilizando la fuerza centrífuga para empujarme hacia dentro, pero yo...

Un fuerte estallido rompe el silencio de la noche.

Ambos nos sobresaltamos tanto que nos golpeamos la cabeza contra el techo.

Cian maniobra el Porsche hacia el arcén, con un siniestro y rítmico golpeteo en la carretera debajo de nosotros. ¿Mi hipótesis? Ha pasado por encima de algún trozo de metal del accidente al intentar detenerme y ahora su pobre coche de alquiler necesita una grúa.

El Porsche se detiene con dificultad. Uno de los neumáticos está pinchado, sin duda. Quizás dos.

Pero ese es *su* problema.

Salto del vehículo en cuanto Cian pone el freno de mano. Él también sale, probablemente, para revisar los daños, aunque ya estoy trepando la baranda al costado del camino. Un pequeño descenso por el terraplén cubierto de hierba me llevará a la calle de abajo. Por suerte para mí, las autopistas de Oahu atraviesan barrios y no están en medio de la nada.

Cian no se da cuenta de que me fui hasta que estoy a mitad de la pendiente.

—¡Harper! —exclama desde arriba.

Ni siquiera me giro para mirar atrás.

«*A ver qué le parece mi silencio».*

Mis pies tocan el pavimento mientras las farolas se encienden. Como una sombra, Cian aparece justo detrás de mí. Me agarra la muñeca con fuerza, como si fuera un grillete, y me gira para que lo mire.

—¿A dónde demonios crees que vas? —cuestiona con voz áspera y caótica.

Jalo mi brazo, pero sus dedos parecen de concreto.

—A cualquier sitio donde no estés.

—Harper —insiste con voz áspera, como si lo hubiera presionado demasiado.

Puede unirse al maldito club.

—*Déjame ir*. —Mi exigencia cae entre nosotros, lo suficientemente afilada como para cortar, pero plana como el papel. Me molesta la facilidad con la que intimida a la gente. Incluso cuando lucho contra mis tendencias asesinas, debo parecerle tan dócil como un ratón.

Su agarre se hace más fuerte.

—¿Quieres callarte y dejarme protegerte por una vez?

—¡Nunca te pedí que me protegieras!

Una vena le late en el cuello.

—No iba a dejar que murieras.

—¡Por supuesto que no! —me burlo—. No te pagarán si me pasa algo.

La ira mancha la piel de Cian y todo su comportamiento se oscurece como el cielo.

Pero no estoy dispuesta a ceder.

—No se trata de dinero. —Da aún más miedo cuando baja la voz así—. ¿No lo ves?

—Sí, tu silencio ha sido muy revelador.

Cian me empuja el brazo con tanta ferocidad que doy un paso atrás para mantener el equilibrio.

—No me vengas con eso, Harper —brama—. Estoy tratando de mantenerte con vida.

Resisto el impulso de dar una patada en el suelo como una niña pequeña.

—¡Entonces quizá deberías decirme qué demonios está pasando!

Se pasa la mano por los rizos y vuelve a agarrarme de la muñeca.

—Vamos —ordena mientras empieza a jalarme hacia delante.

—Suéltame. —Me resisto con todas mis fuerzas sin tropezar—. ¡No voy a ir a ningún sitio contigo!

Me da un fuerte tirón del brazo, lo que me arranca un grito de sorpresa.

—No decías eso antes en el armario.

Se me oprime el pecho y todo mi cuerpo debe de estar rojo de vergüenza.

¿No podría tener la decencia de fingir que eso nunca pasó?

Qué idiota.

Me pica la nariz.

Tan patética. Y tan ingenua, hasta lo más profundo de mis huesos.

Debería haberlo esperado de él.

Para distraerme, intento orientarme en mi entorno. No tengo ni idea de dónde estamos. Los coches estacionados se alinean a ambos lados de la calle de un sentido del barrio, los árboles y las casas tranquilas son los únicos testigos de mi vergüenza. Las luces de los negocios locales parpadean más adelante, en la intersección.

Mientras Cian me arrastra hacia adelante, mis ojos se fijan en una colorida tortuga marina que nada sobre las palabras *Blue Hawaii Motel*. Se dirige directamente hacia allí, así que supongo que decidió que vamos a pasar la noche allí.

Estupendo.

Me suelta en la puerta.

—Consíguenos una habitación. —Se da la vuelta y se dirige con paso firme al estacionamiento antes de que pueda discutir.

Me tomo un momento para limpiarme la cara e inhalar profundamente. Supongo que no hay muchas otras alternativas. Y me vendría muy bien una ducha.

El interior del *Blue Hawaii Motel* es realmente *azul*. Papel pintado con motivos azules, alfombra azul, cojines azules sobre muebles de mimbre de colores vivos. Las paredes están decoradas con fotos genéricas de Oahu, intercaladas con retratos firmados de personas famosas que dudo mucho que se hayan alojado aquí.

Al acercarme a la recepción, me encuentro cara a cara con un gigante alegre cuyo nombre, según su gafete, es Chris. Tiene el

cabello largo y ondulado hasta la cintura, tatuajes ancestrales en los brazos y una sonrisa que me habría animado en cualquier otra noche triste.

—Bienvenida al *Blue Hawaii* —me saluda con una gran sonrisa—. ¿Nombre de la reservación?

—Hola. No tengo reservación, pero me gustaría una habitación, por favor.

Chris teclea con fuerza en un teclado que no puedo ver, escaneando el sistema de reservaciones del hotel mientras la ansiedad gotea dentro de mí como un grifo goteando.

—¡Tienes suerte! Estamos bastante llenos esta noche, pero queda una habitación.

Por supuesto que la hay. Aunque supongo que una habitación es mejor que ninguna.

—¿Dos camas? —cuestiono con tono esperanzado.

Su sonrisa no se altera.

—Solo una, lo siento.

Me pregunto a quién habré enfadado en mi vida pasada y suspiro.

—La tomaré, por favor.

—¿Cuántas noches se quedará con nosotros?

Qué gran pregunta. Cambio el peso de un pie al otro.

—¿Dos noches?

—Suena bien. Dame un segundo.

Más tecleos. Chris inicia la reservación y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy jodida.

Tengo dinero para quedarme dos noches en un motel.

Solo que todo mi dinero está en mi bolsa.

La que ahora mismo está colgada en la sala de descanso de los empleados de *Dish Waikiki.*

Y Cian está quién sabe dónde.

Lo que significa que, además de no tener teléfono, no tengo dinero. Ni transporte. Ni lugar donde dormir esta noche.

El cansancio se apodera de mis músculos y estoy a punto de desplomarme en el suelo del vestíbulo del motel y dar por terminado el día.

La única buena noticia es que todavía tengo mi pasaporte.

—¿Apellido? —pregunta Chris.

Para evitar que me vea perder los nervios, me doy la vuelta y me tropiezo con el amplio pecho de alguien.

—Mahoney.

Habría reconocido el olor de Cian, pero tengo la nariz congestionada por llorar.

Por mucho que quiera y necesite alejarme de Cian Mahoney, su cama es la única que tengo disponible en este momento. O lo aguanto y me quedo con él o duermo en la calle.

Me quedo derrotada e inmóvil mientras Cian deja una tarjeta de crédito sobre el mostrador y Chris sigue tecleando. Debe de haber encontrado algo con lo que limpiarse fuera, porque su brazo ya no parece un accesorio de una película de terror. Aunque, si miro con atención, todavía puedo ver restos de sangre.

Las llaves tintinean sobre mi hombro.

—Muy bien, les di la habitación 415. Está al salir, a la izquierda, al final del pasillo.

—Gracias. —Cian consigue sonar educado.

—¿Necesita usted o la señora Mahoney alguna información sobre atracciones locales o restaurantes?

Esa pregunta hace que Cian se tense. Si no estuviera ya paralizada, momificada por la miseria, también me habría detenido en seco.

Un extraño calor se arremolina en mi estómago como el vino.

¿La señora Mahoney?

¿De verdad podría pasar por la esposa de Cian Mahoney?

La idea me inquieta tanto que salgo tambaleándome de la recepción, dejando a los hombres dentro.

—Estamos bien, gracias. —Es lo último que escucho decir a Cian antes de volver al estacionamiento, vagando sin rumbo fijo.

—La habitación está por aquí. —Su voz está demasiado cerca para mi comodidad.

E incluso con un brazo cubierto de sangre seca, sigue siendo demasiado guapo para describirlo con palabras. Debe de ser

agradable tener siempre la sartén por el mango. Mantener siempre la calma, incluso cuando todo se desmorona.

«No voy a lidiar con esto».

Sin prestarle atención, me dirijo hacia la carretera. Se mueve con una velocidad aterradora y me bloquea el paso en cuestión de segundos.

Cuando nuestras miradas se cruzan, por primera vez, veo en su rostro una emoción parecida al pánico.

—De Luca —escupe el nombre como si fuera una maldición.

Frunzo el ceño.

—¿Eh?

—Esos hombres de hoy.

Siento un escalofrío recorriendo mi espalda.

—¿De qué estás hablando?

—Los hombres de De Luca te persiguen, Harper. —Aprieta la mandíbula—. Así que, si quieres vivir, te sugiero que dejes de intentar alejarte de mí.

El hielo se desliza por mi cuerpo, congelando mis músculos y creando un pequeño mar Ártico en mis entrañas.

Los De Luca odian a los *Reyes Irlandeses*, y viceversa.

Si me buscan, eso significa que mi libertad y mi vida corren más peligro de lo que pensaba.

Capítulo 17

Cian

«Señora Mahoney. Señora. Mahoney. Señora. Mahoney».

No había oído ese nombre desde que murió mi madre. Esa frase solía destrozarme por dentro, al pensar en mi madre y en su desafortunado papel como esposa de mi padre. Pero escuchar ese término aplicado a Harper me produce algo que nunca hubiera imaginado.

Como una bala en mi puto corazón.

El nombre sigue resonando en mi mente mientras acompaño a Harper a la habitación 415. Una pared está decorada con obras de arte creadas a partir de ukeleles desmontados. Sobre una cómoda rayada hay un pequeño televisor con un reproductor de video debajo. Una cama matrimonial con un edredón azul. Un sofá de mimbre con cojines azules que ni siquiera los abuelos de los años ochenta querrían.

Un baño.

Mucho, muchísimo azul.

Mi corazón se acelera. Ha pasado más de una hora, pero el órgano sigue golpeando contra mis costillas como si todavía estuviera viendo a soldados armados emboscar el lugar donde trabaja Harper.

No empiezo a calmarme hasta que cierro con llave la puerta de la habitación del motel, la bloqueo y compruebo que todas las ventanas y los sistemas de ventilación no tengan fallos de seguridad.

Harper me observa todo el tiempo con los ojos muy abiertos y alarmada. En cuanto dejo de moverme, sé que me va a hacer mil preguntas.

No es que no se merezca respuestas. Es solo que hace una hora no creía que volvería a estar a solas con ella en una habitación. Ahora que estamos aquí, estoy seguro de que esta es nuestra última noche juntos, mi cuerpo duele de desesperación por follarla.

¿A quién le importa algo más? Nada más importa cuando su piel toca la mía. Esa es la lección de hoy. Puedo regodearme en mi rabia por mi propia debilidad por esta mujer en otro momento. De hecho, durante el resto de mi vida.

Harper volverá a una vida normal en la que no hay lugar para mí, dejándome atrás con solo la ira como compañía.

Cuando vuelvo a la habitación principal después de salpicarme la cara con agua hirviendo y lavarme el corte del brazo, ella está de pie junto a la cama con los brazos cruzados, como si no hubiera decidido si se quedará a pasar la noche conmigo o no. Probablemente, no lo haya hecho. Esta es mi oportunidad para convencerla.

—Los De Luca le guardan rencor a Finn. Creen que conspiró para que su heredero fuera encarcelado. Matteo De Luca, el último *Don...* mandó matar a la primera esposa de Finn.

Harper escucha con atención.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Pronuncia las palabras como si estuviera dando un informe de vuelta en casa.

—Tu padre hizo que Riley interviniera y fingiera casarse con Finn para salvar a Shane y al resto de la familia de la vergüenza. Así que los De Luca fueron tras ella, ya que, como su supuesta esposa, también te quieren a ti.

Harper se tapa la boca con las manos y abre bastante los ojos.

—No, no, no, no. Riley no. —Mira a su alrededor como si estuviera perdida antes de prestar atención—. ¿Qué pasó? ¿Ella está bien?

—Ahora todo está bien. Pero hace aproximadamente un mes, los De Luca fueron tras ellos. —Estuve muy cerca de ese lío en

particular—. Le jodieron el brazo a Finn.

El horror se refleja en su rostro.

—¿Y Riley?

No creo que Harper necesite saber que esos desgraciados pusieron una bomba en el coche de su hermana. La moral ya está bastante baja por aquí.

—Riley está bien. Pero Enzo se dio cuenta de que era tu sustituta y ahora quiere encontrarte para usarte a su favor.

El enorme suspiro de alivio de Harper llena toda la habitación de dióxido de carbono.

La tensión en mi cuerpo no desaparece. No hasta que ella y yo volvamos a estar bien. O hasta que cualquier maldita situación haga que me rodee el cuello con los brazos mientras la beso.

Espero que hayamos concluido esta conversación; lamentablemente, sé que eso es solo un deseo, un pensamiento lujurioso, cuando Harper frunce el ceño.

—Esto no tiene sentido. —Se pasa las manos por el cabello—. Si los De Luca me están persiguiendo, ¿por qué intentas llevarme de vuelta con Finn? Lo más seguro para mí es estar lejos de él.

No se equivoca. Pero eso no cambia el plan.

—No estoy tratando de llevarte de vuelta con él.

—¡Mentiroso! Te escuché hablando por teléfono con él, tramando cómo llevarme a casa a tiempo. Admítelo. —Su voz tiembla—. Mi padre te envió aquí para que me llevaras de vuelta y me casara con Finn de verdad.

—No. —Exhalo con dificultad—. No hay planes de boda. No para ti, que yo sepa.

—¿Qué significa eso?

De repente, me entra una sequedad de boca terrible. Por cómo ha ido esta conversación, y por su comportamiento durante los últimos dos meses, Harper no tiene ningún interés en casarse con Finn.

Al menos, eso creo.

Si la interpreto mal y se pone a llorar cuando le diga que no se va a casar con él, voy a perder los estribos.

—Se trata de Riley.

Inhala.

—¿Qué pasa con Riley?

—Tu hermana y Finn se enamoraron o algo así mientras te cubrían la espalda. Ahora están juntos. No conozco todos los detalles, pero... —Me encojo de hombros.

Harper parpadea. Me preparo para una avalancha de preguntas, pero, en cambio, Harper se dirige rápidamente a la mesita de noche que hay a la izquierda del colchón.

—Voy a llamar a mi hermana.

Mierda.

—No puedes. —Me aclaro la garganta—. No lo hagas, quiero decir.

Harper me ignora y agarra el teléfono del motel de la base. Se lo arrebato de la mano, rezando para no parecer tan desesperado como me siento.

Mientras sus ojos azules escrutan mi rostro, mi boca se seca aún más.

Si llama a Riley, Finn y todos los demás sabrán que la encontré. Esperarán una hora estimada de llegada. Y la tendrán muy pronto, así que ¿por qué apresurarse?

No quiero compartir a Harper todavía, y la realidad puede esperar. Cualquier cosa que requiera que nos separemos antes puede esperar.

La quiero aquí, en mi espacio. Lo suficientemente cerca como para besarla.

Y casi la beso, pero mis nervios fallan ante la sospecha de Harper.

Sigue sin confiar en mí lo más mínimo.

No es que la culpe.

—Vamos. —Obligo a mi voz a sonar normal.

—¿Adónde?

La agarro del brazo.

—A la ducha.

—¿Qué?

Nos dirijo a ambos al cuarto de baño con azulejos de cobalto y papel pintado con motivos de tortugas, y le doy un pequeño olfateo.

—Te vendría bien.

La indignación se apodera de sus hermosos rasgos.

—Jódete.

Por alguna razón, me encanta cuando dice eso. Casi me echo a reír.

—¿Te vas a bañar o quieres que lo haga yo?

—Fuera.

—¿Para que puedas escabullirte? —Asiento con la cabeza hacia la ventana con bisagras situada en lo alto de la pared azul de la ducha —. No lo creo. Ahora entra antes de que cambie de opinión y te dé un baño con esponja.

Son solo negocios. Entonces, ¿por qué la idea de supervisarla mientras se ducha me hace sentir un cosquilleo en el pecho?

¿Cuál es la palabra? *Íntimo.*

Lo cual es tan sentimental y diferente de lo que suelo hacer con las mujeres con las que paso la noche que casi me doy asco a mí mismo.

Pero este extraño momento podría ser el único bálsamo para el dolor que sentí cuando Harper intentó dejarme tirado al lado de la carretera sin pensarlo dos veces.

Pasé los últimos treinta minutos evitando la verdad.

Harper me abandonará en cuanto tenga la oportunidad.

También alejo la inquietante certeza de que, si le pasa algo, podría destrozarme para siempre.

Capítulo 18

Harper

Estoy tan agotada y conmocionada por el día, la mañana, los hombres armados, la información de Cian, que realmente no puedo pensar en lo absurdo que es que me duche mientras él está sentado en el inodoro cerrado a pocos centímetros de distancia y cuidándome. Me considero afortunada por la cortina de ducha opaca.

Lo que realmente necesito ahora mismo es un momento para pensar. Probablemente, me habría dado un baño, aunque Cian no hubiera insistido. No necesitaba que me recordaran lo asquerosa que estoy después de hoy, muchas gracias.

Me meto dentro y corro la cortina, me desnudo antes de cambiar de opinión y dejo la ropa doblada sobre el lavabo, cubriéndome todo menos el brazo. Toda la ducha cruje cuando abro el grifo, y me estremezco y tiemblo por el chorro frío.

Cian permanece en silencio, lo cual es agradable. Casi puedo fingir que estoy sola.

Si cierro los ojos mientras el agua me empapa, casi puedo creerlo también.

Pero entonces veo una nueva realidad, más oscura y peligrosa, en mi mente, y abro los ojos como si saliera de una pesadilla.

No puedo creer que la familia De Luca me tenga en la mira.

¿Qué demonios está pasando? ¿Los De Luca me quieren, porque Finn y yo estuvimos comprometidos durante unos meses? ¿Van a utilizarme para vengarse de él? ¡Mierda, ni siquiera me casé con él!

Hablando de casarme con Finn... Me dieron ganas de bailar cuando Cian dijo que él y Riley ahora eran pareja. Esa posibilidad influyó en mi decisión de huir, pero, aunque en el fondo esperaba que dejar plantado a mi prometido en el altar allanara el camino para mi hermana, mi optimismo seguía siendo moderado. Después de todo, Riley pasó todos esos años sin admitir nunca su enamoramiento, y Finn se volvió duro después de que su primera esposa fuera asesinada. Sin embargo, de alguna manera, parece que superaron las adversidades y se encontraron el uno al otro.

Si es cierto, su unión amorosa contribuiría en gran medida a aliviar mi culpa por haber traído a mi gemela de vuelta al seno familiar.

Mi instinto de huida se despierta. Debería estar hablando por teléfono con mi hermana, comprobando cada una de las cosas que Cian dijo. La intuición parpadea en mi cerebro como una luz defectuosa.

Probablemente, hay mucho más en esta historia de lo que Cian contó. ¿Por qué más iba a intentar mantenerme alejada del teléfono?

Me contó algunos detalles para mantenerme ocupada, pero seguramente aún no conozco el verdadero drama.

El corazón se me sube a la garganta.

Oh, Dios. Estoy en un problema mucho mayor de lo que pensaba.

Evadir a los *Reyes Irlandeses* es una cosa. Con ellos, sé a quién y a qué me enfrento. ¿Los De Luca y ese juego de venganza tan loco que están jugando? Decir que estoy fuera de lo que sé aquí sería quedarse corto.

Odio admitirlo, pero si Cian no me hubiera encontrado primero, hoy podría haber sido mi último día en la tierra.

El calor de la ducha abre mis poros y golpea mis músculos rígidos y en pánico. Mi mente sigue tan tiesa como un puño, aun así, la tensión en el baño desafía cualquier intento de relajarme.

Cian está *justo ahí*. Y yo estoy aquí, desnuda, a pocos centímetros de él.

Toda la situación es tremendamente incómoda.

Quizás hablar ayudaría, pero no sé qué decir.

Como si fuera telepático, Cian interviene.

—Yo, *eh*... —Se aclara la garganta y alza la voz para que lo oiga por encima del ruido de la ducha—. Respondí tus preguntas. —Me quedo esperando—. ¿Vas a responder a las mías?

—¿Qué preguntas?

—Sobre esta tarde en el... ya sabes.

Debo de estar sonrojada hasta la raíz del cabello. ¿De verdad va a sacar el tema por *segunda vez*? ¿Después de que me negara de forma tan obvia y rotunda a responder la primera vez?

Qué imbécil.

—¿Qué con eso? —Los nervios elevan mi tono de voz unas cuantas octavas.

—¿De verdad era tu primera vez?

La lujuria y la atracción me recorren, humillándome aún más. Hoy ha sido un día horrible, pero es inevitable la humedad que se apresura hacia el sur cuando pienso en tener la su verga en mi boca.

No quiero decírselo.

—¿Importa? —La petulancia adolescente de mi voz me avergüenza hasta el punto de querer acurrucarme y morir.

—Importa.

La sinceridad de su afirmación me sorprende.

Casi desearía poder verle la cara.

—¿Por qué? —Sé que me arrepentiré de haber hecho esta pregunta mientras me aparto un mechón de cabello mojado de la cara.

—Porque no he dejado de pensar en ti desde aquella noche en el bar.

Sé que no me está halagando, así que ¿por qué me siento halagada? ¿Y qué si he protagonizado algunos de sus sueños húmedos o lo que sea? ¿A quién le importa?

Intento que mi voz suene altanera, aunque mi corazón late con fuerza.

—Rechacé tu invitación para follar. Eso no explica nada...

La barra de la cortina chirria y la tela se desplaza hacia un lado. Me encojo contra las frías baldosas cuando Cian se mete bajo el

agua, en mi espacio, con su voluminoso cuerpo eclipsándome.

—Eres una mocosa malcriada —gruñe, levantando las manos para agarrarme los brazos y apretarlos mientras me sacude un poco —. Estaba preocupado por ti. Me volví loco buscándote.

Trago saliva, con la boca seca incluso cuando el resto de mi cuerpo se ahoga.

¿Cian preocupado? ¿Por *mí*?

Mis órganos internos dan vueltas mientras lucho por asimilar esa idea.

—Tan loco —continúa, sin dejar de apretarme los brazos, ajeno a mi situación—. Que ni siquiera iba a venir a buscarte cuando por fin descubrimos dónde estabas. No confiaba en mí mismo para no tomármelo como algo personal.

Lo miro mientras el agua empapa su ropa y enrosca su cabello, ya de por sí rizado. ¿Es realmente Cian Mahoney quien me mira con esa amarga y dolorida mueca en su boca?

Después de un minuto, vuelvo a encontrar las palabras.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿por qué viniste a buscarme si no querías hacerlo?

Sus ojos parpadean un poco, con un destello que no logro reconocer, y luego se aleja como si finalmente se hubiera dado cuenta de que su ropa está empapada. No me doy cuenta de que estoy esperando una gran explicación emocional hasta que dice:

—No tenía otra opción. Nadie desafía a Shane.

Su ardiente mirada se desliza rápidamente sobre mis pechos antes de que su mandíbula se tense y salga de la ducha, cerrando la cortina detrás de él.

La decepción que me oprime el pecho *duele*.

Me tapo los ojos con las palmas de las manos y respiro profundamente.

—Bueno, ¿cómo sabían los De Luca que estaba en Hawái?

—Ni idea. Pensamos que te habían secuestrado. Cuando fuimos a rescatar a Finn después de que los De Luca lo capturaran, Enzo nos dijo que te tenía. —Las palabras de Cian aceleran aún más mi ritmo

cardíaco—. Nadie sabía dónde estabas, y los De Luca iban tras Finn y su nueva esposa, así que parecía posible, incluso probable, que te hubieran secuestrado.

¿Cian pensó que estaba en manos del enemigo todo este tiempo?

¿Y estaba preocupado?

Sus confesiones me sacuden hasta lo más profundo. Estoy a punto de creer la mentira más peligrosa que jamás he escuchado. La que afirma que Cian Mahoney, el letal ejecutor y *playboy* extraordinario, podría preocuparse por mí.

Esto es demasiado.

Porque si Cian se preocupa por mí, entonces...

Todo lo sexual que hemos hecho el uno al otro en las últimas veinticuatro horas es...

Suelto un grito más fuerte que cualquier sonido que haya salido jamás de mi garganta.

Cian vuelve a correr la cortina. Jadeo, buscando aire, señalando, frenética, mientras la cucaracha más grande y fea que he visto en mi vida sale corriendo del desagüe de la ducha, esquivando toda el agua que fluye hacia ella, y sube por la pared hacia el cabezal de la ducha.

Se podría pensar que después de que mi lugar de trabajo fuera asaltado por hombres con armas automáticas, no me daría miedo un insecto mil veces más pequeño que yo. Aunque supongo que estar rodeada de hombres armados no tiene nada que ver con la respuesta del miedo primario que me provocan las cucarachas.

Me aplasto contra la pared opuesta, con el terror y el asco bailando un tango mórbido dentro de mí. Y entonces Cian hace la cosa más repugnante que he visto en mi vida. Arranca a esa horrible criatura gigante de la pared de la ducha con su maldita mano desnuda.

Mi grito de horror es involuntario.

Sus nudillos crujen al aplastar la cucaracha con el puño.

Paralizada por el alivio y la repugnancia, no puedo apartar la mirada mientras Cian levanta la tapa del inodoro y deja caer el

cadáver del insecto dentro. Ni siquiera sabía que se podía matar a una cucaracha de esa manera.

Cian tira de la cadena para deshacerse de la amenaza muerta, cierra la tapa y se lava sus enormes manos en el pequeño lavabo azul. Todo esto mientras me quedo allí de pie, en el cubículo detrás de él.

De alguna manera, incluso con toda mi experiencia con la mafia, eso fue lo más brutal, gráfico, vil y violento que he visto hacer a alguien.

Si Cian era capaz de hacer eso, matar una cucaracha solo por asustarme, ya sabía lo que le haría a cualquiera que amenazara mi seguridad o mi vida. Cuando se les asigna a los ejecutores la tarea de proteger a las personas, en ninguna parte de la misión se especifica que el objetivo deba ser resguardado de los insectos.

Cuando termina de lavarse las manos y se da la vuelta, observo a Cian Mahoney como si nunca lo hubiera visto antes.

¿Y si todo lo que creía saber sobre él es incorrecto?

También me examina. Por razones completamente diferentes.

Olvido que estoy desnuda hasta que un cosquilleo bajo la piel me indica que mis pezones se están endureciendo. Su intensa mirada se desliza sobre mi cuerpo desnudo como un pincel. Me siento cohibida y desearía poder esconderme, pero él arrancó la cortina de la ducha, por lo que todas mis esperanzas de bañarme en privado han muerto trágicamente.

Y tal vez eso me parezca bien.

Mi pulso se acelera y siento como si estuviera vibrando. Una represa se rompe en mi pecho, liberando un torrente de emociones. Todo lo que hay dentro de mí sale a la superficie, hirviendo como la lujuria salvaje en el rostro de Cian.

La disparidad entre su cuerpo vestido y el mío desnudo empieza a afectarme. Respiro hondo antes de levantar la barbilla y dar una orden.

—Quítate la ropa.

Se desnuda tan rápido que casi me pierdo el espectáculo.

Y Cian sabe lo que viene después, así que ya se está metiendo de nuevo en la ducha. Pronto, el agua cae sobre su espalda. Está de

frente a mí. Bien.

Ambos tenemos miedo. ¿Por qué otra razón podría estar ahí de pie, vacilando, con los músculos temblando? Lo sabe tan bien como yo. Una vez que nos sumerjamos en lo que viene a continuación, no habrá vuelta atrás.

Para bien o para mal, estamos a punto de marcarnos el uno al otro para siempre.

Los gemidos comienzan en el momento en que lo atraigo hacia mí. Esas grandes manos recorren mi cuerpo desnudo, ambos mojados y resbaladizos por el agua, mientras Cian funde sus labios con los míos.

Podría morir así.

Sería un placer.

Capítulo 19

Harper

¿Cómo hemos acabado aquí, con Cian de nuevo entre mis muslos?

Sus dedos peinan mi cabello mojado, y tampoco puedo mantener mis dedos alejados de sus deliciosos rizos. Mi clítoris *palpita*. Creo que mi cuerpo está más caliente que el agua de la ducha.

Cuando Cian interrumpe nuestro beso lo suficiente como para hablar, su voz está ronca por el deseo.

—¿Todavía quieres que te folle?

Asiento con la cabeza.

Ambos estamos sin aliento, con las frentes pegadas. Sus pestañas rozan mis párpados. En este momento, creo que le chuparía el veneno de la lengua si él quisiera.

—Te deseo. *Demasiado*. —Toco sus labios con los míos antes de que su mano se aferre a mi cabello y jale mi cabeza hacia atrás.

—Date la vuelta. —Su mirada entrecerrada y su lengua dominante me hipnotizan.

Obedezco, dándome la vuelta, maravillándome con la sensación, la línea de su cuerpo contra mi espalda.

Ugh, lo amo.

¡No en ese sentido! Solo quiero decir que su cuerpo es como la naturaleza para mí. La forma más elevada de belleza. El tipo de maravilla en la que cualquiera querría perderse, una maravilla impresionante que involucra todos los sentidos. De la misma manera que quiero hacer un ángel en la nieve o saltar sobre un montón de

hojas otoñales o sentir el olor de las flores silvestres en primavera o tumbarme en la playa en verano.

Así es como quiero a Cian. A nivel celular. Lo deseo, y es el deseo más natural que he sentido nunca por alguien.

Oh, Dios, estoy en problemas.

Durante unos extraordinarios momentos, me muerde el cuello, sus dientes perfectos raspan y rozan mi sensible piel.

—Sí... —suspiro con dificultad mientras su longitud erecta se desliza entre mis nalgas, con la punta rozando mi entrada trasera lo suficiente como para hacer que el miedo y la excitación recorran mis venas.

Afortunadamente, Cian no tiene intención de penetrarme por detrás en este momento. En cambio, me agarra ambas nalgas y guía su longitud entre el pliegue con mayor intención. La sensación me vuelve loca.

—*Sí.*

Cian me responde con un gruñido, áspero y gutural, como si el ruido proviniera del pecho de un oso.

La timidez se apodera de mí.

No es que sea una novata en cuestiones sexuales. No exactamente. Es solo que Cian tiene *mucha más* experiencia. Quiero poder hacerle todo lo que él me hace a mí, sin embargo, me falta el conocimiento. Aunque, en este caso, no haber vivido el sexo como él lo ha vivido me deja en desventaja.

Cian pasa a mis pechos, acariciándolos con su mano libre. En el pasado, mis pechos no eran tan sensibles, pero tal vez eso se deba a que Cian nunca estuvo allí para sensibilizarlos.

¿La forma en que los amasa y los frota como si fueran un patio de recreo para sus dedos? Estoy luchando por no arder en llamas.

Me pellizca el pezón derecho mientras me muerde el cuello. Mi clítoris está a punto de estallar, tanta sangre se apresura ahí. Doblo uno de mis brazos hacia atrás para que mis dedos puedan clavarse en su hombro, mientras que mi otra mano se apoya en su monstruoso cuádriceps derecho.

—Me encantan estos pechos. —El calor de su aliento me quema el cuello y me hace temblar la columna.

«Estos pechos te aman», soy incapaz de responder.

Cian me acaricia y, cuando termina con mis senos, estos hormiguean y mis pezones están duros como piedras. Mis pechos se sienten usados de la mejor manera posible.

Ya sé que quiero que los tenga en su boca antes de que acabe la noche.

La enorme mano de Cian se mueve hacia el norte desde mi pecho para equilibrarse sobre mis clavículas. Besándome el cuello hasta llegar a la oreja, para luego ladear mi cabeza.

—Sí. —Jadeo cuando sus dientes se hunden en el lóbulo.

Vuelve a gruñirme.

—Las manos en la pared.

Mi cuerpo se flexiona con anticipación mientras presiono las palmas de las manos contra los azulejos cerúleos. Las manos de Cian encuentran la curva de mi cintura. A pesar de nuestra diferencia de altura, de alguna manera alinea nuestras partes inferiores, empujando la punta de su polla contra mi pulsante entrepierna.

—*Oh*, mierda. —Mi susurro suena más como una plegaria.

El entusiasmo líquido gotea con el agua por mis muslos.

No puedo creer que literalmente le esté ofreciendo mi trasero, ofreciéndole mi cuerpo a Cian Mahoney como un sacrificio.

Están pasando tantas cosas dentro de mi cuerpo a la vez que creo que voy a morir.

Y, entonces, comienza a penetrarme con su enorme verga, y el mundo se vuelve nuevo. Mis pulmones se paralizan mientras mi cuerpo se estira para acomodar su tamaño.

—Relájate, cariño.

Creo que voy a desmayarme cuando se estira para acariciar mi clítoris mientras me penetra unos centímetros más. Mis músculos se relajan a medida que aumenta el placer.

—Sí, justo así. Maldición, qué bien te sientes. —Unas cuantas vueltas más con su pulgar y me penetra hasta el fondo.

Jadeo. Demonios. Ni siquiera sabía que mi vagina fuera tan profunda.

Se retira y vuelve a deslizarse dentro, gimiendo.

—Estás tan estrecha.

Un segundo después, una de sus palmas golpea la pared junto a mi mano. Cian se prepara para lo que viene a continuación. Lástima que no pueda hacer lo mismo. No hay forma de prepararse para el placer, para los decibeles, mientras Cian saca lentamente su verga, murmurando mi nombre, y la vuelve a meter.

Mis gemidos se convierten en un balbuceo caliente y febril.

—Por favor. —Se escapa de mis labios aproximadamente cien veces—. Dios, sí.

—*Mierda*, Harper.

—Ahí, justo *ahí*...

Con ritmo y rapidez, embiste mi cuerpo con tal fuerza y energía que cada estocada, *cualquier* estocada, podría acabar conmigo. Aun así, el orgasmo me toma por sorpresa. Nunca había llegado así, con un hombre dentro de mí, pero, maldición, me lo he estado perdiendo.

Siento cómo exprimo la polla de Cian mientras sus dedos se clavan en mis caderas.

—Maldición. —Jadea.

Me tiemblan tanto las piernas que me caería si no fuera por el fuerte agarre que tiene sobre mi cintura, manteniéndome en mi lugar.

El ritmo constante de sus profundas y poderosas embestidas resuena en el cuarto de baño, al igual que nuestros gritos mutuos de éxtasis. Cambia de ángulo, mete una mano entre mis piernas y, de repente, esa tensión comienza a acumularse de nuevo. Menos de dos minutos después, vuelvo a correrme.

Por mucho que me convulsione o tiemble, Cian no deja de follarme.

Es lo más intenso que he experimentado jamás.

Sudorosa y húmeda al mismo tiempo.

Sucia y limpia a la vez.

Frío, calor, dolor, ardor, desbordamiento.

No sé cómo voy a vivir sin ello ahora que sé lo que es estar con él.

Antes de esto, pensaba que el placer sexual tenía un límite. Y sea cual sea el límite que creía que había, esta experiencia lo superó con creces... Es como si Cian hubiera roto la barrera del sonido de mi cuerpo, desplazando mis placas tectónicas.

—¿Puedo? —La voz ronca de Cian me recorre la espina dorsal—. Estoy limpio.

—Sí. —Jadeo, nunca había estado tan agradecida por mi DIU—. Córrete dentro de mí. Por favor.

—Carajo. —Ante mi súplica, se hunde tan profundamente dentro de mí que veo las estrellas. Una vez, dos veces, y luego alcanzo el orgasmo por tercera vez, con tanta intensidad que mi cuerpo se aleja por unos segundos. Abro la boca y siento que mi alma se escapa.

Esta vez, mientras mi coño se contrae y se retuerce alrededor de su longitud, Cian deja de empujar. Con su última embestida, se hincha dentro de mí y frota su pelvis contra mi trasero. Se estremece contra mí, con ambas manos golpeando la pared de azulejos. Nuestros veinte dedos se extienden, uno al lado del otro, mientras él me llena.

Cian se inclina sobre mi espalda mientras ambos jadeamos.

Perdí la sensibilidad en las piernas. Estoy a punto de quedarme dormida en esta posición cuando Cian me agarra por la cintura y nos endereza a los dos. No estoy segura de poder caminar, pero sé que él me sostiene.

Todo se transforma en un sueño extraño y bonito. Cian me sostiene como si fuera una joya preciosa. Me lava las extremidades con agua y jabón, limpiándome con cada caricia a la vez. Estoy tan cerca de desplomarme por el agotamiento provocado por el placer que ni siquiera tengo energía para preguntarle por qué me trata como a una reina.

Cuando Cian nos lava a ambos, me saca de la ducha y me seca suavemente con una toalla. Me seca el cabello con el secador del motel, peinándome suavemente con los dedos.

¿Estoy soñando? ¿Es real este hombre extraño y tierno?

Luego, me lleva a la cama y me acuesta como a una princesa. Es tan delicado que, si lleváramos ropa, pensaría que estamos a punto

de dormirnos. No obstante, a pesar de mi agotamiento, es imposible que me duerma cuando Cian acaricia mi pecho con la nariz y luego se mete un pezón en la boca.

Una segunda oleada me invade. Un calor renovado.

Este hombre, lo juro.

Me roza con los dientes y mi clítoris ya está pidiendo otra ronda. La lujuria me invade tan repentinamente que creo que me voy a desmayar.

Cian acaba de secarme después de la ducha, pero aquí estoy, empapada de nuevo.

Lo descubre por sí mismo cuando sus dedos se dirigen hacia el sur para explorar entre mis piernas y anuncia su satisfacción con un gemido de placer.

—Cian... Dios mío —gimo, quejándome como un animal herido.

—Estás tan mojada para mí —gruñe cerca de mi oído, aplastando mis pechos contra su musculoso pecho.

Nunca había comprendido realmente lo grande que es Cian hasta ahora. El hombre podría asfixiarme hasta matarme si se tumbara encima de mí durante demasiado tiempo, y moriría feliz porque me encanta cómo cubre cada parte de mi cuerpo con su calor.

Dios, es precioso. Su cuerpo, con esa piel dorada, esos músculos marcados y esos abdominales perfectos, es una obra de arte.

Y ni siquiera me hagas hablar de su precioso rostro.

—*Por favor*. Por fa...

Me devora la boca en medio de la súplica y me penetra.

Excepto que esta vez es completamente diferente.

Esta vez, Cian ralentiza el ritmo, deslizándose dentro y fuera mientras me mira a los ojos. Casi como si estuviera buscando mi alma.

A pesar de las intensas emociones que bullen en mi interior, no puedo apartar la vista.

—Solía observarte, ¿sabes? —murmura.

—¿De verdad? —susurro de vuelta.

—Sí. Después de aquella noche en el club. Y antes también, si soy sincero.

Me humedezco los labios y gimo cuando me mordisquea el cuello.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees?

Lo distraigo momentáneamente arañándole el cuero cabelludo con las uñas mientras arriesgo una suposición.

—¿Porque crees que soy bella?

Una risa ronca se derrama sobre mi piel.

—¿Bella? Mierda, no. Creo que eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Pero no es eso.

El cumplido se me clava en el corazón.

—¿Por qué, entonces? ¿Estabas preocupado por mí?

Su lengua recorre la hendidura detrás de mi clavícula.

—Sí, pero tampoco es eso. La noche que te atacaron, estabas tan conmocionada que temblabas. Sin embargo, en lugar de centrarte en ti misma, viste mi puño, me empujaste hacia una silla y me dijiste que me quedara quieto mientras agarrabas una bolsa de hielo para la hinchazón.

Levanta la cabeza y la intensidad de su mirada me paraliza como a un ciervo ante los faros de un coche. Me siento como si estuviera expuesta.

—No fue gran cosa. Te hiciste daño protegiéndome, así que cuidar de tu herida era lo correcto. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

—Cariño, no se me ocurre ninguna otra mujer que se hubiera preocupado ni un segundo por un tipo como yo en esas circunstancias. —Me acaricia la mejilla con los nudillos—. Así que para mí sí que fue gran cosa.

—*Oh*. —Juraría que su admiración parece sincera, pero sin duda eso es imposible. Nadie de mi antigua vida me admira. ¿Cómo podría alguien respetar a la provocadora que básicamente servía de señuelo, distrayendo a los hombres para que mi padre pudiera castigar, o matar, a sus amigos?—. Ya veo.

—No estoy seguro de que lo entiendas —pronuncia.

Cuando ese suave brillo en sus ojos no se desvanece, una extraña y blanda sensación se expande en mi pecho.

—Me alegro de que estuvieras allí ese día. Y me gusta saber que me estabas observando. Probablemente, deberías saber que también te observaba.

—Me alegro. —Vacila, como si estuviera debatiéndose consigo mismo—. ¿Por qué no me hablaste después de aquella noche? Cada vez que te veía durante las semanas siguientes, salías corriendo en dirección contraria.

Me encojo y aparto la mirada.

—Lo siento. Una vez que pasó el *shock* inicial, me sentí demasiado humillada, sabiendo que habías visto lo que pasó.

Su expresión se suaviza aún más.

—No tenías motivos para sentirte humillada.

Entonces, me besa suavemente. Profundamente. Me hace el amor con tal pasión y ternura que no puedo hablar, ni siquiera susurrar. Ninguno lo hace. Es casi como si estuviéramos atesorando hasta la última gota de placer, negándonos a liberar ni una sola pizca al mundo exterior.

Nadie oiría nada si no fuera por el crujir de la cama del motel bajo el peso combinado de nuestros cuerpos.

Es tan íntimo, tan vulnerable.

Incluso, me atrevería a decir, romántico.

Odio lo mucho que me gusta.

No puedo creer cuánto tiempo perdí con idiotas, imbéciles y gente superficial. Tiempo que habría sido mucho mejor emplearlo en la cama de Cian.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, medio sumergida bajo su cuerpo mágico, y recuerdo el infierno en el que estoy, cada gramo de éxtasis de la noche anterior da paso al pánico y la urgencia. Necesito llamar a mi hermana antes de caer más profundamente en la madriguera del conejo.

Porque si hay una verdad que todo el mundo sabe sobre Cian, es que nunca se queda con la misma chica durante mucho tiempo.

Y si me pierdo en él, puede que nunca me encuentren de nuevo.

Capítulo 20

Cian

En mi sueño, seguimos en la ducha de ese motel.

—Por favor, Cian —llora Harper de nuevo—. Oh, maldición.

No tengo ni idea de qué me está suplicando mientras la penetro.

Lo único que sé es que no puedo dejar de embestirla con mi verga.

En la vida real, esta es la parte en la que me corro más fuerte que nunca. Pero en el sueño, me retiro y maniobro el cuerpo de Harper hasta que su espalda queda presionada contra la fría pared de azulejos y sus piernas se aferran a mi cintura. Mi polla está dura y empapada por ese pequeño generador de monzones entre sus muslos, y cuando vuelvo a deslizarme dentro, las lágrimas caen de sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto en mi sueño.

Harper baja los párpados, con una cálida sinceridad en su rostro.

—Te amo.

Me incorporo de golpe en la cama del motel, solo, con el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr un maratón.

Decir que tengo una erección matutina es quedarse corto.

Además, ¿qué demonios fue *eso*?

Frente a la cama, la puerta del baño está cerrada. Escucho la ducha a través de la delgada madera.

Gimo y me dejo caer sobre el colchón.

Los recuerdos regresan como las olas del mar. Me pasé toda la noche soñando con follármela en la ducha. Y lo que hicimos aquí mismo, entre estas sábanas, solo puedo describirlo como hacer el amor, y eso es probablemente lo más asqueroso y sensible que he pensado en mucho tiempo.

Entonces, ¿por qué me siento así?

Como si quisiera hacer eso con ella todas las noches por el resto de mi vida.

Me paso una mano por la cara. Esto complica las cosas.

Los De Luca la persiguen. Los *Reyes Irlandeses* la buscan. Es la hija de un mafioso, la hija de mi jefe, la exprometida de mi mejor amigo y futuro jefe. Shane Gallagher me ordenó que la llevara de vuelta a *New York* para que se enfrentara a las consecuencias de todo el caos que creó al huir.

Nada ha cambiado en nuestra situación desde esta mañana, pero todo parece desconocido, nuevo y extraño. Ni siquiera sé cómo comportarme con ella. ¿Se supone que debo fingir que dos veces fueron suficientes? ¿Como si esa pequeña muestra era todo lo que necesitaba?

Así es como la trataría si fuera cualquiera de las otras mujeres con las que me he acostado, aunque en todos esos otros casos, mi apatía era genuina.

Soy quien soy y no miento sobre lo que siento.

Si trato a alguien como si fuera prescindible para mí, es porque lo es. Y si trato a alguien como si lo apreciara, es porque yo...

Abro mucho los ojos, fijos en el feo techo azul con textura de palomitas.

Me niego a terminar ese pensamiento.

Mi teléfono suena estridentemente en la mesita de noche, interrumpiendo mis desastrosos pensamientos.

Contesto antes de ver quién llama y me arrepiento en cuanto oigo la voz de Finn Gallagher.

—*Acabamos de recibir una llamada de Harper*. —La irritación en su tono me regresa la mirada—. *¿Dónde demonios estás?*

La inquietante y amarga sorpresa de la traición se apodera de mí, espesa y viscosa, como si alguien me hubiera roto un huevo en la

cabeza.

En cuestión de segundos, salto de la cama y me dirijo hacia la puerta cerrada del baño. Con una buena patada, la abro de un golpe y miro dentro con ira.

La ducha está corriendo, y Harper también.

Es decir, ya se fue.

Otra vez.

—*Le pedí a Rory que rastreara el teléfono que usó...*

—Dame las coordenadas. —Las palabras suenan casi como un gruñido mientras recorro la habitación del motel, recojo mi ropa y casi la rompo al vestirme.

—*Los De Luca están en movimiento. Te enviaré refuerzos...*

—No. —Casi lo grito—. No hagas nada. Yo me encargo. La encontraré.

Me cuesta hablar cuando estoy tan enfadado.

—*Cian.*

—Te escucho. —Salgo por la puerta principal al deslumbrante sol tropical y me veo obligado a entrecerrar los ojos mientras me dirijo al estacionamiento del motel.

—*¿Qué está pasando allí?*

—Nada. —Sueno muy a la defensiva, porque lo estoy.

Harper me engañó. ¿Por quién me toma?

¿Qué hay de todo lo que compartimos anoche? Me abrí, conecté con ella a un nivel que nunca había logrado antes, y ella se escapa a la mañana siguiente como si fuera una especie de ligue indeseable. ¡Incluso dejó la ducha abierta para despistarme!

—*Dime la maldita verdad, Cian*. —Exhala Finn en voz alta—. *O no te enviaré las coordenadas.*

Mis pies dejan de moverse.

Ahora, estoy enfadado con Finn.

—La estoy persiguiendo. Estoy cerca. Lo tengo bajo control...

—*Esta mañana salió una noticia sobre un intento de tiroteo masivo en un restaurante de Waikiki anoche. Según los informes, un tipo cualquiera disparó a los presuntos tiradores con sus propias armas y huyó del lugar.* —Mi gruñido de enfado provoca un tono de satisfacción en la voz de Finn—. *Estoy seguro de que no fuiste tú.*

—Como te dije, tengo todo bajo control. Harper y yo estaremos en un avión de vuelta a *New York* al final del día.

Finn se queda callado, lo que me vuelve loco. Quiero tirar mi teléfono y salir a buscar a Harper, pero no puedo. Me veo obligado a quedarme allí parado y esperar mientras pasan los preciosos segundos.

Mi teléfono vibra contra mi oreja. Un mensaje de texto. Las coordenadas.

—*Agarra un avión esta noche, Cian.* —Finn vuelve a usar su voz de futuro jefe—. *Si no estás de vuelta aquí en las próximas veinticuatro horas, enviaré refuerzos.*

La línea se corta, pero no me importa la amenaza de mi amigo.

Ya no tiene que preocuparse de que mi verga se interponga en esta misión. Se acabó. ¿Lo mío con Harper? Caso cerrado, maldición. No puedo creer que realmente pensara que las cosas habían cambiado entre nosotros.

Le abrí mi corazón a esa pequeña súcubo traicionera y se escapó de todos modos. No le importo una mierda. Ni siquiera el sexo extraordinario puede cambiar eso. Le di demasiada importancia a su acto de decencia aquella noche, hace años.

Quería que aquel encuentro significara algo, pero, como ella lo dijo, no fue gran cosa. Cualquiera en su posición habría hecho lo mismo.

La humedad me envuelve por completo mientras camino a paso ligero por la acera, con los ojos pegados a la navegación de mi teléfono que me lleva hasta la ubicación de Harper.

«Espera a que la tenga en mis manos».

Como si me hubieran devuelto en el tiempo a toda la agonía de estos dos últimos meses, la furia hierve dentro de mí, congelándose con una preocupación fría y dura. Por mucho que me enfade Harper, la idea de que los De Luca la hayan secuestrado me enfurece lo suficiente como para incendiar toda una ciudad. Tengo que encontrar a esa mentirosa, manipuladora, taimada y *sexy* mujer o, demonios, si no...

Ayer, eliminé a esos dos tipos, pero hay otros. Muchos otros. Enzo De Luca no es un líder dotado, mas Matteo sí lo era. Antes de

que Finn le metiera esas balas entre los ojos, Matteo contaba con el respeto y la lealtad de las familias mafiosas tanto en su país como en el extranjero. Todo lo que Enzo tendría que hacer es apelar a aquellos que simpatizan con la difícil situación de Matteo, y podría tener gente sobre el terreno haciendo su voluntad en los cincuenta estados.

Finn tiene razón al considerar la posibilidad de pedir refuerzos.

Venir aquí por mi cuenta fue un error. Ahora me doy cuenta.

Debería haberlo sabido mejor.

Dondequiera que va Harper Brennan, le siguen los problemas.

El navegador me lleva a un centro comercial. Pequeñas tiendas coloridas y cuadradas dan a la calle, con sus escaparates brillando bajo el sol del verano mientras los peatones abarrotan las aceras. En un extremo hay un McDonald's, en el otro, un supermercado, una lavandería, tiendas de teléfonos celulares... El navegador me indica que la última ubicación conocida de Harper estaba cerca de un café en un extremo de la calle.

Corro en esa dirección, zigzagueando entre peatones con bolsas de compra recicladas y niños pequeños.

Cuando la encuentre, no sé qué haré.

Sin embargo, sí sé que va a *pagar* por hacerme pasar por todo esto.

Capítulo 21

Harper

Una cosa que no sabía hasta que empecé a trabajar en *Dish Waikiki* es que todas las personas que han trabajado en el sector de servicios están unidas de una manera implícita. Cuando entré en este pequeño y bonito *café* y pedí usar el teléfono, explicando que trabajaba en *Dish*, las personas detrás del mostrador me creyeron. Pudieron ver la verdad en mis ojos.

Bueno, supongo que también sigo llevando puesta la etiqueta con mi nombre de ayer.

No importa. Estaba inmensamente agradecida por poder usar su teléfono para llamar a Riley.

Solo hablamos unos minutos.

Escuchar su voz me produjo un gran alivio y consuelo. El objetivo era comprobar si todo lo que Cian me había contado la noche anterior era cierto o si solo me estaba tranquilizando con información moderadamente precisa para distraerme de mis planes de escape.

Sin embargo, cuando finalmente conseguí hablar con mi hermana por teléfono, empecé a llorar como una niña, y ella también. Nos limitamos a sollozar la una a la otra. Logré balbucear alguna pregunta incoherente sobre si ella y Finn eran pareja, y pude oír la alegría desbordante en la voz de mi hermana, incluso a través de sus lágrimas, cuando me dijo que sí.

Realmente están juntos y de verdad son felices. Cian no me mintió sobre eso.

Exhalé un suspiro agridulce. Mi hermana está enamorada. El tipo que eligió es un monstruo, aun así, es el monstruo que *ella* deseaba. Y al menos, como están juntos, esa bestia en particular ya no me persigue.

Quiero alegrarme de que mi hermana haya encontrado el amor de su vida y de que mi exprometido no vuelva a intentar casarse *conmigo* nunca más. No obstante, hay una espina clavada en mi corazón. No sé por qué está ahí, pero me duele.

Ignorándolo, me seco el sudor de la frente con el dorso del brazo y contemplo el paisaje que rodea mi pequeña plaza comercial. Complejos de apartamentos destartalados construidos con bloques de cemento se encuentran al otro lado de una intersección de un nuevo barrio de casas idénticas. El verde de los arbustos y los árboles se refleja en el brillante color verde azulado de las aguas del puerto.

Inhalo profundamente el aire de la isla.

Sin importar qué pase, voy a abandonar este lugar. Pasé tanto tiempo fantaseando con venir aquí que nunca imaginé cómo marcharme.

Hablando de irme, ¿cuál es mi nuevo plan?

Encontrar una forma de llamar a mi hermana era mi único objetivo. La realidad de lo que pasó en esa habitación de motel me dejó destrozada, y necesitaba algo de tiempo a solas para descomprimir. Escuchar la voz de Riley me ayudó, aunque no resolvió nada.

Y ahora, estoy en la misma situación que anoche. Sola. Sin dinero. Sin teléfono. Sin transporte. Sin hogar. Indefensa.

«Así que, si quieres vivir, te sugiero que dejes de intentar alejarte de mí».

Las palabras que Cian pronunció anoche en el pequeño estacionamiento resuenan en mi mente.

Podría simplemente... volver al motel.

Volver voluntariamente a la jaula de la que acabo de escapar.

No, no puedo hacerlo por mi cuenta y no, no tengo un plan. Pero volver allí no puede ser la respuesta correcta.

¿Qué le diría a Cian? ¿Qué puedo decir?

Esa espina en mi corazón me produce dolor en el pecho, como si mis costillas estuvieran demasiado apretadas.

Con una punzada, identifico el dolor.

Se trata de decir adiós.

Por el amor de Dios, ¿estoy deseando despedirme de mi secuestrador?

Lo más aterrador es que anoche cambió por completo mi opinión sobre él.

No es solo un ejecutor guapo que trabaja para mi padre o que responde ante Shane Gallagher por encima de todo. Ya no lo veo como un *playboy* que me marcó como su próxima conquista.

Ahora, pienso en Cian como un hombre.

Un hombre al que deseo como el desierto anhela la lluvia.

La última década de mi vida ha sido una sucesión de píldoras difíciles de tragar, una tras otra, y la idea de dejar a Cian es la peor de todas. ¿Por qué no estoy preparada para volver a una vida sin él? ¿Después de solo dos noches salvajes y sofocantes?

Me cubro la cara mientras camino. Cada vez que pienso en ello, me derrito un poco más por dentro. Imagina si solo el recuerdo del sol pudiera provocar quemaduras solares. *Ugh.*

Caminando demasiado rápido, choco con alguien. Mi corazón se detiene cuando levanto la vista.

El pánico me golpea como un autobús.

Es Cian.

Y está muy alterado.

Mierda.

Esos ojos verdes están desquiciados por la ira y una emoción que se asemeja al… miedo. Algo está mal. Giro la cabeza rápidamente, tratando de encontrar el peligro, pero los ojos de Cian permanecen fijos en mi rostro.

Se queda ahí, clavándome la mirada.

—¿C-Cian? —El pánico me hace imaginar diferentes escenarios. Pero cuando me agarra con su enorme puño por el antebrazo y me arrastra de vuelta al motel con pasos furiosos y agresivos, me doy cuenta del problema.

La rabia y la preocupación de su rostro son por mí. Solo por mí.

Tengo suerte de que no me haya vuelto a echar al hombro como si fuera un saco de papas.

O me tirara por el acantilado más cercano.

Cuando llegamos a nuestra habitación del motel, Cian abre la puerta de un empujón y prácticamente me lanza dentro, cerrándola detrás de él con tanta fuerza que hace vibrar el marco.

Durante unos agonizantes momentos, nos quedamos allí de pie, con Cian echando humo. No puedo apartar la mirada de sus puños. Mata a gente con sus propias manos.

«Me pregunto si va a concederme mi deseo», susurra una voz mórbida desde lo más profundo de mi alma. Es la misma curiosidad macabra que he tenido durante años. Cada vez que me enfrentaba a un hombre al que mi padre me había ordenado engatusar, me preguntaba si esa sería la forma en que moriría.

Hubo momentos en las misiones en los que quise romper el personaje, revelarle al objetivo que mi padre me había enviado allí para que lo mataran, pedirle que me asesinara como la venganza perfecta contra mi padre, pero esa mierda solo conduce a la cárcel. A la violación. A las notas de rescate. Al ser salvada finalmente por los *Reyes Irlandeses*, solo para acabar de nuevo bajo el yugo de mi padre, más destrozada que antes. Así que mantuve la boca cerrada.

Cuando miro a Cian y todo el poder que hay en su cuerpo, sé que no le costaría nada matarme.

Debería tenerle más miedo, ya que todo su cuerpo tiembla de furia.

Pero en cambio, me sumerjo en la realidad de lo mucho que todavía lo deseo. Puede que incluso lo desee *más* que alejarme de los *Reyes Irlandeses*, más que mi libertad.

¿Qué me ha hecho exactamente su verga monstruosa?

—¿Qué carajos te pasa? —Me estremezco ante el rugido ensordecedor de Cian—. Por Dios, los soldados de los De Luca están rastreando toda esta isla abandonada en busca de ti, ¿y te escabulles de todos modos?

Sacudiéndome el deseo de la cabeza, hago todo lo posible por concentrarme en sus palabras. Desafortunadamente, es bastante

difícil cuando irradia rabia como un radiador defectuoso que pierde calor.

—Solo quería...

—¿Engañarme? —Cian se acerca, pero me niego a dejarme intimidar—. ¿Ignorar cada maldita palabra que te dije y hacer lo que te pedí que no hicieras de todos modos?

La irritación atraviesa mi mente, fría y afilada como el acero.

Resoplo.

—Mira. No estás *a cargo* de mí, ¿de acuerdo?

Aprieta los dientes y se cruje los nudillos.

—¿Y si te hubieran secuestrado en la calle? ¿Estás intentando que nos maten a ambos?

Sin embargo, suena más como si dijera: "Podría matarte, estoy tan enfadado".

—*Necesitaba* llamar a mi hermana. —Exhalo, con una amarga exasperación calentándome el pecho—. No podía hacerlo aquí. Así que salí. ¿Cuál es el problema?

—A las mujeres que no siguen órdenes les pasan cosas malas, Harper.

El dolor me atraviesa el pecho.

—¿Me estás amenazando?

—Si es necesario.

Un brillo gélido oscurece su mirada de ojos verdes. El tono intransigente de su actitud, ese ceño fruncido e impenetrable en su rostro... Me recuerda a mi padre de una forma tan cruel, tan terrible, que me vuelvo salvaje por la agitación y la resistencia.

Porque Cian me trata como si fuera de su propiedad.

¡Cian Mahoney tiene el *descaro* de enfadarse conmigo por llamar a mi propia hermana! De acuerdo, sí, lo engañé con lo de la ducha para ganar algo más de tiempo. Pero no es que tuviera un plan de escape pensado. Iba a volver aquí.

Probablemente.

Y una pequeña, microscópica parte de mí creía que, después de anoche, Cian lo entendería.

—Me equivoqué —soltar esas palabras solo hace que se hagan realidad—. Pensé...

—¿*Qué* pensaste? —Cian golpea la pared detrás de él con tanta ferocidad que deja una marca en el papel pintado. Su parecido con mi padre me deja atónita.

¿Cómo pude dejarme engañar por una buena polla?

Niego con la cabeza, la realidad floreciendo como una nube en forma de hongo sobre mi mente.

—Solo quieres controlarme, como todos los demás.

—Déjame decirte algo. —Su voz se vuelve más grave mientras vuelve a acercárseme. Retrocedo hasta que la puerta del baño me impide seguir haciéndolo.

—Cian... —Hago un esfuerzo por hablar con firmeza, pero no se inmuta.

Me acorrala contra la puerta del baño y golpea con las manos ambos lados del marco.

—Te voy a llevar de vuelta a *New York*. Me importa una mierda lo que tengas que decir. *No depende de ti.*

Su calor invade mi espacio personal. Su aroma se cuela en mi nariz, embriagándome sin mi consentimiento. Me mantengo firme.

Aunque Cian se cierne sobre mí con toda la amenaza de la parca, me niego a retroceder. Nuestras miradas se cruzan.

—Si de verdad crees que puedes arrancarme de mi vida, dispararles a algunas personas y follarme toda la noche, y que por eso me daré la vuelta y haré lo que tú digas, sigue soñando, Mahoney.

La ofensa se enciende en los ojos de Cian. Duro e intimidante, aprieta su cuerpo contra el mío.

—¿*Qué* acabas de decir?

—Me escuchaste. —Pongo toda mi fuerza en esas dos palabras. No es fácil. En cuanto el cuerpo de Cian toca el mío, la lujuria comienza a bullir en mi interior.

Este concurso feroz de miradas fijas va a terminar en sexo. Eso espero.

¿Por qué estoy pensando eso ahora mismo? Me enoja tanto que podría arañarle esa estúpida cara tan guapa.

—Muévete. —Apoyo mi antebrazo contra su pecho como si fuera una viga y empujo. No se mueve, y sigue observándome con ese

ceño fruncido que me atraviesa la piel.

—Te gusta crear problemas que luego tienen que arreglar otros, ¿verdad?

El fuego me quema las mejillas. No esperaba que me golpeara donde más me duele. Toda la culpa que siento por los desastres de mi vida que siguen sin limpiar, sin resolver, supurando incluso ahora...

¿Cómo se atreve a preguntarme si disfruto de esta vida a medias llena de autodesprecio y dolor secreto?

No sé cómo siempre se mete bajo mi piel, y no me importa.

—*Jódete*.

Le lanzo la palabra, pero supongo que se lo he dicho tantas veces que ya no me toma en serio. Todo lo que consigo con mi maldición es una risa seca y sin humor.

Se aleja de mí y gira sobre sus talones, mientras yo le clavo la mirada en la nuca.

Prefiero morir antes que dejar que tenga la última palabra.

—Debe de ser agradable —agrego a su espalda—. Usar a las mujeres como juguetes para tu verga. Es solo una de las ventajas de tu trabajo, *¿eh?*

Cian se detiene. Está a solo un paso de la cama cuando se gira para observarme, de alguna manera más enfadado que antes.

Su voz es áspera por la rabia.

—¿Crees que *te estoy* utilizando?

—¿No lo estás haciendo? —Lo miro con desafío—. ¿No es por eso por lo que viniste aquí? ¿Porque estabas privado de sexo y querías romper la sequía?

Se altera.

—Suficiente.

—No finjas que era parte de tu misión.

—¿Y cuál es tu excusa? —Se acerca hasta que su enorme cabeza vuelve a estar frente a mi cara—. ¡No te acostaste conmigo por alguna razón virtuosa! Lo hiciste porque debajo de toda tu mierda de princesa mafiosa recta hay una putita hambrienta, muerta por ser alimentada...

Su cabeza se sacude cuando mi mano golpea el lado de su rostro engreído, con tanta fuerza que el golpe resuena en toda la habitación.

Capítulo 22

Harper

Me duele la mano derecha y mis pulmones jadean en busca de oxígeno como si acabara de correr un kilómetro y medio. Debe de ser la adrenalina que se genera al golpear a un imbécil.

Aparte de mis recientes orgasmos, esa bofetada es la experiencia más involuntaria que he tenido en mucho tiempo. La satisfacción, la confusión y el horror que me provoca el acto casi me abruman.

Cian se toca la mejilla con una mano, frotándose la piel como si estuviera evaluando el daño que le hice a su rostro perfecto.

Un silencio inquietante nos envuelve.

Una mirada peligrosa se apodera de sus ojos.

—No te gustaría que te abofeteara.

—Lo siento. No debí haberlo hecho. —Cuidando mi mano adolorida, cruzo los brazos—. Pero a ti no te gustaría que arruinara tu vida perfecta.

—Eso es *exactamente* lo que me hiciste.

Abro la boca para responder, sin embargo, es demasiado tarde. Cian acorta la distancia entre nosotros en una milésima de segundo, me agarra, y por primera vez, de repente, me da miedo que me haga daño.

Cuando me aparto, me mira fijamente con un tic en la mandíbula. Pero, aunque la ira irradia de él en oleadas ardientes, sus manos no se clavan en mi piel.

—Nunca en un millón de años te haría daño, Harper. No así. No después de pasarme la mitad de mi vida viendo cómo mi padre

maltrataba a mi madre. —La conmoción de esa declaración aún no la he comprendido cuando su sonrisa se vuelve maliciosa—. Pero estoy más que feliz de hacerte daño de otras maneras. Especialmente, si me lo ruegas.

Me tira boca abajo sobre la cama como una manta. Antes de que pueda siquiera moverme, sus manos aparecen en mi cintura y me baja los *jeans* hasta las rodillas con furia. Sus dedos ásperos e implacables arrastran mi trasero hacia arriba y hacia el borde del colchón chirriante.

—¿Qué estás haciendo? —Odio mi voz entrecortada y lasciva.

—Cállate. —Su dedo se hunde entre mis pliegues y una risa grave recorre mi piel—. Oh, Harper. Empiezo a pensar que te gusta pelear conmigo.

Sigue medio segundo de susurros y luego la punta de su longitud presiona mi clítoris como un timbre.

Trago saliva para contener un gemido. Ni siquiera hemos empezado y ya es mejor de lo que recordaba.

Y lo que recuerdo es algo fuera de este mundo.

Sé que debería cerrar los ojos y rezar por misericordia, pero en cambio, mi boca desafiante se abre y dice:

—Si yo arruiné tu vida, entonces tú... ¡Umm! —Se me escapa una mezcla entre un chillido y un gemido cuando empuja su miembro dentro de mí.

Oh, Dios, mi cuerpo ya está temblando.

—Oh, definitivamente lo hiciste. —Cian exhala un aliento entrecortado y tembloroso, empujándose hasta el fondo hasta que me siento febril por todas partes.

—Entonces, ¿por qué...? —Ya jadeando, intento no disfrutarlo, pero es un reto—. ¿Por qué me estás follando?

—Porque mereces ser *castigada*. —La lujuria y la ira alimentan su voz.

Hundo la cara en las sábanas. Es la primera vez que un hombre me pone boca abajo y de rodillas. ¿Por qué me excita tanto esta postura sumisa? *Ugh.*

—*Oh,* Dios —gimo contra la tela mientras Cian me desarma un poco más con cada embestida. Mis brazos se doblan debajo de mí,

en el interior de mis rodillas.

Aunque lo odio, pese a que estoy furiosa por su comportamiento estúpido, y el mío también, mi cuerpo recuerda lo que pasó anoche y ansía más.

Dada la forma en que Cian me penetra con fuerza y avidez, creo que puedo afirmar con seguridad que no soy la única.

Esta vez, se coloca al borde de la cama y utiliza toda la fuerza de sus piernas para penetrarme profundamente. Es increíble lo diferente que es esta postura de estar de pie en la ducha y hacer el amor en este colchón.

Mis *jeans* actúan como ataduras alrededor de mis rodillas. No puedo moverme, y no quiero hacerlo, ya que los dedos de Cian se clavan en mi cintura, apretándome más contra su longitud mientras empuja tan profundo como puede.

—*¡Ah!* —Apretando los ojos con fuerza, me agarro a las sábanas como si se me fuera la vida en ello.

Cian me folla el coño como si lo odiara, como si quisiera destruirlo cuando termine. La cama cruje con cada embestida, clavando su polla en mí y yo recibiéndola centímetro a centímetro, con toda su gloriosa y gruesa longitud.

No creo que esto pueda mejorar hasta que me da una nalgada con su mano áspera. Las chispas ardientes del dolor despiertan aún más mi cuerpo, añadiendo definición a la oleada de placer que sacude mi mundo.

—¿Por qué... eres tan... *malcriada* todo el tiempo? —Me golpea la otra nalga y el estallido de dolor cambia mi forma de gemir.

Cian debe darse cuenta, porque las nalgadas continúan mientras me penetra con su implacable miembro.

—*¡Mm!* —Ahora tengo las sábanas de algodón entre los dientes.

—Te gusta esto, ¿verdad? —Empuja más fuerte solo para demostrar su punto.

La humillación me abre los ojos. Estoy a punto de sufrir un paro cardíaco, me está cogiendo tan fuerte, ¿y tiene energía para burlarse de mí?

—Para —murmuro, reprimiendo mis gritos de placer en lo más profundo de mi garganta.

—¿Qué fue eso? —Cian saca su verga sin previo aviso, dejando mi cuerpo temblando, sacudiéndose y al borde del colapso.

Ardiendo y adolorida, le respondo con el poco desafío que me queda.

—Yo... —Jadeo—. Te odio.

Las palabras me asustan. Porque no son ciertas. Y en el momento en que salen de mi boca, una preocupación desesperada de que Cian no vuelva a tocarme me devora por dentro.

Sin embargo, sigue dándome nalgadas con una de esas manoplas de béisbol que llama mano.

Hago una mueca de dolor y gimo al mismo tiempo.

La vergüenza me enrojece las mejillas y me cubre con una máscara de sudor. Escondo la cara, cohibida y avergonzada, mientras él se ríe y mi trasero desnudo y tembloroso lo espera.

Una parte de mí quiere morir. ¿Cómo me convirtió Cian en su puta personal?

La otra parte está obsesionada con el placer que solo él puede proporcionarme.

—Quizás me odias. —Cian provoca mi abertura con la enorme punta de su polla, y me retuerzo contra él—. Pero te encanta mi verga.

—No...

—Admítelo. —Golpea mi clítoris con su pene, lo que me hace jadear y aferrarme a las sábanas—. Si lo haces, seguiré follándote.

«¡¿Está bromeando?!».

¿Me hace todo esto y luego quiere que se lo pida?

Por mucho que me aterrorizara perderme en él esta mañana, aún esperaba que tuviéramos otra oportunidad antes de que todo esto terminara. Sabía que negarlo sería difícil, pero nunca imaginé que ceder sería tan duro.

Cian me da otra nalgada. Me avergüenza decir que aquel pinchazo me lleva peligrosamente cerca del orgasmo. Todo lo que hace me acerca más al éxtasis. Incluso así.

Es horrible.

Y también increíble.

—Mírate, temblando. —Me da otra nalgada. Cierro los ojos—. Esto es más serio de lo que pensé. —Me da cinco nalgadas rápidas, volviéndome loca—. *Realmente* te encanta mi polla. ¿Verdad, Harper?

Delirantes, desafiantes murmullos salen de mi boca.

—Habla más alto. —Cian se inclina sobre mí, sus gruesos dedos forman un puño en mi cabello y me levantan la cabeza de las sábanas.

—*¡Me encanta tu polla!* —gimo tan alto que se oye en toda la habitación.

—Buena chica.

Grito como un animal cuando vuelve a penetrarme hasta el fondo. Y, *Dios mío*, cuando finalmente encuentren mi cuerpo, la causa de la muerte en el informe del forense dirá *Muerte por Follada*, porque la forma en que Cian me folla esta vez es nada menos que homicida.

Se ríe una vez más cuando empiezo a llenar el dormitorio con gritos de satisfacción.

—Hace un minuto, dijiste que me odiabas. —Me da otra nalgada con su mano áspera mientras me penetra una, dos, cinco veces. Diez. Y es tan bueno que casi me desmayo—. ¿Cuántas veces vas a mentirme a la cara?

—¿Cuántas veces…? —Jadeo, tratando de recuperar el aliento—. ¿Vas a meterme la verga?

Cian me agarra con su enorme puño por la nuca y, de alguna manera, empieza a joderme más fuerte. Apenas puede hablar, me lo está haciendo tan fuerte.

—Tantas veces... como yo... quiera… maldición.

—*Bien, te quiero ahí* —confieso mientras estira mi cuerpo ardiente alrededor de esa obra de arte con la que Dios lo dotó.

—¿No vas a decir... *por favor*? —Me está provocando de nuevo.

Cian me suelta el cabello, pero en lugar de dejar que mi cara caiga hacia delante sobre las sábanas, lo veo por encima del hombro. Su alta e imponente figura se eleva sobre mí. Es un largo camino hasta encontrarme con su mirada ebria, nublada por la lujuria y el poder. Verlo observarme fijamente cuando estoy

sudorosa, con la cara roja e incoherente es de alguna manera hipnótico.

No puedo apartar mis ojos.

—Por favor. Lo necesito... más fuerte.

Las pestañas de Cian se levantan en una sorpresa momentánea, y luego vuelven a bajar. Parece aún más enfadado, sin embargo, no tengo tiempo para analizarlo.

En ese momento, Cian me penetra tan fuerte que veo más estrellas.

—*Oh, Dios*, Cian. Voy a...

—No te lo mereces.

De todos modos, mete la mano entre mis piernas y frota mi carne hinchada.

Después de unas cuantas caricias y embestidas más, ocurre algo mágico.

Cian y yo alcanzamos el orgasmo juntos.

Gime abiertamente, apoyándose en la cama, todavía sobre mí. Sus manos aparecen en las sábanas azules a ambos lados de mi cabeza. Como dos armonías en un solo coro, vuelo desde ese precipicio eufórico al mismo tiempo que él pinta el interior de mi coño.

La sensación me sumerge en un éxtasis vertiginoso. Mi alma se aleja y no regresa hasta que me sacuden las réplicas.

Aún desnuda desde la cintura hasta las rodillas, me deslizo por el extremo del pene de Cian y caigo de lado, respirando con dificultad. Su semen gotea mientras mi pulso intenta regularizarse sin éxito. Mi mente y mi cuerpo se tambalean por la fuerza del clímax.

La plenitud de la experiencia...

La profundidad...

Nada en mi vida ha sido tan perfecto. Es aterrador, pero estoy demasiado satisfecha y agotada como para que me importe.

La oscuridad se apodera de mi mente mientras el agotamiento provocado por el placer me arrastra bajo la superficie de la consciencia.

Cuando abro los ojos un rato después, la luz de la tarde que entra por la ventana se ha atenuado. El increíble sexo recorre mi

memoria y miro a mi alrededor, ansiosa por encontrar a Cian durmiendo en algún lugar cercano, pero no hay rastro de él.

Cian se ha ido.

Horrorizada por mi estado aún semidesnudo, busco el dobladillo de mis *jeans*.

Clank.

De la misma forma en que la última chica mira detrás de sí y encuentra al asesino, con esa misma terrible anticipación giro la cabeza y encuentro un par de esposas brillando en la poca luz que queda.

Una esposa está alrededor del poste de la cama del motel y la otra está sujeta a mi muñeca derecha.

El pánico me oprime la garganta.

Esta es mi pesadilla.

Estar confinada.

«Oh, Dios».

Cian me dejó aquí.

¿Y si se fue para siempre y los De Luca aparecen y me encuentran esperándolos en bandeja de plata, incapaz de escapar? Todas las cosas malas que le pueden pasar a una persona empiezan aquí, estando confinada e incapaz de moverme, luchar, resistir...

Empiezo a hiperventilar.

¿Qué pasa ahora?

Estoy atrapada. Sola.

Puede que Cian no vuelva.

Incluso si no me dejó aquí con la intención de abandonarme, ¿y si los soldados De Luca lo encontraron y lo atacaron?

¿Y si está en los mismos apuros que yo en algún lugar, confinado y a punto de ser asesinado?

Los pensamientos fatídicos martillean mi cráneo. El teléfono del hotel está fuera de mi alcance, al otro lado de la cama.

Al examinarlo más de cerca, me doy cuenta de que, aunque pudiera agarrarlo, no podría hacer ninguna llamada.

Cian cortó la maldita línea telefónica.

Esta es la parte en la que debería gritar a todo pulmón. Tan fuerte como pueda y durante todo el tiempo que pueda, hasta que

alguien venga a salvarme. No me importa si llaman a la policía.

Si la policía aparece aquí, les contaré todo. Les rogaré que me pongan en el programa de protección a testigos, sin importar lo que les pase a los *Reyes Irlandeses*, a cambio de mi cooperación. No me importa. Nada importa excepto alejarme de...

La puerta del motel se abre con un chirrido y Cian entra con paso firme, vestido con ropa nueva y con una expresión indescifrable.

—C-Cian... —balbuceo—. ¿Qué está pasando?

Me lanza una bolsa de papel. La ropa nueva se derrama sobre el colchón.

—Arreglé el coche. —Su tono es brusco, desinteresado.

—¿Qué?

Saca la llave de las esposas de su bolsillo. Las abre, con cuidado de no tocarme. En absoluto.

Retiro la muñeca de inmediato, con el pánico y la incomodidad aún resonando en mi interior.

—Vístete. —La determinación en la voz áspera de Cian me hiela hasta los huesos—. Vamos a volver a *New York*.

Capítulo 23

Harper

El placer que experimenté mientras estaba a merced de Cian en el dormitorio se ha convertido en desesperación. La oscura emoción se aferra a cada parte de mí, mi corazón late dolorosamente en mi pecho mientras la distancia entre nosotros y el aeropuerto de Honolulu se reduce segundo a segundo.

¿Está Cian conduciendo a toda velocidad? Apresurando mi sentencia de muerte, como si no pudiera esperar a verme en la silla eléctrica.

Todos los restos del hombre que me hizo el amor anoche en un silencio sensual, tierno, profundo y vulnerable, desaparecieron. Solo queda un soldado frío. Un hombre que existe para seguir órdenes. ¿Cómo pude pensar algo diferente?

Todo lo que hemos vivido juntos estas últimas cuarenta y ocho horas no tuvo sentido. El sueño se terminó y ahora comienza la pesadilla.

La autopista de cuatro carriles se extiende ante nosotros, paralela al océano y al horizonte más allá. Los aviones ascienden hacia el cielo, atravesando la perfecta extensión azul sobre nuestras cabezas. A pesar de que la experiencia debería ser hermosa, me siento como un animal que va al matadero a medida que se acerca la realidad de regresar a casa.

Las señales que indican el aeropuerto nos pasan. Cian no dice nada. Ni siquiera puedo respirar mientras maniobra el coche por la

rampa de salida que conduce directamente a las salidas del aeropuerto.

Mi estómago se revuelve tantas veces que por dentro probablemente se parezca al examen de un *boy scout*. El único vestigio que me queda de cordura se aferra al pensamiento de Riley. Escuchar la voz de mi hermana me levantó mucho el ánimo, aunque la llamada haya sido breve.

No quiero volver a *New York*, pero saber que mi hermana está allí y que está bien, aunque... aunque quizá no vuelva a verla nunca más...

Mi visión se nubla.

«No puedo hacerlo. No puedo hacerlo. No puedo hacerlo».

¿Estoy disociándome? Tengo las manos y los pies entumecidos y, en lugar de mirar la carretera, me veo a mí misma sentada junto a Cian en el asiento del copiloto, como si mi fantasma nos estuviera espiando a través del techo corredizo.

Formamos una pareja extraña.

Cian, inexpresivo e indiferente como una estatua de mármol.

Yo, desmoronándome a su lado como la víctima que siempre he sido.

No quiero volver a mi vida de servidumbre y sumisión. Ese camino me lleva a mi madre, sola y borracha la mayor parte del día solo para soportar el horror de estar casada con mi padre.

Mi miedo más profundo y oscuro es acabar como ella, una prisionera de por vida atrapada en un mundo que no pidió y del que nunca quiso formar parte. Ahora que experimenté la vida lejos de la toxicidad de mi padre, nunca he estado más segura de que no puedo volver.

Sin embargo, puede que no tenga otra opción.

Nunca la tengo.

Me obligo a respirar profundamente y el aroma de Cian atraviesa la congestión de mi nariz. Desesperada y frenética, mi imaginación se precipita hacia él, preguntándose dónde estaríamos y qué estaríamos haciendo si nos hubiéramos conocido como dos personas normales en cualquier otro lugar del mundo. Si fuera una mujer normal y él un hombre normal, ¿cómo habrían salido las cosas?

Quizás nos hubiéramos amado.

Le echo una mirada de reojo y me permito admirarlo por un momento. Nunca había deseado tanto a alguien en quien confié tan poco.

Se abrió a mí, ¿y qué hice?

Salí corriendo.

¿No es eso lo que siempre he hecho?

Cierro los ojos ante la verdad. Me da vueltas la cabeza y lucho por no hiperventilar.

—Oye. —El tono implacable de Cian se abre paso en mi oído distorsionado—. Ya llegamos. Vamos.

Cuando abro mis ojos vidriosos, veo tres imágenes de él balanceándose frente a mí.

—Cian, no... —Apenas tengo fuerzas para hablar—. No me lleves de vuelta a *New York*.

Dice algo, pero el pánico ya se apoderó de mí. Mi consciencia se desvanece en la oscuridad, como si me arrastraran hacia un túnel sin luz al final.

Entonces, el mundo desaparece.

Capítulo 24

Cian

Que Harper vuelva a desmayarse es lo último que necesitan mis nervios, ya de por sí maltratados. Y, encima, en público.

Todavía estaba enfadado por como ella me había excitado en el motel. Ambos nos corrimos más rápido que un par de adolescentes. Estaba tan furioso porque Harper tenía el poder de acabar conmigo tan fácilmente, que la esposé a la cama y la dejé allí.

¿Y ahora?

Mi pulso se acelera mientras la traslado al asiento trasero y me subo con ella. No es lo ideal, pero las ventanas tintadas nos proporcionan un poco de privacidad hasta que lleguen los agentes de alquiler de coches.

Mis costillas se aprietan al ver su rostro pálido y frágil.

—Harper, mírame.

Con dedos suaves, le toco la mejilla, pero no se mueve. Las alarmas suenan dentro de mí, como si todavía tuviera veinte años y acabara de encontrar a mi madre inconsciente en nuestro apartamento.

«¡No!». Quiero gritar. «*Ella sobrevivió a ese desgraciado, no dejes que muera ahora».*

Solía pensar que, con mi padre muerto, mi madre podría seguir viviendo una vida feliz. Pensaba que el hecho de que él estuviera vivo era lo único que se interponía en su camino. Que deshacerme de él despejaría las nubes de su mente y permitiría que esa sonrisa volviera a su rostro.

Lamentablemente, era un niño tonto.

No sabía nada sobre cómo el trauma perdura, a veces para siempre.

Nunca imaginé que el daño real que mi padre le infligió a mi madre le hubiera afectado la mente.

Rompió su hermoso espíritu.

Mi madre me dijo una vez que se quedó con ese hombre repugnante y violento por mí. No sabía que lo que quería decir era que solo seguía viva, porque quería protegerme, y que si hacía desaparecer a ese monstruo para siempre, si me convertía en alguien capaz de protegerme a mí mismo, toda su motivación para quedarse se desintegraría en cenizas.

¿Por qué no fui suficiente?

¿Por qué nunca soy suficiente?

Joder.

Me pellizco el puente de la nariz, utilizando el dolor para hacer que la humedad vuelva al lugar de donde vino.

Cualquier cosa que se parezca a llorar está absolutamente prohibida, puto trauma.

Apretado en el asiento trasero con Harper medio recostada en mi regazo no es como pensaba que empezaría nuestro viaje a casa, pero ahora estamos aquí y no puedo apartarla de mí. No cuando abro los ojos y está despierta con esa expresión en su rostro.

Como una cometa atada a una cuerda deshilachada, a punto de soltarse y perderse en el viento. Como si estuviera perdiendo el control, tambaleándose al borde del precipicio.

El miedo se apodera de mí. Nunca la había visto tan asustada.

Está temblando.

«Tengo que llevarla de vuelta a New York *y alejarme de ella, antes de que haga que nos maten. No importa lo mucho que duela».*

Esos son los pensamientos que dan vueltas en mi mente mientras miro, con la boca seca y agradecido, a sus ojos azules y vidriosos.

—Cian... —susurra mi nombre como si este Porsche fuera un lugar sagrado—. Por favor, no me lleves de regreso a *New York*.

—¿A qué le tienes tanto miedo? —pregunto. Entonces, recuerdo lo que le espera. Shane, su padre, Finn... Ni siquiera sé qué castigo le aguarda cuando regresemos.

—No me lleves —pide, negando con la cabeza—. Él...

No puede terminar la frase, no obstante, algo hace clic en mi mente cuando veo cómo le tiembla el labio. He visto ese temblor antes. Me atraviesa el pecho como una cuchilla dentada.

Ese temblor significa la vacilación de alguien que sufrió daño.

Y hace que todos los engranajes de mi cuerpo se detengan.

Pasé mucho tiempo pensando en que los De Luca le hicieran daño a Harper y en cómo haría todo lo que estuviera en mi poder para destriparlos si descubría que lo habían hecho.

Algo que nunca consideré hasta este momento es si alguien dentro de los *Reyes Irlandeses* le hizo daño alguna vez.

Mi temperatura interna comienza a subir.

Sé exactamente lo que se siente. Lo que ese tipo de estrés y conflicto le hace a una persona...

Yo *era* esa persona, así que ¿por qué solo ahora reconozco este rasgo en Harper? Todas esas veces que la observé desde la distancia, ¿por qué nunca noté este miedo primitivo que se escondía bajo su apariencia de chica fiestera?

Es como un animal de circo bien entrenado, tan deslumbrante que nunca pensé en el abuso que podría estar sufriendo cuando se cierra el telón y no hay público que aplauda.

Pensaba que Harper había huido para evitar un matrimonio concertado.

¿Y si huyó por razones completamente diferentes?

—Harper...

Mi lengua se vuelve pesada por el temor y la idea de que he hecho algo de lo que pronto me arrepentiré.

—Solo escucha —suplica con una vocecita agotada—. Sé que crees que llevarme de vuelta me mantendrá a salvo, pero no será así.

La fuerza con la que trago saliva hace que mis hombros se estremezcan.

—¿Qué quieres decir?

—Primero, él me va a romper, porque no seguí sus órdenes. —Se apresura a decir las palabras, como si le quemaran la lengua—. Una vez que me haya destrozado, me venderá al mejor postor.

—Shane nunca haría algo así. —Le froto el brazo desde el hombro hasta el codo—. No te preocupes.

El jefe de esta mafia es quien quería el matrimonio entre Harper y su hijo. No le gustó nada cuando se enteró de lo que había pasado, pero sé con certeza que no está tan enfadado con ella como para golpearla o venderla.

No es un objeto. Shane valora a las hijas de la mafia como si cada una fuera su propia hija. Maltratar a cualquier mujer dentro de su jurisdicción es motivo de un castigo severo.

—No estoy hablando de Shane. —Su respuesta me sumerge de nuevo en el caos. Sus párpados se cierran—. Estoy hablando de mi padre.

Mi corazón se derrumba. El recuerdo del rostro de mi madre pasa rápidamente por mi mente como una película. Cuando pienso que Harper ha experimentado una mínima parte de lo que mi padre le hizo vivir a mi madre, la rabia me consume, tan desmesurada e incontrolable que me sorprende que el coche no explote con nosotros dentro.

Mi voz suena como la de otra persona cuando aprieto la mandíbula y digo:

—Cuéntame todo.

Me siento allí como un fantasma, escuchando, imaginando cada una de sus palabras como si estuviera narrando un documental.

No sé por qué me sorprende el trato cruel y abusivo que Thomas Brennan les dio a sus hijas. Nadie se convierte en capo de una familia mafiosa por ser amable. Es obvio que ese hombre es duro, despiadado, astuto e implacable. Simplemente, no esperaba que sometiera a su familia a la misma tiranía que mi propio padre sometió a la mía. Siento como si la lava se estuviera derramando por dentro de mi pecho.

¿De verdad creía que devolver a Harper a *New York* era lo correcto? Solo pensaba en mí mismo.

Nunca consideré que pudiera tener una buena razón para huir. Y, aparte de protegerla de los secuaces de los De Luca, es tal y como dijo en el motel. He arruinado la nueva vida que se había construido.

La culpa me atraviesa como mil cuchillos. La verdad es que nunca me he sentido tan mal en mi vida. Ni siquiera cuando maté a mi propio padre fue así de malo.

Nunca pensé que me arrepentiría de haberla encontrado, pero ahora lo hago. Mira en lo que la metí.

Mis pulmones se congelan, negándome el aliento por puro odio hacia mí mismo.

—Por favor, di algo. —Harper aprieta los labios, sus ojos azules aún brillan con miedo en esta semioscuridad. Su expresión es como cien tachuelas clavadas en mi corazón.

Intento tragar saliva, mas el nudo de culpa no desaparece. He estado callado como una tumba todo este tiempo, pero tengo que hablar. Incluso sé lo que voy a decir, y eso es lo que me asusta.

Porque estoy a punto de ponerme de su lado.

—Cian, por favor. —Harper presiona las palmas de sus manos contra las cuencas de sus ojos, como si intentara frenar las lágrimas de forma manual.

—Harper Brennan, mírame. —Espero a que baje las manos. Cuando finalmente lo hace, le levanto la barbilla para que nuestros ojos se encuentren y mantengo su mirada—. Lo siento. Eso nunca debería haberte pasado. Y te prometo que nunca, jamás, dejaré que nadie te vuelva a hacer daño así.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que no me importa quién sea el culpable. No lo permitiré. —La atraigo hacia mí y su suave aroma me envuelve—. Si tu padre vuelve a ponerte un dedo encima, lo mataré. Así de sencillo.

Al escucharme, aspira aire, sorprendida.

—Pero... es tu jefe. —Sus palabras caen sobre mi clavícula.

Mis manos ansían cerrarse en puños, así que las deslizo por su espalda.

—Lo sé, y no me importa.

—¿Y Shane? —Vuelve a temblar—. Te matarán, Cian.

—Que así sea.

—¿Cómo puedes decir eso? —Intenta alejarse de mí, pero la abrazo con más fuerza, atrayéndola más hacia mi pecho. Su corazón late con fuerza contra el mío.

Le coloco un beso en la coronilla.

—Cuando volvamos, nos enfrentaremos juntos a ellos. Y si alguno de los dos amenaza con hacerte daño, intervendré.

—Solo intentas que vaya contigo. —El temblor de su voz me corroe como tornillos y clavos clavándose en piel expuesta—. No lo dices en serio.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas?

Niega con la cabeza contra mi pecho.

—No me lleves de vuelta.

Exhalo sobre su cabello. ¿Por qué es esto tan difícil?

Me vuelve tan loco que me convertiría en su aliado, sabiendo perfectamente que eso me pondría contra mis amigos y mis jefes. Los *Reyes Irlandeses* son lo más parecido a una familia que he tenido desde la adolescencia. Son lo más parecido a una familia que jamás esperé tener, y ahora...

De alguna manera, Harper me destrozó tanto el corazón que sacrificaría a todo el mundo y todo lo demás para mantenerla a salvo.

Y ella ni siquiera cree que le estoy diciendo la verdad.

Esta mujer me mata.

Una persona sensata se preguntaría: *¿Realmente vale la pena todo este lío por Harper Brennan?*

Y le pegaría un tiro entre los ojos a ese hijo de puta por hacer una pregunta tan estúpida.

Mi mente se aclara, de forma abrupta y concisa. Sé lo que tengo que hacer.

—¿Y si te juro que la primera persona que verás al bajar del avión será tu hermana?

—¿Riley? —Ese microscópico atisbo de esperanza en su voz anuncia mi victoria.

—La llamaré y a Finn ahora mismo y les pediré que nos recojan cuando aterricemos. Puedes llamarlos tú misma, si crees que estoy

mintiendo.

Harper inclina la cabeza hacia atrás, sus labios rozando la parte inferior de mi mandíbula. Su boca en mi cuerpo es una receta rápida para follar al instante, así que tengo que terminar con esto antes de que causemos una escena en el estacionamiento de vehículos de alquiler.

—¿Hablas en serio?

Cuando inclino la cabeza hacia la suya, nuestras frentes se tocan.

—Sí.

—¿Por qué harías todo esto por mí?

Me aclaro la garganta. ¿Qué demonios se supone que debo responder a esta pregunta?

—Y-yo... —Mierda, estoy tartamudeando como un adolescente en su primera cita.

Con las pestañas brillantes por las lágrimas, Harper asiente con la cabeza.

—¿Sí?

—No me gusta verte asustada.

Harper se encoge de hombros, como si hubiera perdido toda esperanza, como si nada importara.

—Aun así. Dame una razón para creer que me estás diciendo la verdad.

¿Por qué me resulta esto tan difícil?

—*Está bien*.

Hiervo de frustración, y la desesperación mueve mis labios hacia los suyos justo después.

—Ci... —Su protesta llega demasiado tarde.

Nuestros cuerpos se presionan juntos mientras le beso la boca como si estuviera hambriento.

¿A quién quiero engañar? *Estoy* hambriento de ella. Después de lo que hicimos en el motel, estoy ansioso por volver a saborearla, y esta podría ser nuestra última oportunidad.

La beso hasta que gime mientras mis dedos recorren su espalda y se aprietan alrededor de su cintura. Me rodea el cuello con los brazos y luego hace eso que me vuelve loco y me muerde el labio inferior como si quisiera comérselo.

El calor se acumula en mi espalda baja. Los músculos de mis brazos se tensan involuntariamente, pidiéndome que lo haga, así que lo hago.

Un pequeño ajuste y está en mi regazo, a horcajadas sobre mí, y *carajo*, quiero penetrarla con mi polla otra vez y al diablo con las consecuencias. En más de un sentido. Mis dedos se clavan en la mezclilla que cubre su trasero mientras mi otra mano desaparece por la parte trasera de su camiseta.

Harper se estremece cuando mi piel desnuda roza la suya. Y sé por qué. Porque cuando nos tocamos, le pasa lo mismo que a mí.

Solo este pequeño contacto piel con piel vuelve locos mis sentidos.

Beso a Harper hasta que lo entiende, hasta que jadea por respirar, igual que yo. Y entonces intento explicarme de nuevo.

Por una vez, incluso me dejo sumergir en sus ojos.

—Tienes que confiar en que algunas cosas son reales... aunque no sepas por qué.

Capítulo 25

Harper

Estoy contemplando el Océano Pacífico, empapándome de la brillante vista azul por lo que podría ser la última vez. Cian está sentado a mi lado, con sus dedos entrelazados con los míos.

Así es.

Cian Mahoney y yo estamos tomados de la mano. En un aeropuerto. Como una pareja de verdad.

La situación me provoca tantas emociones que no puedo concentrarme en ella. En cambio, mis ojos permanecen fijos en la escena que se desarrolla fuera de las ventanas.

El sol baja cada vez más en el cielo, inclinándose hacia el horizonte, mientras que los tonos rosados, púrpuras y azul lavanda contornean los cielos como una pintura en acuarela. Esta podría ser la puesta de sol más hermosa que he visto en mi vida.

Y, por alguna razón, vivirla con Cian significa mucho para mí.

Sigo nerviosa. He intentado mantenerme distraída desde que acepté volver a *New York*. Por suerte, Cian me ha estado ayudando con eso.

Una o ambas manos han permanecido en contacto conmigo cada segundo desde mi crisis en el estacionamiento. Sé que lo hace para poder agarrarme si cambio de opinión e intento huir, pero mentiría si dijera que no me encanta.

Durante todo el trayecto por el aeropuerto, desde que compramos los boletos en las máquinas expendedoras, pasando por el control de seguridad y los pasillos interiores y exteriores con

anuncios de auténticos recuerdos hawaianos, Cian ha entrelazado sus dedos con los míos. O su palma ha calentado la parte baja de mi espalda.

Cuando compramos algo de comida, se sentó a mi lado en lugar de frente a mí, con una mano apoyada en mi muslo todo el tiempo.

Sinceramente, su comportamiento me tiene tan desconcertada que no sé dónde tengo la cabeza.

El simple hecho de tocarlo durante un periodo prolongado de tiempo como este ya tendría su propio efecto, aunque la forma en que me mira amplifica la experiencia. Cuando levanto la vista y nuestros ojos se encuentran, él simplemente se me queda viendo fijamente. De forma abierta e imperturbable. Sin vergüenza. Si no aparto la mirada ni me muevo, él tampoco lo hace.

Si la intensidad de nuestra conexión no me calentara por dentro, me preguntaría si sigo entre los vivos. Tal y como están las cosas, intento disfrutar de estos momentos antes de que vuelva el pánico.

—Buenas noches, damas y caballeros. Nos gustaría comenzar el proceso de embarque para el vuelo 8937 con destino a *New York*. En este momento, invitamos...

Cian roza mi hombro con el suyo, que es enorme.

—¿*Hmm*? —Me inclino hacia él, sin darme cuenta de lo cerca que están nuestras caras.

—Ese es... —La voz de Cian se apaga. El peso de su mirada recae sobre mis labios, a pocos centímetros de los suyos—. Nuestro vuelo está embarcando.

Ambos deberíamos apartarnos y levantarnos, así que ¿por qué me siento tentada a besarlo? ¿A plena luz del día, delante de todos estos desconocidos?

Cian es el tipo de hombre que solo permite que las mujeres se acerquen bajo el manto de la noche.

Al menos, lo era. O supongo que eso es lo que siempre supuse.

«Te prometo que nunca, jamás, dejaré que nadie te vuelva a hacer daño de esa manera».

Sus palabras de antes hacen que mi corazón dé un salto como si fuera una cuerda de saltar. Una sensación de calor florece en mi vientre.

Excepto por la noche en que me salvó de un violador, nunca imaginé a Cian como material para ser un buen novio. No con su tendencia a cambiar constantemente de mujeres.

No es que esté fantaseando con la idea de que él sea mi novio.

Mis mejillas empiezan a arder, así que bajo la mirada hacia nuestros dedos entrelazados que descansan en mi regazo.

—De acuerdo.

Después de pasarme varias veces la mano libre por el cabello, me calmo lo suficiente como para levantarme.

Cian se levanta conmigo.

Diez minutos más tarde, nos acomodamos en la lujosa cabina de primera clase, que cuesta cuatro mil dólares por persona. Tenemos dos asientos en la primera fila, justo detrás de dos baños espaciosos y elegantes y de los pilotos.

Me alegro de que haya comprado boletos de primera clase. No solo por el vuelo de ocho horas, sino porque primera clase significa que no dejarán de servir alcohol, y vaya si necesito unos cuantos galones de *eso*.

No puedo dejar de pensar en todo lo que me dijo en la parte trasera de ese Porsche.

Las promesas que me hizo me conmovieron. Tenía una roca de tres toneladas sobre el pecho y Cian la apartó con unas pocas frases. Cada vez que miro su rostro perfecto, me vuelvo a sorprender.

«¿Él? ¿El Señor Sexy de aquí es quien dijo todo eso?».

¿A mí? ¿De entre todas las personas?

Sigo muriéndome por saber cómo Cian pudo asegurármelo con tanta sinceridad y tan poca vacilación. ¿Mataría a mi padre, a Shane o a *cualquiera* que intentara ponerme la mano encima? Ningún hombre me ha hecho nunca una promesa así.

Desde luego, nadie como Cian.

Si me permito mirarlo fijamente durante demasiado tiempo, las palabras *por qué* se me escapan de los labios. Pero entonces recuerdo la respuesta que me dio en el vehículo.

Ese beso me va a arruinar para siempre.

Me pongo nerviosa, cruzando las piernas de un lado a otro. Por fin empiezo a tranquilizarme cuando Cian me suelta la mano y me pone la palma en el muslo.

—¿Estás bien? —Está cerca de mi oído, su cálido aliento acaricia el costado de mi cuello.

—*Hmmmm*. —Me acomodo un poco más cuando un escalofrío recorre mi espalda por su proximidad—. Estoy muy bien.

Cian me acaricia el muslo con la mano, bajando hasta la rodilla y luego vuelve a subir.

—Pareces nerviosa.

—¿Tú no lo estás? —La pregunta se me escapa antes de que pueda retenerla.

Cuando sus labios depositan un suave beso en mi mejilla, la sorpresa me empuja hacia él. Lo que sea que haya en mi rostro lo hace reír.

—Quizás un poco.

—¿En serio?

Mi voz me suena extraña. Pero no *tan* extraña como la idea de que Cian esté nervioso.

No puedo imaginar nada que lo saque de su juego.

Se encoge de hombros.

—No tienes por qué sonar tan sorprendida.

—Es que pensaba que…

—Los ejecutores tienen la capacidad emocional de un sándwich. —Termina Cian mi pensamiento con una sonrisa burlona—. ¿No es así?

Una pequeña sonrisa se eleva en mis labios.

—Iba a decir papa, pero sándwich también funciona.

Resopla cuando la azafata de primera clase, aquí arriba tenemos nuestro propio personal privado, se acerca para tomar nota de nuestras bebidas alcohólicas antes del vuelo. Pido un vaso de *vodka* tan grande como para llenar un depósito de gasolina, que Cian reduce a una copa normal de vino blanco. La única razón por la que no lo corrijo es porque me sorprende que sepa lo que me gusta.

Se da cuenta de mi atención.

—¿Qué?

—¿Cómo sabías que me gusta el vino blanco?

Algo cambia en su rostro. Parece casi un poco... incómodo.

—¿No les gusta a todas las mujeres?

Está evadiendo la pregunta.

—*No*, no les gusta. —Me recuesto en mi gran sillón reclinable y lo inmovilizo con mi mirada—. ¿Cómo sabías que a *mí* sí?

Cian dirige la vista al frente.

—Una suposición acertada.

—Mírame a los ojos y dímelo.

Cuando retira la mano de mi muslo, la agarro con las mías. La sensación que me invade cuando mis diez dedos se unen a su palma nos lleva a observarnos el uno al otro.

Me pican las mejillas, lo que debe significar que están sonrojadas. Apenas recuerdo de qué estamos hablando.

—*Eh...*

Ahora soy la que se siente incómoda. Intento soltarle la mano, pero no me deja apartarla. Entrelaza nuestros dedos por centésima vez hoy, sosteniendo mi mirada con la suya.

—Lo recordé. —Su expresión es neutra, auténtica, sin más. Sin máscaras. Sin arrogancia. Sin el falso encanto de un *playboy*—. Eso es lo que quieres oír, ¿verdad?

Solo puedo asentir, porque en este momento me parece tan exquisito que mi boca se niega a funcionar.

—Recuerdo todo lo que pasó esa noche. —Las palabras de Cian aceleran mi pulso—. ¿Cómo podría olvidar la noche en que casi te tuve?

De acuerdo, ¿cómo se *supone* que debo responder a eso?

Sé que probablemente solo se refiere al sexo que nos perdimos, así que no me dejo llevar por sus palabras. Pero, por otra parte, sabiendo cómo es el sexo con Cian y que él lo estaba deseando aquella noche... oírlo hablar de ello como si fuera preciada para él...

Está teniendo un impacto en mi ropa interior que probablemente viole alguna oscura ley de la FAA.

—Háblame de tu madre —suelto. Me arrepiento de la pregunta cuando la luz de sus ojos se apaga; lamentablemente, ya es demasiado tarde, así que añado una súplica—: Por favor.

Con un gran suspiro, se hunde en el asiento y estudia sus manos.

—Mi madre era un alma bondadosa. Solía leerme cuentos por la noche, los mismos una y otra vez, porque si no, hacía un berrinche. Me preparaba sopa cuando estaba enfermo, me ayudaba a elegir la ropa el primer día de clase. —La suavidad de su voz me obliga a inclinarme hacia él para escucharlo mejor—. Me cuidaba lo mejor que podía, pero a veces él la hacía sufrir tanto que ella no podía hacer nada más que quedarse en la cama.

Ahora entiendo por qué bajó la voz.

—Cian, no pasa nada, olvida que lo pregunté. No tienes por qué...

—Odiaba a mi padre. Odiaba no poder protegerla. Pasé años de mi vida esperando el día en que finalmente fuera lo suficientemente grande y fuerte como para enfrentarlo y obligarlo a parar.

—¿Y lo hiciste?

Duda, aprieta los puños alrededor de los reposabrazos y me lanza una rápida mirada.

—Al final sí.

Me duelen las costillas al apretarle el hombro, con la cabeza llena de imágenes de un Cian más joven, angustiado e inconsolable mientras veía cómo el hombre que lo engendró golpeaba a su madre.

—Bien. Me alegro.

—Sí. —Baja la barbilla hacia el pecho y se aclara la garganta—. Ya basta de ese tema tan deprimente.

—De acuerdo. —Le sostengo la barbilla con la mano, levantándole la cara para poder besarle la mejilla—. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y darle un beso a ese niño y decirle que todo estará bien.

Cian se estremece.

—Harper... —La forma en que pronuncia mi nombre es como si me hubiera metido un dedo dentro.

—¿Sí?

—Bésame. —Sus ojos se cierran mientras se inclina hacia mí.

Intentando no gemir, agarro un puñado de su camisa y lo acerco a mi boca. Su gran mano se desliza hacia la parte posterior de mi

cabeza, sujetándome contra él tanto como lo sujeto contra mí.

Oh, Dios, lo deseo tanto. Cuanto más lo toco, más me doy cuenta de que mi deseo por él no es puramente sexual.

Es más amplio, más profundo que eso.

Quiero besarlo durante cuarenta y ocho horas seguidas. *Besarlo*. Eso es todo.

Quiero que me atraiga hacia su regazo y me prometa todo tipo de cosas, como hizo en la parte trasera de ese coche hace unas horas.

La forma en que lo beso en este momento no es porque quiera follarlo, aunque lo quiero y probablemente lo haré hasta el día que me muera.

No, lo beso así porque... quiero que me ame.

¿Pero por qué? ¿Por qué deseo tanto su amor?

¿Por qué saber que no hay universo en el que Cian y yo podamos estar juntos me inspira a besarlo con más fuerza? La idea podría incluso haberme hecho llorar, si no fuera porque la azafata se aclara la garganta a nuestro lado.

La veo primero. Cuando me alejo de él, me atrae más cerca, con la boca recorriendo mi cuello como si estuviéramos en casa, en la cama.

—*Cian*. —Le dedico una sonrisa de disculpa a la azafata e intento ocultar la lujuria en mi voz mientras le doy un suave golpecito en la espalda.

—¿Qué? —murmura en mi cuello, rozándome con los dientes.

—Ya llegaron las bebidas.

A regañadientes, se aparta. ¿Quién sabe cuánto tiempo habrá estado esperando la pobre mujer? Con cualquier otra persona, en esta situación, me habría sentido absolutamente avergonzada. Aunque, de alguna manera, como se trata de Cian, apenas siento remordimientos.

Cualquier atisbo de remordimiento que aún quedaba en mí desaparece cuando veo la expresión de la azafata.

Pura envidia. Está observando a Cian como las mujeres que están a dieta contemplan un escaparate de pasteles.

Bebo un sorbo de vino para evitar soltar una carcajada. No sé muy bien por qué se me hace tan divertido. ¿Quizás sea la ironía? Las mujeres echan un vistazo a Cian y se enamoran de él, no obstante, ninguna de ellas conoce el lado dulce y torpe que acaba de mostrarme.

La gente lo desea por su cuerpo, pero lo curioso es que quizá lo más atractivo de él sea su corazón.

Sigo sonriendo para mis adentros después de que la azafata se marcha y el avión despega.

Cian podría haber sido insensible y cruel en el coche y haber restado importancia a mi trauma en defensa de su jefe. Podría haber actuado con total indiferencia ante mi situación.

Mas no hizo nada de eso. En cambio, me escuchó, me creyó y me abrazó. Me prometió que todo estaría bien. Eso no lo enseñan en la escuela de mafiosos. Ese es el tipo de respuesta que solo alguien con un buen corazón es capaz de dar. Hoy me reveló una pizca de cómo es por dentro. Me dejó entrar.

Y en las pocas horas desde que le conté mi verdad, ha sido dulce, amable, atento y *gentil* conmigo de una manera que no creía que un hombre pudiera ser. Es absurdo. Demasiado maravilloso para ser real. Demasiado necesario para vivir sin ello.

Sin embargo, probablemente sea el vino el que habla. Ya voy por la tercera copa.

A medida que avanza la noche, las cosas con Cian se vuelven más íntimas. Mis piernas terminan en su regazo. Me dice que elija una película y elijo *Cuando Harry Conoció a Sally* porque a Riley y a mí nos encanta. Nunca pensé que una comedia romántica en la que Meg Ryan finge un orgasmo me recordaría tanto a Cian y a mí. Largos viajes en coche. Discusiones sin fin.

Sinceramente, ahora siento una conexión mucho más profunda con estos personajes.

Y con nosotros.

Capítulo 26

Harper

En algún momento, me quedo dormida y no me muevo hasta que la luz del amanecer golpea mis párpados. Afuera, el cielo se está volviendo más brillante y la pantalla en miniatura que muestra la trayectoria del avión indica que solo queda una hora de vuelo.

Dios mío. Una hora y estaré de vuelta en *New York*.

Solo pensar en mi hermana evita que entre en una espiral de pánico.

Hablé con ella en el aeropuerto. Cian llamó a Finn para pedirle que nos recogiera y me pasó el teléfono para que Riley y yo pudiéramos charlar un momento antes de colgar. La esperanza y el alivio en la voz de mi hermana despertaron en mí las mismas emociones.

Si Riley realmente se alegra de verme, tal vez eso significa que puede perdonarme por todo el rencor que inyecté en nuestra relación a lo largo de los años.

Pensar en ella me ayudó a superar tantos momentos difíciles en los últimos dos meses, y no podría estar más emocionada por verla. Centrarme en eso me mantiene cuerda... eso, y la imagen del rostro dormido de Cian.

Maldita sea, lo odio por tirar mi teléfono.

Si todavía lo tuviera, podría tomar una foto y, cuando Cian y yo vayamos por caminos separados para siempre, al menos tendría este pequeño recuerdo. Tendré que memorizar este momento.

En Hawái aprendí a apreciar realmente las vistas bonitas.

De alguna manera, el avión aterriza demasiado pronto, aunque no lo suficientemente pronto. Somos los primeros en bajar por la pasarela y Cian me toma de la mano todo el tiempo. Intento moverme lo más lentamente posible.

No quiero que esto termine.

Quiero decirle que lo que sea que esté pasando entre nosotros no tiene por qué acabar solo porque nuestro tiempo juntos haya terminado, pero eso es una estupidez, así que mantengo la boca cerrada mientras avanzamos en un silencio somnoliento. El camino serpentea a la izquierda, luego a la derecha, y al acercarnos al final, la luz de la terminal nos ilumina. Son las ocho de la mañana, hora del este.

Como en un *déjà vu* de película de terror, siento que se avecina un apocalipsis. Estoy viviendo ese momento en el que la primera víctima se da cuenta de que está en el lugar equivocado en el momento equivocado, justo antes de que ocurra algo horrible.

Pero entonces veo a Riley y Finn esperándonos en la puerta. Debieron de haber comprado boletos para reunirse con nosotros después del control de seguridad.

Supongo que esa es otra ventaja del dinero de la mafia.

Dejo de caminar. Aún no nos han visto.

—Har... —Cian está a punto de preguntarme qué pasa cuando lo agarro del brazo y lo empujo hacia la izquierda. Nos apartamos del flujo de tráfico de la pasarela en un hueco, invisibles para la zona de embarque.

Este puede ser nuestro último momento a solas, y me niego a renunciar a él sin decir algo.

—¿Qué pasa? —Cian me acaricia la mejilla con el pulgar—. ¿Qué está mal?

Amo su rostro somnoliento más que las flores. De hecho, cambiaría todas las flores de la tierra por poseer todas sus expresiones somnolientas, aunque eso matara a todas las abejas y mariposas y arruinara el ecosistema para siempre.

Recorro su rostro con mi mirada; luego, con las manos y después con los labios. Le rodeo el cuello con los brazos, me pongo de puntillas y lo beso con todas mis fuerzas. Me encanta no tener que

explicárselo. Sabe exactamente lo que quiero decir. Lo sé por la forma en que me rodea la cintura con un brazo y entrelaza los dedos de la otra mano en mi cabello.

Los labios de Cian me aman.

No sé qué hay del resto de él, pero por ahora, sus labios me bastan.

Nadie me ha besado de esta forma nunca.

«¿Por qué has tardado tanto en llegar a mí?». Quiero gritarle. «*¿No podías haber venido antes?».*

Todos esos años muriendo lentamente bajo el yugo de mi padre. Si hubiera tenido a Cian entonces, habría podido sobrevivir a todo. Estoy segura.

Si hubiera tenido a Cian, nunca habría pensado en irme de *New York*.

Mi espalda golpea contra una pared cuando Cian nos empuja contra ella. Nuestros jadeos entre besos pasan desapercibidos bajo el coro de pasos y maletas rodantes de turistas y vacacionistas que platican, se estiran y bostezan tras ese vuelo nocturno.

Cian me agarra el trasero y le muerdo el labio. Una de sus manos se desliza por la parte trasera de mi camisa y la electricidad nos recorre cuando nuestras pieles se tocan. Abrimos los ojos y nos observamos fijamente. Porque tenemos que parar.

Ya no es el momento ni el lugar adecuado.

Ambos entendemos que cuando doblemos esa esquina, correré hacia mi hermana y él caminará hacia Finn. Nadie puede enterarse de lo que pasó en esa pequeña isla del Pacífico.

Trago saliva con mi garganta seca y espesa.

«Dios mío, estoy en grandes problemas».

Cian acerca su frente a la mía, rozando nuestras narices.

—¿Qué fue eso?

Con las mejillas sonrojadas, aprieto los labios.

—Por si acaso.

—Por si acaso, ¿qué?

—No tenga oportunidad más tarde...

Mis palabras ensombrecen el ambiente y Cian se aleja como si mi tacto le doliera.

O tal vez estoy imaginando que le duele tanto como a mí.

—Vamos. —Pone su máscara y el hombre que me cautivó desaparece.

Asiento con la cabeza para ocultar que estoy luchando por contener las lágrimas. No vuelve a tomarme de la mano y tampoco agarro la suya, y es horrible, porque necesito su fuerza más que nunca.

Diez pasos más adelante, llegamos a la zona de espera de la puerta. En ese momento, las lágrimas corren por mi rostro, y me alegro de no ser la única. Riley nunca se ha parecido tanto a mí como ahora, llorando tan desconsoladamente como yo.

Me abalanzo sobre ella y disfruto de su nostálgico y reconfortante aroma a lavanda. Huele como nuestra madre en los buenos tiempos, cuando éramos pequeñas y mamá podía pasar todo el tiempo con nosotras, lejos de Thomas Brennan. Como un guante a la medida que envuelve todo mi cuerpo, me abraza con fuerza.

Riley y yo nos tomamos de la mano como niñas mientras vamos adelante. Cian y Finn se quedan atrás, lo cual es bueno, porque ambos juntos son *aterradores*. Son monstruos de más de metro ochenta que merodean por el aeropuerto, observando con malicia a cualquiera que tenga la mala suerte de cruzarse con su mirada.

Si fuera solo Cian, parecería más bien un modelo de pasarela intimidante y musculoso que está teniendo un mal día. Pero verlo con cara decaída junto a *Finn* multiplica bastante el factor miedo.

Creo que estoy temblando. ¿Estoy sonriendo? Espero estar sonriendo. Hay viajeros por todas partes. La claustrofobia invade mis sentidos. El aeropuerto de Honolulu era más abierto, espacioso y tranquilo. En armonía con la naturaleza.

El JFK es como una autopista de dieciséis carriles en hora pico.

Olores, sonidos, luces fluorescentes, multitudes. No siento los pies sobre la tierra hasta que Riley me lleva a una mesa en un restaurante de esta terminal, sea cual sea. Los chicos merodean cerca. Puedo sentir su testosterona conjunta como el calor de una hoguera a varios metros de distancia.

—Hay tanto que decir. —Comienza Riley con una risa—. No sé por dónde empezar. —Su risa provoca la mía como un hechizo.

Me seco las mejillas húmedas.

—Sé exactamente lo que quieres decir.

Disculpas. Hawái. Cian. Riley. Finn. *Cian*.

—¿Por qué no empezamos con unos sándwiches de queso fundido? —Mi estómago aprueba la sugerencia de mi hermana. Y ahora me doy cuenta de que necesito ir al baño. ¿Un vuelo de ocho horas y quién sabe cuánto vino? No me levanté ni una sola vez.

—Sí, sí, sí. —Me levanto de la mesa—. ¡Dame un segundo!

Afortunadamente, hay un baño justo enfrente del restaurante al que me dirijo directamente.

Después de lavarme las manos, observo al horror que es mi cara y me echo un poco de agua en las mejillas. Dios, tengo un aspecto horrible.

No obstante, me siento ligera. Más ligera de lo que me he sentido en mucho tiempo, y no entiendo por qué.

Mientras agarro una toalla de papel, oigo pasos detrás de mí. Miro al espejo justo a tiempo para ver a una mujer con unas gafas de sol grandes levantar un objeto parecido a un garrote por encima de mi cabeza.

Su mano cae y un dolor agudo me atraviesa la parte posterior del cráneo.

Entonces, todo se vuelve negro.

Capítulo 27

Cian

En cuanto estamos a solas, le cuento a Finn sobre los secuaces de los De Luca en Hawái. No quiero darle la oportunidad de hacerme preguntas, así que creo que lo mejor es ir directamente al grano.

Nos sentamos a unas mesas de distancia de Riley y Harper mientras las chicas se reconectan. Lo suficientemente cerca como para vigilarlas, aunque lo suficientemente lejos como para darles algo de privacidad. Parecen felices de verse. Harper se levanta para ir al baño, con una amplia sonrisa en su rostro.

Pensé que la promesa de volver a ver a su hermana había reavivado la chispa de Harper. Su reencuentro me recordó a una de esas películas cursis hechas para la televisión. No obstante, ver a Riley no es motivo para que ella deslice sus dedos entre los míos cuando estamos solos. O para que se duerma con la cabeza apoyada en mi hombro. Y tampoco explica por qué me besó así en el avión antes de aterrizar. O después.

Como si no quisiera que nuestro tiempo juntos terminara.

¿Y qué sentido tiene llevarla de vuelta? No es que Finn esté esperando para casarse con ella. Con los De Luca todavía tras ella, necesita protección, pero eso no tiene por qué ser en *New York*.

Podríamos ir a cualquier parte.

Quiero decir, *ella*. Ella podría ir a cualquier parte.

Maldita sea.

Harper, al confiar en mí, al acercarse a mí, me hace sentir tan... posesivo, excitado y loco de felicidad, todo al mismo tiempo. Las

señales son demasiado obvias como para pasarlas por alto, sin embargo, reconocer la realidad ha sido demasiado para mí.

Empiezo a pensar que Finn tenía razón. Esta loca obsesión que tengo por Harper podría ser en realidad algo más, y eso es un maldito problema.

Mi mirada se dirige a la mesa, pero no ha regresado.

¿Qué demonios le está llevando tanto tiempo?

Miro hacia los baños y el suelo se tambalea bajo mis pies.

Delante del baño de mujeres, un anuncio amarillo neón anuncia que está *cerrado por limpieza*. Ese anuncio no estaba allí cuando Harper entró, y el personal de limpieza no lo habría puesto todavía si hubiera gente dentro.

¡Mierda!

Salto de la cabina e ignoro las miradas de los demás pasajeros mientras cruzo corriendo el pasillo para entrar en el baño.

Aparte de una mujer que trapea en una esquina, está vacío.

El suelo desaparece bajo mis pies cuando veo unas manchas rojas en el suelo blanco junto a una fila de lavabos.

Salpicaduras de sangre.

Y Harper no está por ninguna parte.

~

Harper

Hay algo martilleando en la parte posterior de mi cráneo y tengo un sabor a aire viciado y rancio en la boca.

Hago una mueca cuando me despierto del todo, con un dolor agudo que me jala de los brazos. Mientras me retuerzo, me doy cuenta de que están atados detrás de algo firme que presiona mi espalda.

Me zumban y duelen los oídos. Aunque duele muchísimo, consigo abrir los ojos lentamente y levantar la cabeza para investigar mi entorno.

Incluso con el cerebro entumecido, me doy cuenta de que estoy sentada en una cabaña de asesinos, de las que se ven en tantas películas de terror.

El suelo, el techo y las paredes están hechos de madera sucia y podrida. Veo una ventana mugrienta a mi izquierda a través del cristal sucio y opaco. Me dan ganas de ponerme la vacuna contra el tétano solo con mirarlo, puedo distinguir un bosque de árboles altos más allá del marco.

La cabaña está vacía. Estoy sola.

Abandonada y confinada.

En el pasado, estar sola en una cabaña en el bosque había sido una idea tranquila, casi romántica. Pero ahora, con la sangre secándose en mi cabello, estoy llena de miedo.

¿Cuántos secuestros he sufrido en los últimos días? ¿Dos? ¿Tres?

Por desgracia, este podría ser el último.

No sé qué día es, cuánto tiempo he estado inconsciente ni qué les pasó a... Riley, Finn.

Cian.

Apenas consigo contener las lágrimas que me corren por las mejillas cuando una puerta detrás de mí se abre de golpe. Me quedo paralizada.

La luz de la puerta pone en enfoque el espantoso estado de deterioro de este lugar, y una enorme sombra se cierne sobre la pared opuesta.

Oh, Dios, ¿quién es?

Papel de lija en mi garganta. Manos apretadas en puños. El corazón me late como una antigua campana de catedral en el pecho.

La puerta se cierra con un chirrido tan fuerte que hace que los cimientos de esta choza prehistórica crujan y tiemblen.

—¿Te desperté? —Una voz amenazante se envuelve en la dulce pregunta.

No la reconozco, aun así, la forma en que se me *eriza* la piel al escucharla me hace preguntarme si mi cuerpo sabe algo sobre este hombre que mi cerebro ignora.

Unos pasos pesados y deliberados se acercan a la parte trasera de mi silla.

Mis músculos se tensan, ansiosos por girarme para enfrentarme a mi captor y alejarme lo más posible de él. Las tablas del suelo crujen cuando jalo de las ataduras.

—Vamos. —Unos dedos carnosos y codiciosos se aferran a mi hombro derecho. Es tan agradable como tener una serpiente enroscada alrededor del cuello—. Les dije que no te amordazaran, porque quería oír tu bonita voz.

Siento un escalofrío recorriendo mi espalda. Se me revuelve el estómago.

He escuchado perversión en la voz de un hombre muchas veces, pero esta es la peor. La necesidad imperiosa y dolorosa de huir casi me ahoga.

Mi boca permanece cerrada mientras este horrible hombre me aprieta un poco el hombro y dice:

—Canta para mí, pequeño canario. ¿*Hmm*?

Sus dedos desaparecen, lo que me permite soltar el aire que he estado conteniendo.

El hombre se pasea delante de mí. En la penumbra de la luz moribunda de la ventana, lo veo. Un traje caro de tres piezas y zapatos de cuero italiano no bastan para distraer de los ojos brillantes, redondos y parecidos a los de un búho, un depredador asesino y una boca pensativa y haciendo pucheros. Lleva una colonia fuerte y almizclada que atraviesa el aroma de la madera vieja y el pino fresco.

Este hombre no es un soldado. Tampoco es un ejecutor.

No tengo ni idea de qué demonios es, pero mi primera suposición sería que es un maníaco.

—Me llamo Enzo De Luca. —Saca un grueso cigarro del bolsillo de su chaleco—. Supongo que habrás oído hablar de mí.

El terror derrite mi columna vertebral hasta convertirla en una sustancia gelatinosa.

Como un sueño lejano, recuerdo lo que me dijo Cian. *La Mafia De Luca* persigue a Finn por una vieja disputa y, al haber sido su prometida durante unos meses, de alguna manera me vi envuelta en todo ello. Y ahora, aunque ya no estamos comprometidos, sigo siendo un objetivo.

Ronca y agotada por el miedo, mi voz me suena desconocida.

—Te equivocaste de persona. —Es el fingir más débil que alguna vez he hecho, pero es todo lo que tengo.

—¿De verdad? —Enzo enciende su cigarro—. Estoy buscando a Harper Brennan.

Intento no reaccionar, aunque escuchar mi nombre en boca de este hombre me *destroza*. Ya me arrepiento de haber preguntado, lamentablemente, mi boca tiene vida propia.

—*¿Por qué?*

—Hasta hace poco, era la prometida de una persona de interés. —Enzo se encoge de hombros ligeramente, exhalando una nube de humo acre de cigarro. Toso cuando la nube se dirige hacia mí—. Pero escuché que Harper desapareció y la sustituyeron como novia. Eso la convierte en presa fácil.

El terror me paraliza la mandíbula.

Cian se equivocó. No creo que este hombre busque una ventaja.

Una sonrisa lasciva se extiende por su rostro, mostrando los dientes de un asesino.

—He estado buscando una segunda esposa, así que es el momento perfecto. ¿No crees?

Mierda, mierda, maldita *mierda*.

Enzo hace un gesto con la mano, dándole una señal a alguien que no puedo ver, y la puerta se abre chirriando una vez más. Estoy temblando, el miedo recorre cada molécula de mi ser.

—Mi primera esposa fue una *gran* decepción.

Ignorándolo, giro la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, tratando de ver lo que pasa a mis espaldas. Oigo el ruido metálico y el chirrido de ruedas que se acercan.

—¿No me vas a preguntar *por qué* esta vez? —cuestiona Enzo con aire presumido.

El pánico me invade como una inundación.

Un grito de horror se escapa de mi boca cuando sus ásperos dedos me agarran de repente por la barbilla y me giran la cara hacia él.

—Préstame atención cuando te lo diga. —Su voz áspera, como un cuchillo, me irrita la piel, y su repulsivo olor me da náuseas hasta

el punto de darme arcadas.

—¿Qué quieres de mí?

—Mi regalo de compromiso. —Su rostro malvado me petrifica tanto que no siento el cambio en el aire hasta que un dolor agudo y ardiente me atraviesa el muslo.

Una jeringa sobresale de mi pierna derecha. La persona que me pinchó está de pie detrás de mí, junto a una camilla.

—No... —Mi desesperada protesta se apaga bajo el poder de los químicos que acaban de inyectarme. Mi consciencia se desvanece y me pierdo bajo la mirada triunfante y voraz de Enzo.

Él y su cómplice colocan mi cuerpo inerte en la camilla mientras me hundo, impotente, desconectada de mi cuerpo.

Por segunda vez en mi vida, me separaron de mis amigos y mi familia.

Solo que esta vez, ningún guapo ejecutor con un corazón secretamente dulce vendrá a llevarme a casa.

Esta vez, sé que nunca volveré a ver a ninguno de ellos.

Capítulo 28

Cian

—Voy con ellos. —La voz de Riley es firme.

—Absolutamente, no. —Finn aprieta con fuerza el volante.

—Es mi hermana. —Riley se enfrenta a Finn—. Y necesitamos toda la ayuda que podamos tener.

Finn responde con brusquedad.

—Si vas con ellos, también voy.

—Ni hablar. Todavía te estás recuperando. Conducir el coche de escape es lo único que puedes hacer con seguridad con ese brazo.

—¿Desde cuándo eres mi supervisora?

—Desde que me convertí en tu enfermera. —Riley lanza una mirada severa al heredero de los *Reyes Irlandeses*—. Lo digo en serio, Finn Gallagher. Si intentas pelear antes de que tu brazo esté mejor, te dispararé en ambas piernas.

—Te amo. —Finn lo dice en voz tan baja que nadie más que yo lo oye.

Esas palabras me atraviesan el corazón. Me recuerdan lo que está en juego.

—La mirada en la carretera. —Riley entrelaza sus dedos con los suyos mientras Finn pisa el acelerador a fondo y nuestra caravana blindada vuela por la oscura autopista interestatal.

Finn y Riley han estado así todo el día, entremezclando momentos de ternura con discusiones concisas. Escuchar a escondidas es lo único que puedo hacer en este viaje interminable.

Mientras tanto, apenas puedo funcionar.

Olvidé lo rápido que mi mundo podía desmoronarse.

Este ha sido el día más largo de mi vida. Cada segundo que pasa sin encontrarla viva y respirando es una agonía. La culpa acecha cada uno de mis pensamientos. La rabia me persigue, acechando cada uno de mis movimientos. Pero, sobre todo, estoy entumecido.

Mis músculos están tan tensos que podría estallar. Estoy tan enfadado conmigo mismo, con los De Luca, con el bajo mundo lleno de escoria en el que vivimos, que no me reconozco.

Podría matar a la primera persona que se cruce en mi camino solo con mi pulgar y mi índice. Y disfrutarlo.

Una furia indestructible recorre mi cuerpo, ahuyentando el entumecimiento. No desaparecerá hasta que todos los agentes, aliados y simpatizantes de los De Luca estén muertos, hasta que Harper vuelva a mis brazos sana y salva. Quizás ni siquiera entonces.

Cada minuto que mi rabia crece, mi padre se ríe desde su ataúd. Si no encontramos pronto a Harper, perderé los estribos. Cuando eso ocurra, puede que no haya sobrevivientes.

El optimismo me abandonó hace tiempo, pero tengo los hechos.

Después de que Enzo fingiera tener a Harper, pasé semanas investigando exhaustiva y minuciosamente las propiedades de los De Luca en todo el país. Analicé sus patrones de compra y sus preferencias inmobiliarias. Para obtener información sobre su creciente red clandestina y averiguar detalles sobre Harper, incluso irrumpí en algunos de los lugares.

Todo ese trabajo fue un ensayo para este momento.

—Ya estamos aquí. —Las palabras de Rory cubren toda la furgoneta con un velo siniestro. Esa es mi señal.

Desde el asiento, me pongo de rodillas y abro el pequeño almacén de armas oculto que hay en el suelo de todos los vehículos de los *Reyes Irlandeses*. Agarro dos metralletas. Una funda doble. Cargadores extra.

La carretera bajo nosotros se vuelve irregular.

Un momento después, las balas acribillan los laterales de nuestra furgoneta blindada como una percusiva canción de bienvenida.

—¡Darren! —grita Finn desde el asiento delantero, girando bruscamente el volante hacia la derecha. La furgoneta se estremece cuando Finn atropella a uno de los tiradores, aplastando el cuerpo bajo nuestras gigantescas ruedas.

—Te llevo ventaja. —Darren ya está en posición contra una pared. Pulsa un botón y abre una ventana del tamaño de un cubo de Rubik. Apunta y lanza una especie de pequeño dispositivo hacia la amenaza más cercana—. ¡Acelera!

Finn pisa el acelerador a fondo y la furgoneta se lanza hacia delante. Unos segundos más tarde, una explosión sacude la noche.

Darren ama sus explosivos.

Rory suspira mientras Darren recoge sus rifles de francotirador y empieza a dispararles a los supervivientes.

—Se arruinó la sorpresa.

—Dame un respiro. No es como si no supieran que íbamos a venir.

—Cállense y dejen de discutir.

La orden la da Riley.

Lo más sorprendente es que ambos la escuchan.

Siguen más disparos.

Rory grita por encima del ruido.

—Buscaremos primero en el recinto principal.

—No estará en el recinto principal. Aquí. —En mi mano, sostengo una tableta con el plano que Rory logró obtener. Señalo un edificio solitario en la parte trasera de la propiedad—. *Ahí* es donde Enzo la tendría.

Rory asiente secamente.

—Entonces seguiremos tus instrucciones. —Se sube al asiento delantero para darle indicaciones a Finn.

Llevo varias semanas acechando a Enzo De Luca. He analizado sus movimientos, documentado su paradero y profundizado todo lo que he podido en su mente.

Por mucho que me repugne, lo entiendo. Más de lo que quisiera.

Porque Harper nos conecta.

Enzo la quiere.

Quizás al principio se trataba de atormentar a Finn o vengar a su hermano. No obstante, en algún momento, Enzo desarrolló una fascinación enfermiza por Harper. Es fácil reconocer los síntomas.

Si secuestrarla tuviera que ver con Finn o con la venganza, ya habría hecho su jugada. Habría pedido un rescate a Shane, Harper aún *es* una hija protegida, o al menos, habría alardeado de que la tenía en su poder.

Sin embargo, no hemos escuchado nada.

Enzo la secuestró por su cuenta. No se lo contó a nadie. La mantiene como su cautiva personal en lugar de enviarla a una instalación genérica De Luca para su confinamiento o tortura.

En otras palabras, la venganza contra Finn no es su motivación.

Está llevando a Harper a algún lugar donde puedan evitar disturbios.

Un lugar privado, aislado y difícil de encontrar.

Como una unidad de aislamiento en la parte trasera de esta propiedad.

Salimos disparados de entre los árboles y nos adentramos en un complejo oscuro y solitario de los De Luca. Aparte del comité de bienvenida, el lugar parece desértico. Los que quedan del grupo nos persiguen en sus propios vehículos mientras Finn acelera por un camino de tierra que conduce a la parte trasera de la propiedad.

El complejo tiene aproximadamente el tamaño de un campo de béisbol de barrio. La estructura principal está formada por varios edificios conectados por pasillos cubiertos. La propiedad en sí está dividida por sinuosos caminos de tierra y muros de tres metros de altura. Si tuviera que adivinar, diría que este lugar era una prisión o una escuela militar antes de que los De Luca la compraran.

—No lo entiendo. ¿Por qué traerla aquí? —Darren cierra la pequeña ventana y se mueve al lado opuesto de la furgoneta, junto a mí—. Esto no tiene sentido.

—Mantente alerta —advierte Rory, sacando una pistola de la funda que lleva en el pecho—. Creo que nos están esperando.

—*Deberían*. —Abro la puerta del vehículo de un jalón en el mismo instante en que Finn pisa el freno. Los neumáticos chirrían al detenerse. Darren y yo salimos disparados en la noche, con el

bosque envolviendo la propiedad y oscureciendo aún más nuestro entorno.

—¡Corran! ¡Los cubriremos! —exclama Rory a nuestras espaldas mientras corremos por la tierra. El rugido de los vehículos que se acercan por detrás se eleva en el aire, seguido de una lluvia de balas que acribillan la parte trasera de la camioneta blindada.

El intercambio de disparos se hace más fuerte incluso mientras nos alejamos corriendo de la acción. Mi pulso, que retumba en mis oídos, opaca casi todos los demás ruidos.

Lo único en lo que puedo concentrarme es en la cabaña aislada, cuyo contorno es casi invisible en la noche.

—¡¿No te parece extraño?! —grita Darren detrás de mí.

No lo escucho. Los ojos aterrorizados de Harper me miran fijamente en mi mente. En mi recuerdo, sus brazos siguen rodeando mi cuello. Me niego a dejarla morir.

Darren continúa.

—¿Por qué la mantendrían aquí? —Estamos a solo treinta metros de la cabaña cuando Darren inhala, fuerte y bruscamente—. ¡Cian, espera! Creo que esto...

Mi tobillo rompe un hilo microscópico, apenas perceptible.

Una trampa.

Un estruendo sónico subterráneo.

Un calor infernal. Madera que se parte y se astilla.

La fuerza de la explosión rompe la noche. Las estrellas observan desde lo alto mientras Darren y yo salimos volando por los aires.

Nos estrellamos contra el suelo, con las caras resbaladizas por el sudor y manchadas de tierra.

Me zumban los oídos. Me da vueltas la cabeza. Delante de mí, las llamas que consumen la choza se elevan hacia el cielo.

Mi mundo se vuelve silencioso y en cámara lenta.

«¡No!».

El dolor amenaza con partirme en dos.

De alguna manera, me pongo de pie a trompicones y, medio tambaleándome, medio corriendo, recorro el resto del camino hasta la cabaña. Derribo la puerta de una patada y me abalanzo sobre el infierno que hay dentro.

Nunca creeré que Harper está muerta. A menos que vea su cuerpo, a menos que encuentre pruebas de...

El interior de la cabaña está lleno de nada más que fuego. El humo es demasiado espeso. No puedo ver todo, pero en esta versión barata del infierno, no distingo restos humanos. Sé cómo huele la carne quemada, y no es esto.

Aquí no hay nada.

Espera. *Ahí.*

En la pared del fondo. Clavado a la madera. Es...

Unos dedos fuertes me apuñalan la espalda, agarrándome con fuerza por la camisa. Alguien me arrastra por encima del umbral en llamas de la cabaña y me saca de vuelta a la noche. Toso con tanta fuerza que tengo náuseas. No me había dado cuenta de cuánto oxígeno había perdido.

Rory me empuja más lejos de la estructura en llamas, obligándome a correr con todas mis fuerzas hacia la furgoneta.

Los soldados muertos De Luca cubren el camino detrás de nuestro vehículo.

Imagino que es obra de Riley. Está ayudando a Darren a subir a la camioneta y, una vez que Rory y yo nos subimos, Finn da un giro en U con el vehículo. Salimos disparados hacia la salida de la propiedad como almas que lleva el diablo.

Riley y Rory se arrodillan frente a mí, con una brillante preocupación pintada en sus rostros, mientras me siento jadeando y aturdido en el asiento.

Rory me echa un vistazo.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo un poco conmocionado.

—Bien. —Sin decir nada más, levanta la mano y me da un golpe en la cabeza—. ¿Qué demonios creías que hacías, entrando allí después de la explosión antes de que lo comprobáramos, idiota?

—Darren tenía razón. Era una trampa, pero tenía que asegurarme —declaro jadeando, todavía tosiendo humo—. Harper no estaba allí, aun así, ella... no está muerta.

Riley exhala un suspiro de alivio y cierra los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —inquiere Rory con voz grave y enfadada.

—Por su cabello.

Los ojos de Riley se fijan en mi cara.

—¿Qué?

—Había un mechón clavado en la pared de la cabaña. —La imagen se me quedó grabada en la mente—. Ese desgraciado se está burlando de nosotros.

El ambiente se vuelve más tenso, amargo y sombrío que antes.

—Tuvimos suerte —anuncia Darren tosiendo y limpiándose la suciedad y la grava de la mejilla—. Aunque también lo hemos subestimado.

Finn gruñe mientras golpea el volante con la palma de la mano.

—*No volverá a pasar.*

Capítulo 29

Cian

—¡Los tengo localizados!

El grito de Rory nos pone en acción. Como estatuas en un jardín que cobran vida, todos nos sacudimos el musgo y nos ponemos en marcha.

Nos reunimos alrededor de la pantalla doble de Rory en la mansión Gallagher. Les llevó más de una hora, pero él y Finn lograron hackear las cámaras de seguridad del estado para rastrear el vehículo que Enzo utilizó para transportar a Harper.

—Parece que salieron del recinto unos noventa minutos antes de que llegáramos. —Rory amplía una imagen de vídeo que muestra una furgoneta oscura derrapando en una esquina y entrando en una concurrida intersección.

—Se dirigen al noroeste. —Finn señala un mapa sobre la mesa marcado con varias X que indican dónde se encuentran las propiedades de los De Luca—. Tienen que dirigirse a uno de estos lugares de aquí arriba.

Estoy escuchando, pero al mismo tiempo no.

Estoy vivo, aunque por dentro estoy muerto.

Le fallé *dos* veces en veinticuatro horas.

Ese conocimiento me oprime el pecho.

Todavía no puedo creer que fui tan descuidado como para dejar que la secuestraran delante de nuestras narices. Cada gramo de trauma dentro de mí está activado, detonando de formas aleatorias

e inesperadas. Perder a Harper es como volver a vivir la muerte de mi madre.

Estoy tan cegado por mi amor hacia ellas que no me doy cuenta de que están en más peligro del que puedo protegerlas.

Mi odio hacia mí mismo solo me hace más monstruoso por dentro, más imprudente, peligroso y decidido.

Me acerco a la puerta de la oficina de Rory y la abro de un jalón. Una de las bisagras traquetea peligrosamente.

—¡Vámonos!

—Ten paciencia. —Darren me pone una mano en el hombro, la tensión apretándole la voz—. No sabemos a qué propiedad se dirigen...

Aprieto el puño alrededor de la muñeca de Darren con tanta fuerza que lo sorprendo.

—Averígualo en el camino —gruño al resto de los presentes—. Vámonos. *Ahora*.

Riley es la primera en levantarse y salir por la puerta. Es la única que entiende por lo que estoy pasando, aunque sea un poco. Durante todo el día, ha estado desmoronándose y recomponiéndose, pasando por ciclos de miedo y consternación, luego de rabia y determinación, una y otra vez. Lleva una máscara de determinación inquebrantable cuando pasa a mi lado.

Hará todo lo que sea necesario para traer a Harper de vuelta con vida. Al igual que yo.

Harper podría estar ya muerta. Está en manos de Enzo. Le podrían estar haciendo las cosas más despreciables que se puedan imaginar, y no hay nada que pueda hacer para impedirlo.

No quedándome aquí parado.

La única forma de recuperarla y mantenerla a mi lado para el resto de nuestras vidas es irnos ahora mismo.

Y no volveré sin ella.

Si Harper no sale viva de esto, yo tampoco lo haré.

Capítulo 30

Harper

El metal golpea contra el cemento.

Me despierto sobresaltada, confusa y desorientada.

La consciencia es un pez resbaladizo que nada dentro de mí, impredecible y difícil de atrapar. Estoy despierta, pero quizá no por mucho tiempo.

Las muñecas atadas. La cabeza palpitante. La garganta seca como el desierto. Un dolor agudo que proviene de algún lugar debajo del pecho, tan intenso que me duele respirar.

Un aroma a humedad.

El dolor me aclara la mente por un momento. No sé qué le pasó a mi caja torácica, pero recuerdo lo que Enzo me prometió justo antes de que las drogas me sumergieran en el sueño.

Me dijo que la próxima vez que nos viéramos, compartiríamos la cama y me presentaría a su verga, ese órgano repulsivo y marchito que me agitó mientras su cómplice me sujetaba a una camilla.

Mis entrañas se marchitan como plantas envenenadas.

La realidad de sufrir una agresión sexual a manos de Enzo me hace perder el control y sumergirme en un mundo de pánico como nunca había experimentado.

Mi cuerpo está a punto de ser violado, si Enzo De Luca tiene algo que decir al respecto.

Cian aparece en mi mente y nuevas lágrimas mojan mis ojos cerrados.

Al menos una espina sigue clavada en mi corazón. El dolor que me atraviesa es nostalgia. Un arrepentimiento amargo, enojado e insatisfecho.

Nunca llegué a decirle a Cian que me importaba.

Al menos pude besarlo, esa última vez.

Me pica el muslo.

Algo pequeño, como una yema de dedo, lo recorre de arriba abajo.

La conmoción y el pánico me despiertan aún más. No estoy sola.

Alguien está aquí.

Enzo.

Me retuerzo contra mis ataduras y una nueva oleada de dolor punzante recorre mi cuerpo. El dolor me aplasta.

Una risita me roza desde algún lugar cercano.

—Gracias por mi regalo de compromiso —informa la voz distorsionada de Enzo en mis oídos—. Lo atesoraré para siempre.

Abro y cierro los ojos, adaptándome a la penumbra del espacio en el que nos encontramos. Enzo está de pie frente a mí, con una horrible sonrisa demasiado amplia en el rostro.

Entre sus dedos sostiene *algo* pequeño y beige. Lo frota una y otra vez, como si fuera una piedra preciosa.

«¿Qué demonios es eso?».

—¿Ves esto? —Acerca el dorso de su mano a mi cara. Está cubierto de tatuajes, pero dos palabras destacan, incluso en mi estado drogado y delirante.

Bone Breaker.

En este momento, mi cerebro se está recuperando más rápido que el resto de mi cuerpo. Mi control muscular está tan rezagado que ni siquiera puedo abrir la boca.

—Los huesos son mi especialidad. —Su voz se tiñe de orgullo—. Rompo los huesos de mis enemigos. Y me llevo los huesos de las personas que más significan para mí.

Su declaración me llena de una curiosidad morbosa y no deseada. Mientras tanto, las náuseas me retuercen el estómago.

Rezo para que deje de compartir información no solicitada, antes de que su historia cause más estragos en mi salud mental.

Como era de esperarse, mis plegarias no son escuchadas.

—De hecho, tengo una colección bastante grande. —Camina alrededor de la camilla a la que sigo atada y se coloca justo encima de mi cabeza—. Los huesos del dedo anular de mi madre. La frente de mi padre, su hueso frontal. El húmero izquierdo de mi hermano. Se lo rompí una vez cuando éramos niños, así que tiene un valor sentimental para mí.

Mientras enumera su colección de restos humanos, el miedo que recorre mi cuerpo se vuelve tan fuerte que atraviesa la niebla inducida por las drogas en la que estoy sumida.

Es un arma de doble filo. Cuanto más despierta estoy, más posible se vuelve escapar, pero también más me destroza el terror.

«¡Ríndete!», grita una voz dentro de mí. «*Vas a morir de todos modos. No luches. Disfruta de las drogas mientras puedas. Todo habrá terminado antes de que te des cuenta».*

Otras voces me suplican.

Me muestran imágenes de las personas que más quiero. Mi hermana. Mi madre. Bex.

Cian.

Cian me estaría gritando ahora mismo si estuviera aquí en persona. Gritándome que *luche.*

—Pero de todos los huesos que tengo, este es mi favorito. —Me muestra un trozo blanco de cerca, bajándolo hasta que el fragmento queda a solo unos centímetros de mi cara—. Supe que quería este en cuanto te vi. La punta de tu costilla.

Mi mente se queda en blanco mientras lucho por comprender lo que quiere decir. ¿Acaba de decir *la punta de mi costilla*?

¿Como en mi costilla *real*?

Una risa histérica brota de mi garganta. Bueno, supongo que eso explicaría el dolor en mi pecho.

—Tenía muchas ganas de conocerte en persona. —Toca la piel de mi mejilla con el fragmento—. Verás, te he estado observando durante mucho tiempo...

Lo hizo. Realmente, cortó un trozo de mi costilla.

Hunde el borde afilado más profundamente en mi suave piel hasta que me duele la mandíbula, y luego lo arrastra por mis labios.

Enzo De Luca está intentando que chupe la punta cortada de mi costilla que extrajo de mi cuerpo.

Quizás esto sea un mal viaje de ácido.

Presiona el trozo de hueso contra sus propios labios. Sus ojos oscuros y dementes se vuelven locos mientras abre la boca y chupa. Voy a vomitar.

—Esa hermosa caja torácica es lo primero que me llamó la atención de ti.

Nunca me había sentido tan violada. Asombrada por la vileza, hipnotizada por lo espantoso, estoy mareada, destrozada y deshonrada sin remedio.

El entumecimiento se extiende por mí como tinta, oscureciendo cada parte de este momento. Debo estar perdiendo la cabeza.

Enzo cambia su atención a algo que no puedo ver.

Desaparece de mi lado, y lo último que oigo antes de que se cierre la puerta de golpe son las palabras:

—Llévala a mi despacho de arriba.



Vuelvo a estar a la deriva.

Oscuridad. Luces industriales colgantes. Ruedas metálicas chirriantes. Cuero tensado.

¿Un ascensor de carga destartalado, tal vez? Todo se arremolina a la vez.

Esta vez, cuando intento mover la mano, lo consigo. Las ataduras ya no me sujetan. Muevo la otra mano y también lo logro.

Cautelosa e incrédula, mis dedos temblorosos se desplazan hacia mi garganta. Durante mi último momento de consciencia, una correa de cuero me impedía levantar la cabeza. Ahora, eso también desapareció.

«¿Qué está pasando?».

Siento como si estuviera repitiendo mi último despertar en la peor versión del Día de la Marmota conocida por el hombre, con sensaciones inducidas químicamente inundando mi torrente

sanguíneo y extendiéndose de extremidad a extremidad. Mi cerebro no funciona correctamente y la única respuesta que da mi cuerpo en este momento gira en torno al dolor.

Sin las ataduras que me sujetan a esta trampa de tortura, una palabra se materializa en mi mente confusa.

«Escapar».

Necesito liberarme de esta pesadilla. O al menos intentarlo.

Quizás las personas que me vigilan me ven muy desorientada como para necesitar ataduras. Esta podría ser mi única oportunidad.

Rodar por la camilla duele demasiado. Aterrizo de pie, pero mis piernas debilitadas casi se doblan, y el mundo se inclina y gira en un torbellino vertiginoso.

«Lo peor de todo es que me arde el torso».

Alejo ese pensamiento de mi mente. Si sobrevivo a esta terrible experiencia, podré pasar todo el tiempo que quiera preocupándome por el pedazo de costilla que me falta.

Por ahora, tengo que concentrarme en sobrevivir.

Las piernas me tiemblan como fideos, demasiado descoordinadas para funcionar. Afortunadamente, la habitación parece milagrosamente vacía.

Aturdida y desorientada, me tambaleo hacia la puerta y salgo a un amplio y sombrío pasillo.

Cada pequeño movimiento me produce un dolor agudo en el abdomen, pero sigo adelante. Un paso. Dos. Tres.

Me quedan un millón más.

Cuando mi nivel de dolor alcanza el quince en una escala del uno al diez, me apoyo contra la pared de cemento para sostenerme. La agonía me roba el aliento. Me permito unos segundos de descanso antes de enderezarme y continuar mi lento caminar. A pesar de las punzadas agudas que acompañan cada movimiento, no emito ningún sonido. Toda mi escasa energía se concentra en impulsarme hacia adelante.

No tengo ni idea de cómo encontrar la salida en este lugar, así que sigo adelante. Si pongo un pie delante del otro, al final podré...

Las sirenas comienzan a sonar por los pasillos, resonando hasta que todo el corredor vibra con sus alarmas. Arrastro los pies más

rápido, desesperada por huir del estruendo ensordecedor.

Al doblar una esquina, mi pie se engancha en una sección del suelo irregular. Tropiezo y caigo de rodillas, casi desmayándome cuando el impacto sacude la zona de la operación.

Con cada respiración entrecortada, un dolor agudo y ardiente se apodera de mis pulmones. Me tapo los oídos con las manos y me obligo a soportar el momento.

Los soldados De Luca se acercan. Si me recapturan, me llevarán de vuelta con Enzo para servirle de conejillo de indias en más experimentos horribles... o para algo peor.

Ahora, es el momento de sacar fuerzas si quiero dejar de ser una víctima.

Esta es mi única oportunidad de escapar. Y por todas las personas que se preocupan por mí, que han arriesgado sus propias vidas para mantenerme a salvo, necesito que valga la pena.

Además, no puedo morir sin decirle a Cian que lo amo. Se lo merece.

Capítulo 31

Cian

—¡Vamos! —grita Darren, apretando el gatillo de su Uzi. Dispara ráfagas de balas detrás de nosotros, directamente contra la primera oleada de soldados De Luca que se acercan. Riley se agacha en el siguiente pasillo con Finn siguiéndola de cerca. Insistió en entrar a las instalaciones con nosotros esta vez, incluso con su brazo lesionado. Lo sabía de la misma forma que yo.

Todos podemos sentir que se acerca.

Esta noche acabaremos con esto.

Rory cubre a Darren mientras recarga.

Mientras tanto, Darren me clava una mirada extrañamente emocionada con sus ojos azul eléctrico.

—Los mantendremos ocupados.

Rory señala con la barbilla en dirección opuesta.

Aquí es donde nos separamos.

—Encuentra a Harper. —Rory se queda conmigo mientras Darren desaparece tras Finn y Riley—. Y *recuerda el plan.*

Solo puedo asentir con la cabeza. Rory me advirtió que no me deje llevar, por muy tentado que esté. No puedo prometer nada, así que mi silencio tendrá que bastar.

Entonces ambos nos marchamos, corriendo hacia extremos opuestos del mismo pasillo. No estoy solo hasta que doblo una esquina, girando la cabeza de izquierda a derecha en busca de agresores que se acerquen. Habrá muchos.

Más de los que esperábamos.

«Pero cuantos más, mejor», declara con alegría una parte oscura de mí. Cuantos más De Luca aparezcan, a más podremos eliminar. Y estaría encantado de dedicar el resto de mi vida a una causa como *esa.*

Me siento como en casa en el caos, serpenteando por recintos oscuros y laberínticos tras las líneas enemigas. Así es ahora el interior de mi cerebro: negro, cavernoso, confuso, plagado de peligros en cada esquina.

Este es el único lugar donde puedo ser tan violento como lo soy en mi mente. Hay algo liberador en saber que todas mis fantasías asesinas están a punto de hacerse realidad. Seré el violento final de todos los responsables de atacar a Harper.

Las alarmas ensordecedoras suenan en oleadas.

Más adelante, dos soldados custodian una puerta. Sus cabezas se giran hacia mí demasiado tarde. Disparo. Cuatro balas atraviesan la frente de uno, salen por la nuca y se clavan en la cara del otro. Caen al suelo. Abro de un golpe la puerta que hay detrás de ellos, con el pulso latiéndome con fuerza en el cuello...

Mi estómago se revuelve. El prisionero que hay dentro no es Harper.

Corro por otro pasillo. Una escalera aparece más adelante a la izquierda.

Eso es, lo recuerdo de repente. Repasamos el plano de este lugar en el coche.

Enzo De Luca tiene una oficina privada en estas instalaciones. Está arriba, igual que en la que irrumpí la noche que encontramos la ubicación de Harper. Puede que incluso haya un tragaluz.

Me lanzo hacia las escaleras, subiendo tres escalones a la vez.

Sé que, dondequiera que Enzo tenga a Harper, él estará cerca. Su oficina y las habitaciones circundantes son los mejores lugares para empezar.

La encontraré. Aunque sea lo último que haga en mi vida, la encontraré, maldición.

Una desesperación rabiosa anima mis extremidades cuando llego al rellano del segundo piso. Dos guardias, discutiendo sobre algo, me ven llegar demasiado tarde.

Los acribillo a balazos antes de pasar a toda velocidad junto a ellos hacia el pasillo.

Maldita sea. La distribución es tan confusa aquí arriba como abajo.

Aun así, nada me detendrá.

Me meto en el primer pasillo que encuentro y corro a ciegas por el espacio sombrío, iluminado por focos. Toda esta instalación es un laberinto.

Una fila de soldados pasa corriendo por el siguiente cruce. Me aplasto contra una pared y retrocedo hasta una esquina, donde hay un hueco oscuro. Ninguno de ellos se da cuenta. No con las alarmas sonando y las luces parpadeando.

Mientras espero a que el pasillo se despeje, todo vuelve a pasar por mi mente una vez más.

El plan es sencillo.

Fase uno: entrar en las instalaciones del almacén De Luca.

Fase dos: separarnos. Yo voy tras Harper, la encuentro y la rescato.

Fase tres: Darren, Rory, Finn y Riley van tras Enzo.

Para acabar con esto de una vez por todas.

Me llevó una hora entera aceptar este plan. Mi deseo de acabar con Enzo De Luca con mis propias manos es abrumador, pero poner a Harper a salvo, teniendo en cuenta el estado en el que puede encontrarse, es más importante.

Eso es lo que quería decir Rory: *Recuerda el plan.*

No importa en qué estado encuentre a Harper, no importa en qué nos hayamos metido, mi única tarea es sacarla de aquí. Ojalá pudiera decir que si me encuentro a alguien haciéndole daño no me volveré loco, olvidaré la misión y quemaré este lugar hasta los cimientos, pero no puedo. Estoy armado, soy peligroso y capaz de hacer cualquier cosa por la mujer que amo.

¿Por qué tuvo que pasar una situación tan jodida como esta para que lo entendiera?

Otro pelotón de soldados aparece delante, corriendo hacia mí. Retrocedo más hacia la oscuridad del rincón, me preparo para disparar y...

Mi talón golpea una masa sólida. Tropiezo y caigo de espaldas sobre el suelo de cemento irregular.

«¿Qué demonios fue eso?».

Una figura se encorva en la oscuridad. Pequeña y débil, oculta por las sombras, ajena a las luces estridentes que parpadean en el pasillo.

Mi corazón da un salto.

Harper.

Aunque acabo de tropezar con su pierna, ella no reacciona. Con la cabeza agachada, su pecho sube y baja con respiraciones rápidas y superficiales.

Mi ráfaga de euforia muere rápidamente. Algo está mal.

Sus brazos abrazan su abdomen. Aparto uno de ellos, dejando al descubierto un antebrazo cubierto de sangre oscura. Incluso en su estado desaliñado, inmediatamente veo el mechón de cabello que le falta.

Una rabia impotente nubla mi visión. Ese maldito desgraciado agarró un cuchillo, cortó el cabello de mi Harper y lo clavó a la puta pared.

Entonces, una cantidad inhumana de alivio me invade, seguida de un torrente de gratitud. Aunque Enzo le hizo daño, ella está sufriendo y solo está semiconsciente, el hecho de que haya sobrevivido a esta terrible experiencia demuestra que los milagros existen.

Gracias, quiero decirle. Hoy y todos los días.

No es que me sorprenda su capacidad para seguir viva.

Mi chica es una superviviente. Solo tiene que aguantar lo suficiente hasta que llegue la ayuda.

Me abruma la precariedad de todo esto. Me refiero a la vida.

Como quien vive y quien muere es a menudo aleatorio, sombrío y está fuera de nuestro control.

Por pura casualidad, me topé con la mujer que amo.

Está sangrando, herida, y es mi culpa.

Sin embargo, sigue respirando, y eso es lo que importa.

La atraigo hacia mí sin decir una palabra y toda resistencia se desvanece de su cuerpo. Encontrarla en este estado me mata.

Harper se estremece y tiembla en mis brazos.

Mis músculos se tensan.

«Alguien va a pagarlo, carajo».

—Por fin estoy muerta —murmura, casi inaudible para mí, con algo parecido al alivio o la resignación en su voz distorsionada—. Pero estoy... tan contenta... de que el cielo seas... tú.

Su pesada cabeza cae sobre mi hombro.

Una emoción tan grande brota de mi pecho que podría ahogar a un gigante.

Sin embargo, ahora no es el momento. La encontré. Tengo que completar el resto de la misión.

Una vez que estemos a salvo en casa y se haya recuperado, podré desnudar mi alma.

La realidad se fragmenta en sonidos, imágenes y sensaciones mientras mi corazón late descontroladamente con anticipación, rabia y venganza ciega.

El olor a sangre impregna el aire.

Me abro paso por una puerta abierta y me encuentro en una pasarela con vistas a lo que en su día pudo ser la planta de una fábrica. El camino es estrecho y está hecho de metal, y dos pisos más abajo se desarrolla el caos. Con Harper en mis brazos, dudo en cruzar al otro lado.

Hay suficiente actividad ahí abajo como para que no se den cuenta si cruzo corriendo. Pero me preocupan las balas perdidas. ¿Y si algunas rebotan? Estar en esa pasarela nos dejaría al descubierto...

—¡Enzo!

Es un gruñido femenino de rabia que nunca había escuchado antes. Intenso, gutural, resonando en el espacio como un eco enérgico.

Riley.

Echo un vistazo a la escena que se está gestando abajo.

Riley y Finn, con Darren y Rory pisándoles los talones, irrumpen en la planta de la fábrica disparando sus armas. No es hasta que caen varios cuerpos más cuando lo veo.

Enzo. Lo persiguieron hasta aquí.

Acabaron con su séquito.

Lo acorralaron.

En cuanto mis ojos se fijan en ese hijo de puta, mi cuerpo se mueve antes de que tenga idea de lo que estoy haciendo. Sostengo a Harper con fuerza contra mi pecho con un brazo y apunto con el otro.

El mundo se ralentiza hasta casi detenerse mientras aprieto el gatillo.

Incluso estando atrapado, el rostro de Enzo se contorsiona en la sonrisa más presumida y desagradable que jamás haya visto. Abre la boca para intercambiar palabras con mis amigos, pero no le sale nada antes de que mi bala le atraviese el cuello. Directamente a través de la tráquea.

Fallé su cabeza por unos centímetros.

Enzo se agarra la garganta, la sangre le brota entre los dedos y le mancha su horrible traje de tres piezas.

—¡Ahí arriba! —Se oyen voces masculinas en la sala segundos antes de que el *tintineo* de las balas rebotando en la parte inferior de la pasarela comience a resonar en el aire.

Mierda. Nos descubrieron.

—¡*Cian, corre*!

Riley grita una advertencia mientras Rory y Finn disparan. Al menos, tres de sus balas le perforan el cráneo antes de que el resto le salpiquen el torso, derribando su cadáver al suelo como un árbol talado.

Se acabó. Lo sé en lo más profundo de mi ser.

Enzo De Luca está muerto. Por fin muerto. Para siempre.

Pero la victoria nunca llega a mí. No con unas botas que se acercan con estruendo a mi costado.

Un ejecutor De Luca nos ve.

—¡Tiene al objetivo!

Estiro el cuello. Un grupo de soldados se derrama sobre la pasarela detrás de nosotros. Acelerando el paso, cruzo a toda prisa hasta llegar a la puerta del otro extremo. Afortunadamente, veo otra escalera y bajo lo más rápido que puedo, con todo el cuidado posible

con Harper en brazos, mientras corremos para salvar nuestras malditas vidas.

De vuelta en la planta baja, corro lo más lejos posible de la fábrica antes de sacar del bolsillo de mi camisa la granada que me dio Darren. Arranco el pasador de seguridad con los dientes y la lanzo al pasillo detrás de nosotros.

Al doblar la esquina, nos bajo al suelo lo más rápido y suavemente posible, protegiendo el cuerpo de Harper con el mío para esperar...

La detonación sacude el mundo.

Calor. Humo. Cemento desmoronado.

Harper sigue inconsciente.

El pánico se apodera de mi mente. *«¿Y si nunca vuelvo a ver esos ojos abiertos?»*.

Niego con la cabeza, enfadado por el pesimismo de mis pensamientos.

Que se joda. Ella estará bien.

Tiene que estarlo.

La aprieto en mis brazos y doblo la esquina. Restos humanos, escombros y humo es todo lo que queda de nuestros perseguidores. La granada los eliminó y también nos abrió una salida.

Nunca más volveré a criticar a Darren por su obsesión con los explosivos.

Una brisa fresca atraviesa el aire cargado de humo y el amargo olor de los daños estructurales.

Bajo un cielo oscuro, corro a toda velocidad por la hierba.

Un silencio inquietante.

Estática en la radio.

Una carretera oscura.

Humo detrás de nosotros.

Corro y corro hasta que mis piernas se rinden.

Capítulo 32

Cian

Durante la siguiente hora, contengo la respiración. Nada parece real.

Mis amigos están luchando por sus vidas tras las líneas enemigas y no estoy allí para luchar junto a ellos. Podrían estar todos muertos.

Podrían haber caído directamente en otra trampa, pero no lo sé, porque estoy siguiendo el plan. Encontré a Harper y la saqué de allí. Después de ir a pie hasta donde habíamos escondido un coche para escapar, la acosté en el asiento trasero y me puse al volante. Esta es la última fase del plan.

Reunirnos en el punto de encuentro antes de regresar juntos a la mansión.

Decidimos utilizar el punto de encuentro, porque las instalaciones De Luca están a más de tres horas de la ciudad y sabíamos que Harper necesitaría atención médica de urgencia y tal vez incluso un lugar donde descansar, mucho antes de llegar a la unidad médica de los *Reyes Irlandeses*.

Mi trabajo es darle primeros auxilios y cualquier otra cosa que necesite. Evaluar los daños y presentar un informe. Sin embargo, no puedo pensar en mi trabajo.

Lo único en lo que puedo pensar es en el hedor a sangre de la camisa que le compré hace un día.

Está tan pálida.

Podría haberla sentado conmigo en el asiento delantero, mas no quería mirarla demasiado y acabar chocando. Pero acostarla en el asiento trasero tampoco era una buena idea. Cuando la pierdo de

vista, mi mente me juega malas pasadas. Es como si esta noche no hubiera pasado. Como si no estuviera realmente ahí atrás, inconsciente y posiblemente aferrándose a la vida.

Me apresuro por carreteras oscuras de dos carriles en el norte del estado de *New York*.

Tardo demasiado en llegar a una modesta mansión situada en unas diez hectáreas de terreno de los *Reyes Irlandeses*, rodeada por un muro de cuatro metros y medio y oculta por arbustos. Estoy tan nervioso que casi me estrello contra la puerta principal.

Introduzco la llave en la entrada, la puerta se abre y acelero los últimos ochocientos metros hasta el garaje de la mansión.

La saco del vehículo, atravieso puerta tras puerta, subo un millón de malditas escaleras hasta la habitación más bonita de todo este lugar gigante, incómodo y vacío. Harper aún se siente cálida. Su pulso sigue siendo fuerte, *gracias a Dios*, a pesar de sus ojos cerrados y su cuerpo lánguido. Encuentro todo lo que necesito en el cuarto de baño.

Primeros auxilios. Herramientas de emergencia. Equipamiento médico de última tecnología.

La acuesto en una camilla y le corto la ropa para evaluar sus lesiones. Tomo una muestra de la sangre que le gotea del estómago y la raspo en un pequeño portaobjetos de microscopio, que introduzco en una computadora situada en una encimera cercana.

La computadora analizará su sangre para detectar la droga que le administró Enzo y me indicará las medidas inmediatas que debo tomar, directamente de la boca de los médicos de la unidad médica de la mansión. Estarán esperando la muestra. Les avisamos cuando íbamos de camino al almacén De Luca.

Después de tomar la muestra, le limpio el resto de la sangre con una esponja y envío una foto de su herida al equipo médico. El origen de toda la sangre parece ser un corte de unos centímetros de largo en la parte inferior izquierda de la caja torácica. Mi primera impresión fue que se trataba de una puñalada, aunque es demasiado limpia y precisa.

Demasiado quirúrgica.

De hecho, la única razón por la que sangraba era porque se le habían roto los puntos.

Enzo la abrió y la cosió cuando terminó.

La rabia y la bilis me suben por la garganta, pero las trago, negándome a imaginar lo que significa esta herida. Lo que le hicieron...

«Recuerda el plan».

Limpio la herida y le pongo vendas.

Hay un bulto considerable en la parte posterior de la cabeza de Harper y sangre seca en su cabello. La limpio lo mejor que puedo y busco ropa para vestirla antes de trasladarla con cuidado a la cama.

El informe de su muestra de sangre sale lentamente de una impresora cercana. En cuanto está listo, arranco la hoja de la máquina y devoro el contenido con mis ojos.

Enzo la drogó con un cóctel bastante fuerte. Tengo tantas ganas de matarlo, pero entonces recuerdo que ya está muerto. Y yo ayudé.

Eso tendrá que ser suficiente.

Lo que estoy desesperado de encontrar en el informe de Harper está ahí. Seis pequeñas y gloriosas palabras.

Evaluación de contaminación sanguínea: no mortal.

Gracias, Dios.

El informe sobre su corte es un poco menos claro. El doctor tiene que examinarla en persona para ver qué se le hizo y comprobar si hay lesiones internas, no obstante, si solo se trata de una laceración, debería curarse en unas semanas. Tendrá que tomárselo con calma y evitar hacer ejercicio o levantar cosas pesadas, pero...

Harper debería estar bien.

Físicamente, al menos.

Sigo sintiendo inquietud en lo más profundo de mi corazón.

No sabré si su mente o su espíritu están destrozados hasta que abra sus hermosos ojos. No sabré si Enzo la forzó, si la violó, a menos que ella decida contármelo, aunque su ropa interior seguía puesta y no estaba manchada, lo que me da esperanzas.

Si es que quiere volver a verme o hablar conmigo después de que mis monumentales fracasos la hayan llevado a esta situación.

Le prometí protegerla en cada paso del camino si volvía conmigo a *New York*, y esa promesa se rompió solo media hora después de poner un pie en suelo neoyorquino. ¿Cómo va a volver a confiar en mí? Menos perdonarme.

Es exactamente como dijo.

Arruiné su vida.

La única razón por la que está aquí es por pura suerte. Si no me hubiera tropezado con ella, nunca la habría encontrado. Habría revisado todas las celdas de esa propiedad y *nunca* la habría encontrado. Estaba en un lugar donde no debería haber estado. Probablemente, intentando escapar por su cuenta.

No estaba esperando a que la rescatara. Ni siquiera pudo confiar en mí para mantenerla fuera de las garras de los De Luca. ¿Por qué iba a esperar que la salvara en su momento más oscuro?

Sentado en el borde de la enorme cama donde la dejé, me sostengo la cabeza con las manos. Los segundos pasan lentos e insoportables, cada uno como un clavo más en mi cuerpo.

No sé qué está pasando en las instalaciones. Sí, Enzo está muerto. Pero ¿qué hay de mis amigos? ¿Consiguieron escapar? ¿Fueron derrotados por los refuerzos de De Luca?

Harper está aquí y viva, aunque tampoco tengo ni idea de si está bien.

Nada sobre el presente es seguro.

No se puede discernir nada sobre el futuro.

Necesito dormir. Durante unos tres meses seguidos.

Aun así, no descansaré. No hasta que esto termine.

No empecé este lío en el que estamos metidos, pero voy a llevarlo hasta el final.

Capítulo 33

Harper

Cuando me despierto, me siento increíblemente cómoda.

«¿Estoy muerta?».

Si bien intento mover el brazo, el dolor que me atraviesa el torso me lo impide.

«No puedo estar muerta...».

Poco a poco, abro los ojos. Del techo cuelgan lámparas de bronce y las paredes están pintadas de un blanco cremoso. Un colchón suave y cómodo me acuna la espalda.

Mi visión es un poco borrosa, pero parece que estoy en una gran habitación con varias puertas cerradas y una amplia ventana que deja ver la oscuridad previa al amanecer.

Aparte de esos detalles, no tengo ni idea de dónde estoy.

Lo último que recuerdo es estar atada... intentando escapar...

Siento un vuelco en el estómago. ¡Enzo! ¿Dónde está Enzo?

¿Conseguí escapar?

No. Lo recordaría.

¿Es esta la habitación de *Enzo*?

Tengo un cosquilleo en el cuero cabelludo y el cuello, pero, por alguna razón, me siento tranquila.

«¡Reacciona!».

El hecho de haber soñado con Cian no significa que esté a salvo y que todo esté bien. Tengo que mantener la cabeza fría. Aunque todo mi cuerpo esté punzando y adolorido.

Al otro lado de la habitación, las puertas dobles se abren de golpe.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. Me incorporo de un salto para prepararme para luchar por mi vida, siseando mientras el fuego me atraviesa el costado.

Enzo no me atrapará. Esta vez no. Prefiero morir resistiéndome antes que caer de nuevo en las garras de ese monstruo.

Antes de que el pánico me invada por completo, Cian Mahoney entra en la habitación con una taza humeante de lo que debe ser café negro.

Parpadeo. Vuelvo a parpadear. ¿Estoy soñando? ¿Alucinando? ¿O está realmente aquí?

¿Cian me rescató y me trajo a este lugar?

Un sollozo me ahoga, lo que lo impulsa a correr a mi lado.

—¿Harper? ¿Te duele algo? ¿Qué pasa?

Con creciente asombro, mi mirada recorre sus rasgos familiares.

«De verdad es él».

Nunca pensé que volvería a ver el rostro ridículamente hermoso de Cian, sin embargo, aquí está.

Lloriqueando ruidosamente, me familiarizo de nuevo con esta agradable visión.

Ojos verdes. Esa nariz recta y hermosa. Una boca exuberante que podría besar durante el resto de mis días. A pesar de que su piel está limpia, su cabello está cubierto de ceniza, suciedad y otros restos de la naturaleza.

Ansiosa por hundir mis dedos en esos rizos oscuros, levanto la mano, pero el esfuerzo que ese pequeño movimiento supone para mi torso me hace hacer una mueca de dolor y bajarla.

Cian se da cuenta de mi reacción y aprieta los puños.

Ninguno habla. Solo nos miramos fijamente, absorbiendo la extrañeza y la comodidad del momento.

Finalmente, su garganta se mueve y un brillo lustroso cubre sus ojos.

—¿Estás bien?

La suavidad de su voz me envuelve como una brisa suave.

—Creo que sí. ¿Y tú? —cuestiono con voz ronca.

Aprieta la mandíbula y la irritación se refleja en su rostro a la velocidad del rayo.

—Ya vas otra vez, preocupándote por los demás cuando deberías centrarte en ti misma, dado el estado en el que te encuentras.

La confusión nubla mi mente.

«El estado en el que me encuentro...».

El trauma de las últimas veinticuatro horas me golpea como un meteorito que se estrella contra la Tierra.

Cian lo sabe. Sabe que mi cuerpo ha estado...

El pensamiento se disuelve a medio formar en mi mente, demasiado terrible para terminarlo. Un sollozo me atraviesa. Luego, otro. Y otro. Cada uno me desgarra el pecho, atravesando mi costado adolorido.

Pero no puedo dejar de llorar. No puedo.

Cian se apresura a entrar en lo que debe ser el baño, aunque desde aquí parece una exposición de arte, y regresa con un trapo.

—Vas a volver a abrir la herida. —Me seca las mejillas, tratando de secarme la cara incluso cuando las lágrimas siguen brotando.

No puedo respirar.

Mi mundo está en llamas de la peor manera posible.

Todo se consume en llamas. Mis esperanzas. Mis deseos. Mi oportunidad de una nueva vida. Incluso esto con Cian se acabó.

Enzo me abrió y robó una parte de mi cuerpo.

Claro, lo que me robó es solo un trozo de costilla, aun así, estoy tan disgustada y horrorizada como si me hubiera robado un brazo o una pierna. Me siento violada, como si mi cuerpo ya no me perteneciera. Como una muñeca de trapo a la que le arrancaron parte del relleno.

Desinflada. Vacía.

El lugar donde me cortó puede que se cure, pero no estoy segura de que mi mente lo haga. Por lo que sé, también me hizo otras cosas mientras dormía bajo los efectos de los sedantes. La cirugía significa que, como mínimo, vio parte de mi cuerpo desnudo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. No quiero estar sola conmigo misma en este momento, así que ¿por qué querría alguien más estarlo?

Cian me limpia el rostro una vez más y, cuando mi visión se aclara, cruzo mi mirada con la suya. Me observa como si esa imagen le doliera.

También me duele.

El miedo y la vergüenza por mi apariencia distorsionada me están asfixiando, pero el dolor cesa. No puede alcanzarme cuando Cian me mira así.

—¿Qué es? —inquiere con voz urgente—. ¿Qué necesitas…?

—¿El médico revisó si...? —me interrumpo, me humedezco los labios secos y reúno valor—. ¿Enzo...? ¿El médico pudo saber si me hizo algo más mientras estaba dormida?

La comprensión se refleja en el rostro de Cian. Cierra los ojos con fuerza antes de abrirlos y agarrarme ambas manos.

—Cariño, no. No hay ninguna razón para sospechar que alguien te tocó de esa manera. Te lo prometo.

Una oleada de alivio se lleva lo peor de mis miedos, sobre todo cuando recuerdo que Enzo dijo que esperaría a tenerme en su cama para atacar. Aun así, me violó, pero al menos no de esa manera.

Inhalo profundamente y vuelvo a reunir mi valor.

—Hazme el amor.

Al principio, se queda boquiabierto, como si le hubiera pedido que reuniera a unos amigos para una orgía rápida. Luego, su expresión se suaviza.

—Harper —dice con tono tierno.

—¿Por favor? —Mi voz suena totalmente extraña, como si fuera otra persona la que habla por mi boca.

Quizás nunca vuelva a sonar como yo.

—No estás en condiciones para eso. —Niega con la cabeza, con evidente frustración en la tensión alrededor de sus ojos—. Después de lo que yo... tú y yo... No puedo. Estaría mal.

Las palabras de Cian me derriban como un plato de porcelana. Mi corazón se hace añicos.

¿Está diciendo que después de lo que acaba de pasar, hemos terminado?

¿Ya no le intereso?

Sabía que nuestra dinámica terminaría. Pero Dios sabe que nunca imaginé que sucedería así. No esperaba que las cosas finalizaran tan pronto, y desde luego no esperaba tanto sufrimiento.

Es como si la luna se cayera del cielo, como si las estrellas se volvieran negras.

Una garantía de que vendrán noches oscuras.

Hace un segundo conseguí dejar de llorar, sin embargo, ahora vuelvo a derrumbarme.

Muy pronto, me deshidrataré de tanto llorar sola.

El rechazo de Cian destruye lo que queda de mí.

—¿Harper? —La preocupación suaviza aún más su tono—. ¿Qué pasa? ¿Necesitas un doctor?

—Estoy contaminada. —Los sollozos sacuden mi pecho con dolor.

Se queda quieto.

—¿De qué estás hablando?

—Es verdad. —Tengo hipo.

La vergüenza es *inmensa*. Me cubro los ojos con el brazo y escondo mi cara hinchada en el hueco del codo.

—No tiene sentido lo que dices...

—Tú no...

—Yo no, *¿qué*? —Sus dedos rozan mi antebrazo—. Mírame.

—Ya no... me *deseas*... después de lo que Enzo me hizo. —Las palabras salen entrecortadas, sin aliento y patéticas.

Incluso para mí.

Por supuesto que Cian no está interesado en volver a acostarse conmigo.

Incluso si lo estuviera, no está en condiciones de hacerlo. Acaba de rescatarme de Dios sabe qué peligro. Ni siquiera *recuerdo* nuestra huida, aunque dadas las circunstancias, es un milagro que ambos estemos ilesos.

Cian frunce el ceño y se pasa las manos por el cabello mientras camina de un lado a otro junto a la cama.

Sé que pedir sexo es ridículo, pero hay algo que está mal conmigo. No consigo calmarme.

No me importa si mi petición es irrazonable.

Estoy desesperada por saber que estoy bien, que sigo siendo yo misma, y Cian es la única persona que puede ayudarme a demostrarlo. Fue el último en verme con vida. Finn y Riley me vieron respirar, mas él fue el último en *verme*, a la verdadera yo, sin ocultar nada, viva y bien. Por muy loco que parezca, podría ser la única persona que puede hacerme creer que sigo siendo esa persona.

La versión más auténtica de quien soy.

Sin embargo, nunca lo sabré.

Porque él ya no quiere seguir haciendo esto conmigo...

Cian deja de dar vueltas y me mira con el ceño fruncido.

—¿Cuándo demonios dije eso?

Se abalanza sobre mí, inmovilizándome suavemente los brazos a los lados con una velocidad asombrosa y colocándose sobre mí en este colchón gigante con una mezcla de incredulidad, ira y miedo en su rostro.

Mi corazón da un salto ante nuestra repentina proximidad, pero hay pánico mezclado en ello. Porque mis muñecas... Cian las está sujetando con sus manos, y no quiero pensar en la última vez que alguien me ató.

Aunque lucho contra la reacción, mi cuerpo comienza a temblar.

El dolor distorsiona sus rasgos y me suelta como si mi piel lo quemara. Se aleja de la cama y se da la vuelta.

—Te dejaré dormir.

Ese tono distante en su voz aplasta aún más mi corazón ya roto.

Cian se está marchando. Ya está en la puerta cuando consigo articular las palabras.

—Por favor, no te vayas... —Me tiembla el labio. Esto es tocar fondo, mierda—. No te pediré... no te pediré que... me vuelvas a tocar, así que, por favor, ¡quédate! No quiero estar sola.

Duda en el umbral. Los músculos de su ancha espalda se tensan y se relajan antes de cerrar la puerta.

La expresión sombría de su rostro me devasta.

—¿Cómo pudiste creer que algo en este mundo podría hacer que no quisiera tocarte? *Soy yo*. ¿No lo ves? Es culpa mía que estés así. Enzo te atrapó por mi culpa. *Por mi debilidad*.

—¿Q-qué?

—¿Cómo puedes pedirme eso... después de que yo...? —Se pasa una mano pesada por su cara—. ¿Cómo puedes quererme después de todo lo que te he hecho pasar?

¿Cian cree que... no *lo* deseo?

¿Cree que el secuestro es culpa *suya*?

Estoy atónita.

—¿Qué estás diciendo? —Frunzo el ceño con incredulidad y confusión. Pero Cian no da más explicaciones. Es como si no pudiera. Está cargando con demasiado dolor, atrapado bajo una vergüenza demasiado grande.

Sé lo que se siente.

—Cian, lo que pasó... No es tu culpa...

—*Para.* —La orden resuena en la habitación—. Sí, lo es.

Agarro la colcha con fuerza para contener un grito de frustración. ¿Qué puedo decir para que lo entienda?

—Está bien. —Trago saliva para contener las lágrimas—. Es tu culpa que esté así.

Sus ojos caóticos se clavan en los míos. Un músculo se le contrae en la mandíbula. Tras un segundo, baja la cabeza y aprieta las manos contra su cintura, como si necesitara un apoyo extra para mantenerse en pie.

—Lo sé...

—Pídeme perdón. —La fuerza de mi voz me sorprende.

Cian exhala un suspiro tembloroso.

—Harper, yo... estoy tan...

Lo detengo con un movimiento de cabeza.

—Con las manos.

—¿Qué?

—Pídeme perdón con tus manos. —Mantengo su mirada hasta que lo entiende.

Cuando la electricidad comienza a crepitar en el aire entre nosotros, desearía poder levantarme y lanzarme a sus brazos. Pero el agotamiento de mi cuerpo por las drogas y el dolor es profundo. No puedo moverme, no sin que mi cabeza dé vueltas.

Lo único que puedo hacer es permanecer inmóvil, deseando con la mirada *que se acerque.*

Cian da un paso, luego otro. Sus dedos alcanzan su camisa y se la quita por la cabeza. Su hermoso pecho desnudo está cubierto de moretones. Las últimas veinticuatro horas tampoco han sido fáciles para él, pero eso no cambia nada.

Ahora lo deseo más que nunca.

Con la camisa colgando de sus dedos, me observa fijamente durante un largo rato.

—¿Estás segura de esto? —Ese toque de lujuria que agudiza sus palabras me hace florecer por dentro como un campo de flores silvestres.

Asiento con desesperado entusiasmo.

—Completamente.

—No quiero hacerte daño.

—No lo harás —prometo.

Aparta la vista por un momento y luego vuelve a observarme.

—Intentaré ser delicado, pero no sé si seré capaz de contenerme.

—Entonces, no lo hagas. —Sonrío—. No quiero que lo hagas.

Los segundos pasan mientras Cian me mira fijamente antes de quitarse el pantalón.

Así es como sé que Cian es una especie de criatura mágica. Incluso en mi estado actual, en el momento en que el hombre dirige ese glorioso cuerpo desnudo hacia mí, siento como si fuera mi cumpleaños. Como si la luna y todas las estrellas del cielo brillaran solo para mí.

Para nosotros.

Se cierne sobre mí como un Adonis dorado y desnudo antes de quitarme suavemente la ropa. No reconozco lo que llevo puesto, así que debió de haber sido él quien me vistió. Lo que significa...

Que ya lo vio.

Cualquier marca que Enzo haya dejado en mi cuerpo después de realizar su enfermizo procedimiento.

Sin embargo, a pesar de eso, está aquí, arrastrándose sobre mí y besando mi piel desnuda y sensible.

La montaña rusa emocional en la que he estado durante las últimas veinticuatro horas hace que, cuando la lujuria inunda mi

sistema, apenas la reconozca.

Eso cambia en el momento en que los labios de Cian tocan los míos. Probablemente, nuestros besos saben a sangre, sudor, lágrimas, escombros y Dios sabe qué más, pero es el sabor más glorioso que existe después de creer que nunca volvería a compartir esto con él. Seduce mi boca, dejando que nuestras lenguas se reencuentren con una deliciosa y lánguida facilidad que desencadena un calor resbaladizo que fluye hacia el sur de mi ombligo.

Cian me devuelve a la vida con sus manos suaves y callosas y sus dulces labios. Aunque su boca me roba el aire, renunciaría al oxígeno para siempre antes de sacrificar uno solo de sus besos.

Su longitud dura se desliza entre mis muslos y gemimos al unísono mientras mi humedad nos moja a ambos.

Gime contra mi boca.

—¿Estás segura de que quieres que haga esto?

—Deja de dudar —me quejo—. Te deseo, quiero...

Me roba las palabras al introducir su gruesa verga dentro de mí, cada centímetro. El peso y la plenitud de esta experiencia me abruman como si fuera la primera vez. Mis párpados se cierran y mi cabeza golpea el colchón. No puedo sujetarlo, me duele demasiado, pero mis manos están en sus brazos mientras me aferro todo lo que puedo. Cian recorre con sus dedos mi muslo izquierdo de arriba abajo. Es gentil, *tan gentil*, lento y suave mientras comienza a moverse dentro de mí.

Pronto, solo puedo oír mis frenéticos gemidos. Nunca había sonado así. Estoy llorando de nuevo. Mis emociones están a flor de piel. La angustia que se agita en mi pecho por nuestro reciente trauma se combina con la tristeza que me inunda al pensar que nunca volveré a verlo.

El alivio es la emoción más abrumadora. Me hace llorar sin parar. Debo verme muy triste. Para Cian, debo parecer la compañera sexual más miserable que ha tenido, pero no se toma mi melancolía como algo personal.

No, la expresión de su rostro es apasionada, grave como las circunstancias de las que acabamos de escapar, amarga por lo que hemos perdido, agradecida por lo que aún tenemos.

La histeria en la que estoy sumida me impide hablar. No puedo decirle ni una palabra mientras me hace el amor.

Pero él sigue diciendo:

—Estoy aquí, cariño.

Lo es todo. Solo su afirmación podría mantenerme viva durante una década.

Con cada embestida, me demuestra que sigo aquí. La persona que soy sigue dentro de mí, sigue presente a pesar de que casi muero.

—Aquí mismo... —susurra.

Cruzo mi mirada con la suya en la penumbra de esta habitación, y la intensidad que se transmite entre nosotros con una sola mirada podría hacerme desmayar. Aferrándome a él, entierro la cabeza en la curva de su cuello y le clavo las uñas en los brazos.

Su mano aparece en la parte posterior de mi cabeza, manteniéndola en su lugar contra él. Su aliento caliente acaricia mi cuello mientras acerca sus labios a mi oído.

—¿De verdad pensabas que no volvería a tocarte?

Sus palabras ásperas me inundan, provocando otra oleada de humedad entre mis muslos.

Ahogo mis gritos mientras alcanzo el orgasmo, presionando mi cara contra la piel de su cuello, aspirando su aroma por la nariz como si fuera cocaína. Soy adicta y él es mi dosis.

—Como si... pudiera... resistirme. —A continuación, vienen hermosas palabras sin sentido. Dulces palabras se derraman de su boca tras un gemido, y luego explota dentro de mí.

Quiero quedarme dormida así, con él respirando con dificultad, yo cubierta por su enorme peso, su polla aún dentro de mí. Cian se estremece unas cuantas veces más, con los músculos temblando, antes de retirarse lentamente. Mis caderas se sacuden y se convulsionan mientras lo hace, con una oleada de placer residual indescriptible.

Maldita sea, necesitaba eso.

Descansamos juntos, con nuestras extremidades entrelazadas y el pulso ralentizándose. Fuera de las enormes ventanas, el cielo se

ilumina, el amanecer se asoma por el horizonte. Casi como si nuestro resplandor se extendiera al mundo exterior.

Ya viene el amanecer.

Con cuidado de no tocar mi incisión, me acurruca a su lado y acerca mi cabeza a su pecho.

—Antes de que esto vaya más lejos, tengo que decirte algo.

Un escalofrío de miedo invade mi felicidad postcoital.

—¿Qué?

Su pecho se eleva. Se baja.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre mis padres? ¿Cómo mi padre maltrataba a mi madre hasta que crecí y lo detuve? —Ante mi asentimiento, su brazo se aprieta alrededor de mi cintura—. Lo que no te conté es que lo detuve apuñalándolo hasta matarlo. Maté a mi propio padre, Harper.

Me quedo paralizada, la conmoción se apodera de mis extremidades mientras mi pecho se vacía.

Cuando no respondo, me aprieta un poco y empieza a separarse de mí.

—No pasa nada. Siempre supe que esto sería un motivo de ruptura. ¿Quién querría a un tipo capaz de hacerle algo tan terrible a su propio padre, a su propia sangre?

La resignación que percibo en su voz me atraviesa el corazón como una puñalada.

Realmente cree que contarme esto me alejará. Que haber librado a la tierra de un hombre malvado sería suficiente para que dejara de desearlo.

Con el mayor cuidado posible para no jalar de mi herida, me arrastro hasta él y lo miro directamente a los ojos.

—Que se joda. Ese hombre no era tu padre. Era un donante de esperma y un monstruo, y me alegro de que acabaras con él. Tú y tu madre vivieron años de tormento, y recibió lo que se merecía.

Me devuelve la mirada.

—Hay más. Cuando murió, pensé que mi madre se sentiría mejor, pero me equivoqué. La destrozó, y ella solo siguió adelante para mantenerme a salvo. Una vez que mi padre desapareció, su razón de vivir también desapareció. Se suicidó.

Jadeo.

—Cian, no. Dios mío. Lo siento muchísimo.

Sé que el dolor que me atraviesa el corazón solo puede ser una fracción del suyo y, más que nada en el mundo, quiero quitarle su dolor. Le beso la frente, los párpados. Las mejillas. Le acaricio el cabello y lucho por contener un nuevo torrente de lágrimas.

—Sabes que no es tu culpa, ¿verdad? No eres responsable de la muerte de tu madre. Es horrible y trágico, y ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas por ti, pero no puedo. Estaba enferma y sufría, y no pensaba con claridad, porque si lo hubiera hecho, nunca te habría abandonado así. Igual que no voy a dejarte. No por esto. Porque no hiciste nada malo.

Su gran cuerpo se estremece y levanta una mano temblorosa para acariciar mi mejilla.

—Harper, yo... —El rugido del motor de un coche que se acerca atrae su atención hacia la ventana—. Están aquí.

Se aleja de mí y su ausencia me deja inmediatamente fría.

—¿Quién? —*«¿Debería tener miedo?».*

—Todos los demás. —Se baja de la cama y se viste—. Tu hermana, Finn, Darren, Rory...

Hay algo siniestro en su voz, algo que no me está contando.

No sé qué está pasando y quiero que me lo explique. Pero entonces se sienta de nuevo en la cama y empieza a vestirme, con la misma delicadeza con la que me bañó la primera noche que hicimos el amor hace un millón de años en una pequeña isla del Pacífico.

Cuando termina, presiona sus labios en mi frente.

—Voy a reunirme con ellos. —Me da un beso en los labios ansiosos—. Volveré.

—¿Lo prometes?

Exhala, tocando mi frente con la suya.

—Lo prometo.

Y así, sin más, me quedo sola en esta *suite* que poco a poco se va iluminando.

Estoy tan cansada que podría dormir un año, mas no me parece bien descansar. No cuando sé que todos los que me ayudaron a

ponerme a salvo están abajo, quizás en tan mal estado como yo.

Más de una vez siento la necesidad de levantarme e ir abajo, pero luego me arrepiento cuando intento sentarme. Ese simple movimiento agrava el dolor en mi abdomen.

Cuando las puertas de mi habitación se abren de golpe y Riley entra corriendo, casi grito. Está medio cubierta de sangre; no obstante, eso no parece importarle mientras corre hacia mí con lágrimas resbalando por su rostro.

También estoy llorando.

—¿Estás bien? —pregunta Riley arrodillándose en el suelo junto a la cama. Ojalá se subiera a la cama conmigo. Me alegro mucho de verla. Pero también es muy incómodo hablar con mi hermana mientras el semen de Cian se derrama sobre mi ropa y las mantas.

—Ry, estás... estás sangrando.

—*¿Eh?* —Parpadea. Se mira de arriba abajo, como si fuera la primera vez, y dice—: Oh. No te preocupes. No es mi sangre.

—¿De quién es?

—Eso no es importante. —Sonríe, con el cansancio tiñendo su alegría—. Me alegro de que estés bien.

Mis sentidos de gemelas están hormigueando.

Riley está ocultando algo.

—¿Qué es, Ry? ¿Qué ocurrió?

La alegría de su rostro se desvanece un poco.

—Hay buenas y malas noticias.

Bueno, no me gusta para nada cómo suena *eso.*

Me frota el antebrazo con la mano.

—¿Cuál quieres primero?

—Las buenas.

Sus ojos se oscurecen.

—Enzo De Luca está muerto.

No creía que quedara nada dentro de mí que pudiera romperse, pero algo se rompe en mil pedazos cuando Riley pronuncia esas cinco palabras.

Me obligo a mantener la compostura y sigo adelante.

—¿Y las malas noticias?

—Shane, Donal y... *papá* han enviado una citación.

Inhalo bruscamente y mi corazón se congela como un bloque de hielo.

—Quieren verte. —Riley baja la mirada hacia el edredón que nos separa, resignada y descontenta con este giro de los acontecimientos.

Sabe tan bien como yo que esto significa problemas.

De alguna manera, logramos sobrevivir al desastre con los De Luca.

Pero el hecho de haber escapado con vida no significa que vaya a tener la misma suerte con los *Reyes Irlandeses*.

La verdadera lucha por mi vida comienza ahora mismo.

Capítulo 34

Cian

Camino de un lado a otro frente a la puerta de la oficina de Shane.

No he dormido, no he comido.

Lo único que he hecho es preocuparme por las innumerables formas en que podría desarrollarse esta noche. La verdad es que no estoy preparado para afrontar la mayoría de los escenarios que se me ocurrieron. Así de confuso estoy por dentro.

Es como si estuviera en un vehículo sin frenos, dirigiéndome a toda velocidad hacia un muro de ladrillos.

Nunca había deseado tanto tener el poder de detener el tiempo.

Ayer, lo mejor que pude hacer fue *ganar tiempo* cuando Finn me dijo que su padre, Donal y Thomas querían ver a Harper lo antes posible. Eran poco más de las seis de la mañana y Rory y Darren ya estaban hablando de abandonar el lugar de encuentro y volver a casa. Y no podía permitir que eso sucediera.

Convencí a Finn de que era demasiado pronto para trasladar a Harper debido a sus lesiones, pero lo único que conseguí fue que nuestra reunión con los altos mandos se aplazara hasta esta noche. Lo cual sigue sin ser bueno.

Lo que esperaba, aunque ahora me doy cuenta de que solo era una ilusión, era que Shane, Donal y Thomas quisieran verme a mí. Eso habría tenido sentido y habría estado bien. Estoy preparado para revelar lo que pasó y omitir el hecho de que, mientras estuve fuera, el mundo cambió y ya no soy la misma persona que era antes de poner un pie en Hawái.

Sin embargo, no quieren verme.

Quieren ver a Harper. Mi cerebro no ha dejado de funcionar ni un segundo desde que Finn me lo dijo, porque solo pueden querer verla por dos razones.

Esperarán una explicación sobre su desaparición. Por qué decidió huir, por qué tomó la decisión de traicionar a la familia.

Luego, una vez que hayan escuchado la historia, entrará en juego la segunda razón para traerla.

El castigo.

Y esa es la parte que me está consumiendo. Porque, aunque no sé mucho, sí sé que Harper Brennan es mía ahora.

Mía. Cada centímetro, por dentro y por fuera.

Sé con certeza que estoy totalmente dispuesto a matar a cualquiera para preservar su seguridad. Cuando prometí que la mantendría a salvo en Hawái, ya lo sabía.

Que diría cualquier cosa por ella.

Ir a cualquier parte.

Hacer lo que sea. Incluso matar a su padre como maté al mío.

Así de poderoso es el control que esta mujer ejerce sobre mi corazón. Nada, nadie y ningún pasado son lo suficientemente fuertes como para separarme de ella.

Ya no. Nunca más.

Saco mi celular del bolsillo y vuelvo a mirar la hora.

Diez minutos para las siete.

Harper debería llegar en cualquier momento. Está solo un piso más abajo, en su *suite* con Riley, aun así, incluso esa corta distancia entre nosotros me pone nervioso.

Mis nervios están demasiado alterados.

Harper pasó las últimas cuarenta y ocho horas conmigo o con su hermana. Pero cada vez que la pierdo de vista, no puedo relajarme. Una parte de mí se preocupa de que se haya ido o si le volvió a pasar algo.

Intento calmarme recordándome que el tiempo disminuirá la paranoia. Especialmente, ahora que Enzo De Luca está acabado.

Soy el tipo de hombre que se niega a creer que mi enemigo está muerto a menos que sea yo quien lo haya matado. A menos que

fuera yo quien haya destrozado su cuerpo o quien viera cómo la sangre se desvanecía de su cadáver hasta que no quedaba nada.

Esta vez, solo pude obtener una pequeña parte de esa satisfacción. Tengo que lidiar con la ansiedad que eso me provoca, pero hoy no.

Ahora mismo, tengo problemas más importantes.

¿Cuál es mi plan si las cosas salen mal en esta reunión con Harper? Juré protegerla, y este es el momento de la verdad. Si alguno de los miembros de más alto rango de esta familia amenaza su seguridad, ¿qué haré?

¿Estoy realmente preparado para enfrentarme a cualquiera que intente hacerle daño? Si su padre le levanta la mano, ¿voy a dispararle a Thomas Brennan y matarlo allí mismo, en la habitación?

Siento como si tuviera un maldito edificio en construcción en mi pecho, el corazón me late con tanta fuerza.

Si condenan a muerte a Harper, mataré a esos tres viejos desgraciados, la agarraré y huiremos. Conduciré hasta que estemos tan lejos que nadie pueda tocarnos.

Si Shane o su padre intentan comprometerla con otra persona, la ayudaré a huir por segunda vez o, mejor aún, mataré al tipo que elijan. De esa manera, Harper no tendrá que huir de nuevo.

Apenas sobreviví dos meses separados la última vez.

Además, cuando antes le planteé la idea como una posible opción, ella la rechazó. Me dijo que estaba cansada de huir y que ya era hora de afrontar sus retos de frente.

Al final del pasillo, aparece Harper, ahuyentando cualquier otro pensamiento de mi mente.

Camina lentamente, apoyándose en la pared con el brazo derecho para sostenerse mientras se acerca. Cuanto más se acerca, más se me oprime el pecho.

Es tan hermosa.

Sus ondas doradas, que le caían por la espalda desde que la conocí, ahora están cortas. Ahora, su cabello le llega hasta los hombros, una cortina de luz dorada que enmarca su impresionante rostro.

Parece otra persona.

Si me hubiera preguntado antes, le habría dicho que no cambiara nada, pero, de alguna manera, ya me gusta más así.

Todo mi ser ansía llevarla por el pasillo hasta mi *suite* y demostrarle cuánto la amo.

Dios mío. Cuando estoy con Harper, me siento *claustrofóbico* con mi propia ropa. Quiero estar encima de ella.

El deseo arde en mis venas. Y también el amor.

«Amo a Harper Brennan». Esas cuatro palabras provocan un terremoto en mi interior. Lo único que puedo hacer es tragar saliva y alejar ese pensamiento por el momento.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, solo estoy un poco tensa. —Se lleva la mano a la oreja para apartarse un mechón de cabello y, demonios, solo quiero envolverla en mis brazos—. Riley quería acompañarme, pero le dije que estoy bien. No me cuesta tanto si voy despacio.

«Está herida, maldito idiota». La nueva oleada de furia que me provoca ese recordatorio ahuyenta por un momento la lujuria. Respiro hondo y me distraigo.

—Te cortaste el cabello. —Tengo que cerrar los puños para evitar pasar mis manos por su melena recién cortada y atraer su cara hacia la mía.

—*Ah*, sí. —Harper frunce los labios—. Enzo me cortó un poco y se notaba tanto que no podía soportarlo, así que Bex y Riley… me cortaron el cabello.

Dice las palabras deprisa. La mención del nombre de ese imbécil llena mi cabeza de visiones de incendios provocados, pero centrarme en Harper aleja ese pensamiento como una nube que se desplaza lentamente.

Sus ojos se apartan de los míos y sus mejillas se tiñen de rosa.

—¿Se ve raro?

Demasiado rápido, suelto:

—Me encanta.

La mirada de Harper vuelve a la mía.

Es obvio lo loco que estoy por ella. Es como si lo tuviera tatuado en la cara.

—Gracias. —Niega un poco con la cabeza, como si intentara volver a concentrarse—. Gracias por reunirte conmigo aquí, quiero decir.

Shane, Donal y Thomas quieren reunirse a solas con Harper, por supuesto.

Pero me pidió que entrara con ella. "*No creo que pueda hacerlo... enfrentarme a ellos... sin ti*", me dijo antes, cuando llegamos a la mansión.

El hecho de que Harper siga confiando en mí para ayudarla a superar esto, que siga confiando en que la apoyaré, aunque haya fracasado estrepitosamente en protegerla, me hace querer llorar.

Mierda, la necesito tanto.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Cian? —Sus ojos se agrandan mientras me mira—. Yo... solo quería decirte que siento todo el problema que te he causado.

Maldición. *«No me hagas esto ahora. Ya estoy al límite».*

—No te disculpes. —Exhalo con fuerza, reprimiendo la emoción detrás de mis palabras—. Todo está en el pasado.

Asiente ligeramente y su tono se vuelve más sombrío.

—Es hora.

Con un breve movimiento de cabeza, abro la puerta del despacho de Shane.

—Vamos.

La fuerza brilla en sus ojos y luego entra en la habitación conmigo justo detrás.

Esta noche, la oficina de Shane parece la guarida de un león.

El padre de Finn está sentado detrás de un enorme escritorio de caoba, con un vaso de *whiskey* al alcance de la mano y una expresión pensativa y sombría en el rostro. A un lado está Donal Gallagher, su primo y segundo al mando de la mafia, y al otro, Thomas Brennan, general glorificado y reptil de padre de Harper.

—Gracias, Cian —dice Shane primero—. Puedes irte.

Su despedida me deja indiferente. No me muevo ni un centímetro. Delante de mí, aprieto una de mis manos con la otra para evitar alcanzar la pistola que llevo oculta en la funda contra mi pecho.

Harper se aclara la garganta.

—En realidad, le pedí que entrara conmigo.

Algo frío recorre la habitación.

¿Están incrédulos, porque Harper probablemente nunca se había defendido? ¿O están incrédulos, porque pueden sentir que mi lealtad hacia ellos cambió? ¿Que Harper me importa más que ellos?

—Entendemos que has vivido toda una aventura estos dos últimos meses. —Donal enciende un cigarrillo, tratando de intimidarla con la mirada—. Por tu bien, espero que traicionar tu deber con esta familia haya valido la pena.

—No valió la pena —anuncia Harper, y hasta Donal parece sorprendido de que haya cedido tan fácilmente—. Ahora me doy cuenta. Debería haber tenido el valor de ser sincera desde el principio.

Thomas Brennan se altera. Es leve, pero lo capto con mi visión periférica.

—Esta noche vine aquí para decir una sola cosa. —Harper respira hondo. Veo que le tiemblan los hombros—. Voy a tomarme un descanso de esta familia. No quiero seguir trabajando en mi antiguo puesto y no me interesa ser su propiedad protegida. Nunca me interesó.

—Te enseñé a ser mejor que esto. —Thomas niega con la cabeza, un movimiento lento y desaprobador que de alguna manera resulta demoníaco, con sus ojos oscuros brillando mientras la mira con ira.

—Tienes razón. —Se enfrenta a su padre sin pestañear—. Me enseñaste a ser mejor que esto. Me enseñaste a ser una víctima. A ser invisible. A quedarme atrás y aceptar todo lo que dijeras. —La voz de Harper se vuelve aguda y temblorosa. El orgullo crece en mi pecho, porque puedo ver que está luchando por contener las lágrimas, pero no se echa atrás. Ni un centímetro—. Te dejé utilizarme todos estos años, porque pensaba que eso era lo que debía hacer una buena hija. Pero no me di cuenta de que un buen padre no utiliza a sus hijos ni pone continuamente en peligro la seguridad de su hija por los negocios.

—*¡Cállate!* —ruge Thomas.

—Nunca volverás a utilizarme de esa manera mientras viva.

—Pide perdón por tu insolencia —exige Thomas—. *Ahora*.

—Prefiero morir.

Harper y su padre caen en un cruel enfrentamiento sin palabras.

Finalmente, Thomas sisea:

—No me tientes.

Gruño y doy un paso adelante justo cuando Shane levanta una mano, silenciando la sala.

—Thomas, suficiente.

Lo cual no me molesta, porque estoy bastante seguro de que cualquier sonido que pudiera emitir se ve aplastado por el significado de las palabras de Harper.

No estoy preparado para dejarla marchar nunca más, así que su anuncio de que se va a tomar un descanso de los *Reyes Irlandeses* no hace más que adentrarme en el caos.

¿Qué significa eso exactamente? ¿Está diciendo que se va para siempre y, si es así, en qué situación nos deja eso?

Si le da la espalda a los *Reyes Irlandeses*, ¿significa eso que también me da la espalda a mí?

Capítulo 35

Harper

¿Alguien convirtió mi sangre en hielo?, ¿o es solo el pánico de enfrentarme a esta sala llena de hombres poderosos, violentos y asesinos?

Me habría dado más miedo enfrentarme a mi padre cara a cara después de todo lo que he hecho, así que supongo que debería estar agradecida de haber podido matar tres pájaros de un tiro.

Riley tenía razón. Un nuevo corte de cabello lo cambia todo.

Nuevo cabello, nueva yo. La antigua Harper nunca habría podido hacer esto. Estoy impresionada conmigo misma por primera vez en mi vida, quizá. Es tan aterrador entrar en mi propio poder personal que quiero salir corriendo de la habitación tan pronto como pueda.

Excepto que mis días de huir han terminado. De ahora en adelante, los únicos problemas de los que pienso huir son aquellos en los que alguien me apunta con una pistola a la cabeza.

Espero que Shane no vea que estoy temblando. Me está mirando fijamente.

—Harper, ¿por qué huiste? —Aunque es serio, su tono carece del tono vengativo que esperaba. Quizás mi intento de evadir el matrimonio con su hijo no lo ofendió tanto como me preocupaba.

Me obligo a no moverme nerviosamente, echo los hombros hacia atrás para enderezar la postura y me mantengo erguida, aunque me siento tan débil como una velita.

—Porque... —El nudo en mi garganta me impide hablar.

El silencio se prolonga mientras dudo.

Cuando mi padre ya no puede más, se inclina hacia mí, como para controlarme con su imponente estatura.

—Respóndele, desagradecida, traidora...

Shane levanta la mano por segunda vez para callarlo, con impaciencia reflejada también en su rostro.

—¿Eliges desafiarme con tu silencio? —Shane arquea una ceja mirándome.

Casi me quedo callada, pero entonces siento que Cian se mueve detrás de mí, y esa pequeña llama de valentía se vuelve un poco más brillante.

No estoy sola aquí.

—Hui porque no podía hacerlo. —Niego con la cabeza, una y otra vez, y entrelazo mis dedos temblorosos—. Además de todo lo demás, se me ordenó... seducir a tu hijo, fingir que lo amaba, y no pude hacerlo.

El rostro de Shane se enciende.

—¿Quién te lo ordenó?

Reúno toda mi fuerza de voluntad para evitar mirar a mi padre.

—No tengo nada más que decir.

Estoy tan tensa como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento, pero ninguno de ellos me detiene cuando doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta.

Cian sigue delante de la misma. Sus ojos se encuentran con los míos al instante.

Intento que lea mi mente. *Salgamos de aquí.*

No tengo ni idea de si entiende el deseo que no he expresado en voz alta. Lo único que sé es que se hace a un lado y me sostiene la puerta abierta mientras paso.

No respiro ni una sola bocanada de aire hasta que estoy en el pasillo y la puerta se cierra detrás de mí. Entonces exhalo y mis hombros se relajan al liberarse de la tensión.

Me froto la cara mientras me giro hacia Cian.

—Bueno, eso fue...

No está detrás de mí.

Cian, él... se quedó en la oficina. No vino detrás de mí.

Una dolorosa decepción casi me derriba, pero, en realidad, ¿me sorprende?

Cian entró conmigo y se quedó allí para asegurarse de que no pasara nada malo. Cumplió la promesa que me hizo antes de volver a *New York*. Prometió protegerme y nunca lo olvidaré.

No espero que renuncie a todo su mundo por mí, arriesgando su trabajo y su posición en la familia para tomarme de la mano. No espero que se enfrente a mi padre, su jefe, ni a ninguno de los hombres que forman los altos mandos de los *Reyes Irlandeses*.

El hecho de que Cian estuviera dispuesto a entrar allí y enfrentarse a ellos conmigo, a pesar de que eso podría costarle su puesto, sus privilegios e incluso su vida... lo es todo para mí. Más de lo que jamás podría expresar con palabras.

Ahora solo quiero darle las *gracias.*

Así que, aunque estoy aterrorizada y agotada, y la incisión me empieza a arder por el esfuerzo, espero en el pasillo, apoyada en la puerta, y rezo para que él sea el siguiente en salir.

Y, varios minutos después, lo es.

Una gratitud salvaje se apodera de mi cuerpo mientras lo admiro.

No sabía que podía admirar tanto a alguien.

Y menos aún a un hombre.

Solo es por un segundo, no obstante, observarlo me permite olvidar dónde estamos. Se supone que nadie debe saber que hay algo entre nosotros. Solo complicaría las cosas. Pero, aun así, no puedo evitar que mis brazos se acerquen a él. La forma en que me envuelvo alrededor, abrazándolo con fuerza a pesar del agudo dolor que me recorre el torso dolorido.

Quizás entierro la cabeza en su pecho, porque no soy lo suficientemente valiente como para mirarlo a los ojos cuando le hablo.

—Gracias por acompañarme. —Las lágrimas cálidas ruedan por mis mejillas y se deslizan por el borde de mi mandíbula, cayendo sobre la tela negra e impoluta de su camisa—. Tenía mucho, mucho miedo.

Cian me abraza también, gracias a Dios. Me habría sentido como una completa perdedora si no me hubiera devuelto el abrazo.

Aunque quiero abrazarlo para siempre, lo suelto unos momentos después.

Lo que realmente quiero es ir a algún lugar donde podamos estar solos, meterme en la cama con él y quedarme allí durante unas semanas seguidas, lamentablemente, sé que eso no es posible. Ni siquiera me mira a los ojos.

El tsunami de emociones que me invade borra la euforia temporal de haberme enfrentado a mi padre.

—Cuando quieras. —No entiendo por qué bajó los hombros con aire derrotado, solo sé que esa imagen me parte el corazón.

No quiero dejar las cosas entre nosotros así, pero ¿qué puedo hacer? Mi corazón es un tren descontrolado que corre a toda velocidad en mi pecho.



—¿*Entonces*? —cuestiona Riley más tarde, cuando mi voz se apaga en medio de esta parte de la historia—. ¿Qué pasó después?

Miro fijamente al techo. Estar tumbada es lo único que no me duele.

—Cian se marchó.

—¿Qué dijo antes de eso? —inquiere mientras se mete un puño de palomitas en la boca. Hemos invadido mi cama con aperitivos, revistas y esmaltes de uñas en las horas transcurridas desde mi pequeño anuncio a Shane y al resto de sus hombres.

—Nada, ¿de acuerdo? —Exhalo frustrada y me paso las manos por la cara—. No dijo nada más.

—¿Y tú?

La impotencia me devora.

—Tampoco dije nada.

Riley da un pequeño grito ahogado.

—¿No se lo *dijiste*?

La miro con el ceño fruncido.

—Decirle ¿qué?

—Que quieres fugarte con él y tener sus bebés enormes y preciosos.

Debo de parecer como si alguien me hubiera disparado en el rostro con una bola de pintura roja, porque me sonrojo muchísimo. Con un movimiento rápido de la mano, agarro una almohada de la cama y me la pongo sobre la cara. Lástima que no tenga la fuerza ni la determinación suficientes para asfixiarme hasta morir.

Mi hermana se ríe.

—¿Cuál es el problema? —Escucho cómo mastica más palomitas —. A Cian le gustas desde hace tiempo, ¿no?

—Eso no lo sabes —protesto, pataleando todo lo que puedo.

No necesito ver su cara para saber que está sonriendo.

Dejo que la almohada se deslice y vuelvo a fijar la mirada en el yeso liso y blanco que forma el techo, a seis metros por encima de nosotros.

—¿Qué hago, Ry?

—Solo tú puedes responder a esa pregunta.

—Gracias, Oprah. —Me acerco y busco a tientas las palomitas en el cuenco. Durante unos minutos, comemos en silencio, disfrutando de uno de nuestros tres aperitivos favoritos de todos los tiempos.

—Sé que soy como la representante del equipo cuando se trata de salir de la familia... —Riley deja el cuenco y se acuesta boca arriba a mi lado—. ¿Estás segura de que quieres independizarte?

—Por supuesto que estoy segura.

—Es difícil. —Su tono se vuelve tan serio que parece como si me estuviera echando cemento en el estómago—. Estar sola, aislada de todo y de todos los que conoces. Es solitario.

—Lo sé. —Suspiro—. Dos meses fue todo lo que pude aguantar.

—¿Qué quieres decir?

—El día que Cian me encontró... —Parece que haya pasado una eternidad—. Estuve a punto de derrumbarme y llamarte.

—¿A mí?

—Sí. —Cuando vuelvo a inclinar la cabeza hacia ella, nuestras miradas se cruzan—. Preocuparme por que estuvieras preocupada por mí... me volvió loca.

—Mientras no estabas, algunas de mis pesadillas volvieron.

Se me encoge el corazón. Los gritos de Riley en medio de la noche cuando éramos niñas eran el sonido más horrible y desgarrador que he escuchado en toda mi vida.

—Siento haberte hecho pasar por eso. —Mi voz tiembla.

—No pasa nada. —Sonríe—. De verdad. Fue aterrador y me alegro mucho de que estés bien, pero no me arrepiento de nada. Si no hubieras escapado, no tendría a Finn.

Encuentro la fuerza para sonreírle.

—Y *siempre* has querido a Finn.

Es su turno de sonrojarse.

—Da igual. —Me río, pero Riley continúa, esta vez aún más seria —. La cuestión es que... la vida es difícil. El mundo puede ser un lugar horrible a veces. Estás sola. Todos lo estamos. A menos que encuentres a alguien. Alguien que te haga feliz, que esté a tu lado, pase lo que pase. Alguien por quien harías cualquier cosa.

Cian cobra vida detrás de mis ojos.

La forma en que me miró cuando me alcanzó en las calles de Waikiki.

Su boca perfecta, como una fuente eterna que me trajo de vuelta a la vida con cada beso.

Cómo me abraza con tanta fuerza, como si nunca quisiera soltarme.

La forma en que se arriesga por mí, una y otra vez.

Me siento tan cálida, ardiente, efervescente y frenética por dentro que podría derretirme en un charco de baba.

Riley me observa con la misma mirada que nos lanzaba nuestra madre cada vez que nos atrapaba robando galletas del frasco.

—Si Cian Mahoney es esa persona para ti, creo que te debes a ti y a él, decir algo.

Cuando nos dormimos horas más tarde, las sabias palabras de mi hermana siguen ardiendo en mi mente.

Capítulo 36

Cian

Darren sigue en la unidad médica por las heridas que sufrió durante el último intento de matar a Enzo. Finn lo sacó de allí mientras Riley y Rory terminaban el trabajo. Darren pensaba que estaba bien, pero el idiota perdió mucha sangre. Ayer casi se desmaya cuando por fin conseguimos volver.

Esa es la única razón por la que no está con nosotros en la sala de fumadores de la planta baja de la mansión.

La sala está equipada con suelos de madera y paneles en las paredes, con cómodos muebles tapizados en piel. A la derecha, Rory monopoliza la mesa de billar, jugando contra sí mismo. Finn fuma en el sillón a mi izquierda.

Cree que no me doy cuenta, pero sé que lleva una hora entera observándome.

Quizás está tratando de estar disponible para mí. Por si acaso necesito... *hablar*.

Como si hablar fuera a ayudar.

Me estoy ahogando en el caos, tratando de imaginar una vida sin Harper ahora que decidió dejar a los *Reyes Irlandeses*. Antes de regresar, me preocupaba que no quisiera volver a verme después de haber sido secuestrada bajo mi vigilancia.

Cuando me pidió que le hiciera el amor, incluso después de todo lo sucedido, casi me desmayo del alivio.

Hay algo en Harper que es inolvidable. Irresistible. Soy adicto a ella. Cómo logré mantenerme alejado de ella antes de Hawái seguirá

siendo uno de los misterios de la vida. No tengo ni idea de dónde encontré ese tipo de control.

Estoy demasiado enamorado de ella y completamente desprevenido para esta situación.

Estoy dando vueltas en espiral por mis propias emociones como un paracaidista cayendo sin paracaídas.

Nada. Mi cerebro no es capaz de crear una sola imagen cuando intento imaginar mis días sin ella. No hace falta decir que mis noches se volverán insoportables, vacías y oscuras. La besé una vez y no me acosté con otra mujer durante dos meses.

Ahora que besé a Harper docenas de veces y sé que follarla unas cuantas veces es equivalente a experimentar *vidas* de intimidad y pasión, puede que nunca vuelva a ser capaz de tocar a otra mujer.

Ese debería ser el pensamiento más sombrío de todos y, sin embargo, ni siquiera me perturba.

Solía acostarme con mujeres a diestra y siniestra, a veces con varias a la vez, pero no me molesta la idea de no volver a tocar a otra mujer nunca más. Sin embargo, la idea de no volver a *tocar* a Harper nunca más me destruye.

Mi corazón se hace pedazos. ¿Me mintió cuando me aseguró que no me culpaba por la muerte de mi madre? ¿Que se alegraba de que hubiera matado a mi padre? ¿Ahora le doy tanto miedo como para que quiera desentenderse de mí?

Me llevo la barbilla al pecho e intento ocultarles a los hombres que mejor me conocen que me estoy derrumbando.

¿Cómo me arruinó así? No sé cuándo ocurrió, solo sé que nunca me recuperaré.

—Escuché que Harper puso todo un espectáculo ayer. —Finn finalmente se dirige a mí *y* al gran elefante en la habitación.

El *ruido* de las bolas de billar al chocar me hace levantar la vista.

Rory rodea la mesa de billar para acercarse a las sillas.

—¿Sigue aquí? —pregunta—. ¿Le permiten quedarse en la mansión por el momento?

—¿Tienen otra opción? —cuestiona Finn sin dirigirse a nadie en particular.

Sinceramente, me sorprendió tanto como a Rory que no corrieran a Harper... o algo peor. Pero cuando Thomas intentó discutir después de que ella saliera de la oficina, Shane lo interrumpió y dijo que ella podía quedarse por ahora. Era lo mínimo que le debían, razonó él, después de que la secuestraran estando bajo nuestro cuidado.

Ese recordatorio dolió, aun así, no estoy en desacuerdo.

Hago crujir los nudillos, llamando la atención de mis amigos hacia mí.

—Sigue aquí, aunque decidió distanciarse de la familia.

—¿Y en qué medida su decisión tiene que ver contigo? —Finn da una larga calada a su cigarrillo y exhala el humo.

«Que se vaya al carajo por preguntarme eso». Escupo la palabra entre nosotros:

—*Ninguna*.

Rory eleva las cejas, sorprendido.

—Todos pensábamos que habías ido allí para anunciar su matrimonio.

Si hubiera estado bebiendo algo cuando Rory dijo eso, me habría atragantado y muerto. La vergüenza me invade.

—¿De qué demonios estás hablando? —No quiero parecer a la defensiva, pero simplemente sucede. Del mismo modo que no quería enamorarme de Harper Brennan, mas lo hice de todos modos.

—Habría sido un buen momento para ello. —Finn exhala profundamente, casi como un suspiro.

Rory asiente y vuelve a centrar su atención en la mesa de billar.

—¿Un buen momento para qué? —Mis ojos se clavan en el rostro con cicatrices y despreocupado de Finn, que da otra calada.

—Casarte con ella y largarte de aquí.

«¿Eh?».

¿Qué demonios están diciendo? ¿Se supone que debía entrar en la oficina de Shane, anunciar que Harper es mía y sacarla de allí como si fuera un premio que hubiera ganado en una maldita feria estatal?

Rory mete unas cuantas bolas más, con expresión seria.

Finn parece igualmente abatido.

Empiezo a sospechar. Observando alternadamente a mis amigos, trato de descifrar el significado de su enigmático comportamiento, pero no lo consigo.

Como nadie dice nada más, exhalo con fuerza.

—¿Está pasando algo por aquí que no sé?

Finn y Rory intercambian una mirada cautelosa.

—Tarde o temprano se enterará —admite Rory, colocando su taco de billar en la posición adecuada.

Veo a Finn, pero sus ojos están perdidos.

—Mi padre cree que hay un traidor en la familia.

Un infiltrado.

Esas dos palabras crean un ambiente apocalíptico en la habitación.

—¿Un traidor? —pregunto con voz extraña—. ¿Aquí?

—Era solo una corazonada. —Rory se endereza—. Hasta que secuestraron a Harper en el aeropuerto.

Sus palabras me dejan paralizado. Levanto las cejas.

—Espera. Espera, maldición. —No puedo ni procesar esta noticia —. ¿Estás diciendo que uno de los *Reyes Irlandeses* está trabajando para los *De Luca*?

—Sí. —El tono de Finn baja una octava.

Niego con la cabeza, aturdido.

—¿Qué piensa tu padre?

—Está convencido de que fue la manera perfecta de encubrirlo todo. —Una expresión amarga aparece en el rostro de Finn mientras apaga el cigarro—. Los De Luca ya me perseguían. Si el traidor quiere sacudir el poder, ayudar a los De Luca a eliminarme desestabilizaría al clan y dejaría a mi padre totalmente expuesto.

Murmuro, con la mente acelerada.

—¿Quién tiene tantas ganas de morir?

—Alguien astuto. —Rory apoya su taco de billar contra la mesa y cruza los brazos sobre el pecho—. Alguien que se cree lo suficientemente inteligente como para salirse con la suya.

—Y que no respeta a la familia —añade Finn, apretando los puños.

Me paso la mano por el cabello.

—Esto lo cambia todo.

¿Es posible que me hayan tendido una trampa para que fracasara todo este tiempo? ¿Que desde el principio no pude proteger a Harper, porque alguien de nuestro lado estaba trabajando en nuestra contra todo el tiempo?

No creía que me quedara energía para sentir rabia, pero me equivoqué. Al fin y al cabo, soy hijo de mi padre.

—¿Qué tiene que ver el secuestro de Harper con el traidor?

—Todavía estamos tratando de averiguar qué habría ganado un traidor con eso. —Rory se dirige hacia el bar al otro lado de la habitación—. Quizás nada.

—O tal vez era un ejercicio de confianza. —Finn le indica a Rory que agarre dos vasos más, además del suyo. Rory lee la mente de Finn y regresa con una botella de *whiskey* de primera calidad.

—Una prueba. —Entiendo el razonamiento de Finn. Quizás el traidor intentaba ganarse la confianza de los De Luca. Ya sé que el interés de Enzo por Harper iba más allá de cualquier rencor, real o imaginario, que pudiera tener hacia Finn. Si Enzo quería a Harper y el traidor esperaba atraer a Enzo a una alianza, entregarle a Harper habría sido una muestra perfecta de buena voluntad.

Prueba indiscutible de que el traidor está dispuesto a traicionar a los *Reyes Irlandeses*.

A cualquier precio.

—¿Y si simplemente nos siguieron? —pregunto.

—No lo hicieron —responde Finn con tono seguro mientras da un sorbo a su *whiskey*—. ¿Mi hipótesis? Sabían el número de vuelo, la hora de salida y la terminal. Rory y yo hemos revisado las grabaciones. Incluso sabían dónde colocar a las agentes femeninas para la captura, sabiendo que no lo esperaríamos.

Rory asiente con la cabeza.

—¿Planear un secuestro tan bien solo basándose en una simple corazonada sobre cuándo volverías? Imposible.

Los ojos marrones de Finn se oscurecen hasta casi volverse negros.

—Tenían información privilegiada, eso está claro. La pregunta es: ¿de quién? Hay tantas posibilidades que es abrumador.

Un silencio incómodo se apodera de nosotros.

Lo peor es que Finn tiene razón: el traidor podría ser cualquiera. El clan Gallagher es enorme. Tenemos cientos de miembros. Solo el uno por ciento de nosotros vive aquí, en la mansión. El resto de nuestros asociados están repartidos por nuestros territorios en todos los distritos y más allá. Cualquiera de rango inferior, incluso aquellos que están fuera del círculo íntimo, podría encontrar una razón para traicionar a nuestra familia. Por desgracia, a menudo no hace falta mucho para crear un traidor.

Solo intentar imaginar por dónde empezar a buscar al traidor me da dolor de cabeza.

—Un enemigo desconocido es el peor tipo de enemigo —murmuro esas palabras y, de repente, volvemos a ser adolescentes. Shane solía inculcarnos esta frase cuando éramos jóvenes y estúpidos soldados entrenándonos para las grandes ligas.

—Tienes toda la razón. —Finn se bebe lo que queda en su vaso y lo deja sobre la mesa entre nuestros sillones—. Y ya sabes lo desagradable que puede ser la cacería de un traidor.

Éramos jóvenes cuando ocurrió, pero la última vez que hubo rumores de un infiltrado dentro del clan, los cadáveres empezaron a caer como la nieve durante una ráfaga. Descubrir a un traidor es un asunto complicado, peligroso y calculador que enfrenta a los hermanos entre sí.

La sospecha genera violencia de todo tipo.

Un traidor en una familia mafiosa es casi tan malo como una guerra total. Basta con el rumor de uno para que la organización se venga abajo. La única forma de detener la locura es encontrarlos, a todos y cada uno de sus cómplices y aliados, y ejecutarlos.

Hasta entonces, nada sagrado está a salvo.

El alivio que me produjo la caída de Enzo aún no me ha llegado, y ahora me entero de que los *Reyes Irlandeses* están a punto de enfrentarse a una crisis interna de proporciones épicas, la peor que hemos visto en dos décadas.

Me gustaría preguntar *qué más puede salir mal*, pero sé que no debo invocar la Ley de Murphy.

—Así que Harper ya no quiere trabajar para su padre. —Finn se sirve otra copa.

Rory toma unos tragos.

—No puedo decir que la culpo.

—No sabes ni la mitad. —Me froto la palma de la mano por la cara e intento, sin éxito, entender esta situación.

—La verdad es que... —Finn da otro trago—. A veces me pregunto cómo sería salir de aquí. Empezar de nuevo. Hacer algo diferente. Algo que, no sé, ayude a la gente.

Se me cae la mandíbula al suelo. *¿Finn?* ¿El heredero de esta mafia? Lo han preparado toda su vida para liderar. Nunca lo había oído decir nada, *nada* que se pareciera siquiera a una traición.

Finn se aclara la garganta, como si el alcohol hubiera bajado mal.

—Eso nunca sucederá, obviamente. Sin embargo, mentiría si dijera que nunca he pensado en lo que haría si no fuera el heredero de los *Reyes Irlandeses*. También mentiría si dijera que no estoy pensando en las posibilidades para el futuro.

Rory está tan sorprendido como yo.

—¿Quién demonios eres y qué has hecho con Finn?

Finn se limita a dar otro sorbo a su bebida.

Incapaz de ocultar la incredulidad en mi voz, aclaro:

—¿Estás diciendo que dejarías tu lugar en esta familia?

—¿Para estar con Riley? ¿si fuera necesario? —Nos dedica una pequeña sonrisa y nos guiña un ojo—. Sin dudarlo.

Como si no fuera nada.

Como si no fuera ningún problema alejarse de todo lo que conoce para estar con ella. Nunca había visto a Finn tan distante e indiferente, como si pudiéramos estar en cualquier otro sitio en este momento. En un avión. En un parque de atracciones. En el planeta Marte. Debe de hablar muy en serio.

Una extraña sensación se abre en mi pecho. Casi como esperanza, asombro y valor, todo mezclado.

Y entonces, me sorprende aún más.

—Pareces atónito. Pensé que serías el primero en entenderlo.

Mi mente está tan sorprendida que quizá nunca me recupere.

Rory golpea la mesa con su vaso vacío, y eso me saca de mi estado de *shock*.

—Espera. —Frunce el ceño, confundido—. ¿Qué carajos se supone que vamos a hacer Darren y yo si ustedes se largan a los suburbios?

Finn resopla. *Resopla* de verdad.

—Crear su propia aventura.

Apenas estoy escuchando. Porque Finn tiene razón sobre mí.

Entiendo el impulso de dejar atrás a los *Reyes Irlandeses*. Nunca se me había ocurrido, porque jamás me había enamorado de nadie. ¿El mundo en el que vivo y el trabajo que hago? Están bien, si estoy solo en el mundo, sin nadie que me extrañe y sin nadie a quien echar de menos. En cuanto imagino a Harper a mi lado, mis sentimientos dan un giro de 180 grados.

Los *Reyes Irlandeses* siempre han tenido mi lealtad, mi respeto y obediencia. Pero mi corazón nunca ha estado en ello, sobre todo porque no creía que tuviera corazón. Pensaba que había muerto el mismo día que mi madre.

Harper fue quien lo resucitó, y ahora que vuelve a latir en mi pecho, la idea de dejarla ir es como suicidarme.

La vida sin ella es el futuro más sombrío, depravado y vacío que puedo imaginar. No sobreviviría a ello y tampoco querría hacerlo.

Lo que quiero es sencillo.

Me levanto tan bruscamente que Rory y Finn saltan.

—¿Qué sucede? —cuestiona Rory, alerta.

—Tengo que hablar con Shane. —Ya estoy en la puerta.

—Toma la interestatal —comenta Finn a mis espaldas—. Papá y Donal van a Las Vegas por negocios. Esta noche.

—¡¿Qué?! —Me doy la vuelta.

—Si te das prisa, aún puedes alcanzarlos.

La duda me detiene durante tres segundos, y luego salgo corriendo de la habitación.

Ni siquiera estoy seguro de si Harper quiere estar conmigo, y aquí estoy... arriesgándolo todo por la oportunidad de estar cerca de ella.

Otra vez.

Y nunca nada se había sentido tan correcto.

Capítulo 37

Harper

Es la una de la tarde de un domingo y, por alguna razón, Finn y Rory están borrachos. Riley y yo solo nos aventuramos a bajar al salón porque... bueno, porque esperaba encontrarme con Cian.

La forma en que dejamos las cosas fuera de la oficina de Shane estuvo mal. No sé qué se suponía que iba a pasar, pero no era eso.

Solo que Cian no está aquí.

Cuando entramos, Finn y Rory están jugando billar, sin embargo, se comportan de forma ridícula, porque están bastante borrachos. Estoy lista para dar media vuelta y salir de prisa, pero Riley no se mueve. Se tapa la boca con la mano, porque está sonriendo como una idiota, con los ojos vidriosos mirando a Finn.

Finn borracho le debe parecer lindo o algo así.

«Qué asco».

Empiezo a jalar de la manga de Riley, pero entonces Finn levanta la vista y nos ve allí paradas.

Cuando sus ojos se fijan en mi gemela, el heredero de los *Reyes Irlandeses* se derrite como un helado. El treinta por ciento de mí está horrorizado por lo cursi, efusivo y absolutamente loco que es esto. El setenta por ciento de mí está irremediablemente hipnotizado por la escena.

Finn es un tipo aterrador, aunque verlo ablandarse así por mi hermana me llega al corazón. Realmente la ama.

Y sé exactamente lo que está sintiendo por dentro, porque yo...

Estoy enamorada de Cian Mahoney.

Es como si un gong *resonara* en todo mi cuerpo. Como si los cimientos de mi corazón se derrumbaran y salieran mariposas.

Amo a Cian. *Mucho*. Es irracional, extraño e increíble, pero nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Es el único al que amo y el único que quiero. No me importa dónde esté, siempre y cuando él esté allí.

Y necesito decírselo. Ahora mismo. Hace cinco minutos. Ayer. La noche que me rescató. ¿Por qué diablos tardé tanto en darme cuenta?

Cuando vuelvo al presente, Finn tiene una mano en el trasero de mi hermana y la otra en su cabello, y *hombre*, necesito encontrar a Cian rápido para poder tener algo de eso para mí. Las compuertas de mi deseo se abren de golpe. Lo quiero, lo necesito, lo deseo tanto que me siento mal.

—¿Dónde está Cian? —inquiero con voz apenas por debajo de un grito.

—En el aeropuerto —manifiesta Rory.

¿En el aeropuerto? ¿Como en... salir del estado de *New York* sin siquiera despedirse? ¿Como en desaparecer en su próxima misión antes de que tenga la oportunidad de decirle que es el amor de mi vida?

El suelo se tambalea.

—¿Qué aeropuerto?

—El JFK. —Finn parece ansioso por reclamar sus besos, pero Riley está concentrada en mí. Cuando nuestras miradas se cruzan, nuestros poderes de gemelas se activan.

—Te llevaré. —Termina de besar a Finn y se dirige hacia mí.

—¿Qué van a hacer? —nos grita Finn.

—¡Es un secreto! —Riley me agarra de la mano y caminamos a toda velocidad, tan rápido como puedo, hasta el garaje, donde saca un juego de llaves. Uno de los coches deportivos pita, nos subimos y mi hermana y yo salimos de la mansión en cuestión de minutos. Después de aprender a conducir conmigo en el campo, se ha acostumbrado a conducir en Manhattan.

Baja las ventanas mientras nos trasladamos, ya que el calor nos agobia. A Riley siempre le ha encantado el aire del verano, por muy

húmedo y sofocante que sea. Lo respira felizmente, cruzando a toda velocidad los cruces con semáforo en verde como si estuviéramos en un videojuego y ella tuviera intención de ganar.

—¡¿Y bien?! —exclama por encima del viento y el ruidoso aire de la ciudad—. ¿Qué vas a hacer?

Pasamos por delante de las señales del aeropuerto.

Respiro hondo.

—Voy a hacer exactamente lo que me dijiste. Voy a decir algo.

Finn nos envía la información del vuelo por mensaje, así que cuando llegamos, puedo decirle a Riley a qué terminal tenemos que ir.

—Para ahí. Entraré y...

Señalo un espacio libre en la acera, pero mi hermana me interrumpe.

—Ni hablar. No voy a volver a perderte en un aeropuerto. —Se dirige al estacionamiento frente a la terminal—. Esperémoslo aquí fuera.

—¿Y si no sale, Ry? ¡Por lo que sabemos, podría estar fuera por un trabajo! —Mi corazón da un vuelco mientras giro la cabeza en todas direcciones, buscando cualquier señal del hombre que amo.

—Cálmate. —Mi gemela utiliza su tono de *mamá*—. Finn dijo que Cian solo fue a hablar con ellos. No va a tomar ningún avión.

—¿Y si te equivocas? —La histeria en mi voz me sorprende incluso a mí misma—. Y no sabemos dónde se estacionó. Ni qué tipo de vehículo conduce.

—En realidad, eso no es cierto. —Riley gira en una esquina del estacionamiento y aparece un hombre al final del pasillo. Lleva las llaves en la mano y la cabeza agachada.

Es él.

—¡Riley!

Pisa el freno.

—¿Qué?

Solo puedo señalar.

Mi hermana sigue mi mirada y ve al ejecutor que estamos buscando, alejándose de nosotros.

Cian Mahoney.

Ya sabía que lo amaba, pero verlo hacer algo tan mundano como caminar hacia su auto me llena desde los pies hasta la cabeza de un profundo y nuevo afecto.

Abro la puerta de golpe mientras Riley toca el claxon.

Cian brinca y gira la cabeza en nuestra dirección. En cuanto me ve, esa personalidad fría y de chico guapo que aparenta se desvanece de su rostro. De la misma manera que la actitud brusca y mortal de Finn se suaviza cuando ve a mi hermana.

Empiezo a caminar hacia él. Soy irritantemente lenta, así que viene a mi encuentro y me mira parpadeando, con la boca abierta.

—¿Harper? ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo. —Mis dedos se posan en su antebrazo y su enorme mano se eleva para sujetarme el codo.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando?

—¿Dónde te estacionaste?

Cian pulsa un botón de su llave y un Audi azul oscuro a unos metros de distancia emite un pitido.

Al pasar junto a nosotros, Riley me dedica una sonrisa de ánimo antes de dirigirse hacia la salida del estacionamiento, dejándonos solos.

Tendré que recorrer el resto del camino sola.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, y la reverberación rebota en mis piernas y me hace temblar las rodillas.

Una vez en el coche, Cian arranca el motor y enciende el aire acondicionado.

—*Eh...* —Me coloco el cabello corto detrás de las orejas una, dos, tres veces, porque no puedo comprender cómo se me ocurrió hablar con Cian. Es tan deslumbrante. ¿Cómo no me enamoré de él en cuanto lo vi?

—Harper, ¿qué haces aquí? —La sensibilidad de su voz me debilita, no obstante, lucho por sacar el valor que me trajo hasta aquí—. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que no puedo soportarlo. Antes no me importaba, pero ahora que me importa, es inimaginable.

—Tranquilízate. —Me pone una mano en el hombro y aprieta—. ¿Qué es inimaginable?

—La idea de no volver a verte.

Sus ojos se agrandan y sus hermosos labios se separan. Me mira boquiabierto.

Genial. Esto empezó de *maravilla.*

—Lo que quiero decir es... —Me apresuro a corregirme—. Gracias por ir hasta Hawái para traerme a casa. Pasar tiempo contigo allí cambió mi vida. Y quiero pasar más tiempo contigo. Ni siquiera sé si quieres eso, pero yo...

Se me llenan los ojos de lágrimas. *Perfecto.* Simplemente perfecto.

Me estoy convirtiendo en una máquina de llorar.

Cian sigue mirándome como si estuviera loca.

—Es que no sabía que te importaba. Nadie lo había hecho antes, no de esa manera, y si lo hubiera sabido, yo... Mira, siento cómo me comporté aquella noche en el bar. Siento no haberte llamado.

Cian me agarra por la nuca y me atrae hacia él para besarme. Es tan rápido que casi me da un mareo y, por un momento, me preocupa que se me vuelvan a abrir los puntos. Pero entonces sus labios me devoran hasta dejarme sin oxígeno, y cualquier pensamiento de incomodidad o dolor se esfuma de mi mente.

Irónicamente, que me bese así es como si volviera a respirar por primera vez en días. No sé cómo voy a poder parar.

Se aparta, dejándonos a ambos jadeando.

—Tampoco sabía que te importaba. —Cian me da otro beso salvaje en la boca, deslizando su mano por mi nuca.

Cuando me suelta esta vez, sé que es ahora o nunca.

—Estoy enamorada de ti, Cian Mahoney.

—Repítelo —gruñe contra mis labios.

Probablemente, me arrepentiré de esto, pero con cuidado me arrastro por el coche para sentarme a horcajadas sobre su regazo. Él ya tiene una de sus enormes manos bajo mi vestido, apartándome las bragas. Sus dedos se deslizan dentro de mí como si se sumergieran en un tarro de miel.

Gimo contra su boca abierta mientras nuestras lenguas se entrelazan.

Me ahogo en sus besos, con las caderas temblando mientras sus dedos exploran mi cuerpo sobrecalentado.

¿Cómo llegué hasta aquí? ¿A quién le importa? A mí no. Ni siquiera me importa que estemos a punto de hacerlo en un estacionamiento público. Supongo que las ventanas tintadas servirán, ¿y si no? No me importa.

Este hombre es todo lo que necesito, y lo necesito ahora.

—Te amo. Tanto que no sé cómo he podido vivir sin ti. —Mis palabras salen entrecortadas, pero Cian me gruñe de todos modos mientras se desabrocha los pantalones. Se mueve hasta que su erección suave y aterciopelada se roza contra mí—. *Ah*.

—También te amo, Harper Brennan.

Abro los ojos de golpe y nuestras miradas se cruzan. Mi corazón deja de latir.

—¿De verdad? —susurro.

Cian asiente y me levanta con cuidado por las caderas antes de deslizarme sobre su longitud dura. La sensación que me produce dentro es tan increíble que echo la cabeza hacia atrás como si estuviera contemplando las estrellas.

—Te amo —repite, sujetándome mientras me besa a lo largo de la mandíbula—. Eres una mocosa malcriada, un grano en mi culo, y estás en mis pensamientos cada minuto del maldito día. Me vuelves loco, y no quiero volver a estar cuerdo nunca más. —Cuando me muerde el cuello, jadeo, sin aliento en mis pulmones—. Sé con certeza que nunca quiero vivir sin ti.

Muevo las caderas, gimiendo.

—Cian...

—Nadie te hará daño jamás —gruñe contra mi piel, clavándome los dedos en las caderas—. No dejaré que nadie se interponga entre nosotros nunca más. Si lo intentan, los haré pedazos, joder.

—Cian, por favor. —Jadeo, tan llena, pero necesito *más*...

—Te tengo, cariño. —Cian me mueve arriba y abajo por su polla como si tener sexo en un coche en el aeropuerto fuera algo cotidiano. Y, aunque me duele el costado, disfruto de la experiencia porque esto lo es todo para mí.

Él lo es todo para mí.

—*Oh.* —El placer aumenta mientras lo monto—. *Oh*, Dios, Cian, *sí*.

Empañamos las ventanas tintadas mientras nos decimos más *te amo*.

Algo me dice que nos lo vamos a decir el uno al otro durante mucho, mucho tiempo.

Capítulo 38

Cian

Llega julio, caluroso como el infierno y retumbando como una tormenta en el horizonte. Lo único que no se ha ido al carajo en las últimas tres semanas es mi relación con Harper. Que esté en mi cama todas las noches es realmente la mejor manera de tenerla. Solo superado por tenerla en mi cama todas las mañanas.

Hemos sido inseparables desde el día en que me dijo que me amaba, pero las razones son, en el mejor de los casos, inquietantes y, en el peor, sombrías.

La noche después de que Harper anunciara su intención de separarse de los *Reyes Irlandeses*, Shane se enteró de que un importante acuerdo comercial podría salir adelante. Él y Donal viajaron a Las Vegas al día siguiente para cerrar el trato ellos mismos.

Antes de que subieran al avión, me reuní con ellos.

Quería ser sincero con Shane sobre Harper y yo, sobre mi decisión de abandonar la familia si ella se iba. A Shane no le hizo ninguna gracia, aun así, lo único que me dijo en aquella terminal abarrotada del aeropuerto fue:

«—Suenas como Finn. Hablaremos de esto cuando volvamos. —Fue su decisión final en ese momento».

Por mí está bien. No tenía prisa por que Shane tomara una decisión. Por lo general, a menos que estés conectado con el círculo íntimo del Don y tengas circunstancias atenuantes, incluso sacar el

tema de abandonar la familia es motivo para que te metan en una bolsa para cadáveres.

Cuando salí del aeropuerto esa tarde, me topé con Harper en el estacionamiento. Hablamos de cosas profundas… aunque, la verdad, también hubo bastante contacto físico.

Nuestros destinos estaban en juego. Estábamos en el limbo, esperando el veredicto. Y nada de eso nos importaba, porque estábamos, y seguimos estando, enamorados.

Ese día fue el comienzo de una especie de felicidad para nosotros, pero para los *Reyes Irlandeses*... Ese día resultó ser una declaración de guerra.

Tan pronto como mis amigos me advirtieron sobre el traidor, nos enteramos de que Shane y Donal habían caído en una trampa. ¿El acuerdo de expansión que fueron a cerrar a Las Vegas? Una farsa. Los De Luca y el infiltrado debieron de trabajar juntos para atraerlos allí.

Shane y Donal sufrieron una emboscada. Donal resultó herido. Shane también recibió varios disparos, pero no le llaman *Old Bulletproof* por nada. Ambos sobrevivieron. Finn quiso ir a Las Vegas en cuanto nos enteramos de lo sucedido, sin embargo, Shane se negó a darle permiso para salir de *New York*. Si tanto Finn como su padre salían del estado, sería como dejar a los *Reyes Irlandeses* indefensos.

No quería seguir jugando a favor del enemigo.

Poco después de que Shane y Donal sufrieran la emboscada en Las Vegas, Thomas fue atacado por un agresor desconocido en la ciudad. Escapó con una herida leve de arma blanca, pero su atacante se dio a la fuga.

Mientras se desarrollaba este caos, la noticia de la muerte de Enzo De Luca se extendió como la pólvora por el bajo mundo. Siempre me desconcierta cómo alguien tan odiado en vida puede convertirse en un hombre querido una vez muerto.

El sentimiento anti-*Reyes Irlandeses* dentro de los círculos De Luca y la Mafia Italiana está en su punto más alto. Las declaraciones de guerra dispersas de cerca y de lejos han dado lugar a peleas en *New York*, *Philadelphia* y *Nevada* en las semanas posteriores.

La situación sería peor si los De Luca siguieran siendo una organización completa, unida bajo un líder poderoso. Entonces, esto sería una guerra total. No hay nada más oscuro que eso.

Sin embargo, aunque la falta de cohesión ayuda a que las peleas sean de menor proporción, no podemos rastrear a todas las personas o grupos que simpatizan con nuestro enemigo. No podemos predecir cuándo ni cómo atacarán. Se trata de esfuerzos desorganizados y no oficiales para antagonizarnos y hacernos bajar unos cuantos peldaños en respuesta a la percepción pública de que enviamos a Leo De Luca a la cárcel y matamos a su Don después de asesinar a su hermano, todo ello como una especie de juego de poder.

A pesar de que, en realidad, nada de eso es del todo cierto.

Matar a Matteo De Luca, su anterior jefe, fue una venganza por lo que le hizo a la primera esposa de Finn. Y eliminar a Enzo era necesario por razones obvias.

Las tensiones entre ambas familias mafiosas no han hecho más que aumentar.

En resumen, con una ofensiva a gran escala contra nosotros en casa y en el desierto, y Finn tratando de manejar las cosas en *New York* mientras avanza en sus esfuerzos encubiertos para descubrir al traidor, nadie está pensando en Harper y en mí.

Por ahora, nadie tiene tiempo ni energía para preocuparse.

Estos han resultado ser algunos de los días más oscuros, estresantes y caóticos de toda mi vida profesional como ejecutor y, sin embargo, nunca he sido más feliz. Me ensucio los nudillos de sangre todo el día, pero cuando llego a casa por la noche, Harper está allí, con su más de metro y medio de puro paraíso.

—Déjame ducharme primero. —A pesar de que quiero quitarme la suciedad del día, me empuja sobre su cama *California King* tan pronto como entro por la puerta de su *suite*. Algunas noches dormimos aquí, otras dormimos arriba, en mi habitación.

Depende de dónde la encuentre cuando termino mi jornada laboral.

—¿Por qué? —Se sienta a horcajadas sobre mis muslos y me desabrocha el cinturón—. ¿Para qué vuelvas a ponerte caliente y

sudoroso?

Sus ojos brillan cuando me sonríe. Verla feliz me llena el alma de tanta paz que podría flotar. Ha pasado las últimas tres semanas recuperándose de todo lo que pasó. Todavía no debe esforzarse, pero su recuperación ha sido al pie de la letra. Cuando la encontré por primera vez en las instalaciones de De Luca, recuerdo esa preocupación primitiva en lo más profundo de mi ser. *«¿Y si no lo consigue?».*

Aun así, Harper lo superó, con la mente y su espíritu intactos.

Me sorprende.

Estoy convencido de que la forma en que maneja mi verga es el remedio para cualquier mal día que haya existido.

Mis ojos se cierran cuando me chupa.

—*Mmm*. —La satisfacción retumba en mi garganta.

Mis dedos encuentran su cabello y mis músculos se tensan mientras me succiona todo el placer. Desliza su lengua desde la base hasta la punta, como la consumidora de paletas más diligente de la historia.

Una vez que está lo suficientemente caliente y excitada, se baja, se quita el resto de la ropa y se sienta en mi polla como si fuera un trono.

Esta ha sido su rutina durante los últimos días. Cuando vuelvo del trabajo, me lleva a la superficie cómoda más cercana, me succiona y luego se sube encima de mí y cabalga mi verga como le da la gana.

Y me quedo tumbado mirándola mientras me excita, sabiendo que después de que se corra, tendré la oportunidad de hacerlo a mi manera.

Al principio, se mueve lentamente, buscando el ángulo que más le gusta. Una vez que lo encuentra, me monta con fuerza, como si intentara profundizar la división entre sus muslos.

Quiero que me mire mientras lo hace, pero normalmente no lo hace hasta que le pongo la mano alrededor del cuello.

Su mirada excitada recorre mi brazo hasta mi hombro, luego mi cuello, y finalmente se detiene en mi rostro.

Cuando nuestras miradas se cruzan, ahí está.

Esto que hay entre nosotros. No puedo explicarlo. Cuando nos miramos, es como si un adhesivo invisible nos mantuviera unidos. Una conexión inquebrantable.

Balancea sus caderas, susurrando mi nombre, y uso los dedos alrededor de su garganta para guiarla más cerca hasta que está lo suficientemente pegada a mí como para besarla.

Nuestras bocas se encuentran mientras me monta, con fuerza y necesidad.

Contra mis labios, gime:

—*Sí, sí, sí.*

—Sí *¿qué*? —Le clavo la otra mano en el trasero.

—Me encanta tu polla. —Un estremecimiento recorre su cuerpo. Apoya la frente en la mía como si necesitara un apoyo extra.

—Buena chica. —Aprieto un poco más su cuello—. Tómalo todo.

Un hombre solo puede soportar tanta provocación antes de responder diez veces más fuerte.

No me cuesta nada pasar mi brazo por la cintura de Harper y darnos la vuelta. Engancho mis manos debajo de sus rodillas y las abro de par en par.

—¿Ya? —Jadea, con las mejillas salpicadas de manchas de rojo brillante—. Quería... hacerte correr...

—Oh, lo harás, cariño. —Me introduzco en ella todo lo que puedo, difuminando mi propia consciencia con un placer que me confunde la mente—. Siempre lo haces.

Harper y yo gemimos cuando me retiro y vuelvo a penetrarla.

Su cama de alta calidad no hace ruido mientras nos movemos juntos, ambos acercándonos al nirvana.

Poco después, nos derrumbamos, sumergiéndonos en el placer posterior. Los temblores y las réplicas recorren su cuerpo, haciéndola retorcerse a mi lado.

Más tarde, nos dirigimos al lujoso baño de Harper y nos limpiamos. Me meto en la ducha y la jalo, que de otro modo me habría dejado solo, para que se meta conmigo.

No tengo que decirlo porque ya lo sabe, pero estoy discretamente obsesionado con bañarla. ¿Mi teoría? Hay algún tipo de droga psicoactiva en el gel de baño que usa. Las mujeres deben

ser inmunes a ella, porque en cuanto ese dulce aroma llega a mi nariz, no puedo quitarle las manos de encima.

Una vez que estamos limpios, secos y vestidos, nos trasladamos a mi *suite*. No importa dónde acabemos teniendo sexo, parece que siempre acabamos durmiendo en mi habitación.

La acerco a mí, con su espalda pegada a mi pecho, porque ahora ella es la que encaja entre mis brazos.

Enamorarse es una metamorfosis, eso es lo que he aprendido. Si se hace bien, también es lo más gratificante que hay en la vida.

Ella se acurruca más, con la voz amortiguada por la almohada.

—¿Qué?

—¿Te has dado cuenta de que...? —Le doy un beso en la coronilla—. ¿Que últimamente pasas casi todas las noches en mi cama?

Asiente con la cabeza y exhala profundamente cuando termina.

—Es raro, ¿verdad? Yo... —Traga saliva—. Nunca me había sentido así por alguien.

—Yo tampoco.

Este momento daría miedo si no estuviéramos envueltos el uno en el otro como dos boas constrictoras. Volvemos a quedarnos en silencio durante unos instantes y luego Harper agrega:

—¿Deberíamos hablar de por qué es así? —Su cuerpo se tensa contra el mío y luego se relaja. La abrazo un poco más fuerte.

«¿Qué hay que hablar?».

—Creo que simplemente... te amaré para siempre. —Con una mano, le acaricio el costado—. Te amo desde aquella noche en el club y te amaré hasta mi lecho de muerte.

Una vez que las palabras están en el aire entre nosotros, su gravedad me abruma. ¿Es este el momento adecuado? ¿Dije lo correcto? El silencio de Harper me desconcierta, y entonces se da la vuelta para observarme, con lágrimas en sus ojos.

Pasa su pierna por encima de mi cadera y coloca su brazo sobre mi pecho. Me giro hacia mi izquierda y la atraigo hacia mí. Nuestras miradas se cruzan en la oscuridad, como lo han hecho tantas veces antes, de tantas formas diferentes.

—También te amo. Para siempre —solloza, hundiendo la cabeza en mi cuello. La rodeo con mis brazos por la espalda, sujetándola en su sitio.

Entonces, me doy cuenta, o tal vez ya lo sabía, de que, aunque el mundo se derrumbara a nuestro alrededor, me importaría un comino.

Mientras tenga *esto*, nada más importa.

Mi teléfono suena en la mesita de noche a mi lado. El repentino inicio del tono de llamada nos hace saltar a ambos.

Odio recibir llamadas a altas horas de la noche. Nunca son buenas noticias.

Harper mira hacia el teléfono.

—¿Quién es?

Agarro mi teléfono y veo el identificador de llamadas.

—Finn.

Pulsando el botón de respuesta con el pulgar, me acerco el dispositivo a la oreja. No consigo articular ni una sola sílaba antes de que la voz áspera y entrecortada de Finn se oiga, con ansiedad en cada palabra. Algo está mal.

—*Estamos en la sala de crisis. Ven aquí. Ahora mismo*.

Me incorporo un poco y Harper lo hace conmigo.

—¿Qué sucede?

—*Un acontecimiento importante*. —Finn hace una pausa, estratégica y ominosa—. *¿Está Harper contigo?*

—Sí.

—*No reacciones.* —Las alarmas se disparan dentro de mí. Lo que sea que esté a punto de decirme es una maldita bomba—. *Es Leo De Luca.*

¿*Leo De Luca*? ¿El heredero de la Mafia De Luca? ¿El imbécil que está en la cárcel de por vida? ¿Qué tipo de problemas podría haber causado desde detrás de las rejas?

—*Salió de la cárcel.* —La voz áspera de Finn es sombría como la muerte. La conmoción me aleja del momento—. *Salió por un tecnicismo. Ya te puedes imaginar el resto*. —Finn me cuenta la verdad como si el solo hecho de decirla lo devastara—. *Es oficial, Cian. Estamos en guerra.*

Epílogo

Rory

El síndrome del túnel carpiano es real. Lo juro, llevo tanto tiempo haciendo esto que mis dedos están a punto de caerse.

Me crujo los nudillos de ambas manos, las sacudo y me recuesto en la silla de mi oficina. Puede que me duelan los dedos, pero no puedo descansar mucho tiempo.

La guerra que se avecina entre nosotros y los De Luca se vuelve cada día más peligrosa.

Los aliados y enemigos de ambos bandos han estado caminando por la delgada línea que separa mantenerse al margen e involucrarse. Mantenerse al margen de la lucha revela lo superficiales que son algunas de nuestras alianzas, e involucrarse crea la posibilidad de una guerra de pandillas regional más amplia.

Nadie quiere eso.

Sin embargo, Leo De Luca y su familia nos odian. La intensidad emocional y egocéntrica de Leo y su ferviente deseo de acabar con los *Reyes Irlandeses* le dan fuerza, pero también lo hacen impredecible. Hasta dónde está dispuesto a llegar... quizá ni *él* mismo lo sabe.

Leo De Luca está armado, es peligroso y está completamente desquiciado.

Y su odio y su siniestra creatividad no encuentran ningún obstáculo. No tiene a su padre ni a su tío, ni una administración De Luca fuerte que lo controle o frene su nuevo poder.

Nadie sabe qué esperar de su mandato como Don, y menos nosotros.

En este momento, está totalmente a la ofensiva, lo que significa que estamos atrapados jugando a la defensiva.

Un lugar horrible en el que estar al comienzo de una guerra.

Por eso Shane me asignó una misión especial tan pronto como se supo la noticia de la libertad de Leo.

Buscar una forma de controlar a los De Luca y mantenerlos bajo control.

En otras palabras, nuestro objetivo no es aplastar a los De Luca. No necesitamos matarlos a todos y arriesgarnos a las repercusiones.

Lo que necesitamos es influencia.

Algo que detenga el tren descontrolado de Leo, como un sistema de frenos de emergencia... como información privilegiada sobre lo que le importa a Leo. ¿Qué obligaría a un loco como él a replantearse sus planes de venganza y a retirarse?

Exhalo un suspiro de irritación. Llevo semanas encerrado en esta oficina trabajando en esto.

¿Y hasta ahora? Nada.

Al parecer, Leo De Luca ha sido impredecible toda su vida. Era un chico tonto que trabajaba en puestos de mayor responsabilidad de los que debía cuando fue detenido en *New York* hace unos años y extraditado a *Nevada* para enfrentarse a cargos de tráfico de personas.

Desde entonces ha estado en prisión, sin visitas, sin cartas ni correspondencia. Sus únicas llamadas telefónicas eran a simpatizantes de los De Luca.

Desde afuera, parece que lo único que le importa es acabar con los *Reyes Irlandeses*. Quiere vengarse por los años que pasó entre rejas. Quiere vengarse por su padre, al que matamos en represalia. Quiere vengarse por su tío Enzo, aunque, por lo que sé, nunca se llevaron bien.

¿Ya mencioné que quiere venganza?

Básicamente, el tipo busca venganza por todas y cada una de las injusticias o desaires que los *Reyes Irlandeses* cometieron contra los De Luca. Tras el asesinato de su padre y su detención, la caída en

desgracia de la familia fue casi total. Muchos no creían que se recuperarían jamás de toda esa catastrófica desgracia.

Ahora que salió de la cárcel, Leo quiere demostrar que todos se equivocaban.

Pero incluso con su aparente hiperconcentración, tiene que haber *algo* que le importe más que la violencia, el orgullo y la gloria.

Si lo hay, aún no lo he encontrado. A pesar de buscar constantemente. Esta tarea me parece equivalente a darme cabezazos contra la pared durante ocho horas seguidas al día.

Desafortunadamente, no puedo parar. Necesito encontrar *algo.*

Estiro las muñecas, vuelvo a colocar los dedos sobre el teclado, abro el archivo de Leo y lo reviso por enésima vez. Hay una página dedicada a los miembros de su familia.

Cuando me detengo en Matteo De Luca, un pensamiento fugaz me pasa por la mente.

«A veces, lo único lo suficientemente fuerte para destruir algo… es ese algo mismo».

Me quedo quieto. ¿Y si la mejor manera de derrotar a los De Luca es usar sus propias estrategias contra ellos?

El manual de estrategias de Matteo De Luca. Para vengarse de nosotros por lo que le pasó a Leo, ¿qué hizo? Secuestró y mató a la primera esposa de Finn. Finn lo persiguió y lo asesinó.

Enzo intentó vengarse de Finn, fracasó, y ¿qué intentó después?

Secuestró a la segunda esposa de Finn.

Las ideas se me ocurren una tras otra.

La debilidad de los De Luca. ¿Y si son las mujeres?

Haciendo clic rápidamente, examino el expediente de la familia De Luca, revisando a todos los miembros conocidos de la familia de los que tenemos información en nuestra base de datos.

Los padres de Leo fallecieron. No tiene hermanos.

No hay ninguna mujer de valor a la vista.

Me froto la nuca. *Maldita sea.* Creía que tenía algo.

Con un suspiro, dejo los archivos y hago clic en las fotos de vigilancia que hemos recopilado a lo largo de los años. No espero nada, así que mi pulso se acelera cuando veo la foto de una mujer a punto de subir al coche De Luca. Es una foto de perfil y lleva gafas

de sol. Lo único que puedo decir con certeza es que tiene la piel pálida, el cabello oscuro y ondulado y unas curvas suaves.

Mira por encima del hombro hacia las tiendas que hay detrás de ella con una expresión casi melancólica. Como si no quisiera marcharse.

Parpadeo. *«¿De dónde diablos salió eso?».*

Sacudo la cabeza para despejar ese pensamiento aleatorio. No estoy aquí para psicoanalizar a nadie... Solo necesito encontrar una ventaja. Sin embargo, esta es la única foto que veo de la mujer y no tengo ni idea de quién es. Ni siquiera sé si es importante para los De Luca.

Estudio la foto durante mucho tiempo, grabándola en mi mente.

—Si existes, te encontraré —prometo.

Luego, me obligo a seguir adelante y continuar con la búsqueda.

No descansaré hasta encontrar la manera de acabar con los De Luca de una vez por todas.

Por cualquier medio que sea necesario.

El fin

¿QUÉ SIGUE?

¿Quieres más? Sigue leyendo para conocer un adelanto de TENTACIÓN ROBADA, el tercer libro de la Serie Reyes Irlandeses.

Cuando su hermano planea subastar su virginidad, Kiara De Luca huye a los brazos de Rory O'Connor, un enemigo de su familia, lo que desata una pasión peligrosa y prohibida que podría destruirlos a ambos.

TENTACIÓN ROBADA
AVANCE

CAPÍTULO UNO
Kiara

La luz de la luna es mi favorita.

La pintura plateada salpica la piel de mis nudillos mientras sujeto un pincel largo y fino entre el pulgar y el índice de mi mano izquierda.

Con la otra mano, me seco el sudor que me resbala por la frente. El clima de Manhattan suele ser más fresco en esta época del año, pero incluso con las ventanas abiertas y una suave brisa que sopla desde el agua, la ciudad de *New York* está que arde este

septiembre. Cuando la luz del sol entra por todas las ventanas de mi estudio, a menudo me siento como una hormiga asándose bajo una lupa.

Sin embargo, no me molesta el calor. Eso es bueno, teniendo en cuenta que no he podido salir de la mansión De Luca desde el asesinato de mi padre hace unos meses. Construir este lugar para mi madre fue lo único bueno que hizo ese hombre. Este estudio es mi único escape del resto de la casa.

A veces el calor es sofocante aquí arriba, o hace un *frío glacial* en invierno, pero al menos el lugar es bonito.

Techo de cristal de cuatro metros y medio. Paredes cálidas, revestidas de estuco rojo. El espacio es pequeño y cuadrado y está situado en la azotea de la mansión donde he vivido toda mi vida. Donde mi madre vivió y murió. En una esquina del estudio se encuentra la mecedora de mimbre donde solía descansar y ver cómo yo, de niña, jugaba con sus pinceles y los agitaba como si fueran varitas mágicas.

Para mí, realmente creaban magia, porque las excepcionales pinturas de mi madre nacían de esos pinceles. Miro esa silla, ahora vacía, y recuerdo cómo la luz artificial se reflejaba en su rostro la última vez que la vi, cansada y apagada en una cama de hospital...

«Querida, hay algo que debo decirte antes de morir».

Mientras aparto el recuerdo e inclino la cabeza, siento un pequeño cosquilleo.

Mi cola alta, en la que siempre recojo mi cabello castaño oscuro antes de trabajar, cuelga lo suficiente como para tocar la base de mi cuello mientras pinto. Sacudo el cabello de mi piel de la misma manera que un caballo agita la cola para ahuyentar a las moscas.

Miro a Mae Averies.

—¿Tienes tiempo para otro corte de cabello?

Ataviada con un vestido verde y un delantal de arpillera, está sentada junto a la puerta abierta que da a la azotea, tarareando mientras repara unos pantalones.

Oficialmente, pertenece al personal de limpieza de la mansión. Extraoficialmente, es mi *au pair* de toda la vida y mi mejor amiga.

Mi pregunta la lleva a detener su melodía y a mirarme con curiosidad con sus ojos marrones.

—¿Ya te llega al cuello?

—Lo sé. —Retiro la mano con la que estoy pintando el lienzo y suspiro molesta—. No sé por qué me creció tanto el cabello este verano.

La francesa de cuarenta y siete años me sonríe radiante, con los ojos brillantes de amor por la niña a la que ayudó a criar.

—Mi madre solía decir que el cabello de una joven crece más rápido cuando está enamorada.

Nunca tendré la oportunidad de enamorarme, pero aun así es una idea bonita.

Tan rápido como apareció, la sonrisa se desvanece de mi rostro.

Vuelvo a pensar en mi madre.

Concretamente, en lo que me dijo en su lecho de muerte.

Nuestra relación solía ser lo único en la vida de lo que estaba segura. A pesar del horror de nuestras vidas y la crueldad de los hombres desagradables que nos gobernaban, compartíamos una conexión estrecha y maravillosa.

Cuando se enfermó, me resultaba imposible imaginar la vida sin ella, pero sabía que solo tendría que pensar en ella para recordar lo que era ser amada y apreciada. El cariño que me tenía, muy parecido al que Mae me tiene, puede que sea el único amor que reciba jamás.

Y eso está bien.

Desear más de lo que tengo es tan absurdo como leer cuentos de hadas para encontrar pistas sobre la vida real. Aunque me encantan los cuentos de hadas y siempre los amaré. Eran una de las cosas que nos unían a mi mamá y a mí. Las historias fantásticas sobre personas y magia nos proporcionaban el escape que necesitábamos desesperadamente.

Entendí que seguir adelante sin ella llenaría mi corazón de un dolor indescriptible, pero nunca imaginé que su muerte revelaría el secreto de mi concepción.

Un secreto que lo cambió *todo.*

Lo que sentía por ella. Lo que siento por mí misma.

Antes de su muerte, nunca supe que la vergüenza podía adherirse a mi cuerpo como una segunda piel. Y cada vez que me miro en el espejo, recuerdo esta profunda sensación.

La verdad es que, desde que mi mamá me reveló las circunstancias en las que fui concebida, mi estabilidad mental pende de un hilo. Durante años, me entregué a todas las distracciones posibles para mantener mi mente alejada de esa impactante revelación.

Y cuando fallo, la desesperación me golpea como un tambor. De vez en cuando, fantaseo con despertarme a mitad de la noche e ir de habitación en habitación mientras vacío un barril de gasolina antes de arrojar un cerillo encendido.

Sueño con un incendio lo suficientemente grande como para consumir a todas las personas que se asocian con los monstruos que mantuvieron a mi madre encerrada aquí.

Las mismas personas que *me* han mantenido encerrada aquí toda mi vida.

Una frustración y una desesperación inútiles brotan en mi pecho. No soporto este lugar. Quizás algún día tenga suerte y un tornado descontrolado caiga sobre la ciudad, apuntando solo a esta mansión y arrasando todo el edificio.

Una chica puede soñar, al fin y al cabo.

Los músculos de mi mano se acalambran, protestando por la falta de descansos en mi sesión de pintura de horas. Dejo el pincel y crujo los nudillos, y abandono mi puesto en busca de la jarra de agua plateada. Está sobre mi armario de arte, con la luz del sol reflejándose en su cuerpo curvo.

Mientras me sirvo un vaso y bebo unos sorbos helados que me congelan el cerebro, Mae se acerca a mi caballete. Su pequeño grito ahogado me distrae de mi retorcida familia mafiosa.

—*Oh*, Kiara... —Las lágrimas se acumulan en sus ojos redondos y expresivos—. Es hermoso. Tu madre, ella... habría estado tan...

La puerta de mi estudio de pintura se abre de golpe.

El miedo se apodera de mis brazos y piernas, inmovilizándome.

Mae lleva trabajando aquí más tiempo del que yo tengo de vida, pero sigue retrocediendo como un personaje secundario fuera de

lugar cada vez que aparece un hombre de la familia De Luca.

A diferencia de Mae, me niego a retroceder. En cambio, me coloco delante de ella mientras unas pesadas botas italianas de cuero entran con paso decidido en la habitación. La experiencia me ha enseñado que esconderse es una pérdida de tiempo. No hay ningún lugar en la mansión donde este monstruo no me encuentre, y él disfruta viendo mi miedo.

A pesar de mi determinación, la visión de los rasgos largos y afilados de mi torturador encoge mis pulmones hasta un tamaño microscópico, junto con las respiraciones que tomo.

Es la viva imagen de su imbécil padre. Sus ojos marrones, más oscuros que la tinta, están profundamente hundidos en su rostro implacable y con el ceño fruncido. Su nariz, afilada como una cuchilla, apunta directamente hacia una boca delgada e implacable que suele estar fija en una mueca cruel. Su piel olivácea coincide con la mía.

Anillos adornan sus largos y despiadados dedos. Tatuajes familiares cubren su cuello y antebrazos. Sus uñas también son largas y suelen estar manchadas de sangre en los bordes.

Es como si cometiera tantos actos malvados que ni siquiera el agua y el jabón pudieran limpiar sus manos.

El monstruo es mi medio hermano. Leonardo De Luca.

Leo.

Incluso en la intimidad de mi mente, solo susurro su nombre, por si acaso pensarlo en voz alta pudiera hacer que se materializara como un Voldemort mafioso demente.

Leo es así. Casi clarividente, en el peor sentido posible.

Hoy huele a sudor y a un perfume dulce y empalagoso, lo que solo puede significar que vino directamente aquí después de alguna aventura sexual.

Qué asco. Mi estómago se revuelve ante la idea de él en la cama con una mujer. Mi primer impulso es compadecer a quienquiera que sea ella. Por lo que sé, la sangre bajo sus uñas es suya.

Si es como su padre, y lo *es*, puede que haya intentado forzarla.

Esa idea me mata por dentro.

Sin embargo, lo peor de todo es esa pequeña parte de mí que se siente aliviada. La cruda y horrible verdad es que Leo es menos violento conmigo después de haberse satisfecho con otra persona.

El alivio me llena de un torrente de autodesprecio, pero sobre todo me siento ansiosa.

Siempre estoy ansiosa en su presencia. Solo intento por todos los medios no demostrarlo.

Leo entra en la habitación sin ser invitado, envenenando el aire a su alrededor.

Ocupa el lugar de Mae detrás de mi caballete. Espero que esa sea la única razón por la que está aquí... para inspeccionar mi trabajo con ojos perezosos.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas mientras su mirada aguda recorre el cuadro en el que he estado trabajando durante las últimas dos semanas. Está inspirado en *Hansel y Gretel.*

En cuanto termine, planea vender la pieza. Lo de siempre. La misma historia de siempre, una y otra vez.

—¿Y bien? —Leo habla sin siquiera echarme un vistazo.

—Y bien, ¿qué? —Aprieto mi mano derecha con la izquierda.

—¿Es lo mejor que puedes hacer? —Su voz grave y firme me inquieta. Es una fachada, como aguas tranquilas que esconden serpientes marinas viciosas en sus profundidades.

Abro la boca. Esta es solo la tercera vez que Leo inspecciona mi trabajo, así que no sé qué esperar. Nada de lo que diga lo complacerá, ni puedo predecir lo que me preguntará. Sus preguntas incisivas surgen de la nada.

—Debería terminar el cuadro mañana...

—¿Me desafías? —Se gira hacia mí, clavándome su mirada oscura. Arquea las cejas—. Te pregunté si *esto* es lo mejor que puedes hacer.

—Yo... —Me faltan las palabras, así que dejo de intentarlo.

Cuando mi silencio continúa, entrecierra los ojos.

Con una mano, arranca mi lienzo del caballete y lo lanza por la ventana abierta.

Mae da un grito ahogado, pero mi atención sigue puesta en Leo. Sé que no debo apartar la mirada de un depredador. Sobre todo,

porque Leo no deja de fijarse en mí.

Mi sangre se convierte en hielo. Quiero escapar, mas no hay ningún lugar a donde ir.

La idea de seguir al cuadro por la ventana, volar por los aires antes de estrellarme contra las fuentes de abajo, pasa por mi mente antes de que la aleje.

Es solo un impulso fugaz, nada más. Mi madre nunca querría que me rindiera.

—No aceptaré nada menos que la *excelencia* en mi subasta. —Se cruje los nudillos, y cada chasquido me eriza la piel de los brazos—. Empezarás de nuevo. Ten el cuadro listo para el viernes por la noche. *Será* tu mejor obra.

¿Un cuadro completamente nuevo? ¿Quiere que cree una especie de obra maestra en solo tres días? La incredulidad y la desesperación me revuelven el estómago.

La intensidad de su atención me atraviesa la piel como cien cuchillos diminutos, así que bajo la vista hacia su clavícula.

Me agarra la cara, clavándome los dedos en las mejillas y obligándome a levantar la vista hacia él.

—Respóndeme o te arrepentirás, pequeño insecto.

«Ya me arrepiento», quiero gritar.

Sus garras apestan a sexo, como si los dedos que me agarran las mejillas hubieran estado dentro de alguna mujer cualquiera hace solo cinco minutos. El asco que me quema por dentro es suficiente para hacer que las lágrimas calientes broten de mis ojos desafiantes. El sabor metálico de la sangre me sube por la nariz. No quiero abrir la boca, no sea que alguno de los olores se cuele en ella…

—¿Sigues resistiéndote? —Las afiladas uñas de Leo se clavan más profundamente en mi suave piel hasta que me duele la mandíbula bajo la fuerza de su agarre—. ¿Necesitas que te recuerde lo que pasó la última vez que intentaste rebelarte?

No puedo evitar mirar instintivamente a Mae ni el estremecimiento que sacude mi cuerpo. El ácido crece en mi estómago. Cuando Leo se dio cuenta de que las palizas ya no me motivaban lo suficiente como para hacer lo que quería, se centró en

Mae. Hizo que uno de sus asesinos me sujetara mientras le aplastaba el meñique con un martillo.

—No —suelto la palabra entre dientes.

Leo entrecierra los ojos.

—No ¿*qué*?

Trago saliva, con la boca seca como un hueso, mientras el recuerdo de los gritos de Mae resuena en mis oídos.

—No, señor.

—Eres un buen insecto. —Riendo entre dientes, me suelta y me acaricia la cabeza como a un perro antes de dirigirse al centro de la habitación.

Mientras está de espaldas, me froto la mandíbula adolorida y miro a los ojos muy abiertos de Mae. Brillan con una mezcla de miedo y tristeza. Mae odia que Leo la utilice como ventaja para mantenerme a raya.

—La próxima obra que pintes... —Extiende los brazos y se gira para mostrar una sonrisa cruel que me pone los vellos de punta—. Tiene que ser el argumento de venta definitivo. ¿Entendido?

—¿El argumento de venta… definitivo? —¿Qué diablos significa eso?

Olvídalo. Algo me dice que no quiero saberlo.

—Así es. —Su amplia sonrisa se convierte en una más pequeña y oscura—. El sábado no solo venderemos un cuadro. Vamos a vender a la artista.

Cuando comprendo sus palabras, mi corazón deja de latir. No entiendo exactamente qué significa vender a alguien en el mundo en el que vive la gente normal y corriente, pero en mi mundo, cuando los mafiosos hablan de vender a una persona, lo dicen literalmente. Las venden como si fueran una propiedad para obtener ganancias.

«Vamos a vender a la artista». Esas seis palabras me dan vueltas en la cabeza como un trompo.

Los aficionados dibujan y pintan por diversión o como terapia. Los profesionales crean arte para cultivar sus carreras y mantenerse. A mi madre se le prohibió hacer ambas cosas.

En cambio, se vio obligada a crear arte para hombres horribles que se apoderaron de su trabajo, lo vendieron por millones y se

quedaron con cada centavo.

Y después de explotarla hasta la muerte, me ordenaron que ocupara su lugar y creara pinturas para *Libertas*, el maestro anónimo que inventaron para ocultar nuestras verdaderas identidades.

En conjunto, la familia De Luca ha estado lucrándose con nuestro arte durante más de veinte años.

Y ahora... ¿Leo dice que va a venderme?

La voz de Mae tiembla.

—No puedes decir en serio...

—He recibido ofertas. —El triunfo en su rostro brilla más que el sol afuera—. Resulta que hay mucha gente dispuesta a pagar una fortuna por poseer al misterioso *Libertas*.

Oh, Dios.

Me apoyo en mi armario de arte antes de que mis piernas gelatinosas se rindan. *«¿Esto está pasando de verdad?».* Trago saliva horrorizada.

Las lágrimas brotan de los ojos de Mae, que baja la mirada al suelo mientras niega con la cabeza.

—¿Por qué esas caras tristes? Esta es la mayor oportunidad financiera que ha tenido esta familia. Todos deberíamos estar contentos de que se me haya ocurrido. —Leo sonríe y enciende un cigarro mientras se dirige hacia la puerta.

—No puede hacer esto —protesta Mae en voz baja, pero Leo se detiene de todos modos.

La sangre se me va de la cabeza cuando se gira lentamente.

—¿Que no puedo hacerlo? —La ira brilla en sus ojos antes de que una sonrisa amenazante se eleve en su boca.

Mientras se acerca, Mae se encoge, su pequeña figura temblando de miedo.

—Leo, detente. No lo dijo en serio. —Me interpongo en su camino de nuevo, pero me empuja.

Cuando mis rodillas golpean el suelo, una onda expansiva de dolor recorre mis piernas.

Me levanto lo más rápido que puedo; lamentablemente, ya es demasiado tarde. El grito de Mae me rasga los huesos y el olor acre de la piel quemada sobrecarga mi sistema nervioso. Con

movimientos descoordinados, me tambaleo hacia ellos, casi cayendo sobre Mae, que yace en el suelo llorando desconsoladamente. Con delicadeza, le aparto el brazo que sujeta contra su pecho. Una fea quemadura circular estropea la piel cremosa por encima de su muñeca.

Tragándome las palabras amargas que tengo en la lengua, la abrazo y le susurro palabras tranquilizadoras mientras la furia hierve en mi interior. Cualquier cosa que diga solo aumentará la probabilidad de que Leo inflija aún más dolor a mi única amiga.

Con una sonrisa burlona, Leo sacude la ceniza a nuestros pies y regresa a la puerta.

—Si no terminas mi cuadro para el viernes por la noche, volveré a sacar el martillo y, esta vez, no me detendré con un solo dedo. De todos modos, ella no vale nada, así que estoy seguro de que se las arreglará perfectamente con una sola mano.

Me muerdo la mejilla, concentrándome en el sabor metálico y salado de mi sangre, en un intento por evitar gritar o lanzarme sobre su cabeza.

Lo odio tanto. Ojalá fuera más fuerte y valiente. Por una vez, me encantaría ver miedo en sus ojos, verlo acobardarse y suplicar. Le mostraría la misma misericordia que le otorgó a Mae, y entonces ambas abandonaríamos este purgatorio eterno para siempre.

En cuanto se marcha, corro al baño y tomo el botiquín de primeros auxilios que hay debajo del armario. Las lágrimas siguen brotando de los ojos de Mae mientras desinfecto la quemadura, le aplico pomada y le vendo la herida con una gasa holgada.

Cuando termino, sus sollozos se han convertido en hipos y gemidos. Me abraza temblorosamente y le doy unas palmaditas distraídas en la espalda. Creo que todavía estoy aturdida. No solo por el ataque de Leo, sino también por lo que dijo.

Va a venderme a otro mafioso. A otro hombre que me matará trabajando, igual que los De Luca hicieron con mi madre. Quien, como Leo, me mantendrá encerrada pintando. Solo que con una gran diferencia.

Por terrible que sea mi situación actual, trabajar para Leo tiene una ventaja significativa.

Tenemos el mismo padre. No soy tan ingenua como para no comprender que nuestro parentesco es lo único que me protege de su agresión sexual.

Eso no será así con quienquiera que me compre. Supongo que es hora de rezar para que me toque un viejo con un pie en la tumba y disfunción eréctil permanente.

Observo fijamente por encima del hombro de Mae. Mi mente evoca imágenes de mí misma encerrada en una celda con un caballete y un pincel, obligada a crear desde el amanecer hasta el anochecer para generar dinero para mi carcelero. Esa posibilidad es solo ligeramente mejor. Al menos aquí, cuando pinto, puedo fingir que lo hago por amor. Puedo visualizar lo mucho que me divertía pintando con mi mamá.

Una vez que Leo me venda a otra persona, una vez que me vaya de aquí, esos buenos recuerdos se desvanecerán. La nostalgia desaparecerá. Estaré confinada en un espacio desconocido como prisionera de algún criminal. Un caballo de batalla hasta que muera.

Me da vueltas la cabeza y la bilis me pica en la garganta. Aunque una parte de mí cree que me lo merezco.

Leo es un monstruo. De esos que me dan ganas de meterme debajo de la cama más cercana. O mejor aún, encontrar un lanzallamas y mandarlo directamente al infierno.

Nos criamos como primos y se propuso aterrorizarme en cada oportunidad que se le presentaba.

Y hubo muchas oportunidades.

Me ha llamado *pequeño insecto* desde que tengo memoria.

Desde que era pequeña y cometí el terrible delito de saludarlo en el pasillo. Al día siguiente, me inmovilizó en el suelo y me obligó a ver cómo torturaba a una cucaracha hasta matarla. Dijo que *eso* era lo que me pasaría si volvía a hablarle sin su permiso. Siempre se las arreglaba para hacerme daño *accidentalmente*. Como aquella vez que me tiró café hirviendo en el brazo, o cuando me dio en el estómago con una pelota de béisbol. Básicamente, me convertía en un moretón andante cada vez que estaba cerca.

No fue hasta que lo enviaron a una prisión de Las Vegas hace cinco años que supe lo que era respirar por primera vez. Nunca me

di cuenta de que había estado conteniendo la respiración cada momento que estaba despierta, hasta que nos separaron miles de kilómetros.

Toda mi vida pensé que era simplemente malvado. Por eso se esforzaba tanto en atormentarme y disfrutaba tanto haciéndolo. Pero desde que descubrí el secreto que él siempre había sabido... entiendo su odio hacia mí.

Los hipos de Mae resuenan en la habitación mientras sigo preocupándome. Leo ha querido deshacerse de mí desde antes de que naciera. Ha jurado hacerlo más veces de las que puedo recordar.

Ahora, por fin, llegó su oportunidad.

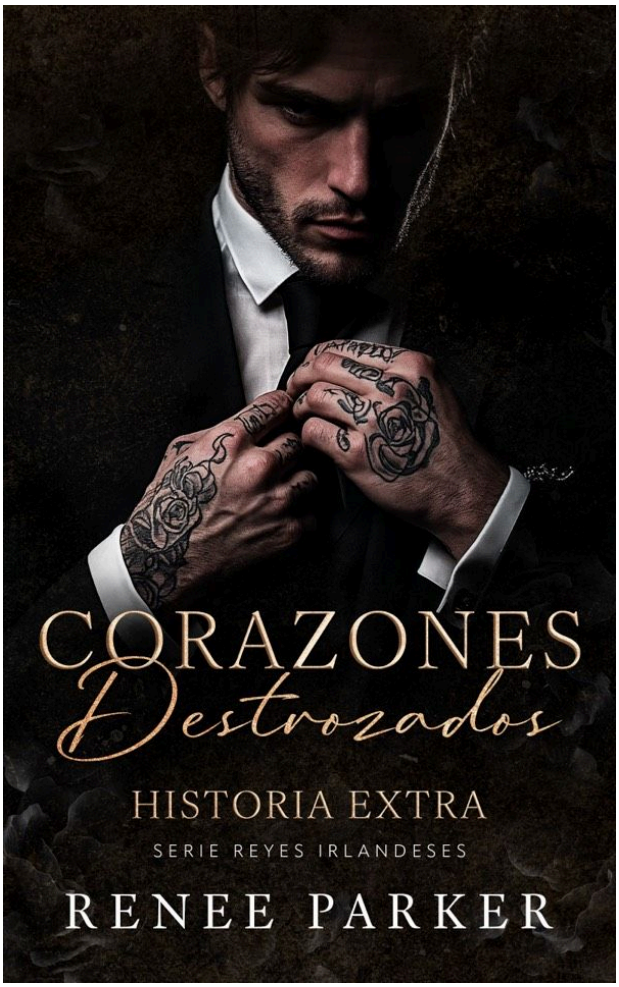
A menos que encuentre una forma de salir de este lío, mi vida actual, por miserable que sea, podría empezar a parecer pan comido dentro de tres días.



Historia extra GRATIS

¿Tienes curiosidad por saber en qué apasionantes aventuras se sumergen Riley y Finn después del primer libro? Tienes suerte, tengo una historia extra exclusiva solo para ti. Riley está lista para subir la temperatura y, créeme, las cosas se ponen muy calientes.

¡Haz clic **AQUÍ** para conseguir tu historia extra GRATIS hoy mismo!


CORAZONES
Destrozados
HISTORIA EXTRA
SERIE REYES IRLANDESES
RENEE PARKER

Únete A La Comunidad Exclusiva De Lectores

Sé el primero en descubrir los nuevos lanzamientos, las portadas y el contenido exclusivo, ¡todo ello creado especialmente para fans como tú! **Suscríbete** a mi boletín y desbloquea emocionantes beneficios:

- **Acceso anticipado a nuevos lanzamientos**: sean los primeros en enterarte de los próximos libros y las fechas de lanzamiento.
- **Avances exclusivos**: echa un vistazo a capítulos, ilustraciones y contenido extra..
- **Sorteos y ofertas especiales:** participa para ganar libros gratis, productos exclusivos y mucho más.
- **Invitaciones al ARC Team**: únete al equipo de lectores que obtendrán copias avanzadas y ayuda a dar forma a la historia.

Si están listos para formar parte de una comunidad de amantes de los libros que adora las novedades, haz clic en el enlace de abajo para registrarte hoy mismo. ¡Estoy deseando darte la bienvenida!

HAGA CLIC AQUÍ PARA SUSCRIBIRSE

Agradecimientos

Escribir una serie es una tarea enorme, que requiere demasiadas dosis de cafeína, búsquedas cuestionables en Google y la capacidad de funcionar con muy pocas horas de sueño. Para mí, también es un sueño hecho realidad, y estoy profundamente agradecida con todos los que me han ayudado a hacer realidad mi sueño.

Mi más sincero agradecimiento al increíble equipo de RoseHarbor Publishing. Desde la edición de textos hasta el diseño de la portada y el *marketing*, todas las personas que han participado en esta serie han desempeñado un papel crucial para dar vida a estos libros. Estoy más que agradecida por su dedicación y apoyo ilimitado, por estar siempre disponibles para tranquilizarme cuando me sumerjo en una espiral de pesimismo relacionada con la historia y por hacer todo lo posible para garantizar que los libros que escribo sean lo mejor posible.

A mis betas y editores: los valoro mucho. Me ayudan a detectar los cabos sueltos, me avisan cuando los villanos no son lo suficientemente malvados y me dan un empujoncito si un libro necesita más escenas de besos (y seamos realistas, ¡siempre se pueden añadir más escenas de besos!).

A mis amigos y a todos los demás en mi vida que fingen no darse cuenta de que murmuro sobre asesinatos, venganza y si el héroe es lo suficientemente moralmente ambiguo: gracias.

Como siempre, estoy agradecida a mi familia por su amor y su apoyo. Aguantan mi mal humor después de pasarme la madrugada

escribiendo esa escena que se me ocurrió a medianoche y no se quejan cuando llevo la misma ropa durante días. Gracias por creer siempre en mí.

Por último, a mis lectores. Gracias por acompañarme en este viaje a un mundo de amor oscuro y peligroso. Sus mensajes y reseñas me inspiran a seguir escribiendo, incluso en los días más difíciles. El romance alimenta mi alma y compartir estas historias con otros amantes del romance me hace increíblemente feliz. Estos libros les pertenecen.

Con gratitud,

Renee

Acerca De Renee Parker

Renee Parker comenzó a escribir historias como una forma de aliviar el estrés de su trabajo de oficina, en gran parte, porque no tiene paciencia para tejer y no le gusta sudar lo suficiente como para hacer yoga. Aunque le encantan todos los géneros románticos, sus tipos favoritos para escribir son los hombres temperamentales y moralmente ambiguos y las mujeres que conquistan sus corazones. También ama la angustia, los actos de redención y que se arrastren por perdón.

Renee tiene la suerte de vivir en un lugar donde el sol y el buen tiempo son la norma durante todo el año. El Beagle gruñón con el que comparte su hogar tiene la capacidad pulmonar de un cantante de ópera y un olfato que necesita urgentemente un botón de apagado.

Descubre más sobre Renee Parker en su página web
www.AuthorReneeParker.com

Sigue a Renee en las redes sociales